LOS THRILLERS ESCOCESES DEL INSPECTOR JEFE BONE

EL DESFILE ASESINO

MÁS DE UN MILLÓN DE EJEMPLARES VENDIDOS



TG REID

El Desfile Asesino

un thriller escocés del inspector jefe Bone (libro 4)

TG Reid

TRADUCIDO POR

raphael Benavides



Glass Work Press

Índice

Prólogo

1. Uno
2. Dos
3. Tres
4. Cuatro
5. Cinco
6. Seis
7. Siete
8. Ocho
9. Nueve
10. Diez
11. Once
12. Doce
13. Trece
14. Catorce
15. Quince
16. Dieciséis
17. Diecisiete
18. Dieciocho
19. Diecinueve
20. Veinte
21. Veintiuno
22. Veintidós
23. Veintitrés
24. Veinticuatro
25. Veinticinco
26. Veintiséis
27. Veintisiete
28. Veintiocho
29. Veintinueve
30. Treinta

31. Treinta Y Uno
32. Treinta Y Dos
33. Treinta Y Tres
34. Treinta Y Cuatro
35. Treinta Y Cinco
36. Treinta Y Seis
37. Treinta Y Siete
38. Treinta Y Ocho
39. Treinta Y Nueve
40. Cuarenta
41. Cuarenta Y Uno
42. Cuarenta Y Dos
43. Cuarenta Y Tres
44. Cuarenta Y Cuatro
45. Cuarenta Y Cinco
46. Cuarenta Y Seis
47. Cuarenta Y Siete
48. Cuarenta Y Ocho
49. Cuarenta Y Nueve
50. Cincuenta
51. Cincuenta Y Uno

Epílogo

52. El Inspector Jefe Bone regresa en…

EL DESFILE ASESINO

Publicado en todo el mundo por Glass Work Press.
Esta edición traducida se publicó en 2025.
Copyright © 2025 por TG Reid. Se ha reivindicado el derecho de todas las personas mencionadas a ser identificadas como autoras de esta obra, de conformidad con la Ley de derechos de autor, diseños y patentes de 1988. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.
La historia, todos los nombres, personajes e incidentes descritos en este libro son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios y productos.
Editores: Emmy Ellis, Hanna Elizabeth, Lisa Wright
Diseño de la portada: Andrew Dobell (creativeedgestudios.co.uk)
Composición tipográfica: Emmy Ellis
Traducción y edición: Raphael Benavides
© tgreid.com 2025
Glass Work Press Ltd, 11 Laura Place, Bath, Reino Unido

La traducción es un arte imperfecto y varía de un traductor a otro. Si encuentra algún error en esta novela, envíe un correo electrónico a translations@tgreid.com para que podamos corregirlo.

A Shakey — por mantenerme en el buen camino.

Prólogo

Deborah Dee, o Dee Dee, como la conocían sus fans, arañó con las uñas el asfalto frío y mojado a su lado. Obligó a sus ojos hinchados a abrirse, y la avalancha de luz estalló en un dolor lacerante detrás de las cuencas. Alzando la mano, se la pasó con cuidado por el rostro maltrecho. El dedo se enganchó en un colgajo de piel arrancado de la mejilla. Dejó escapar un gemido ahogado de dolor. Su cuerpo hecho un ovillo, tendido boca abajo, gritaba de dolor; tenía las piernas abiertas, una doblada bajo la otra, los pantalones de pijama de diseñador desgarrados y salpicados de sangre, y los pies descalzos en carne viva tras huir campo a través.

Forzando el cuello, se limpió otra vez la sangre y escrutó la vista borrosa que tenía delante: una estrecha carretera comarcal que se estiraba hacia un pequeño puente de lomo de asno. Apoyó las manos en el firme. Intentó incorporarse, pero la cabeza le dio vueltas como una atracción de feria fuera de control, y volvió a desplomarse. Lo intentó de nuevo, impulsando las piernas hacia arriba hasta quedar de rodillas.

Fijándose en la línea blanca del centro de la calzada que se extendía ante ella, se puso en pie a duras penas y avanzó dando tumbos, siguiendo la línea hacia el puente. Con cada paso vacilante, las explosiones en su cabeza se intensificaban. Gimió otra vez, casi perdiendo el equilibrio mientras apartaba más lágrimas ennegrecidas de sangre de su campo de visión. Al llegar al puente, las luces del

pueblo de Kingsburn titilaban a poca distancia. Si lograba alcanzar la primera casa, podría pedir ayuda.

Tropezando, soltó un jadeo de miedo. Unos pasos la seguían por detrás. Se volvió, pero antes de que pudiera gritar, un golpe seco la lanzó de lado contra el murete bajo del puente. Intentó escapar, pero unos brazos la sujetaron, la alzaron por encima, y cayó de espaldas al arroyo poco profundo de abajo. Aún consciente, dio una patada y, avanzando a trompicones por el agua helada, se arrastró hasta colocarse bajo el arco. Pegándose al muro frío y empapado, contuvo la respiración y escuchó.

Sobre ella, el pum, pum, pum de unos pies martilleando el puente. El arroyo borboteaba al deslizarse sobre sus miembros magullados. Volvió a escuchar. Nada. *¿Se había ido?* Un chasquido junto a la oreja la hizo girar. Su atacante estaba encima.

—¡No! —gritó. Pero el peso la empujó de espaldas contra el muro. Una presión repentina en el costado izquierdo.

La figura encapuchada se inclinó y le siseó al oído: —Shh— y una hoja fría como un cadáver le perforó la piel y se deslizó despacio entre las costillas, rebanando carne y arteria hasta encontrar su premio.

Y, con un último y letal giro, la hoja se hundió por el centro del corazón de Dee Dee, y antes de que pudiera tomar un último y desesperado aliento agonizante, se fue.

Uno

El inspector jefe Duncan Bone se subió el cuello del abrigo para protegerse del viento del noreste que le azotaba la cara.

—Jesucristo, Alice. ¿Estás segura de esto?—preguntó, echando un vistazo a la antigua motora de madera que cabeceaba sin rumbo, con su diminuto y vulnerable casco golpeando con fuerza contra el espigón del puerto.

—Era su última voluntad y está todo pagado—frunció el ceño Alice.

—Pero ahí fuera sopla un vendaval. Igual la acompañamos hasta el mar del Norte—insistió Bone.

Alice miró hacia la agitada embarcación. —A decir verdad, no tenía ni idea de que quisiera un entierro en el mar. Creo que me la jugaría antes en tu coche.

—Pura locura—repuso Bone—. ¿Y por qué Tynemouth, precisamente?

—Nació en Morpeth, pero se mudó a Escocia cuando tenía cinco años.

—No lo sabía.

—Le tenía cariño a Northumberland, así que supongo que quiso que fuese su lugar de reposo final.

Una ráfaga de viento casi los tiró a ambos por el borde, directos a la tempestad.

—El cementerio de Morpeth habría sido mucho más fácil—Bone volvió a estirarse el cuello del abrigo.

—Da gracias a tu buena estrella de que no quisiera el entierro en el mar en Escocia. El área designada está a más de cien millas mar adentro.

—Dios santo—exclamó Bone.

—He de admitir que es una forma bastante dramática de irse—dijo Alice, y se quedó mirando las crestas blancas que galopaban por la bahía de Tynemouth y rompían contra el faro al final del muelle—. De verdad que no hace falta que vengas con nosotros, ya lo sabes.

—Quiero a tu madre, y creo que a ella le gustaría que estuviera aquí contigo.

El ministro de la iglesia del barrio de la madre de Alice salió de una caseta encajada en el alto muro del puerto, acompañado por el patrón de la embarcación, enfundado en un chubasquero integral y con un buen montón de chalecos salvavidas en los brazos.

—No es que infunda mucha confianza—murmuró Bone.

—Hola, Alice, Duncan—saludó el ministro, pálido como la cera, peleándose con la capucha de su chubasquero.

—Buenos días, reverendo Hollingsworth—respondió Alice—. Gracias de nuevo por esto.

—No hay nada que agradecer. Ruth era un encanto de mujer. Es un honor para mí despedirla en los brazos de Dios.

—¿De Poseidón, más bien?—bromeó Bone.

Alice le dio un codazo en el costado.

—El señor Fenwick, el patrón, acaba de confirmar que está todo listo—prosiguió el ministro. Intentó sonreír, pero se le torció el labio superior y le tembló.

—¿Está seguro de que es seguro salir ahí fuera?—preguntó Alice al patrón.

—He salido con peores mares. Tampoco es que vayamos a pescar o a hacer submarinismo, aunque, a este paso, igual servimos de comida para los peces.—Lanzó una sonora carcajada y negó con la cabeza—. Una vez, apenas habíamos salido del puerto y el féretro salió volando por la borda. Una pesadilla. La guardia costera tardó dos días en recuperar la condenada cosa y, para entonces, en fin...

—Gracias, patrón Fenwick—interrumpió el ministro. Cogió un chaleco salvavidas y, con las manos temblorosas, intentó ponérselo.

—Déjeme, le ayudo—dijo Bone, y le pasó el chaleco por encima del pobre chubasquero del ministro.

—Tengo los himnos y las lecturas que pidió Ruth, y el patrón lleva a bordo un radiocasete para poner la música que eligió.

—¿Un radiocasete? —preguntó Bone—. No oía esa expresión desde hacía años.

—Lo dice el hombre que lleva un reproductor de cartuchos de los setenta en el coche —replicó Alice—. No sabía que hubiera organizado una banda sonora.

—Oh, sí, hablamos largo y tendido de sus planes, ya sabe, cuando supo que...

—¿No intentó disuadirla de esta locura? —cortó Bone, casi perdiendo el equilibrio otra vez.

—Jamás se me ocurriría entrometerme en los arreglos funerarios de un feligrés, Duncan, aunque sí le sugerí la alternativa de incinerar y esparcir, pero Ruth dejó muy claro que quería que su cuerpo se confiara al mar.

—Será mejor que zarpemos antes de que esto vaya a peor —dijo el patrón.

—¿Peor? ¿Puede ponerse peor? —dijo Bone.

—Esto es una brisilla, créeme —replicó el patrón.

Enfilaron por el pantalán, y el patrón saltó a su barco con una facilidad experta.

—A ver, ¿quién va primero? —preguntó, con la mano tendida.

Bone, de mala gana, dio un paso al frente y, cuando la barca bajó por debajo de la pasarela, saltó; el patrón lo sujetó antes de que saliera disparado por la cubierta y por el otro costado.

—Siguiente —dijo el patrón.

Alice imitó a Bone, aunque resolvió el salto con algo más de gracia. Por último, el ministro se colocó para saltar.

—Vamos, entonces —apremió el patrón.

El ministro miró de reojo a la orilla y a la seguridad de la oficina del puerto y, con un suspiro, agarró la mano del patrón y saltó a bordo. Pero resbaló en la cubierta mojada y cayó sobre el ataúd, que

estaba preparado y listo para ser consignado en la popa de la motora.

—Lo siento muchísimo. Bone se puso en pie a trompicones y echó un vistazo a la caja. —Oh, ¿no habré sido yo el que ha hecho eso? —señaló un agujero en el costado.

—Ah, no. Hay que taladrárselos para que no acabe en la playa de Whitley Bay. No sería buena propaganda para el turismo.

A lo largo del ataúd había una imagen pintada a mano de una hermosa playa de arena, enmarcada por palmeras bajas y un sol dorado poniente.

—Qué detalle tan bonito —dijo Alice—. A mamá le encantaban sus vacaciones en el Caribe.

—Una pena que no quisiera que la enterraran allí también —dijo Bone—. Loca como una cabra, pero encantadora de veras, ¿eh, Ruth? Bone asintió al ataúd y sonrió.

—Lo pintó mi cuñada, Sharon —añadió el patrón—. Menuda artista, ¿a que sí?

—Parece casi un desperdicio mandarlo al fondo del mar —replicó Alice.

—Seguro que le hace otro, si quiere.

—No, no, está bien —sonrió Alice y miró a Bone por encima del hombro.

—Bien, vámonos. Sentaos y agarraos como si os fuera la vida en ello —bromeó el patrón, y desapareció en la diminuta cabina.

A medida que la barca salía del puerto, las olas arreciaban y rociaban los costados, y la embarcación se escoraba y crujía con el mar creciente.

—Creo que vamos a necesitar un barco más grande —dijo Bone con una mueca.

En cuanto dejaron atrás el espigón y el faro, el viento arreció. El patrón metió la proa de la barca de cara al embate del mar del Norte, con las olas aporreando el casco y amenazando con volcar la nave por completo.

—¿Cuánto dura el viaje? —gritó el ministro por encima del aullido del vendaval, con la cara pasando de grisácea a verdosa.

—Creo que son unas dos horas mar adentro, pero eso con buena mar. Mejor entramos —dijo Alice.

—¡No! —la interrumpió el ministro, con los ojos como platos—. Me quedo fuera. Es que no sé nadar.

—¿Cómo?

—Si volcamos, yo... —Se giró de golpe y, inclinándose por la borda, vomitó al mar.

—Encantador. —Bone cogió del brazo a Alice.

Juntos, avanzaron a tientas por el banco y se metieron a trompicones en la cabina del patrón.

—¿Es probable que calme algo? —preguntó Bone—. El ministro está ahí fuera echando hasta la hiel.

—Con suerte, estaremos de vuelta cuando entre la fuerza nueve.

—¿Y si tenemos mala suerte?

—Entonces tenemos mala suerte. —El patrón sonrió, dejando a la vista tres huecos en los dientes frontales.

Dentro, el balanceo de la barca parecía peor, y las náuseas de Bone se intensificaron.

—Toma —dijo Alice—, mastica esto. —Le tendió una tira fina de jengibre—. No puedes decir que mi madre hiciera las cosas a medias. —Sonrió.

—Apuesto a que ahora mismo se está partiendo de risa allá arriba con nosotros —dijo Bone.

—Siempre tuvo mucha personalidad, eso seguro.

—¿Qué harás ahora con la granja? —Bone hizo una mueca—. Dios, esto es horrible —dijo, sacándose de la boca una hebra de pulpa de jengibre mascado.

—He decidido mudarme —dijo Alice.

—¿Entonces no la venderás?

—Lo pensé, pero no pude. Hay demasiada familia ahí dentro. Soy parte del ADN de esa granja.

—¿Cómo compaginarás tu trabajo con cuidarla?

Un estruendo retumbó cuando una ola golpeó el costado, y la barca dio una sacudida lateral que lanzó a Bone al regazo de Alice.

—Esa ha sido de aúpa —gritó el patrón.

—Esto es una pesadilla. —Bone negó con la cabeza—. ¿Sigue con nosotros el ministro?

Alice se asomó por la puerta de la cabina. El ministro, empapado, se enjugaba la cara con una mano mientras con la otra seguía aferrado a la asidera junto al banco.

—Por los pelos —confirmó.

—Bien —dijo el patrón—. Voy a rodear el cabo ahora, así que el ministro tiene que entrar, a menos que le apetezca conocer a su Creador.

—Jesucristo, ¿es que ni siquiera hemos salido todavía a mar abierto? —protestó Bone.

—Para ti es fácil. Si nos hundimos, podrás nadar hasta la orilla y no sentirás el frío.

—Creo que esto supera incluso mis habilidades de nado en aguas frías —dijo Bone.

Dos largas horas después, y tras múltiples casi vuelcos, el patrón cortó el motor.

—Solo tenemos unos minutos aquí, así que vais a tener que hacerlo rápido —dijo, con la barca cabeceando y bamboleándose en la tormenta implacable.

Bone y Alice treparon a cubierta. El ministro parecía haber adelgazado como tres piedras desde que salieron del puerto.

—¿Se ve con fuerzas para un breve oficio? —preguntó Alice—. El patrón ha dicho que tenemos que dar la vuelta enseguida.

El ministro alzó la vista y se le llenaron los ojos de lágrimas. —Sí —respondió con el mismo entusiasmo que un condenado a muerte. Intentó ponerse en pie, pero el movimiento le provocó otra oleada de náusea; se dio media vuelta y vomitó violentamente por la borda, el cuerpo contorsionado de dolor.

—No se preocupe, diré unas palabras —dijo Alice.

Apareció el patrón.

—Tenemos que irnos ya mismo. —Se acercó al ataúd.

—Vale —dijo Alice.

—Te quiero, mamá, y te echaremos muchísimo de menos. Has sido mi inspiración toda la vida. Recuerdo que cuando tenía seis

años me dijiste algo que he llevado en el corazón desde entonces. Dijiste...

—Tendrá que esperar. Esto va a peor. Voy a desengancharla.

—¡No quiero morir! —gritó el ministro contra los vendavales—. ¡Por favor, llévenos de vuelta! —suplicó, limpiándose de la barbilla los restos del desayuno—. Esto es el castigo de Dios por no creer en Él. ¡Perdóname! —Se dejó caer de rodillas en la cubierta.

—¡Contrólese, hombre! —le gritó Bone—. —Su jefe era un maldito pescador.

—¿Me echas una mano? —pidió el patrón a Bone.

Desabrocharon las cinchas que sujetaban el ataúd al raíl y, poco a poco, inclinaron la caja hasta dejarla en el punto de vuelco.

—Adiós, mamá. Ojalá nos volvamos a ver algún día —dijo Alice.

El ministro se puso en pie tambaleándose y, tratando de recomponerse, bendijo rápidamente el ataúd y murmuró: —Encomendamos los restos mortales de Ruth Galloway a las profundidades, esperando la Resurrección en el último día y la vida del mundo venidero, por nuestro Señor... —Se llevó la mano a la boca y masculló—. —Ay, Jesucristo —y volvió a echarse por la borda.

Bone y el patrón alzaron la camilla, y el ataúd se deslizó, cayó al mar y desapareció al instante bajo las olas. El patrón se precipitó a la cabina, arrancó los motores y dio la vuelta hacia Tynemouth.

Alice se sentó junto al armazón vacío y miró hacia el agua negra y embravecida.

—Ya se ha ido —dijo.

Bone se apretó a su lado y le tomó la mano.

—A casa —dijo.

—Lo siento mucho —murmuró el ministro, con la cabeza gacha —. No soy un siervo digno.

—No se preocupe, mi madre no era religiosa. Ni siquiera sé por qué quería que usted viniera.

—Me dijo... —tragó de nuevo— que, si hay un Dios, parecía de mala educación no presentarse formalmente.

—Muy de mamá —dijo Alice.

De pronto, las notas de «Sailing», de Rod Stewart, flotaron por encima del bramido del viento y del mar.

El patrón asomó la cabeza.

—Perdón, me olvidé de la música. ¿Es esta, vicario?

—Sí, esa es —respondió el ministro—. —Y pidió que la cantáramos todos. Imprimí la letra al final del programa, pero me temo que la lluvia la ha echado a perder.

Alice rió. —Sabía lo mucho que odiaba a Rod Stewart. Gracias, mamá. Luego, de mala gana, siguió los gruñidos de Rod.

Le dio un codazo a Bone en las costillas, y él se unió; luego el ministro y, por último, desde la cabina resonó la interpretación alta y desafinada del patrón. Y, mientras la barca luchaba contra las olas rumbo a tierra, todos se dejaron la voz con la canción y se olvidaron de las náuseas pertinaces y de la alta probabilidad de acabar ahogados.

Cuando la barca volvió al puerto, los pasajeros maltrechos por el temporal desembarcaron en el muelle como un cesto de bacalao rebozado.

—¿Seguro que no os tiento con una toalla seca y una bebida caliente? —ofreció el patrón.

—No, mejor será que nos vayamos —respondió Alice.

Bone le lanzó una mirada fulminante.

Con rápidas despedidas, Bone y Alice se dirigieron hacia su antiquísimo Saab verde chillón, que los aguardaba en el aparcamiento como un sapo medio ahogado y abandonado, y el ministro volvió a la caseta de la oficina con el patrón.

—¿Por qué has rechazado un café humeante? ¿Estás loca? —preguntó Bone.

—Solo necesito largarme de aquí —dijo Alice, y se subió al coche.

—¿Estás bien? —preguntó Bone, dejándose caer en el asiento del conductor.

—Conduce.

—Más fácil decirlo que hacerlo. A Bertha no le gusta la lluvia.

—¿Bertha?

—Rhona la bautizó hace unos meses. A mí me parece tierno.

—Hasta que la chatarra no arranque. Alice negó con la cabeza.

Bone dio al contacto. El coche carraspeó y tosió hasta cobrar vida.

—¿Ves? Ella nunca me falla —dijo Bone triunfante.

—A diferencia del conductor —replicó Alice.

Bone la miró de reojo, pero Alice no sonreía. Sacó el Saab del aparcamiento, tocó el claxon a modo de despedida para el patrón y el ministro, y puso rumbo de nuevo a la autopista.

Dos

Pasadas las once, por fin llegaron a la casa de Alice.

—Puedes quedarte si quieres. Debes de estar agotado después de hoy —dijo, volviéndose hacia Bone, que merodeaba al pie de los escalones.

Bone sonrió. —No quisiera imponerte.

—En absoluto, y Michael está en casa de su amigo, así que no volverá hasta después del colegio mañana. Y es demasiado tarde para pegarse la paliza hasta el loch. —Sonrió.

—Solo si estás segura.

—Por el amor de Dios, entra ya —Alice se metió dentro.

Bone la siguió hasta el salón.

—No llevo bolsas ni nada —dijo Bone.

—Aún queda algo de tu ropa en una caja al fondo del armario. Te apañas por la mañana —dijo Alice— ¿Tienes hambre? ¿Quieres tomar algo?

—Si tienes pan, un bocadillo de queso, lo que sea me vale, y una cerveza si te queda.

—Espera —dijo, y desapareció en la cocina.

Sonó el móvil de Bone, y lo sacó del bolsillo del abrigo. —¿Brody? —dijo.

—Siento molestarle tan tarde, señor —dijo el sargento de guardia — Nos ha llamado el equipo de centralita. Han recibido una llamada de una mujer que decía ser Deborah Dee.

—¿Quién? —preguntó Bone.

—Ya sabe, ¿nuestra famosa local de realities?

—Ni idea —Bone se encogió de hombros.

—¿Dee Dee?

Silencio.

—Bueno, le dijo al operador que la estaban atacando y que alguien intentaba matarla.

—¿Dijo dónde estaba o quién la agredía?

—No, pero al teleoperador le pareció que podía ser una broma, porque se oían risas de fondo, y cuando desafió a la persona que llamaba, la línea se cortó.

—¿Se localizó el número?

—Sí, SPOC contactó con la compañía y el mapa de cobertura que enviaron señalaba la zona del pueblo de Kingsburn. Se envió un coche patrulla, pero los agentes no la vieron ni vieron señales de problemas.

—¿Y el usuario registrado?

—Sin rastro. Era de prepago.

—¿Dice que es famosa?

—Es cantante pop y una de esas youtubers. La conocen bien los jóvenes, por eso quizá usted no la tenga ubicada —bromeó Brody.

—En ese caso, lo más probable es que sea una broma, sobre todo si la patrulla no encontró nada allí arriba.

—¿Quiere que haga un seguimiento?

—Suena a pérdida de tiempo. Veamos dónde estamos por la mañana. Esta noche ya hemos hecho todo lo que podíamos.

—De acuerdo, señor, y de nuevo, perdón por molestarle.

Bone colgó.

—¿Quién era? —preguntó Alice, volviendo al salón con una bandeja llena de bocadillos y dos latas de Guinness.

—Nada importante —respondió Bone—.

—¿Era del trabajo?

—Los he mandado a paseo.

Ella le tendió una lata. Tiró de la anilla y dio un par de tragos.

—Ah —suspiró—, lo necesitaba.

—Estoy absolutamente hecha polvo —dijo Alice. Miró el montón de comida de la bandeja que sujetaba—. Creo que no puedo comer nada de esto. Igual me voy a la cama.

—Ha sido un día larguísimo y agotador en lo emocional. Bone bostezó.

—Aunque me alegra que por fin descanse, después de tantos meses de dolor.

—Fue horrible verla marchitarse tan deprisa —dijo Bone.

—El cáncer es un cabrón. Alice dio un sorbo de cerveza.

—¿Te importa si doy buena cuenta de esto? —Bone señaló con la cabeza la bandeja.

—Adelante, para eso están. Alice le pasó la bandeja a Bone.

—Si prefieres estar sola esta noche, me quedo aquí tirado en el sofá —dijo Bone.

—Entra cuando acabes y no te olvides de apagarlo todo. Alice volvió a bostezar.

—Intentaré no despertarte —dijo Bone.

—No me importa. Alice le sonrió de vuelta.

Cuando ella desapareció en el dormitorio, Bone dejó la bandeja sobre la mesa de centro y se dejó caer en el sofá. Echó un vistazo al salón y vio un portarretratos encima de la repisa de la chimenea: una foto de él, Alice y su hijo, Michael, cuando tendría unos tres años. Los padres estaban abrazados, radiantes ante la cámara, mientras Michael se estiraba la boca con los dedos y sacaba la lengua.

—Tiempos felices —murmuró Bone, y dio un mordisco a un bocadillo, pero él también estaba más allá de la comida. Dejando los restos de nuevo en la bandeja, se levantó, apagó todas las luces y se deslizó al dormitorio.

—Pensé que no vendrías nunca —dijo ella.

Él se desnudó, se metió a su lado y juntos desaparecieron bajo las mantas.

A la mañana siguiente, Bone y Alice se sentaron uno frente al otro en la mesa de la cocina, apurando sus respectivos cafés.

—Entonces, ¿qué tal va la reforma? —preguntó Alice, rompiendo el silencio.

—Bien, ya está todo. El equipo que vino a hacer el trabajo fue rapidísimo. Por dentro parece nuevo, y el laird ha aceptado congelar el alquiler hasta el año que viene, así que he tenido mucha suerte.

—La has tenido. Apuesto a que es rarísimo conseguir uno así.

—Ya había abusado de la generosidad del primo de Rhona. Me sentía culpable por tenerlos sin su caravana.

—¿Y ya te has instalado allí?

—Creo que sí. Aún tengo el piso. Es como mi tabla de salvación por si cambio de idea, pero tendré que hacer algo con él.

—¿Alquilarlo?

—Puede. Alzó la vista hacia su mujer, que atiborraba de azúcar el café y lo removía con frenesí.

Ambos volvieron a caer en silencio.

—¿Todo bien? —preguntó Bone.

—Tengo que irme en breve —respondió Alice, cortante.

—Ah, sí, yo también. Me haré el invisible.

Alice dejó la cucharilla, que tintineó contra el platillo. —¿Entonces esto qué es? —Le miró directamente.

—¿El qué? —preguntó Bone.

—Tú aquí. ¿Anoche?

—No lo sé. Pensé que nos estábamos llevando bien.

—Sí, pero ahora tienes tu casa nueva en medio de ninguna parte, así que ¿cómo se supone que funciona esto?

—Acordamos ir despacio. ¿No era eso lo que querías?

—Una cosa es ir despacio y otra, camino de la vejez y la muerte a marchas forzadas.

—Por una vez en mi vida, estoy siendo prudente. Es que siento que...

—Anoche no fuiste precisamente prudente —le interrumpió Alice —. ¿No quieres ver más a tu hijo, entonces?

—Joder, claro que sí. Tú y Michael sois mi mundo entero. Hace unos meses, lo único que quería era volver a casa con mi familia y ser otra vez tu marido y un padre, y sigo queriéndolo, pero Loch Gillan y la caravana, el baño en aguas abiertas, todo eso me ha

salvado la vida. Creo que por fin he encontrado la paz que me faltaba desde hace años y que nos separó. No puedo arriesgarme a despeñarme otra vez, aunque eso signifique no estar contigo y con Michael como antes. ¿Lo entiendes?

Alice apuró lo que quedaba de su café.

—No quiero cagarla —dijo.

—¿Y qué le digo a Michael? Todos los días pregunta cuándo vuelves a casa —dijo Alice.

—¿Podríamos decirle que tenemos dos casas y que podemos vivir en ambas? Simplemente nos repartiremos un poco más que antes. Quiero decir, ¿no vas a necesitar ayuda en la granja?

Alice se puso en pie.

—A Michael le encanta subir al loch, y va a adorar su dormitorio nuevo —añadió Bone—. De verdad creo que podría funcionar, lo mejor de ambos mundos.

Alice suspiró. —Vale, mira, lo entiendo. De verdad que sí, y los críos se adaptan a todo lo que les eches. Con un arreglo así se pondría loco de contento.

—¿Y tú?

—Es lo que hay, supongo —se encogió de hombros, luego sonrió —. Ya sé lo que diría mamá.

—¿Qué?

—Por el amor de Dios, tira p'alante de una vez.

—Entonces, ¿somos una familia con dos casas?

Alice se inclinó, tomó la cara de Bone entre las manos y le besó despacio en los labios.

—Entiendo que eso es un sí —dijo Bone, saliendo a tomar aire.

—Y antes de que te hagas ilusiones, los dos tenemos que ir a trabajar.

—¿Qué hora es? —preguntó Bone.

—Las siete y veinte. —Alice asintió hacia el reloj sobre la cabeza de Bone.

—Mierda, llego tarde. —Bone saltó de la silla. Cogió el abrigo y la mochila del colgador de la puerta de la cocina y se dirigió a la puerta principal.

Alice le siguió. —Entonces, ¿esta noche estás aquí, en tu salvavidas, o en tu tabla de salvación?

—Te llamo —respondió Bone y, con otro beso rápido, bajó a toda prisa los escalones y salió por la verja.

Tres

Mientras Bone avanzaba por el desangelado pasillo de paredes de hormigón de la comisaría de Kilwinnoch, del otro lado de la puerta de la sala de incidentes llegó un estrépito cacofónico.

Entró, y el equipo estaba arremolinado en torno al agente detective Will Harper.

—Cumpleaños feliz, cumplea— Se detuvieron en cuanto vieron a su jefe.

—Menos mal. Por un momento me he preocupado, pensaba que me había vuelto el tinnitus con ganas —dijo Bone.

—Llegas justo a tiempo. Pensábamos que hoy no ibas a venir y hemos empezado sin ti —dijo la inspectora detective Rhona Walker, su acento de las Hébridas suavizando la pulla.

La sargenta detective Sheila Baxter estaba a su lado, con lo que parecía una corona del Burger King.

—Y eso que llegas bien tarde —se entrometió Mullens con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, me he quedado dormido, ¿te lo puedes creer? —Bone negó con la cabeza.

El equipo respondió con abucheos de fingida desaprobación. Bone miró a Harper, que lucía una gorra escolar demasiado pequeña con *The Baby* bordado en la parte frontal.

—Así que ya son veintinueve, ¿eh, Will? —preguntó Bone.

—Treinta —repuso Harper, poniendo los ojos en blanco.

—Ya tienes edad para una clara en el lounge bar, Will —dijo Mullens.

Bone señaló la gorra. —¿Y de quién ha sido la idea del disfraz de Angus Young? —preguntó.

—¿Tú qué crees? —dijo Harper.

—Tengo un colega que trabaja en la imprenta del pueblo —la sonrisa de Mullens aún se ensanchó más—. Y le hemos dicho que tiene que llevarla todo el día.

—¿Y a qué viene ese contrato de patrocinio con la cadena de hamburguesas?

—Tuvimos a los nietos el fin de semana y la encontré en el coche.

—Joder. Sí que sabéis mimar al chaval —se burló Bone—. Bueno, habrá que terminar la canción.

Y juntos reanudaron su alboroto infernal.

—Diría que toca una copa en el Fells, invito yo, después del trabajo —dijo Bone cuando terminaron.

—¿Agua del grifo para todos, como siempre? —preguntó Mullens.

—Solo para ti, los demás que tomen lo que quieran.

—También tengo otra cosa que contaros —dijo Harper.

—¿Qué, se te acaban de caer los huevos? —volvió a interrumpir Mullens.

—Catriona y yo nos hemos prometido —Harper se empujó las gafas hacia arriba por el puente de la nariz.

—Pues es una gran noticia, Will. Enhorabuena —dijo Bone—. Por eso te caen dos copas.

Walker se acercó a Harper y le estrechó la mano, y Mullens le dio un manotazo en la espalda que casi lo tiró sobre su mesa.

—Me alegro mucho por los dos —añadió Baxter y le dio un abrazo a Harper.

—Tranquila, Sheila. Tu jovencito ya está pillado —dijo Mullens. Soltó un quejido grave y se apretó el puño contra el pecho.

—¿Estás bien, Mark? —preguntó Bone.

—Puto kebab —dijo Mullens y soltó un eructo sonoro.

—Por Dios, ¿en serio? —hizo una mueca Walker.

—Perdón. Anoche, tontamente, paré en la furgoneta de comida, la salmonela con ruedas que se pone en el aparcamiento del Scotfresh. Estaba muerto de hambre, pero en cuanto me tragué el primer trozo de cartílago supe que había metido la pata. Sabía a cólon de rata.

—Y seguro que sabes perfectamente a qué sabe eso —dijo Baxter.

—En fin, felicidades otra vez por los treinta, Will —Bone desvió la conversación de la pesadilla gastronómica de Mullens—. ¿A que estás encantado de poder pasar el día entero con nosotros?

Harper se levantó la visera, miró a Mullens y volvió a encasquetársela.

—Vale, ¿por dónde iba? —dijo Bone—. Buenos días a todos. ¿Algún avance o novedad que contar?

—Todo tranquilo, jefe —respondió Walker—. Hubo una trifulca anoche en Braefells Park entre los hermanos Darroch, otra vez, creo.

—Jesús, ¿Van ya, qué, tres veces solo este mes?

—Cuatro, jefe —dijo Baxter.

—Uno de los gemelos, Robert, creo, acabó en Urgencias con una lesión grave en la cabeza, y el otro, Calum, ¿puede ser? —preguntó Walker.

Baxter asintió.

—Va a presentar cargos por agresión —añadió Walker.

—Bonita familia —dijo Bone—. Una puñetera pérdida de tiempo y dinero para la policía. Ojalá esos dos resolvieran de una vez su rivalidad o se mataran de una vez y se acabó.

—Aparte de eso, poca cosa más.

—¿Habéis oído algo de una llamada falsa de alguien que decía ser una famosa local? —preguntó Bone.

Walker negó con la cabeza. —¿Qué ha pasado?

—Anoche me llamó el sargento Brody por una llamada de una tal Ms Dee o Tee Gee.

—¿Te refieres a Dee Dee? —dijo Harper—. ¿La cantante y bloguera estrella de Kilwinnoch?

—Esa misma —confirmó Bone—. Brody dijo que esa persona afirmaba que alguien intentaba matarla, pero le pareció oír risitas o

cachondeo de fondo.

—Suena a críos echándose unas risas —dijo Mullens.

—¿Sabéis que encabeza el cartel del concierto de la Semana Cívica de este año? —dijo Harper.

—Más razón para pensar que es un grupo de gamberros haciendo el imbécil —dijo Bone—. La llamada se rastreó hasta una cabina telefónica del Devilback Bridge, en el pueblo de Kingsburn. Un par de agentes subieron, pero no vieron nada.

—¿Merece la pena echar otro vistazo, o pasar por casa de la cantante? —preguntó Walker—. No es que estemos precisamente desbordados aquí.

—Un momento —dijo Bone—. Dejad que hable con Brody. No estaba en su mesa cuando he entrado.

—Voy yo si quieres, jefe —dijo Harper.

—Vale, Will —asintió Bone.

—Con el gorro puesto, por supuesto —dijo Mullens.

—Ni se me ocurriría quitármelo. Me encanta —respondió Harper, y se escurrió rápido.

En el pasillo, Harper se quitó la gorra y la metió en el bolsillo de la chaqueta.

En recepción, el mostrador seguía vacío. Harper escaneó el vestíbulo y echó un vistazo a la oficina trasera. Brody hablaba por su teléfono. Harper tocó la pantalla de recepción, y Brody se volvió, saludó con la mano a Harper y sonrió, luego continuó con su llamada. Harper volvió a sacudir la ventanilla y le hizo señas para que saliera. Unos momentos después, Brody apareció.

—Perdone, señor. Estaba poniéndome al día con Paula, ya sabe, mi mujer. Está de veinticinco semanas y estábamos intentando averiguar si eran gases o contracciones. —Se fijó en la expresión confusa de Harper—. Todo eso le espera a usted. Nosotros vamos por el tercero, así que son gases. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Tiene alguna novedad so—

Sonó el teléfono de recepción.

—Perdone, Will, tengo que cogerlo —dijo Brody.

Lo descolgó y se quedó de pie un momento, puntuando el silencio con algún que otro gruñido.

—Vale —dijo por fin. Colgó y se quedó mirando fijamente a Harper un par de segundos.

—¿Quién era?

—Era la central. Un tipo acaba de avisar de que ha encontrado el cuerpo de una mujer en Devilback Bridge.

—El jefe dijo que anoche recibió usted una llamada de una mujer desde ese lugar.

—Sí, así es. Decía ser la cantante, Dee Dee. Dijo que alguien intentaba matarla, pero pensamos que era una broma. —miró a Harper— Mierda.

—Voy a avisar al inspector jefe Bone —dijo Harper—. Llámales de vuelta y averigua todo lo que puedas.

Para cuando Bone y Walker llegaron a la escena, el equipo de la científica ya había colocado controles en la carretera y acordonado la zona. Una película gris lechosa de niebla matinal arremolinaba alrededor del puente, y las colinas del fondo casi habían desaparecido. Bone metió el Saab en la cuneta, delante de uno de los camiones forenses, y los dos detectives se bajaron.

—Vaya día más triste —dijo Bone, alzándose el cuello del abrigo.

Se acercó un agente de uniforme.

—Buenos días, señor —dijo el agente con un gesto de cabeza—. El agente Cash está ahí abajo. —Señaló el puente más adelante.

Bone se agachó por debajo de la cinta de acordonamiento y Walker le siguió. A los pocos pasos, un técnico de la científica con el equipo de protección completo los detuvo.

—inspector jefe Bone e inspectora detective Walker —dijo Bone.

Mostraron sus acreditaciones colgadas del cuello.

—El jefe me dijo que os diera esto. —Le plantó a Bone un montón de prendas de protección en los brazos.

—Gracias —replicó Bone con sarcasmo.

Se enfundaron el equipo a toda prisa y siguieron al técnico más allá de un generador que bramaba, hacia el arroyo.

Tambaleándose al borde de la orilla, Bone se inclinó y miró bajo el puente. Unas luces LED brillantes iluminaban el arco de piedra antiguo y, a un lado, tres agentes se apiñaban en el agua. Un cuarto se alzaba sobre ellos, haciendo fotos; el destello intermitente de la cámara le dio a Bone una visión fugaz de una pierna o un brazo estirado más allá del equipo.

—Cuidado al bajar ahí —dijo el agente—. Ya me he caído de culo dos veces.

Bone empezó a bajar la orilla, pero la funda de plástico de sus zapatos se le escurrió y rodó hacia atrás sobre el suelo mojado y embarrado, con las piernas chapoteando en el agua del fondo.

—Tal cual —dijo el agente, tratando de disimular una sonrisa.

Walker bajó a trompicones y ayudó a Bone a ponerse en pie. Bone se limpió el barro de la parte trasera del pantalón y siguieron —él, con grandes dificultades— por la orilla del arroyo hasta el puente.

—Pues buenos días —dijo el agente Cash, apartándose del grupo para recibirlos—. Qué casualidad veros por aquí.

—Desde luego —repuso Bone—. ¿Qué tenemos?

—Acercaos, pero tened cuidado de no tropezar y caer dentro de la escena del crimen. Estas rocas de aquí debajo resbalan muchísimo.

—Ya me he dado cuenta —dijo Bone.

Los detectives avanzaron penosamente por el arroyo, y los técnicos de la científica arrodillados se apartaron a un lado.

El cadáver de una joven blanca yacía medio en el agua, con las piernas torcidas hacia un lado, una de ellas apoyada en el muro del puente. Iba completamente vestida, pero el jersey estaba rasgado por el hombro y la falda se arremolinaba hecha un lío alrededor de la cintura, dejando la ropa interior al descubierto. La cabeza, girada en un ángulo extraño, tenía un lado sumergido por completo en el arroyo. La boca, contorsionada en una mueca burlona, hacía aún más grotesco el horror que tenían delante. Una guirnalda de banderines le ceñía con fuerza el cuello, con los extremos sueltos ondeando como peces que nadaran a su lado en la corriente.

—Dios —exclamó Walker.

—Esta mañana, dos obreros que iban al trabajo encontraron a la fallecida bajo el puente.

—¿Qué hacían aquí debajo? —preguntó Walker.

—Al parecer, uno vino a echar una meada. —Cash volvió la vista al cadáver—. Diría que tiene veintipocos y, como se ve por los cortes extensos y la hinchazón facial, la agredieron con violencia antes de la muerte.

—¿Agresión sexual? —preguntó Walker.

—Demasiado pronto para determinarlo, pero un primer examen sugiere que no —respondió Cash. Se arrodilló y empujó con una espátula el brazo descubierto de la mujer.—¿Ven eso? —volvió a pinchar el brazo—. La resistencia indica autólisis. —Alzó la mirada—. Rigor mortis. Por eso está sonriendo así.

Bone se pasó la mano por la frente.

—Obviamente, el agua fría habrá ralentizado un poco las cosas, pero, teniendo eso en cuenta y a juzgar por el estado de la piel y otras alteraciones tafonómicas de primera fase, diría que la hora de la muerte fue hace entre seis y diez horas. Podremos darles una estimación más precisa cuando llevemos el cuerpo al laboratorio.

—¿Y esa guirnalda de banderines? —preguntó Bone.

—Las lesiones alrededor del cuello sugieren estrangulamiento, aunque es posible que se ahogara inconsciente, pero no es lo más probable.

Walker se recolocó más cerca del cadáver.—Creo que es Dee Dee.

—¿La cantante famosa de por aquí? —preguntó Cash.

—Estoy bastante segura de que sí —respondió Walker.

La cámara del fotógrafo forense hizo clic y soltó una ráfaga de destellos, revelando más de los rasgos magullados de la víctima. El agente rodeó a Bone, dándole un leve empujón al pasar.

—Perdón, señor —sonrió el agente y reanudó su trabajo de cámara a corta distancia.

—Acérquense, quiero enseñarles otra cosa —Cash hizo un gesto a los detectives.

Se arrodillaron junto al cadáver.

—Jason, ¿puede apartarse un segundo? —dijo Cash al fotógrafo, que asintió y se alejó del cuerpo chapoteando, dejando que Bone se arrimara junto a la víctima.

—Al principio pensamos que la víctima había sido estrangulada, pero ¿veis aquí donde el jersey está perforado y la tela manchada?

Bone se inclinó aún más.

—Parece una puñalada a través de la caja torácica y directa al corazón —dijo Cash—. Podré confirmarlo cuando la pongamos en la mesa de examen.

—Y luego está esto —Cash metió la mano en el agua y levantó con cuidado el brazo izquierdo—. El meñique ha sido seccionado y retirado, una amputación reciente y muy limpia, probablemente cortado con algo como unos alicates de electricista. En el registro inicial de la zona no hemos encontrado el dedo que falta, así que parece que se lo han llevado.

—¿Y eso a qué viene? —preguntó Bone.

—¿Algún tipo de trofeo, quizá?

—Asqueroso —dijo Bone. Se puso en pie. —Rhona, ¿puedes terminar tú aquí? Salió a trompicones del túnel, entre el agua.

—¿Está bien? —preguntó Cash.

—¿Cuándo moverán el cuerpo? —preguntó Walker, ignorando su pregunta, aunque echó una mirada a su jefe, que trepaba por la orilla.

—Unas horas. Para entonces tendré más para ustedes.

—Vale —replicó Walker, y volvió a mirar a Bone con inquietud.

Cash se volvió hacia el cuerpo de la cantante. —Ay, ay. Si es Dee Dee, como dicen, iba a encabezar el concierto de la Semana Cívica el próximo fin de semana —negó con la cabeza.

—No me lo puedo creer.

—Me temo que no. La ciudad se va a romper el corazón. Con toda la esperanza y el futuro que tenía, y aquí está, tirada en un arroyo embarrado, todo acabado, como un animal indefenso, sacrificado.

—¿Qué hacía tan lejos de todo esto? Walker intentó desviar a Cash de otra de sus crisis existenciales.

—¿No les enseñó un agente el reguero de sangre?

—No —dijo Walker.

—Al salir, pídanlo a alguien del equipo. Hay gotas de sangre y marcas de arrastre por toda la carretera. Parece que o bien la persiguieron o la arrastraron hasta aquí, donde el agresor la acorraló y la mató.

—Vale, le echo un vistazo. Mantenednos al tanto —dijo Walker.

—Os mando las fotos de recuerdo de la escena en cuanto pueda —asintió Cash y volvió con sus hombres.

Walker sorteó el arroyo y regresó a la carretera para buscar a Bone.

—¿Dónde está? —murmuró mientras se quitaba deprisa el equipo de protección. Se acercó al agente del cordón.

—¿Ha visto al inspector jefe Bone? —preguntó.

—Allí —dijo el agente. Señaló el Saab.

Bone estaba sentado en el asiento del conductor.

—Gracias —le tendió el fardo del equipo.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Walker, subiéndose al asiento del acompañante junto a él.

Bone siguió mirando fijamente al frente.

—¿Estás bien? —apremió ella.

—Entre seis y diez horas —dijo por fin Bone.

—¿Cómo?

—Cash ha dicho que murió hace entre seis y diez horas. Llamó al nueve-nueve-nueve por entonces.

—Sí, lo sé.

—Brody me llamó anoche y yo lo despaché como una broma. Dije que serían unos críos echándose unas risas. Debería haber ordenado un equipo de respuesta.

—Acudieron agentes al lugar y no encontraron nada —dijo Walker.

—Probablemente llegaron demasiado tarde. Si hubiera actuado antes, a lo mejor seguiría viva.

—Esto no es culpa tuya, jefe.

—Pues así es como se siente, joder.

Walker soltó un suspiro. —Últimamente el centro de llamadas está plagado de bromistas. Parece ser la moda del momento, la ocurrencia de unos jóvenes idiotas. Estoy segura de que una unidad de respuesta no habría llegado más rápido que los dos agentes. Y aún no está confirmado que sea ella.

—La has reconocido.

—Vale, pero a mí esto me suena a que probablemente ya estaba muerta cuando llamó al nueve-nueve-nueve, si me entiendes.

Bone suspiró.

—Jefe, esta es la naturaleza de nuestro trabajo. Tenemos que tomar estas decisiones todos los malditos días. Actuamos según nuestro juicio profesional, y somos humanos. Quien hizo esto estaba claramente empeñado en acabar con la vida de Dee Dee, y no había nada que tú ni el cuerpo pudieran hacer al respecto.

—No ha sido suficiente —negó con la cabeza Bone.

—A ojos del mundo, casi nunca es suficiente. Pero nosotros sabemos que damos el máximo. Tú das el máximo, y eso es lo que de verdad importa.

Bone miró a su compañera y sonrió. —Vaya encanto de cojones, ¿eh?

—Yo solo tiro a por un café. Te toca invitar, por cierto.

—Vale, volvamos a comisaría. ¿Puedes llamar al equipo y ponerlos al día?

—El equipo de criminalística ha encontrado algo de sangre en la carretera ahí arriba. Déjame echarle un ojo. ¿Vienes?

—Dame un minuto —dijo Bone con un suspiro.

Ella se bajó, sacó el móvil del bolsillo del mono y luego se volvió y llamó con los nudillos a la ventanilla. —¿Menciono a Dee Dee?

—Hagámoslo cara a cara —respondió Bone.

—Vale.

Siguió hacia un grupo de agentes de criminalística arrodillados junto a la cuneta.

Cuatro

Cuando Bone y Walker regresaron a la comisaría, la sala de incidentes bullía de actividad. Incluso Mullens estaba en su mesa, machacando las teclas del ordenador.

—Muy bien, todo el mundo, acercaos —dijo Bone.

El equipo dejó lo que estaba haciendo.

—Bien, para confirmar: a las ocho cuarenta y ocho de esta mañana, dos obreros han encontrado el cuerpo de una mujer blanca, de unos veintipocos, bajo el puente de Devilback, a las afueras del pueblo de Kingsburn. El cuerpo había sido brutalmente golpeado, con cortes y moratones importantes visibles en extremidades y rostro, y una tira de banderines estaba enrollada alrededor del cuello de la víctima, lo que sugiere estrangulamiento. Sin embargo, también hay una herida punzante en la parte baja de la caja torácica que indica una posible puñalada, quizá mortal, pero el de negro aún tiene que confirmarlo. Además, el meñique de la mano izquierda de la víctima había sido amputado y parece que se lo han llevado de la escena.

—Qué putada —dijo Mullens.

—¿Alguna identificación ya? —preguntó la sargenta detective Baxter.

Bone se apretó la cicatriz de la frente. —Tened en cuenta que el cuerpo no ha sido identificado formalmente, pero... ¿Rhona? — Asintió para que continuara.

—Estoy casi segura de que el cuerpo es el de Deborah Dee —dijo Walker.

—¿Qué? ¿La cantante, Dee Dee? —preguntó Harper.

—Me temo que sí —dijo Walker—.

—Joder —exclamó Mullens—. La ciudad va a quedar hecha polvo. Es la niña bonita de todo el mundo.

—Por eso tenemos que mantener esto bien atado hasta que tengamos más de la científica —intervino Bone.

—¿No iba a cantar en la gala de la Semana Cívica? —preguntó Mullens.

—Como cabeza de cartel, para ser precisos —añadió Harper.

Mullens suspiró. —Es una tragedia de las gordas. No es nada mala, la verdad. A Sandra le encanta —dijo—.

—Vale, ¿qué tenemos hasta ahora? —preguntó Bone, haciendo avanzar las cosas.

—El nueve-nueve-nueve recibió una llamada de una mujer que decía ser Dee Dee el domingo a las 23:23 —dijo Baxter—. Hablé brevemente con la operadora de guardia que atendió la llamada, y dijo que la mujer afirmaba que la estaban amenazando de muerte.

—¿La operadora dijo algo sobre llamadas falsas? —Bone miró a Walker de reojo.

—Sí —confirmó Sheila—. Dijo que le pareció oír risas de fondo, se mosqueó un poco y, como Dee Dee era famosa, lo puso en duda, pero la llamada se cortó. He solicitado la grabación, que debería llegar a mi bandeja de entrada en breve. Además, el teléfono usado era un prepago sin propietario registrado.

—Entonces, ¿había serias dudas sobre la autenticidad de la llamada? —preguntó Walker—.

—Eso parece, sí, pero por rutina se envió un coche patrulla a investigar —dijo.

—¿Y cuándo fue eso? —preguntó—.

—Espera —Baxter volvió a su mesa—. A las doce y nueve de la madrugada.

—¿Cuarenta minutos después? —dijo Bone.

—Por lo visto fue una noche movida. Las patrullas estaban liadas con varios incidentes —respondió.

—¿Algo más? —preguntó.

—Es todo lo que he averiguado hasta ahora —replicó Baxter.

—Hay algo —dijo Bone—. Hablé con Brody más tarde esa noche sobre el incidente. Me explicó lo que había pasado y le ordené que lo mantuviera en silencio hasta la mañana, porque poco más podíamos hacer. Con el tiempo, quizá no fue la decisión más sabia —suspiró.

—Ni con el tiempo ni leches. Tomó la decisión correcta, señor —dijo Mullens—. Todos habríamos hecho exactamente lo mismo. La operadora pensó que era una broma y los de uniforme no encontraron nada. Punto.

El equipo asintió, de acuerdo.

—¿Alguien ha hablado ya con los agentes de guardia? —preguntó Walker, reconduciendo la conversación—.

—No, pero es fácil —dijo Mullens—. Me pongo con ello ahora mismo, si queréis.

—¿Y qué hacían los obreros bajo el puente? —preguntó Harper—.

—Al parecer, a echar una meada —dijo Walker—.

—Me ocupo —dijo Harper—.

—Y necesitamos averiguar todo lo posible sobre la probable víctima —dijo Bone, todavía rumiando los «y si...»—.

—Sé que es una chica de Kilwinnoch, de toda la vida, y que saltó a la fama hace un par de años, tras ganar un talent show de la tele —dijo Mullens—.

—Pareces saber bastante de ella, Mark. ¿Eres muy fan? —dijo Harper con una sonrisa—.

—Yo no, es mi mujer, que está como una cabra con toda esa mierda de famoseo. Pero, eh, siendo de las nuestras, puede que viera algo —dijo—.

—Creo recordar algo de cuando ganó. ¿No montó el pueblo algún tipo de celebración? —preguntó Baxter—.

—Oh, sí —continuó Mullens—. La pasearon en un autobús de dos pisos descubierto por la ciudad y cantó su canción ganadora en Burngreen Park. Miles salieron a verla.

—Me lo perdí por completo —dijo Bone—.

—Bueno, probablemente estabas en el hospital, jefe, ya sabes, después de que Bonzo te volara por los aires —replicó Mullens con poco tacto—.

—Eso lo explica —dijo Bone, poniendo los ojos en blanco—. ¿Algo más?

—¿Sabíais que tenía que actuar en la gala de la Semana Cívica este sábado? —preguntó—.

—Sí, Rhona me ha soltado la bomba en el coche —dijo—.

—También es una videobloguera bastante famosa —dijo Harper—.

—Sí, Sandra ve esa basura día y noche, a todas horas —dijo Mullens—.

—¿Una qué? —preguntó Bone—.

—Una videobloguera. Ya sabes, donde los famosos hablan de su día a día y endosan productos, ese rollo —explicó Harper—.

—Quiero decir, ¿a quién en su sano juicio le interesa lo que come alguien a cada minuto del maldito día? —interrumpió Mullens—.

—Suena a algo que se te daría bien, Mark —dijo Baxter—.

—¿Te lo imaginas? —dijo Harper—.

—Prefiero no hacerlo —hizo una mueca Bone—. Si estaba grabando su día a día en esas cosas, merece la pena echarles un vistazo. ¿Puedes encargarte, Will?

—Sin problema —respondió—.

—¿Y qué hay de la Semana Cívica y la gala? Esa guirnalda de banderines me tiene seriamente preocupado —continuó Bone—.

—Lo único que sé es que es el sábado y que la Semana Cívica ha empezado hoy —dijo Baxter—.

—¿Cómo podías no enterarte, jefe? —dijo Mullens—. La ciudad está cubierta de banderas y pancartas, y hay carteles en cada farola y escaparate.

—Ya no vivo aquí, ¿te acuerdas? —replicó Bone—. Bien, Will y Mark, id a entrevistar a los albañiles y ved si se les ha pasado algo al equipo de respuesta. Sheila, ¿puedes hurgar en la vida personal y profesional de Dee Dee y ver qué encuentras?

—En realidad, antes he echado un vistazo rápido por la red —interrumpió Harper—. Parece que está en una especie de bronca con

su padre y hay un montón de chismorreos sobre su relación con su novio, Tusk.

—¿Tusk? —preguntó Walker.

—Ese es su nombre, por lo visto, y según los tabloides es un tanto chico malo, el típico sexo, drogas y rock and roll.

—He leído que es abusivo, un infiel en serie y que le gusta empolvarse la nariz —dijo Walker.

—Sí, ese es el tipo de indeseable al que a los tabloides les gusta llamar chico malo —añadió Harper.

Walker suspiró.

—Vale, en cuanto tengamos una identificación positiva, que parece inevitable, tendremos que entrevistar a los dos —dijo Bone—. ¿Algo más?

—Estaba contratada para cantar en el concierto de gala el sábado que viene, el día veinticuatro. Los organizadores y el ayuntamiento lo vendían como su espectáculo de regreso a casa.

—¿Por qué regreso a casa? ¿Dónde ha estado?

—En Estados Unidos, intentando hacerse un hueco allí, por lo visto —dijo Harper.

—Entonces debe de tener un mánager de primera, ¿no?

—Eso creo, pero aún no he llegado a ese punto de mi rebusca.

—¿Y qué hay de sus movimientos esa noche o en los días anteriores, o de la gente con la que pudo estar, hablar o en quién confió sobre quién podría estar amenazándola?

—Estamos en ello, jefe —dijo Baxter.

—Curioso que fuera de prepago —se metió Harper—. ¿Por qué iba Dee Dee a usar uno de esos?

—¿Cuestiones de privacidad, quizá? Los peligros de la fama y todo eso —sugirió Baxter.

Bone se volvió hacia Walker. —Te veo en recepción en veinte minutos.

—Vale, ¿adónde vas?

—Al super —dijo Bone—. Y permitidme recordaros que, por ahora, estamos ante una muerte misteriosa de una mujer no identificada. Esto va a causar ondas de choque por el pueblo, y por todo el país, así que mantengámoslo tapado y a las ratas de

alcantarilla a raya un poco más, por favor, hasta que hayamos establecido algunos hechos.

—Jefe —respondió el equipo.

Bone se marchó.

—Adelante —llamó el detective superintendente Gallacher desde el otro lado de la puerta de su despacho—. ¿Qué está pasando en Kingsburn? Me han dicho que Cash y su escuadrón de la muerte están allí ahora.

—Han encontrado un cadáver bajo el puente Devilback.

—Ay, Cristo. Justo cuando pensaba que quizá nos librábamos con una Semana Cívica tranquila. Ya sabía que era demasiado bonito para ser verdad. ¿Tiene pinta de asesinato?

—Creo que sí. Cash aún tiene que confirmarlo, pero a la mujer la han atacado y estrangulado claramente.

—Será mejor que se siente, entonces.

Gallacher bajó la vista al escritorio y pasó adrede el dorso de la mano por la esquina más alejada, dando un manotazo a alguna mota de polvo invisible.

Bone ocupó la silla de enfrente.

—Entonces, ¿tenemos ya hora de la muerte?

—Anoche, cerca de medianoche. La mujer llamó al nueve-nueve-nueve para informar de que la estaban atacando. Se envió un coche patrulla a investigar, pero los agentes de servicio no vieron nada sospechoso. No la encontraron hasta que dos albañiles se toparon con ella esta mañana.

—Justo lo que nos faltaba —dijo Gallacher.

—Y eso no es todo —interrumpió Bone—. Aunque estamos a la espera de la identificación formal, creemos que la víctima es la cantante y celebridad local, Dee Dee.

—Dios santo. Estará bromeando —dijo Gallacher, echando la silla hacia atrás y poniéndose en pie—. ¿Nuestra estrella del espectáculo de la Semana Cívica?

—Sí —respondió Bone.

—Si es Dee... ¿Cómo se llama?

—Dee Dee.

—Esto va a trastornar a mucha gente. Una mujer asesinada ya es bastante malo, pero una celebridad asesinada... hablamos de histeria pura y dura.

Infló las mejillas y se alisó el pelo, demasiado lacado. Alzó la vista.

—¿No se supone que iba a actuar en el concierto de gala del pueblo el sábado?

—Sí, así era.

—Ay, Cristo.

—He dicho al equipo que, de momento, lo mantenga bien cerrado —respondió Bone—. Hay algo más.

—Por favor, no me diga que va a peor.

—Anoche me llamó el sargento Brody, a raíz de la llamada al nueve-nueve-nueve.

—¿Y?

—Se envió un coche patrulla allí, pero los agentes de guardia no encontraron nada y la operadora informó de la llamada como posible broma, así que le dije que lo dejara hasta la mañana y que no se molestara en activar al equipo de respuesta.

—¿Y cuál es su problema? —dijo Gallacher.

—Mi problema es que me siento responsable de la muerte de esa mujer.

—¿Cómo llega a esa conclusión? Siguió los procedimientos e hizo un juicio basándose en la situación tal y como era.

Miró a Bone, que se frotó la cicatriz de la sien.

—No sea capullo, Duncan.

—¿Cómo?

—Sé adónde quiere ir con esto, y ese camino lleva al infierno.

Bone se encogió de hombros.

—Lo digo en serio. No vaya por ahí.

—Sí, señor.

—Pero gracias por ser franco al respecto.

—Sabía que, de una forma u otra, se iba a enterar, así que... —Bone sonrió.

—Entiendo por qué está preocupado, pero, sinceramente, si nos ulceráramos el estómago por cada decisión que tomamos, acabaríamos todos como usted —bromeó Gallacher—. Relájese. Hizo lo correcto.

Se acercó a la ventana y se quedó mirando al aparcamiento.

—Tendremos que pensar qué decimos a la prensa cuando llegue el momento. McKinnon y sus sanguijuelas se nos van a echar encima como una plaga de forúnculos en la polla.

—Horrible —replicó Bone.

—Veamos adónde nos lleva la investigación y manténgame al tanto.

—Así lo haré, señor.

Bone se levantó.

—Y, Duncan —lo llamó Gallacher cuando Bone llegó a la puerta—, recuerde lo que le he dicho.

Se dio unos golpecitos en la sien.

Con un asentimiento, Bone cerró la puerta tras de sí.

Cinco

De vuelta en recepción, Walker estaba hablando con dos jóvenes junto al mostrador.

—Señor, esta es Jean Jarvie y este es Sam Muirhead. Son amigos de la cantante Dee Dee, ¿es así? —dijo. Luego se volvió hacia la pareja, que tenía gesto preocupado.

Ambos asintieron.

—Han venido porque están preocupados por el paradero de la señora Dee.

—No me contesta a las llamadas y ayer no apareció para nuestra tarde de compras —dijo la chica, con el rostro pálido.

—A mí me pasa lo mismo —añadió enseguida su amigo.

—Vale, vamos a algún sitio un poco más cómodo —dijo Bone. Se inclinó sobre el mostrador e hizo un gesto a Brody, que estaba otra vez en la trastienda con el teléfono.

—Perdón, señor —dijo Brody, y volvió al vestíbulo.

—¿Todo bien? —preguntó Bone.

—Otra falsa alarma —dijo Brody con una sonrisa.

—¿Podrías acompañar a la señora Jarvie y al señor Muirhead a la... eh... sala de familiares? —dijo, conteniéndose de usar la palabra duelo—. ¿Os gustaría tomar té o café?

—Quizá solo un vaso de agua —dijo la chica, descompuesta, con las lágrimas al borde.

Brody los condujo por la puerta de seguridad, y Bone se volvió hacia Walker.

—De momento lo trataremos como un caso de persona desaparecida —dijo.

—Por supuesto —respondió Walker.

Juntos siguieron a Brody y a la pareja por el pasillo.

En la sala de familiares, los dos amigos se sentaron juntos en un sofá pequeño. La chica tironeaba, nerviosa, del bajo de la falda. Walker y Bone arrimaron las dos butacas que quedaban.

—Soy el inspector jefe Bone y esta es la inspectora detective Walker —dijo Bone—. Quizá podrían contarnos cuándo empezaron a preocuparse por ella.

—Está bien, ¿verdad? —preguntó la chica, antes de que Bone pudiera acabar, con el labio inferior tembloroso.

—Si pudieran empezar por ahí —apremió Bone.

—Se suponía que iba a venir a mi casa a tomar algo el sábado por la noche —dijo el joven—. Todos los meses, cuando está en casa, vemos juntos *The X Factor*, o algo parecido cuando no lo emiten. Pero no apareció.

—¿Tenía por costumbre hacer eso? —preguntó Walker.

—Nunca. Sí, a veces cancela cosas porque su vida ahora está un poco loca, pero siempre me avisa.

—Entonces, ¿cuánto tiempo hace que conocen a la señora Dee? —preguntó Bone.

—Dios, íbamos a la misma clase en primaria. Toda la vida, en realidad. Somos uña y carne, los tres. Miró a su amiga, que se enjugó los ojos.

—¿Para usted es igual, entonces? —preguntó Bone.

La señora Jarvie asintió.

—Ella me llama Little Jeanie. Ya sabe, como la canción —dijo la chica, y volvió a sollozar en voz baja.

—No pasa nada —dijo Walker, y, inclinándose, le ofreció a la chica una caja de pañuelos.

—¿Qué hicieron cuando no se presentó? —prosiguió Bone.

—Llamé a Jean, ¿A que sí? Y te pregunté si habías sabido de ella.

Jean volvió a asentir y se secó los ojos con un pañuelo.

—¿Y después? —insistió Bone.

—Llevaba más de una semana sin ponerse en contacto —dijo Jean—. No le di muchas vueltas porque sé lo ocupada que está, pero cuando llamó Sam me preocupé, aunque pensé que la vería el domingo y que todo estaría bien.

—¿El domingo? —preguntó Walker.

—Íbamos a grabar otro de nuestros vídeos de compras para su programa. Lo hablamos cuando estaba en Estados Unidos, y me dijo que estaba deseando volver a casa y ver a sus colegas —el rostro se le volvió a descomponer.

—A mí igual. Hicimos una videollamada los tres juntos, ¿te acuerdas? —añadió Sam.

—Eso es, sí —confirmó Jean.

—¿Cuándo dice otro, con qué frecuencia hacían esos vídeos? —preguntó Walker.

—Antes los hacíamos todos los días. Yo era su compañera en el vlog en los primeros tiempos, pero cuando conoció a Tusk, todo cambió por completo —se sonó la nariz.

—¿Por qué?

—Es un poco controlador —respondió Sam.

—Es más que eso, es un maltratador y un capullo —replicó Jean y dejó escapar un suspiro tembloroso—. Nos impide verla. Cree que le damos mala influencia. ¡Gilipollas! —soltó, cada vez más enfadada.

—¿Dónde iban a verse para esa tarde de compras? —preguntó Walker, haciendo que siguieran.

—En Edimburgo. Esperé en Waverley dos horas. Estaba tan preocupada que te llamé, ¿verdad? —le dio un codazo a Sam.

—Sí, y entonces decidimos que teníamos que hablar con ustedes —dijo Sam.

—Entonces, ¿cuándo fue la última vez que vieron a la señora Dee? —preguntó Bone.

—Ha estado en Estados Unidos dos meses, así que debió de ser en abril o mayo. ¿A que sí?

Sam asintió.

—Hemos hecho un par de videollamadas desde entonces, pero solo de unos minutos, mientras Tusk no estaba —prosiguió Jean.

—¿Y en esas videollamadas, cómo la veían? —preguntó Walker.

—En apariencia estaba como siempre, feliz y sonriente, pero se le notaba que pasaba algo.

—¿En qué sentido?

—Estaba nerviosa, a la que salta, ya sabes. Le pregunté si estaba bien y me dijo que la gira por Estados Unidos no iba muy bien y que estaba muy nostálgica de casa, pero yo creo que ese cabrón le estaba haciendo la vida imposible. Y ese mánager suyo lo permite, incluso lo fomenta, porque así la mantiene en la prensa sensacionalista y él gana aún más dinero, exprimiéndola como la está exprimiendo.

—¡Jean! —interrumpió Sam—. Venga, eso no lo sabes a ciencia cierta.

—Te digo que está metido en todo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Bone.

—Ella nunca tiene un duro. Cuando salimos siempre me pide dinero —levantó la vista hacia los detectives—. Quiero decir, ¿cómo puede ser si vende miles de discos, su vlog tiene millones de seguidores y el año pasado tuvo dos éxitos en el Top Ten?

—Entonces, ¿de qué forma le estaba haciendo la vida imposible ese Tusk a la señora Dee? —preguntó Walker.

—Discuten mucho, ya sabe, broncas monumentales. Luego hacen las paces y vuelve a ser todo miel sobre hojuelas. Tiene algún tipo de control sobre ella.

—Cuando dice discutir, ¿se refiere a que hay violencia física?

—Estoy bastante segura de que sí —respondió Jean.

—Por favor, Jean, eso es de oídas. No deberíamos meterle en un lío así —volvió a intervenir Sam.

—Mira —dijo Jean y, abriendo el bolso, sacó el móvil.

—No se lo enseñes. Venga ya —suplicó Sam.

—Hace como un mes la llamé por vídeo y lo grabé sin querer.

Sam negó con la cabeza. —Esto es una locura.

Toqueteó la pantalla, localizó el archivo y pulsó el botón de reproducción, girando el teléfono para que los detectives pudieran

verlo.

—Es muy corto. Me dijo que estaba demasiado ocupada para hablar.

La grabación empezó y subió el volumen. La pantalla se iluminó y, en el vídeo, apareció un dormitorio desordenado y vacío, con mantas colgando por el lateral de una cama king size y ropa esparcida por todo el suelo.

—¿Dónde es esto?

—Creo que es un hotel pijo de Nueva York. Ella no es la persona más ordenada del mundo —sonrió—.

—Hola, Debs —dijo la señora Jarvie desde el diminuto altavoz—. ¿Estás ahí?

Se oyó un golpe sordo y un estrépito, y Dee Dee apareció un instante en la pantalla. Saludó con la mano a toda prisa y se apartó de lado.

—¡Holaaa! —respondió Dee Dee alegremente—. Perdona, cariño, no puedo hablar ahora. Llego jodidamente tarde a una reunión. Mi representante me va a matar —continuó su voz desmaterializada.

—Solo quería comprobar que estás bien. Hace un tiempo que no sé de ti —dijo Jean.

—Ay, perdona, cariño. Ya sabes, ahora mismo todo está loco —volvió a aparecer en pantalla—. Mira, me tengo que ir pitando. Te llamo en un par de días, ¿vale? —se tapó un lado de la cara con la mano.

—Dios mío, ¿qué te ha pasado? —dijo Jean al ver un enorme moratón granate asomar por detrás de la palma.

—¿Esto? Qué vergüenza —dijo Dee Dee, bajando la mano para mostrar la lesión—. Iba tan borracha que me caí subiendo las escaleras y me di con el escalón en la cabeza. Solo yo podría caerme subiendo las escaleras y no bajando —sonrió y dio unas palmaditas al hematoma que le iba desde lo alto del pómulo hasta la línea del pelo—. Mi representante está que trina conmigo. Tenía que hacer una sesión de fotos y la ha tenido que aplazar.

—¿Has ido al médico? Tiene muy mala pinta —dijo Jean.

—Nah, estoy bien; muerta de vergüenza, pero bien, y Al me ha conseguido una maquilladora fabulosa que lo puede tapar de

maravilla.

—¿Dónde está Tusk? —preguntó Jean.

—Fuera —dijo Dee Dee con brusquedad—. Mira, de verdad tengo que volar. Hablamos la semana que viene, ¿sí?

—Vale, cuídate. Te quiero —respondió Jean.

—Yo también, pequeña Jeannie —Dee Dee sonrió de oreja a oreja, y la pantalla se quedó en negro.

—Estoy segura de que ha sido él —dijo Jean.

—Ella misma ha dicho que se cayó por las escaleras, Jean —intervino Sam.

—¿De verdad te crees eso? —preguntó Jean negando con la cabeza—. Típico de hombres.

—¿Sigue Tusk en Estados Unidos o volvió con ella? —preguntó Walker.

—No la deja ni a sol ni a sombra, así que supongo que ha vuelto a Escocia —dijo Jean.

—¿Y el representante?

—Supongo que también estará aquí, porque empieza una gira por el Reino Unido en unas semanas, después de su bolo de la Semana Cívica.

—¿Dónde se queda cuando vuelve a Kilwinnoch?

—Su discográfica le alquila una de esas casitas pijas de Kincaid House. Les gusta porque el complejo hotelero es privado y mantiene a los paparazzi a raya, pero a ella no le gusta nada estar allí arriba.

—¿Por qué? —preguntó Bone.

—No se siente cómoda con todo ese rollo de la fama y el dinero, ¿sabes?

—¿Y es probable que Tusk esté allí?

—Hemos subido esta mañana para comprobar si quizá se estaba escondiendo ahí o lo que fuera, pero el imbécil de recepción no nos dejó pasar —hizo una mueca Jean.

—¿La señorita Dee tiene algún familiar en Kilwinnoch o cerca?

—Solo su padre. Sus padres se divorciaron hace unos años y luego su madre murió. Cuando se harta, a veces se esconde en el piso de su madre.

—¿Dónde está?

—¿Conoces el bloque de la torre en Braeburn Lock?

—Es bastante chungo, ¿no? —dijo Walker.

—Los vecinos de allí dejan en paz a Debs, porque la conocían de años antes de que fuera famosa. Por eso le gusta. Un poco de normalidad. Aunque dudo que esté allí. No creo que Tusk ni su representante la pierdan de vista.

—¿Tienes el número del piso? —preguntó Bone.

—Cuarenta y tres, tercera planta.

—¿Y no tiene hermanos?

—No, su padre siempre le decía que ya era suficiente error como para repetir.

—Encantador.

—No se hablan desde el funeral de su madre. Él fue quien vendió la casa y se quedó con todo el dinero tras el divorcio. Su madre no vio ni un duro. Da la impresión de que Debs está rodeada de hombres horribles en su vida.

—¡Eh! —intervino Sam.

—Excepto tú, Sam, pero no te vemos así, la verdad.

—Gracias, supongo —Sam puso una cara.

—De acuerdo, muchísimas gracias. Todo eso nos viene muy bien —dijo Walker—. Antes de que os vayáis, ¿podríamos tener una copia del vídeo que nos habéis enseñado?

—Sí, por supuesto. Puedo enviároslo, si queréis.

—Puede que sea más fácil descargarlo ahora mismo mientras estáis aquí. Solo llevará un par de minutos.

—Claro, sí —aceptó Jean—. —El código son cuatro ceros —le entregó el móvil a Walker.

—Os veo en recepción en un par de minutos —dijo Walker y se marchó.

—¿Nos avisaréis en cuanto sepáis algo? —preguntó Jean a Bone.

—Por supuesto, y si se os ocurre cualquier otra cosa, por pequeña o trivial que sea, llamadme, ¿de acuerdo? —dijo Bone, entregándole su tarjeta.

—¿Creéis que está bien, verdad, y que nos estamos preocupando por nada? —dijo Sam.

Os mantendremos informados.

Bone acompañó a las dos amigas de vuelta al vestíbulo.

Cuando Walker volvió con el teléfono y ellas se hubieron ido, Bone se volvió hacia su compañera.

—Creo que necesitamos tener unas palabras con ese tal Tusk.

—¿Qué clase de nombre es ese? —se encogió de hombros Walker.

—A mí me suena a capullo.

—Pero vaya moratón —añadió Walker.

—Al tipo no parecían entusiasmarle las acusaciones de la chica, de todos modos.

—Sea lo que sea, está turbio.

—Como siempre —sonrió Bone—. Y hablando de capullos, el representante no suena mucho mejor tampoco.

—Oferta 2x1 —replicó Walker.

Bone se inclinó sobre el mostrador y llamó otra vez a Brody.

—¿Podrías pedirle a la sargenta detective Baxter que averigüe lo que pueda sobre el novio de la señorita Dee, un tal Tusk?

—¿Tusk? —puso Brody una cara—. ¿Qué clase de nombre es ese?

Bone miró de reojo a Walker.

—¿Estamos hablando de apellido o sus padres tarados le pusieron el nombre por ese disco tan mierda de Fleetwood Mac?

—Creo que es solo Tusk —confirmó Bone.

—Vale —Brody negó con la cabeza, incrédulo.

—¿Podrías llamar a la sala de incidentes y decirle al sargento detective Mullens que, cuando acaben con los albañiles, se acerquen a los pisos de Braeburn Lock y echen un vistazo al escondite de la víctima?

—De acuerdo —Brody volvió a la trastienda.

—Will tiene las grabaciones y se encargará de los demás cuando vuelva.

—Bien. ¿Kincaid House? —Bone señaló la puerta principal.

—Y todavía ni rastro de un mísero grano de café —suspiró Walker.

Se dirigieron al coche.

Seis

Kincaid House, una mansión georgiana de cinco estrellas reconvertida, estaba en la finca Lennox, a las afueras del pueblo de Campsie Fells. Cuando Bone metió el Saab por el largo camino que serpenteaba por los terrenos, Walker negó con la cabeza.

—¿Quién era el que compró esto otra vez? —preguntó.

—Algún conglomerado de fondos de cobertura de Estados Unidos. Alucinante que tres pijos forrados de Nueva York puedan ser dueños de un cacho de los Campsies. —La casa apareció al coronar la suave loma, con su plétora de ventanas resplandeciendo riqueza —. Ahí la tienes —dijo.

El Saab siguió avanzando entre una hilera pulcra de árboles que dirigían la mirada hacia el espectáculo que tenían delante.

—Me pregunto cuánto costará una habitación —dijo Walker.

—Me temo que está por encima de nuestro sueldo. —Bone entró en el aparcamiento cubierto de grava y en una de las plazas reservadas.

—Ahí pone Encargado nocturno —dijo Walker, señalando el cartel de la entrada.

—Somos policías. ¿De verdad crees que se van a poner a discutir por discutir? —replicó Bone—. Y, de todos modos, son solo las once y media. El encargado nocturno seguirá en la cama.

—¿Y los dueños pueden irse a la mierda? —dijo Walker con una sonrisa.

—Sobre todo eso —se rió Bone.

Al bajar, alzaron la vista hacia el monolito de piedra rojiza, intensamente iluminado, que se alzaba sobre ellos.

—Después de usted —dijo Bone.

Subieron el corto tramo de escaleras y entraron.

El vestíbulo, de falso estilo georgiano, estaba casi en completo silencio. Un alto reloj de pie junto a la entrada marcaba suavemente el tiempo, con su péndulo gigante oscilando despacio dentro de su vitrina de cristal y caoba perfectamente pulida.

—Esto parece un tanatorio —susurró Bone a Walker.

Un recepcionista impecablemente arreglado, encaramado tras un mostrador de madera maciza del tamaño de un Range Rover, alzó la vista al oírlos entrar.

—Buenos días, señor. Buenos días, señora. ¿Puedo ayudarles? —preguntó con una voz pulida hasta una banalidad perfectamente articulada.

—Buscamos al señor... —Bone se detuvo y miró a Walker.

—¿Tusk? —terminó Walker la frase de Bone.

—¿Cómo dice? —replicó el recepcionista con una sonrisa retocada al aerógrafo.

—El apartamento de la señorita Dee Dee —dijo Bone.

—Me temo que no tenemos a nadie con ese nombre alojado aquí. —Hizo una pausa y les pasó a los detectives la vista de arriba abajo—. ¿Tienen reserva? El hotel es solo para huéspedes y...

Los detectives le cortaron mostrándole sus acreditaciones colgadas al cuello.

—Soy el inspector jefe Bone, y esta es la inspectora detective Walker. ¿Podría acompañarnos al apartamento de la señorita Dee, por favor?

El recepcionista tosió y carraspeó, como si se atragantara con su propia pomposidad.

—¿Quiere que le traiga un vaso de agua, Andrew? —preguntó Bone, al fijarse en la placa con el nombre en la solapa de su impecable traje negro.

El recepcionista negó con la cabeza y, tras un par de respiraciones profundas, se repuso.

—Estoy... eh... terriblemente apenado. No me di cuenta de que eran agentes de policía —respondió el recepcionista, nervioso—. Me han pillado por sorpresa. Por supuesto, sí, voy a llamar a su apartamento y luego les muestro el camino.

—Quizá podría simplemente llevarnos usted.

—Desde luego —dijo el recepcionista, y, deslizándose alrededor de su mesa, se marchó por la recepción hacia un segundo salón igual de señorial, salpicado de muebles tapizados y de cuero, con una enorme chimenea de rincón y una reluciente barra de latón y madera oscura que ocupaba toda la pared del fondo. Un anciano dormía en una de las butacas, mientras un par de mujeres de pelo plateado, demasiado arregladas, estaban encaramadas a taburetes charlando con un barman muy expresivo que mezclaba un cóctel.

—Residencia de ancianos para oligarcas —dijo Bone, lo bastante alto para que el recepcionista lo oyera.

Las mujeres de la barra se volvieron, fruncieron el ceño y luego siguieron haciéndole carantoñas al apuesto jovencito que habían atrapado en su red.

—Los apartamentos están al fondo de los jardines de la Casa. Me temo que hay que caminar un poco —dijo el recepcionista, y giró a la derecha por un invernadero y salió a un césped cuidado del tamaño de un campo de críquet, rodeado de parterres frondosos y coloridos y de árboles enanos ya crecidos.

Cruzaron el césped pasando junto a un grupo de tumbonas y avanzaron hacia una fila ordenada de coníferas italianas.

—Por aquí. El recepcionista desapareció por un sendero entre los árboles. Al otro lado, una hilera de casitas discurría por la cresta de una pendiente empinada.

—¿Son esas? —preguntó Bone.

—Sí. Probablemente le parezcan bastante pequeñas. Muchos huéspedes llegan hasta aquí con la decepción pintada en los ojos, pero no todo es lo que parece —dijo con picardía.

Bone le dedicó una sonrisa a Walker.

—La señorita Dee ha alquilado todos los apartamentos durante su estancia —dijo el recepcionista.

—Vaya, eso debe salir por un pico —dijo Walker.

—Su empresa de representación se ocupa de todo eso. Creo que a la señorita Dee le gusta la privacidad que ofrecen nuestros apartamentos.

—Hemos entrado en coche. No había nadie en la garita —dijo Bone.

—Tenemos sistemas de seguridad de última generación que registran las matrículas al entrar y hay cámaras por toda la finca. Nos gusta mantener las cosas con la máxima discreción, pero cualquier intrusión se gestiona en cuestión de segundos.

—Supongo que para eso pagas —dijo Walker con sarcasmo.

—Exacto —replicó el recepcionista, sin captar el tono. Se detuvo en la primera puerta. —Creo que está en la número uno. Golpeó suavemente el llamador de plata pulida. Lo intentó de nuevo, esta vez un poco más fuerte.

—Como le decía, no creo que esté...

Se oyó un golpe fuerte al otro lado y la puerta se abrió de par en par.

—Ya le dije que hoy no necesito servicio de habitaciones... —El hombre se detuvo al ver a los dos detectives mirándole—. ¡Oh! —Aparte de un antifaz de dormir que le colgaba peligrosamente de una oreja, el hombre estaba completamente desnudo. Bajó la vista cuando el aire fresco le golpeó la piel expuesta.

—Mierda, perdón —dijo, y cerró la puerta.

—¿Ese es Tusk? —preguntó Bone al recepcionista.

—Creo que sí.

—De nombre Tusk, ¿eh? —dijo Walker con una sonrisa.

—Lo siento muchísimo. Creo que no se ha dado cuenta.

—O quizá le da igual —dijo Bone.

La puerta se abrió de nuevo y Tusk llevaba ahora un albornoz, con el cinturón mal anudado a la cintura. El antifaz también había desaparecido.

—¿Quiénes sois? Si es por el ruido de anoche, lo bajé no mucho después de que llamaras, así que venga, pegadme un tiro ya mismo. Alzó los brazos y el albornoz se le abrió de golpe.

—Mierda, joder —volvió a maldecir.

—Inspector jefe Bone e inspectora detective Walker, de la comisaría de Kilwinnoch. ¿Es usted el señor Tusk?

—Jesucristo, ¿habéis llamado a la poli, de verdad? ¿Por poner la música alta? Pensaba que esto era de puto cinco estrellas. ¡Dios bendito! A ver, que la bajé cuando lo dijiste, bueno, quizá una hora después, pero hice lo que pedías.

—No venimos por ninguna queja, señor. ¿Podríamos hablar un momento?

Tusk se rascó el enredo de pelo negro encaramado en lo alto de su cabeza como un nido de cuervos. —¿Sobre qué? No trato con polis.

—Me alegra oírlo —dijo Walker—. Solo queremos hacerte unas preguntas sobre tu pareja, la señora Deborah Dee.

—Joder, ¿qué ha hecho?

—Nada, señor Tusk. ¿Podemos pasar? —dijo Bone.

—Es Tusk. Solo Tusk, ¿vale?

—Disculpas, Tusk. ¿Podemos pasar? —repitió Bone.

—Claro, pero no está presentable. ¿Me dais un minuto?

El recepcionista se removió e intentó curiosear más allá de la puerta, pero Tusk la fue cerrando con el cuerpo.

—Seguro que mi casa está peor. No nos asustan los desastres, ¿verdad, inspectora detective Walker? —dijo Bone con una sonrisa.

—Mi vida es un desastre ahora mismo, así que todo bien —asintió Walker.

—Tiene un bebé, así que os gana a cualquier cosa que nos echéis.

—Literalmente —añadió Walker.

—Vale. —Tusk puso los ojos en blanco y abrió la puerta.

—Gracias por su ayuda —le dijo Bone al recepcionista.

—Si necesitan cualquier cosa, llamen a recepción —dijo él con otra sonrisa forzada.

Bone y Walker siguieron a Tusk por un vestíbulo modesto y luego bajaron un tramo de escaleras modernas de roble hasta una inmensa zona diáfana de cocina y salón, construida casi por completo de cristal y acero. Había algunas latas de cerveza aplastadas y platos sucios esparcidos por el suelo, y restos

indeterminados amontonados en una mesa baja encajada junto a un enorme sofá de cuero blanco que ocupaba el centro de la estancia.

—Vaya, mira esas vistas —dijo Walker. Se acercó a un juego de altísimas puertas plegables que abarcaban todo el ancho de la pared trasera y daban a una vista espectacular del Loch artificial de la finca, con las Campsies detrás.

Tusk se adelantó a toda prisa, arrancó una manta del sofá y la lanzó por encima de la mesa baja.

—¿Cuándo les añadieron estas cajas grandes y feas a los cottages? —preguntó Bone, poniendo una mueca.

—Ni idea, tío. Yo solo okupo aquí, ¿sabes? —Tusk se limpió nervioso la punta de la nariz—. ¿Os importa si me cambio? Me siento medio en cueros con estas pintas.

—Ese tren ya ha pasado, hijo —replicó Bone.

Tusk se retiró por una puerta detrás de la cocina.

—¿Te apetece un baño? —preguntó Walker, mirando el loch—. Hasta tienen su propia barca y un embarcadero para salir.

Pero Bone estaba junto a la manta. —¿Le echo un vistazo y veo qué esconde aquí debajo? Estiró la mano para levantar una esquina.

—Perdón por haceros esperar. —Tusk reapareció con vaqueros rotos y una camiseta de Take That.

Bone dio un paso atrás.

—Ya veo que eres muy fan de los grupitos de chicos —dijo Walker.

—¿Qué? —preguntó Tusk.

—La camiseta.

—Ah, es de Dee. Las mías apestan.

—¿Dónde está la señora Dee? —preguntó Bone.

Tusk se dio la vuelta de golpe. —Ni idea. Volví anoche y no estaba.

—¿Dónde estabas?

—En Londres, viendo a unos colegas, ¿por? —Se palmeó los vaqueros como si buscara algo—. Esperad —dijo, y tras ojear la habitación, se acercó a la isla de cocina blanca como un diente y, inclinándose, rescató un paquete de Marlboros y un mechero—. ¿Os importa?

—A mí no, pero estoy seguro de que en Kincaid House sí —respondió Bone.

Tusk encendió de todos modos y, llenándose los pulmones de humo, lanzó una bocanada hacia el alto techo abovedado.

—¿Cuándo hablaste por última vez con la señora Dee?

—Hace un par de días, quizá tres. No me acuerdo.

—¿Suele pasar que estéis días sin hablar? —preguntó Walker.

—Oh, sí. No estamos pegados como lapas.

—Entonces, ¿qué estabas haciendo en Londres? —preguntó Bone.

Tusk dio otra larga calada al cigarrillo.

—¿Te importa si abro estas puertas? —dijo Walker, claramente molesta por el humo.

—No, adelante —asintió Tusk. Sacudió ceniza en el fregadero del centro de la isla.

—¿Londres? —insistió Bone.

—Como he dicho, estaba visitando a unos amigos y de fiesta —Tusk hizo un clic nervioso con el mechero.

—¿Hay alguien que pueda verificar dónde estabas?

—Claro, eh, eso puede ser un poco complicado.

—¿Por qué? —preguntó Bone.

—Prefiero no decirlo —Tusk estampó el mechero en la encimera —. ¿De qué va todo esto? ¿Le ha pasado algo a Debs o qué? —preguntó, cayendo por fin en la cuenta.

—Nos ayudaría mucho que nos dieras el nombre o los nombres de quienes estaban contigo en Londres —dijo Bone.

—Mirad, siempre que Debs no se entere. O sea, no pasaba nada, pero se pone muy celosa aunque yo esté en la misma habitación que ciertas mujeres.

—¿Con quién estabas, Tusk? —preguntó Walker.

—Con una de mis ex. Fuimos a un club y estuvimos de juerga hasta tarde.

—¿Cuándo fue eso?

—El miércoles.

—¿Y después?

—Luego me fui a su casa, y ahí es donde la cosa puede ponerse un poco delicada con Debs. Pero solo seguimos bebiendo y escuchamos unos temas.

—Volviste anoche. Eso son al menos tres días.

—¿Qué quieres que te diga? Me lo estaba pasando bien, y Debs siempre está liadísima, así que pensé que mejor no darle la lata.

—Ya —respondió Walker.

—¿Y el nombre de esa ex? —prosiguió Bone.

Dio otra calada y alzó la vista. —Mirad, ha sido un placer teneros por aquí y todo eso, pero creo que necesito hablar con mi abogado sobre esto.

—Solo necesitamos un nombre. La señora Dee no tiene por qué enterarse de nada —apremió Bone.

—No, lo siento. A menos que me digáis qué está pasando, no estoy dispuesto a seguir con esto. Si no os importa, preferiría que os fuerais ya —Tusk subió las escaleras hacia la entrada.

—Nos ayudaría muchísimo —dijo Bone.

—Por favor —interrumpió Tusk, sosteniéndoles la puerta abierta.

—Capullo —dijo Walker cuando regresaban a recepción.

—Sí, pero ¿es un capullo asesino? Esa es la cuestión —replicó Bone—. Y apostaría mi Saab a que escondía un alijo de Clase A bajo esa manta.

—Oh, Dios, sí. ¿Quizá deberíamos organizar una visita de nuestros colegas de la SDEA?

—Ah, me temo que para ahora ya lo habrá tirado por el váter. —Se detuvo y miró hacia los cottages—. Pero a menos que el señor Tusk se saque de la manga una coartada sólida en un periquete, nos va a ver el pelo mucho más.

Siete

Colin McKinnon, editor de Asuntos Sociales del periódico local de Kilwinnoch, el *Chronicle*, se dejó caer en la silla de su mesa y soltó el aire hinchando las mejillas.

La noche anterior había asistido a una ceremonia de premios de periodismo en Glasgow y se dejó llevar un poco por la hospitalidad. Por primera vez en su carrera le habían nominado a un premio, pero se lo llevó un periódico rival.

Metió la mano en el cajón, tanteó y sacó un blíster de ibuprofeno, se echó un par a la boca y entonces se dio cuenta de que no tenía agua. Hizo una mueca, se los tragó en seco y enseguida empezó a toser y atragantarse. Un reportero novato apareció en su puerta. McKinnon le hizo un gesto para que le trajera agua.

El joven negó con la cabeza, sin saber a qué se refería.

—¡Agua! —jadeó McKinnon.

—Mierda, perdona, sí —respondió el reportero, y salió disparado hacia la fuente junto a la ventana. Llenó a toda prisa un vaso de plástico y se lo alargó a su jefe.

McKinnon se lo tragó de un trago y le hizo señas para otro, y el azorado júnior obedeció.

—¿Estás bien, Colin? —preguntó él.

—No, no estoy... jodidamente... bien —McKinnon siguió atragantándose. Por fin recuperó el aliento y poco a poco volvió a la

normalidad—. La próxima vez que veas a tu jefe muriéndose delante de tus narices, intenta usar un poco de sentido común, joder.

—Perdona, me he puesto nervioso.

—¿Qué quieres? —dijo McKinnon, frotándose la frente— Tengo una bola de demolición en la cabeza y no te necesito ahí dentro con ella.

—Eh-oh...

—¿«Eh-oh» qué? —repitió McKinnon.

—Mierda, se me ha olvidado.

—Ay, por el amor de Dios. ¿Te quieres ir a la mierda, entonces?

—Espera, ya me he acordado. He traído tu correo.

—¿Y bien?

—Y te iba a tomar el pedido del café.

—¿Dónde está el correo? —McKinnon negó con la cabeza.

El reportero le miró con cara de póker un segundo y echó un vistazo a la puerta.

—Ahí. Está ahí —señaló una pila de cartas encima de un archivador. Corrió, la cogió de un manotazo y se la entregó— Siento mucho que no ganaras anoche. Te han robado. El reportero sonrió con nerviosismo.

—Solo, tres cucharadas de azúcar —dijo McKinnon, y espantó al júnior con la mano.

—En un periquete —respondió el reportero y se fue.

—En dos putos periquetes —farfulló McKinnon, negando con la cabeza, y gimió cuando la bola de demolición volvió a estrellarse contra el interior de su cráneo.

Dejó el taco en la mesa, lo fue barajando y se detuvo en un sobre acolchado de tamaño A4 con su dirección mecanografiada con pulcritud en el frontal. Le dio la vuelta y comprobó el reverso, pero estaba en blanco. Había una especie de aureola pardorrojiza en la esquina inferior. Apretó el acolchado y notó algo duro dentro. Forzó la solapa y sacó un cuadernillo fino en A5.

—El puñetero programa de la Semana Cívica —maldijo McKinnon.

Era el tercero que recibía por correo aquella semana de varias fuentes, deseosas de captar su atención y la del periódico. Lo dejó sobre la mesa y volvió a meter la mano, pero lo que hubiera en el

fondo parecía pegado al acolchado. Puso el sobre boca abajo, lo sacudió con fuerza, y un objeto salió disparado y cayó a sus pies. Echando la silla hacia atrás, recogió un pequeño paquete oblongo envuelto en papel de seda y sellado de mala manera con celo; un extremo manchado de la misma sustancia pardorrojiza.

Alargó la mano por encima del caos de papeles y recortes esparcidos por la mesa, cogió unas tijeras de una bandeja, cortó con cuidado el sello de celo y despegó la envoltura despacio. Al arrancar la última capa, asomó una uña pintada de rosa.

—¡Ay, Jesús! —exclamó McKinnon, horrorizado, y la arrojó sobre la mesa— ¿Qué coño es eso? Jadeó, mirando la uña que sobresalía por el extremo. Se inclinó, entornó los ojos y se estremeció. Con las manos temblorosas, lo acercó y cortó el papel restante hasta revelar un dedo seccionado con limpieza, un meñique, aunque el color de la piel tiraba más a gris azulado que a rosa.

—¿Esto es alguna broma pesada? —murmuró y, cogiendo un bolígrafo, pinchó la extremidad con la punta para comprobar su autenticidad. El meñique rodó, dejando ver sus pliegues.

—¡La madre que me parió!

Se asomó al interior del sobre, cuyo extremo abierto boqueaba como si le estuviera gritando. Volvió a meter la mano con cuidado, pellizcó la esquina de una tarjeta que asomaba por arriba y la colocó al lado del dígito amputado.

Era una foto publicitaria tamaño A4 firmada por Dee Dee, con su firma arremolinándose por la mitad inferior de la fotografía. Pero la imagen había sido manipulada y, en lugar de su sonrisa resplandeciente habitual, una cabeza magullada y ensangrentada estaba superpuesta digitalmente encima.

Cogió la foto. En el reverso, impresa en su centro en letras mayúsculas carmesíes, estaba la frase: ¿QUIÉN SERÁ EL SIGUIENTE?

McKinnon salió disparado a la redacción, aún agarrando la fotografía. Se acercó al reportero novato, que casi se cayó de la silla cuando se le plantó delante.

—¿Reconoces quién es esta? —McKinnon estampó la página en la mesa del reportero.

—¿Quién?

—Sí, ¿quién? —McKinnon dio golpecitos impaciente sobre el papel.

El reportero entornó los ojos un momento ante la imagen.

—Cuesta distinguirlo —dijo por fin.

—Inténtalo —replicó McKinnon de forma cortante.

El reportero cogió la hoja y volvió a mirar.—No será Dee Dee, ¿no?

—Eso he pensado yo —respondió McKinnon.

—Joder, ¿se ha peleado con alguien o qué?

McKinnon arrancó la foto de un tirón y, serpenteando entre las mesas, llamó con los nudillos a la puerta acristalada del despacho del director y entró.

—Un momento, Colin —dijo el hombre de cara enrojecida, con el teléfono pegado a la oreja—. Ajá —murmuró.

McKinnon resopló con impaciencia. Por fin, colgó.

—Buenos días, Colin. ¿Qué puedo hacer por usted? —el director se dejó caer detrás de su mesa, con montones de carpetas, notas y papeles amontonados a ambos lados.

—¿Ha tenido alguna noticia de actividad policial esta mañana? —preguntó McKinnon.

Sonó el teléfono. Dennis alargó la mano para cogerlo.

—Déjelo un segundo, Dennis —dijo McKinnon con impaciencia.

El director le puso mala cara.

—Por favor —añadió McKinnon.

Esperaron a que cesara el timbre, y McKinnon volvió a preguntar.

—Curioso que lo pregunte —respondió el director—. Nos acaba de llegar que han acordonado una zona por Kingsburn.

—¿Alguna pista de por qué?

—De momento no. Con la boca cerrada, como de costumbre.

—Esta mañana he recibido un sobre sin remite por correo —empezó McKinnon.

—Para usted eso es como trabajar incluso en vacaciones, ¿no?

—Esto venía dentro. —Le entregó a Dennis la foto, y él le dio unas vueltas entre las manos.

—«Who will be next?» ¿Qué significa eso?

—Mire el otro lado —dijo McKinnon.

—¿Qué es eso? —ladeó la cabeza para descifrar la imagen. Luego se detuvo.—Ah, es una mujer. La madre que... ¿qué está pasando aquí?

—¿A quién se parece?

El director estudió la foto unos momentos más.—Jesús, ¿no va a ser la menganita esta? —exclamó.

—¿Quién? —apuró McKinnon.

—Dee Dee, la cantante local. Actúa en la Semana Cívica de este año, ¿no? —volvió a mirar—. ¿Qué demonios se ha hecho en la cara? No pensarás que esto es...

—Hay más. Está en mi mesa —dijo McKinnon.

—¿Qué?

—Venga a ver.

—No me gusta nada cómo suena eso —se levantó y siguió a McKinnon fuera del despacho.

Ocho

Cuando Mullens y Harper llegaron al piso de la madre de Dee Dee, dos agentes de policía iban por delante de ellos, entrando.

—Un momento —llamó Mullens.

Ellos se volvieron.

—Buenos días, señor —dijo uno de los agentes con una sonrisa, reconociendo la mole de Mullens que se cernía sobre él.

—¿Qué pasa? —preguntó Mullens.

—Nos han llamado para comprobar un posible allanamiento en el número cuarenta y tres.

Mullens miró a su alrededor hacia Harper. —Iremos detrás de vosotros. ¿Conocéis al agente detective Harper?

—Sí. Buenos días, señor —dijo el agente, y el segundo asintió.

Echaron a subir por la escalera, pero Mullens se detuvo y se volvió hacia Harper.

—¿Podrías volver corriendo al coche y coger los chalecos del maletero?

—Sin problema —respondió Harper, dándose media vuelta.

Mullens siguió subiendo las escaleras y dio alcance a los agentes. En el tercer piso, dos vecinas preocupadas rondaban por el rellano, cerca de la puerta del cuarenta y tres, completamente abierta.

—Buenos días —dijo el agente, acercándose a las mujeres, una aún con bata y zapatillas—. Agentes Grimshaw y Mercer. Entonces, ¿cuál de ustedes denunció el allanamiento?

—Las dos —dijo la mujer de la bata—. Quiero decir, Carol llamó a mi puerta a primera hora de la mañana y llamamos juntas.

Carol, su vecina, asintió de acuerdo; el único rulo encaramado en lo alto de la cabeza le rebotaba peligrosamente.

—Estamos preocupadas porque hablé con Debs cuando entraba en casa de su madre hace apenas un par de días.

—Parece que han forzado la puerta, señor —dijo el segundo agente a Mullens. Señaló el marco astillado.

—¿Y encontraron la puerta así? —resopló Mullens, aún recuperándose de la subida por la torre.

—Sí. Ella no la dejaría así; nadie la dejaría, ¿verdad? Pero estoy segura de que ahora, con la fama, debe de atraer a toda clase de raritos y pervertidos, ¿eh, Carol?

La vecina volvió a asentir, con los ojos muy abiertos.

Harper reapareció. —Solo había un chaleco —dijo, pasándoselo a Mullens.

—Por el amor de Dios —repuso Mullens con un suspiro y se lo abrochó a toda prisa—. ¿Cómo se llaman? —preguntó.

—Soy la señora Patricia Daley.

—Y yo, Carol Mackleish —añadió la segunda vecina.

—Bien, Patricia, ¿puede mi compañero ir con usted y su vecina a su piso y tomar una declaración completa? —Mullens asintió a Harper.

—Oh, sí, por supuesto. Espero que Debs esté bien —dijo Patricia.

—Vamos a echar un vistazo —Mullens se acercó a la puerta abierta—. Uno de vosotros, conmigo, y el otro que vigile la entrada por si a algún idiota le da por salir por patas.

—Señor —dijo el agente, y siguió a Mullens adentro mientras el otro se quedaba en la puerta.

Avanzaron con cautela por el pasillo y, en la primera puerta, Mullens la empujó suavemente con los nudillos. Indicó al agente que entrara y él siguió adelante. En la segunda puerta, se coló con cuidado por la rendija y pasó a un salón en estado de completo caos: muebles volcados, los cojines del sofá rajados y hechos jirones, el relleno abultado y esparcido por la moqueta junto con los restos rotos de figuritas hechas añicos. En la pared del fondo, un

cajón del aparador colgaba abierto, con su contenido desparramado debajo o aún agarrado a los laterales.

Mullens volvió al pasillo y comprobó dónde estaba el agente, pero no pudo verlo. Siguió hasta la tercera puerta abierta y asomó con cautela por el marco a un dormitorio doble en un estado similar al del salón. El colchón estaba fuera de la cama y de lado, ropa arrancada del armario y desparramada por todo el suelo, una mesilla volcada, su armazón de madera casi partido en dos como si la hubieran dejado caer con fuerza. Más adelante, Mullens llegó a la cocina, que a primera vista parecía intacta, como si el huracán de destrucción que había arrasado las demás habitaciones no hubiera pasado por allí.

—Señor. —La agente le dio un toque en el hombro.

Mullens se volvió en redondo. —Jesucristo, no me hagas eso —replicó, intentando, sin lograrlo, bajar su barítono atronador a un susurro.

—Perdone, señor. No hay rastro de nadie —dijo la agente.

—Alguien se ha pegado aquí una fiesta de órdago —dijo Mullens.

—El dormitorio de delante está para tirarlo. Me da que quien rompió para entrar venía buscando algo —dijo la agente.

—No me digas. —Mullens puso los ojos en blanco— Bien, asegurad el piso hasta que llegue el equipo de científica —dijo, marchando de nuevo al rellano— ¿Hacia dónde se ha ido mi compañero? —preguntó al agente de la puerta.

—Al siguiente, por allí —dijo.

En el salón de la vecina, Harper estaba sentado en un sofá biplaza raído, sorbiendo té de una taza de porcelana fina mientras las dos ancianas lo rodeaban en sus respectivas butacas de apoyo.

—¿Quiere usted una también, detective? Digo, una taza de té —preguntó la señora Daley cuando él entró.

—No, gracias. No mientras estoy de servicio. —Le lanzó a Harper un ceño desaprobador. Harper se encogió de hombros.

—Acabo de decirle a este joven detective tan encantador que el cuerpo se ha lucido, fichando a semejante guaperas. —Le sonrió a Harper, que tragó saliva con dificultad.

—Estamos todos rendidos ante su arrolladora apostura, señora Daley —replicó Mullens—. Así que dijo que vio a la señorita Dee hace un par de días. ¿Podría ser más precisa?

La señora Daley lo pensó un momento, masticando encías. —Oh, debió de ser a última hora de la tarde, porque recuerdo que había bajado al patio de atrás a recoger la colada, pero no tan tarde como para que fuera de noche. No nos gusta bajar cuando ya es de noche, ¿verdad, Carol?

—No, nada —se estremeció Carol.

—Entonces diría que sobre las cinco o cinco y media del viernes dieciséis, ¿es correcto? —preguntó Mullens.

—Suena acertado, sí.

—¿Y cómo le pareció ver a la señorita Dee? ¿Estaba tranquila o tensa, o parecía preocupada o alterada?

—Ay, no, siempre es un encanto. La conozco desde que era una niña pequeña. Estaba en la misma clase de primaria que mi nieto, así que conocía bastante bien a su madre. Qué tragedia cuando murió.

—¿Así que no había señales de preocupación o agitación?

—A veces se me queja de las intromisiones, ya sabe, la prensa y toda la atención. No estoy segura de que le guste tanto, la verdad. Pero esta vez no. Estaba como siempre, sonriendo. Pero entonces—

—¿Entonces qué? —apremió Mullens.

—Apareció él, el novio.

Carol negó con la cabeza.

—¿Lo vio en su piso?

—No, pero lo oí gritar y soltar tacos. Vosotros también los oísteis, ¿verdad, Carol?

—Sí, una bronca de las buenas, fue.

—¿Y cuándo fue eso?

—Era tarde. Me había acostado y me estaba quedando dormida después de leer unas páginas de mi libro. Ay, Dios mío, pensé que la pared se me venía encima. Estuve a punto de llamar a la policía allí mismo, porque me preocupaba lo que él pudiera estar haciéndole dentro. Una bronca de aúpa, vamos.

—¿Por qué no llamó?

—Se paró de golpe. —Alzó la vista— No creerá que tendría que haber llamado, ¿verdad?

—No, está bien, no se preocupe. Continúe.

—Los gritos cesaron, y luego puso música acaramelada, así que pensé que estarían haciendo las paces, ¿sabe? —Le guiñó un ojo a Harper, que dejó caer la taza sobre el platillo con estrépito.

—¿Y esas broncas pasaban a menudo, entonces? —prosiguió Mullens.

—Él no se pasa mucho por allí. Creo que solo lo he visto quizá una vez antes, y cuando le dije hola, ni me miró a la cara. Supe enseguida de qué calaña era.

—¿De qué calaña?

—Mala. Egoísta. Lo sé bien: estuve casada con uno durante veinte años. ¿A que sí, Carol? —Le dio un codazo a su amiga, que parecía estarse quedando dormida a su lado.

—¿Qué? —preguntó Carol, intentando ubicarse de nuevo, a todas luces.

—Mi marido.

—¿Bah, él? Mejor, ni falta que hace —dijo— ¿No habrá vuelto, no?

—No seas tonta, Carol. Dougie murió hace once años, gracias a Cristo.

—Ah, sí, es verdad. —Carol soltó una risita.

—¿Quieres que te rellene la taza o otra porción de mi bizcocho Victoria casero, hijo? —preguntó la señora Daley a Harper.

—No, estás bien, y, por cierto, estaba delicioso —Harper le guiñó un ojo a su compañero.

—¿Y vio a la señorita Dee después de la bronca? —preguntó Mullens con un suspiro.

—No, pasé por allí solo para comprobar que estaba bien. A él no le tengo ninguna confianza. Pero no contestó. Ella está liadísima estos días, así que pensé que probablemente habría tenido que ir a una de esas cosas de publicidad suyas, o a eso de internet... ¿Cómo se llama?

—Vlog —respondió Harper.

—Jesús, hijo —dijo Carol.

—No —corrigió Harper—. Graba diarios en vídeo y los cuelga en internet. Se llama vloguear.

—A mí me suena un poco guarro, pero me fiaré de tu palabra —replicó la señora Daley con otra sonrisa lasciva a Harper.

—Bien, estupendo. Muchas gracias por su ayuda hoy —dijo Mullens.

—De nada. —La señora Daley se puso en pie con un sonoro quejido.

Harper la tomó del brazo.

—Gracias, hijo. —Le agarró la mano.

—Mientras tanto, si recuerda algo más, quizá algo que pudiera haber sucedido unos días o incluso semanas antes, todo ayuda. Aquí tiene mi tarjeta.

—Gracias, agente —dijo la señora Daley. Bajó de nuevo la mirada hacia Carol, cuya cabeza se había ladeado hacia un lado.

—¡Carol! —exclamó.

Su amiga salió del sopor con un resoplido y se limpió la boca.

—Por un momento pensé que estabas muerta —dijo la señora Daley.

—Ya quisiera. —Carol suspiró e intentó incorporarse de la butaca.

—No, no te levantes, Carol. Ya nos vamos, así que gracias por tu ayuda —dijo Mullens.

—No la animes a quedarse, por el amor de Dios —dijo la señora Daley, y le dedicó una mueca a su vecina.

—Nos apañamos para salir —dijo Mullens.

Harper intentó liberarse del agarre en tenaza de la señora Daley.

—¿Will? —dijo Mullens, volviéndose en la puerta.

—Gracias de nuevo por el pastel y el té —dijo Harper, y con un giro rápido del brazo, por fin escapó de las zarpas de la pensionista y puso pies en polvorosa.

—Tienes un par de fans ahí, donjuán —dijo Mullens ya de vuelta en el rellano.

—Oh, sí, no me llaman Chico Sexy del Surf Plateado por nada —replicó Harper.

—Y si tus planes de boda se van a la mierda, al menos ya tienes un plan B.

—Que te jodan. Aunque eran un encanto.

Se acercaron al agente de la puerta.

—Ustedes dos, quédense aquí hasta que llegue el equipo de Criminalística —dijo Mullens.

—Señor —respondió el agente con un asentimiento.

—Bien, creo que me debes un café y una ración de bizcocho Victoria, cabrón egoísta —dijo Mullens a Harper, bajando por la escalera.

—Dios, estaba tan bueno... Casi merece la pena dejar a mi prometida. —Harper se relamió.

—Hay un lugar especial en el infierno para gente como tú —replicó Mullens, y cruzó la calle a zancadas de vuelta al coche de servicio.

Nueve

—¿Así que recibió el paquete esta mañana? —preguntó Bone, echando un vistazo al sobre abierto que seguía sobre la mesa de McKinnon.

—Sí, estaba entre mi habitual montón de mierda —respondió McKinnon.

—¿Y encontró esto dentro? —preguntó Walker. Se inclinó sobre la mesa para mirar más de cerca el dedo seccionado.

—No, acabo de cercenarle el dedo a uno de mis becarios por ser un capullo de premio. ¿Qué le parece?

—Entiendo que pueda estar un poco tenso, pero ahórrese las pullas. No ayuda nada —dijo Bone—. ¿Y todo este plástico de aquí? —señaló los jirones de cinta desechada.

—Venía envuelto para regalo —dijo McKinnon—. Lo abrí con esto. Cogió las tijeras.

—Definitivamente parece auténtico, señor —dijo Walker.

—¿Alguna idea de a qué viene esto? —preguntó McKinnon.

Bone negó con la cabeza.

—Venga ya. Dénos un respiro. He cumplido con mi deber cívico y lo he comunicado. Normalmente mandarían a un par de maderos para algo así, no a lo mejorcito de Kilwinnoch.

—No tengo nada que decir a estas alturas. Estamos tan a oscuras como usted. Pero gracias por avisar.

—No me venga con esas. ¿Y ese cordón en Devilback Bridge?

—Como le digo, no puedo darle nada en este momento.

—Bueno, quien me ha dado el dedo es muchísimo más generoso que...

Los pings simultáneos de los móviles interrumpieron la diatriba de McKinnon. Se miraron un instante y luego rebuscaron en sus respectivos bolsillos.

Bone abrió un texto de un número desconocido, y apareció en la pantalla un breve mensaje que decía: «¿Quién será el siguiente?». Alzó el teléfono.

—¿Acaban de recibir esto?

Walker y McKinnon asintieron.

—¿Con el adjunto? —señaló Bone la pantalla.

—Ajá —repuso McKinnon.

—Vale, un segundo. Voy a abrir el mío —dijo Bone, y pulsó el enlace.

La pantalla titiló y apareció una imagen oscura. Bone giró el aparato hacia la ventana.

—¿Es un plano de cabeza y hombros? —preguntó Bone a Walker, que entornó los ojos por encima de su hombro hacia la pantalla.

Volvió a girar un poco el móvil y fueron emergiendo y tomando forma unos rasgos parciales: una nariz torcida y ensangrentada y, en el centro del encuadre, un globo ocular hinchado, de color carmesí, que miraba sin vida al frente. Walker estaba a punto de hablar, pero Bone la cortó.

—Vamos a necesitar su teléfono, señor McKinnon.

—¿Qué es eso? ¿Qué está pasando? —repuso McKinnon.

—Nos sería de enorme ayuda tener acceso a su teléfono.

—¿Está de broma? Toda mi vida, mis contactos, mis fuentes: está todo ahí.

—No me interesan sus sucios secretitos. Solo necesitamos hacer unas comprobaciones sobre esa llamada.

—A la mierda. Voy a abrir el adjunto—dijo McKinnon.

—Por favor, no haga eso—suplicó Bone.

McKinnon dio un paso atrás. —Dígame qué coño está pasando y se lo doy.

—Le prometo que será el primero en saberlo, pero de momento nuestras pesquisas están en fase preliminar y no hay necesidad alguna.

—Y una mierda—McKinnon pulsó el adjunto.

—Mierda—murmuró Walker.

McKinnon se quedó mirando un segundo su móvil y puso una mueca. Luego, girando el aparato de un lado a otro, se detuvo y alzó la vista—. ¿Esa es Dee Dee?

—No estamos autorizados a comentar...

—¿Qué coño le ha pasado a la cara? ¿La han atacado? —echó un vistazo al dedo seccionado—. ¡Ese es su puto dedo!

—Como le decía...

—Está muerta, ¿verdad? —interrumpió de nuevo McKinnon—. Eso es lo que pasa ahí arriba, en el puente. Habéis encontrado su cadáver.

—Nos ayudaría muchísimo en la investigación que nos entregara su móvil—repitió Bone.

—Jesucristo, ¿Dee Dee? Es increíble—McKinnon volvió a fijar la vista en la imagen—. Quiero decir, esto es enorme. —Abrió mucho los ojos—. Una tragedia total, obviamente, pero, Dios mío, esto es una mina de oro.

—Colin, le ruego que no publique nada ahora mismo. Estamos en las primeras fases de una investigación, y salir a la luz pública con sus cotilleos y especulaciones de rigor podría perjudicar el caso y hacer daño a quienes puedan verse afectados o implicados.

—¿Habla en serio? Si Dee Dee está muerta, es el bombazo de mi jodida vida profesional.

—Por favor, le pido que se lo guarde por ahora. ¿Nos deja su teléfono, por favor?

—De verdad que es usted un imbécil de premio, ¿eh?—dijo McKinnon, oliendo que tenía a Bone contra las cuerdas—. ¿Espera que ignore todo esto, que le entregue mi teléfono y que, ¿qué?, ¿me olvide del asunto? —Negó con la cabeza—. Este es mi móvil de trabajo. ¿De verdad cree que le voy a dar a usted, precisamente, acceso a toda esa información confidencial? Sería una vulneración de la protección de datos y una traición a mi juramento periodístico.

—¿Qué juramento, el de ser un parásito completo? —Bone se contuvo a duras penas—. No es usted ningún maldito médico.

—Este *lombriz solitaria* está a punto de disfrutar de un momento que le definirá la carrera, así que, que le den.

—Podremos hacer un rastreo a través de su proveedor de todas formas, pero nos ahorraría un tiempo valioso que podría salvar vidas.

—Ya estamos. No me diga que va a sacar el tópico de «luego no diga que no se lo advertí». Ni yo soy tan jodido mal actor.

—Mire, le prometo que le daremos todo lo que necesita cuando tengamos más que contarle. Solo le pedimos que aguante esto un día. Es todo lo que pedimos—suplicó de nuevo Bone.

McKinnon fulminó con la mirada a Bone. —¿Y yo consigo una exclusiva? ¿Es eso lo que está diciendo?

—Sí —asintió Bone—. Tiene mi palabra.

—Veinticuatro horas, y luego esto va a portada —aceptó McKinnon, pero acto seguido dio media vuelta y echó una foto rápida al dedo amputado y al sobre que descansaban en su mesa.

—Venga, Colin —protestó Bone—. Eso es una prueba.

—Y bien jodidamente truculenta, además —añadió Walker.

—Llámalo seguro. Si no hay llamada, esto va a la página dos —se burló McKinnon.

Bone se mordió el labio inferior, resistiendo la tentación de soltarle un derechazo al plumilla en toda la mandíbula.

—Inspectora detective Walker, ¿quiere hacer los honores? —dijo Bone.

Walker sacó de una bolsa de deporte un par de guantes protectores y un fajo de bolsas de indicios y recogió los objetos, incluidos todos los jirones y esquirlas de cinta cortada y rajada esparcidos por el suelo.

—¿Puedo llevarme también estas? —Sostuvo las tijeras por un extremo.

—Las querré de vuelta —respondió McKinnon.

Las deslizó en una tercera bolsa.

—Nos pondremos en contacto —dijo Bone.

—Será mejor que sea mañana —advirtió McKinnon.

Los detectives salieron del despacho a paso marcial, atravesaron la redacción y salieron al aparcamiento.

—Bien hecho, jefe —dijo Walker.

—He estado así de cerca —Bone estiró el puño cerrado.

—Yo, más aún —hizo una mueca Walker—. ¿Cree que cumplirá su palabra?

—¿Qué cree usted? Yo diría que... —sonó el teléfono de Bone—. Es Sheila —dijo al responder. Tras unos cuantos asentimientos y gruñidos, colgó—. El hombre de negro ha confirmado que el cuerpo del puente es Deborah Dee.

—Mierda, bueno, ahora ya es oficial. ¿Cómo lo han hecho tan rápido?

—Han hecho una comprobación de ADN y su perfil ha salido en los archivos policiales. Por lo visto, la acusaron y multaron por hurto en una tienda hace tres años. —Se detuvo junto al Saab y se apoyó en el techo—. Tengo que informar al superintendente. Le va a encantar esta noticia. Luego creo que tendremos que ir a hablar con el padre de Dee Dee.

—¿Aviso a enlace con la familia? —preguntó Walker.

—Sí, aunque por lo que parece le importaba un comino su hija, así que a saber cómo irá esto. —Abrió la puerta del coche y suspiró —. ¿Qué le pasa a esta maldita ciudad?

Ambos se subieron y, con un breve momento de oración, Bone giró la llave y el Saab rugió al arrancar.

—Por lo menos algo sigue vivito y coleando esta mañana —dijo Walker.

—Shhh. No lo gafes, joder. Aún no nos hemos movido —dijo Bone, y con un chirrido tortuoso de la caja de cambios, hizo rodar el coche lentamente hasta el cruce y giró hacia la carretera principal.

Diez

A Gallacher se le cayó el alma a los pies cuando Bone le dio la noticia.

—Jesucristo —dijo, dejándose caer en la silla—. ¿Cree que McKinnon va a romper su palabra?

—¿Usted qué cree? Es tan de fiar como un carterista en un vagón del Metro a rebosar. ¿Cómo fue que lo describió? *«La exclusiva de su vida.»* El frenazo.

—Vale, esto es tan crudo que voy a tener que montar una rueda de prensa cuanto antes. Estamos a punto de hacer estallar aquí una bomba nuclear y necesitamos que se nos vea sacando la artillería pesada.

—Primero tendremos que hablar con su padre. Es lo siguiente en la lista.

—Bien. Aunque menudo papelón le toca.

—Un día más en el valle feliz, ¿eh?

Gallacher miró a Bone, que se frotaba la cicatriz de la sien.—¿Qué? —le pinchó.

—¿Qué? —Bone alzó la vista, sorprendido.

—Esa cara de culo que trae me dice que hay algo más.

Bone soltó un suspiro.—A todas luces, el psicópata que ha hecho esto tiene planes para más asesinatos.

—O, al menos, eso es lo que quiere que pensemos —añadió Gallacher.

—Tópicos de manual, de momento —prosiguió Bone—. Lo que me preocupa, aparte de la posibilidad de que otro asesino en serie ande suelto por la ciudad, es que se han cargado a la cabeza de cartel de nuestro concierto de gala, así que podría ser una vendetta contra el evento o algún fanático buscando la máxima exposición.

—¿Cree que esto es un ataque planificado contra el festival?

—Creo que el ayuntamiento y los organizadores tienen que saberlo para estar preparados para cancelar si esto va a más.

—Un momento, Duncan —Gallacher alzó una mano—. Acaba de pegar un salto considerable ahí.

—Creo que tenemos base.

—Ha empezado hoy, Duncan, aunque, por suerte, los próximos días son todo actos discretos.

—Lo sé, pero...

—Toda la comunidad lleva un año entero planeándolo, algunos incluso más —le interrumpió Gallacher—. Colegios, tiendas, negocios, logística y las sumas ingentes de dinero público que el ayuntamiento ha metido en esto. ¿Tiene idea de cuánto cuesta solo la seguridad policial de este tinglado?

—Puede haber vidas en juego, señor. No todo va de dinero, o al menos no debería.

—Los dos lo sabemos, pero venga, Duncan, saque la cabeza del culo. Ya es bastante con tener que decirle a la comunidad que uno de sus vecinos más queridos ha sido asesinado brutalmente, como para añadir que hay otro puto asesino en serie suelto y, oh, que hemos tirado del cable y cancelado el evento más grande y querido del calendario del pueblo. No salimos de aquí vivos.

—Si no lo hacemos, puede que otros implicados en la Semana Cívica tampoco salgan de aquí con vida.

—Cualquier aplazamiento o cancelación tendrá que venir del ayuntamiento y de los organizadores. Que carguen ellos con el marrón si llega el caso. Nosotros ya tendremos bastante con lo nuestro.

—Necesitaré hablar con ellos como parte de la investigación.

—De acuerdo, y podemos aconsejar reforzar las medidas de seguridad, blablablá, pero ya está. Ni un paso más. Y le advierto

desde ya: como reciba alguna llamada airada desde la alcaldía, le pongo a hacer trabajo de oficina hasta la jubilación anticipada obligatoria, ¿comprende?

—Claro —replicó Bone con sarcasmo.

—No estoy para bromas, detective —gruñó Gallacher—. ¿Me explico?

—Señor —asintió Bone, afirmativo.

Gallacher se alisó con la palma la brillante calva.—Mientras tanto, siga con la investigación y atrape al puto maníaco que ha hecho esto.

Bone asintió y, cuando se marchaba, Harper echó a correr por el pasillo tras él.

—Señor, fo Cash quiere hablar con usted.

—¿Está al teléfono?

—No, está aquí, en la sala de reconocimientos. Han trasladado el cuerpo.

—Bien, será mejor que vaya —respondió Bone.

Once

—Buenas tardes, Duncan —dijo Cash cuando Bone entró en la sala de reconocimiento.

—Ha sido rápido. Y veo que ya ha sacado los cuchillos —dijo Bone al fijarse en una serie de instrumentos de acero de aspecto letal alineados en una bandeja, reluciendo bajo la lámpara de exploración.

—No se preocupe, todavía no he abierto nada. Sí, supuse que querría respuestas rápidas, dado lo delicado del caso.

—Más bien una turba con antorchas.

—Solo quería enseñarle un par de cosas.

Bone siguió a Cash hasta la mesa y retiró una cubierta azul para dejar al descubierto la cabeza y los hombros de Dee Dee. Bone contuvo el aliento. Su rostro era ahora una masa hinchada de piel gris azulado. Los otrora bellos rasgos de la señorita Dee habían quedado borrados por la lenta descomposición de la muerte.

—Me encantaba cómo cantaba. Fue mi hija quien me la dio a conocer. Sé que salió en ese programa de talentos de la tele, pero a mí lo que me gustaba era su voz. Qué pérdida tan terrible.

—Lo es, sí —respondió Bone—. Entonces, ¿ha confirmado ya la causa de la muerte? —añadió, intentando apartar a Cash de otra arenga existencial.

—Aún tengo que mirar el interior, pero como puede ver por la posición de la herida de punción aquí, entre la tercera y la cuarta

costilla, la han apuñalado con una hoja de cuatro pulgadas, muy probablemente un cuchillo de carnicero. El ángulo de la herida de entrada también indica que la hoja se introdujo con precisión y fuerza para penetrar en el centro del corazón. —Alzó la vista—. Como un matador derribando a un toro de premio. Pum. Muerte instantánea.

—¿Algún indicio de agresión sexual?

—No, nada de eso, pero la ausencia de evidencias de agresión no equivale necesariamente a un acto carente de motivación sexual. Ahí fuera hay gente muy jodida, como bien sabemos, ¿eh?

—Desde luego.

—En el registro de la zona también encontramos esto —dijo Cash y, moviéndose alrededor del soporte, se quitó los guantes.

Bone le siguió hasta su mesa, en el rincón del fondo de la sala de reconocimiento.

Abrió una carpeta, sacó cuatro imágenes en A4 y las dispuso delante de Bone.

—Encontramos esta huella de zapato en el talud embarrado, cerca del puente.

La primera foto mostraba la ubicación, una flecha señalando una zona de la orilla, cerca del túnel y de la escena del crimen. El resto eran primeros planos de una huella parcial tomados desde distintos ángulos, con una cinta métrica alineada junto a las marcas en el barro.

—No es mucha cosa, pero basta para identificarla como la suela de unas Dr. Martens, posiblemente talla ocho o nueve.

—Los obreros dijeron que treparon por el talud. ¿Podría ser de uno de ellos?

—Bien podría, y volveríamos a la casilla de salida, pero es fácil de comprobar.

—¿Encontraron alguna más?

—No, solo esa, por desgracia. Seguimos peinando la zona, pero de momento nada más.

—¿Podría enviarme copias de esas?

—Por supuesto. Coja estas para empezar. Se las he impreso y le mandaré versiones digitales.

—Bien, gracias —dijo Bone y cogió la carpeta.

—En cuanto abra la cavidad torácica de la víctima y complete los análisis de sangre y demás, podré confirmarle la causa de la muerte, probablemente en menos de una hora, aunque, siendo sincero, es muy poco probable que cambie.

—Vale, de acuerdo —asintió Bone. Echó un vistazo a la colección de instrumental de Cash y hizo una mueca.

—He oído que estaba triunfando en América. Tenía mucho más que dar, pero ahora todo se ha ido, y su música probablemente también se desvanecerá hasta la nada. —Alzó la mirada hacia Bone, que consultó el reloj—. ¿Quién dijo eso de que es mejor arder que apagarse?

—Le dejo con la autopsia, Andrew —dijo Bone, y se retiró hacia la puerta.

—Pero al final, todo se apaga, como una lápida castigada por el tiempo. —Sonrió a Bone y, volviéndose a poner los guantes, cogió una sierra quirúrgica de la mesa.

Bone cerró la puerta tras de sí con rapidez.

Doce

Cuando Bone entró en la sala del caso, el equipo dejó lo que estaba haciendo y se reunió a su alrededor.

—Cash ha confirmado de manera informal que la causa de la muerte fue una puñalada letal directamente al corazón. El cabrón usó un cuchillo de carnicero. Como mínimo, habría muerto al instante, pero no es ningún consuelo.

—Puto cabrón —murmuró Mullens.

—Así que ahora que estamos ante el asesinato de Deborah Dee, las cosas se nos van a poner moviditas a partir de ahora, dicho suavemente —dijo Bone.

—Qué tragedia. Solo tenía veinte años —dijo Baxter—. Aún no me creo que nadie quisiera hacerle daño, pobre chica.

—Por eso tendremos que estar espabilados en todo momento. En cuanto esto se haga público, no solo el pueblo, sino todo el país, tendrá los ojos puestos en nosotros —replicó Bone.

—¿Y el concierto de gala? ¿Cree que lo cancelarán? —preguntó Harper.

—Eso es decisión del ayuntamiento. Nosotros solo podemos asesorar.

—¿Y qué aconsejaremos? —preguntó Walker.

—Reforzar la seguridad del personal y de los artistas, y, por supuesto, las fuerzas locales implicadas tendrán que revisar sus planes.

—Señor, con las pruebas actuales, diría que hay una alta probabilidad de que este lunático vuelva a atacar o intente hacerlo —añadió Baxter.

—En efecto, y por eso tenemos que tirar de todas nuestras capacidades colectivas y evitar que ocurra —dijo Bone—. Bien, ¿novedades?

—Informática ha confirmado que el teléfono usado para enviarle los mensajes simultáneos coincide con la última llamada al nueve-nueve-nueve de la víctima.

—¿Así que es un desechable? —preguntó Bone.

—Eso parece —confirmó Harper.

—Pero ¿por qué iba a usar Dee Dee el móvil desechable del asesino?

—¿Igual está jugando con nosotros? —preguntó Walker.

—Raro —Bone frunció el ceño—. Sheila, ¿puede anotar esto en el panel del caso?

Baxter asintió.

—¿Y los testigos? —prosiguió Bone.

—Hablamos brevemente con ellos —respondió Mullens—. Conozco a uno, Deeko. Perdón, Derek McCluskey, un antiguo compañero de colegio. Ambos trabajan para la constructora de Graham Smart. Estaban bastante impactados, la verdad. Nunca había visto a Deeko tan callado y educado. La encontraron en el arroyo cuando el compañero de Deeko, Willie Wright, fue a echar una meada. Tranquilo, no se me escapa la ironía, es demasiado obvia. No hay nada raro ahí, señor.

—Will, ¿puede comprobar si el hombre de negro envió unas imágenes?

Harper volvió a su mesa y abrió la bandeja de entrada. —Sí, señor.

—¿Podría ponerlas en la pantalla grande?

Harper tecleó un momento. El monitor de la pared parpadeó. Se levantó y ajustó los cables de atrás. —Conexión floja —murmuró, y apareció un primer plano de la huella parcial de una bota en el barro.

—Científica encontró esto en la orilla del arroyo, cerca del cuerpo. Cash cree que es una huella de unas Doc Martens.

—¿Podría ser de una bota despistada de algún agente? —preguntó Walker—. ¿O de los obreros?

—Eso le dije, pero Cash estaba convencido de que la zona quedó acordonada y que todo el mundo iba equipado, incluidos nosotros, por una vez. ¿Y los obreros, Mark?

—Puedo comprobarlo otra vez, pero diría que por normas de seguridad tienen que llevar botas con puntera de acero reglamentarias en obra. El encargado no los dejaría entrar sin ellas.

—Bien, algo de prueba tenemos. Al menos es un comienzo. ¿Y revisasteis la vivienda de la madre de la señorita Dee?

—Sí, así que yo y Sid, el asaltacunas, fuimos a echarle un vistazo —continuó Mullens—. Pero cuando llegamos, un par de uniformados ya habían asegurado la vivienda.

—Yo no los llamé, ¿usted?

—No, fueron los vecinos. Informaron de un allanamiento. Llegamos detrás del coche patrulla.

—¿Algo útil? —preguntó Walker.

—Bastante. La puerta había sido pateada y la casa, revuelta —respondió Mullens.

—¿Un robo?

—Puede, pero a mí me dio la impresión de que alguien buscaba algo, no dinero. No tengo nada en firme para basarme, pero, ya sabe, me olía la tostada.

—Son las orejas —intervino Harper.

—¿Qué?

—Arden las orejas; con la nariz lo que haces es olerte algo raro. Aunque estando tan cerca del resto de tu cuerpo, eso te debe de pasar a menudo.

——Ja, qué gracia —replicó Mullens—. Hablamos con las fans de Will, y ambas confirmaron haber visto a Dee Dee en el piso hace dos días.

—¿Quiénes? —preguntó Walker.

—Dos señoras mayores que le cogieron cariño al galán este.

—Solo estaban siendo maternales —se metió Harper.

—Si eso es lo que defines como comportamiento maternal, eres aún más raro de lo que jamás habría imaginado —replicó Mullens.

—En fin —Bone soltó aire por las mejillas.

—Los vecinos también dijeron que la cantante estaba discutiendo con su novio.

—Tusk —dijo Walker.

—Sí, o quizá Colmillos le pegaría más —replicó Mullens—. Dijeron que se puso tan feo que temieron por su seguridad. Luego todo quedó en silencio. Había música puesta, y ahí se acabó.

—¿Lo denunciaron? —preguntó Baxter.

—No lo creo. Una de las vecinas… —Mullens hizo una pausa buscando la libreta.

—La señora Daley —respondió Harper.

—La puma Daley no oyó movimiento a la mañana siguiente, así que supuso que Dee Dee se había ido a otra de sus sesiones de fotos o a alguna de esas cosas públicas que siempre hace.

—Bien, ese tal Tusk va al panel, Sheila —dijo Bone.

—Señor —dijo Baxter y, rodeando su mesa, se acercó al panel en blanco—. Me pongo con ello. Cogió el rotulador de la bandeja bajo el panel y escribió *Dee Dee Case* en la parte superior.

—Cuando termine con eso, ¿podría rastrear algunos antecedentes de Tusk y quizá un poco más del pasado de Dee Dee? Parece que fue una adolescente problemática. También su padre, que por lo visto es otro pedazo de imbécil: mire si tiene algo que le podamos colgar —dijo Bone.

—¿Y sus amigas también? —respondió Baxter.

—Ay, madre, me había olvidado de ellas. Sí, habrá que volver a hablar con ellas también. Pero sí, hurgue por ahí. Sus nombres son…

—Tranquilo, ya los tengo, y también el del padre —respondió Baxter, volviéndose hacia Bone y dedicándole una sonrisa amplia.

—Y yo que pensaba que la habíamos contratado solo por esa caligrafía tan elegante —dijo Bone, asintiendo hacia el encabezado.

—Y luego están los fans y los trolls y todo ese circo —dijo Walker.

—Puedo encargarme yo —dijo Harper—. Y revisar también sus últimas grabaciones del canal de vídeo.

—Bien, sí —replicó Bone.

—Entonces iré a hablar con el Svengali, el mánager de Dee Dee. ¿Tenemos nombre y dirección? —dijo Mullens.

—Un momento —dijo Baxter, regresando a su mesa.

—Vuelve a atacar la Ninja de la Nicotina —dijo Mullens.

—Un tal Alan Fitz. Es el CEO de una empresa llamada Star-Studded Enterprises. Su oficina está —hizo clic de nuevo en el teclado— en el número cuarenta y dos de Garnet Place, Glasgow.

—Vale, pues. Yo... —Mullens se presionó el pecho con el puño cerrado.

—Sea lo que sea lo que va a hacer, no lo haga. Es una orden —dijo Bone.

Mullens hizo una mueca y tragó dos o tres veces.

—¿Estás bien? —preguntó Harper.

—Perdón, señor. Es el maldito curry. Me ha encendido una hoguera de turba en las tripas.

—Un poco de aire fresco y mantenernos a salvo de usted nos vendrá de perlas a todos —dijo Bone.

Mullens asintió, cogió la chaqueta y salió arrastrando los pies de la sala del caso, aún dándose golpes en el pecho.

—Y ahora, a respirar —dijo Walker, claramente aliviada de que se hubiera evitado una posible intoxicación por gases.

—¿Estamos todos? —preguntó Bone al resto del equipo.

Con un murmullo de asentimiento por su parte, Bone se dirigió a la puerta.

—Vamos, Rhona —dijo.

Walker le siguió fuera.

—¿Un cafetito rápido antes de hablar con el padre? —preguntó Bone mientras salían hacia el coche.

—Pensé que no lo iba a pedir —respondió Walker—. Me muero por uno ahora mismo.

—¿Lo de siempre?

—¿Se refiere al Lochside Café?

—Sí.

—Está cerrado por reformas, pero estaba pensando en Sandino’s. Ha empezado con el caffè shakerato para el verano, y es el auténtico néctar de los dioses. Se humedeció los labios.

—¿El qué?

—Café con hielo —aclaró Walker.

—¿Café con hielo en Kilwinnoch? ¿Son populares?

—Oh, sí, sobre todo ahora que tiene la oferta.

—¿Cuál?

—Bridie rebozada y frita con guarnición y un shakerato por tres libras.

—Se está quedando conmigo, ¿verdad?

—Sí, señor, así es —respondió Walker, y subió al coche de Bone.

Trece

Las oficinas de All-Star Entertainment estaban en una hilera de casas adosadas victorianas en lo más alto de Garnet Hill. Mullens tuvo que aparcar el coche abajo y arrastrar su corpachón por la empinada cuesta; para cuando llegó a la puerta de la oficina, resoplaba como una locomotora de vapor retirada camino del desguace. Secándose la frente empapada con el pañuelo, examinó los porteros automáticos y localizó el logotipo de la agencia arriba del todo. Tras tomar aire un par de veces, pulsó el botón.

El altavoz crepitó y la puerta hizo un clac y se abrió. Dentro, hacía fresco y estaba en penumbra. Él soltó un suspiro de alivio y se aflojó el nudo de la corbata. Al avanzar un poco más, una enorme lámpara de araña de cristal, muy por encima de su cabeza, cobró vida e iluminó la entrada. Frente a él, una escalera de caoba y piedra se enroscaba atravesando el techo abovedado. Buscó un ascensor, pero no se veía ninguno.

Con otro suspiro, comenzó a subir hasta el cuarto piso. A mitad de camino, se detuvo para recuperar el aliento otra vez.

—Tengo que volver al gimnasio —murmuró—. Como si eso fuera a pasar algún día. Y continuó subiendo.

Por fin, en el rellano, se acercó a una puerta abierta.

—¿Agencia All-Star Entertainment? —preguntó a un joven recepcionista hipster tras un escritorio dorado chillón.

El chaval dejó de juguetear con la coleta cuidadosamente trenzada que le colgaba de la barbilla, se inclinó y señaló el logotipo y el nombre pegados delante en unas letras gigantes cubiertas de purpurina.

—Soy el sargento detective Mullens, de la Unidad de Delitos Rurales, Kilwinnoch. Estoy aquí para ver al señor Fitz.

—Sí, claro —dijo él, abriendo mucho los ojos de sorpresa—. Voy a comprobar si está. La voz le salía queda y grave, acorde con su cuidado look de surfero urbanita.

Cerró a toda prisa la revista musical que tenía abierta delante, agarró el teléfono de recepción y estaba a punto de llamar cuando apareció un joven que se plantó ante el mostrador. Llevaba un estuche de guitarra, cuyo extremo golpeó el logotipo. Mullens dio un paso atrás para evitar el misil musical entrante.

—¿Está dentro? —soltó el joven al recepcionista con brusquedad.

—Por favor, siéntate, Colm. Primero estoy atendiendo a este caballero —replicó el recepcionista, echando un vistazo a Mullens.

—No, quiero verle ahora. —Colm dejó caer la guitarra con estrépito y las cuerdas vibraron dentro del estuche.

Mullens observaba, algo perplejo por la conducta excesivamente agresiva del joven.

—Lleva semanas dándome largas. Me ha prometido recibirme... A tomar por culo, no voy a explicarlo otra vez. Ábreme de una puta vez.

—Creo que necesitas calmarte, Colm.

—¿Lo dices en serio? Vivo en casa de mi madre con treinta y siete peniques en el bolsillo. Quiero verle ahora mismo, joder.

Mullens dio un par de pasos discretos hacia delante, preparándose por si tenía que intervenir a medida que la confrontación iba a más.

—Lo siento, Colm, pero el sargento detective está aquí por un asunto policial urgente y estás entorpeciendo sus pesquisas. ¿Verdad, detective? —dijo el hipster con el ceño fruncido.

—En efecto —asintió Mullens.

El joven músico se dio la vuelta y se quedó calibrando la magnitud del frigorífico humano que se cernía sobre él.

—Bueno, en cuanto termine, yo sigo queriendo verle —dijo el músico, alzando de nuevo la vista hacia Mullens.

—Por supuesto, Colm, siéntate. Si te apetece un café o un refresco, sírvete. El recepcionista señaló el carrito de catering al fondo del vestíbulo.

Con un resoplido, el cantante se retiró a una de las sillas pegadas a la pared del fondo y se dejó caer, medio derrotado y resignado a otra larga espera.

—Perdone por esto, inspector —dijo el recepcionista en tono apagado.

—No hay problema, y gracias por el ascenso. Ya iba siendo hora —replicó Mullens.

—Ay, ¿qué he dicho?

—Da igual. ¿Pasa mucho esto?

—No se hace una idea. Estos jovencitos con aspiraciones se creen que en cuanto los fichamos se hacen millonarios de la noche a la mañana. Menuda sensación de derecho —cogió de nuevo el teléfono de recepción—. Deje que vuelva a intentarlo por usted.

Pulsó unos botones y el auricular cobró vida con crepitaciones.

—Hola, Al, soy Harvey. —Una pausa elocuente—. Harvey, el de la recepción —repitió el recepcionista, mirando a Mullens—. Sí, eso es. Hay aquí un sargento detective Mullens que quiere hablar con usted. —Tras unos cuantos chisporroteos indescifrables, el recepcionista colgó—. Por ahí, la última puerta a la derecha —dijo, señalando con el pulgar el pasillo contiguo al mostrador.

Cuando Mullens llegó al despacho de Al Fitz, la puerta estaba abierta. Fitz estaba de pie junto a una ventana mirador abierta. Era un hombre bajo y fornido, con la cara hinchada, de un naranja chillón, curtida por demasiadas horas de clínica de bronceado. El rapado rubio decolorado sobre la calvicie no ayudaba precisamente. Sostenía el móvil en una mano y un cigarrillo en la otra.

—Mire, se lo repito, señor Gobbo, o como demonios se llame: a menos que pueda hacer malabares con hámsters en llamas o comerse su propio peso en tenias, hoy en día no hay absolutamente ningún trabajo de variedades, por mucho que diga el puto Simon Cowell. —Hablaba con acento del East London, no muy distinto del

de Michael Caine, que añadía gravedad amenazante al gruñido—. Así que le sugiero que cuelgue ahora mismo, vuelva a llamar a su jefe y le diga que al final no va a dimitir. Y ahora lárguese y no me vuelva a llamar jamás.

Colgó, dio una larga calada al cigarrillo y expulsó el humo por la ventana.

—¿Señor Fitz? —dijo Mullens, llamando a la puerta.

Al girarse, a Fitz se le cayó el móvil e intentó cogerlo, pero lo único que consiguió fue esparcir brasas humeantes por su traje de lino gris.

—Por el amor de Dios —maldijo, sacudiendo las ascuas de la chaqueta y luego recuperando el móvil del parqué.

—Soy el sargento detective Mullens, de la comisaría de Kilwinnoch —dijo Mullens.

—Jesús, casi me da algo —dijo Fitz.

—Espero que no estuvieran ardiendo —respondió Mullens.

—Sí, perdone. No sabe usted la de caraduras que me llaman cada hora de cada maldito día. —Volvió a dar una calada—. ¿Esto es por Debs?

—Sí, así es.

—¿Le importa si sigo con esto? —Alzó el cigarrillo—. Se supone que no podemos fumar en las oficinas, pero he tenido un día de mil demonios y sin ellos no tiro.

—Será mejor que se siente —replicó Mullens.

—Oh, no. No me diga que la han detenido otra vez, ¿verdad? —Fitz apagó la punta del cigarrillo, lo tiró por la ventana y volvió a un escritorio abarrotado de carpetas, archivadores y fotos.

—¿Quizá podríamos sentarnos allí? —Mullens señaló un grupo de butacas mullidas junto a una segunda ventana mirador.

—Ya le advertí que como volviera con esos numeritos, esta vez se iba al trullo. Jesucristo. —Se dejó caer en una de las butacas.

Mullens se sentó al lado, en diagonal.

—Entonces, ¿dónde la han pillado y había prensa? Con un poco de suerte, igual conseguimos enterrarlo.

—Me temo que traigo malas noticias. Esta mañana se ha encontrado el cadáver de la señora Dee.

—¿Quiere decir que se había ido de juerga? Es por ese novio suyo. No me canso de decirle que es mala influencia. Espere, no habrán vuelto a montar otro maldito numerito a plena luz de los putos paparazzi, ¿verdad? Es un peligro con patas.

—No, señor Fitz. La señora Dee está muerta.

—¿Cómo dice? —replicó Fitz con una sonrisa confundida.

—La han encontrado muerta esta mañana.

—Bueno, típico. Qué egoísta, irse a estirar la pata justo al borde de... —Se detuvo y miró a Mullens—. ¿De verdad, fallecida?

—Siento muchísimo tener que decírselo.

La cara de Fitz se vino abajo y se le quedó la boca abierta. Continuó mirando a Mullens, incrédulo.

—¿Pero cómo? ¿De qué está hablando? ¿Está seguro de que es Debs? He hablado con ella hace solo... ¿Qué? —Negó con la cabeza.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Mullens.

Fitz siguió negando con la cabeza, aturdido por la noticia de Mullens.

—Señor Fitz. Siento tener que hacer esto, pero tengo que hacerle unas preguntas.

—No lo sé. ¿Qué? —La desorientación de Fitz continuaba.

—Es importante que lo hagamos ahora —insistió Mullens—. ¿Cuándo habló por última vez con la señorita Dee?

A Fitz se le abría y cerraba la boca como si las palabras no acabaran de salir.

—¿Quiere un vaso de agua?

—¿Cómo murió? —preguntó Fitz, ignorando la pregunta de Mullens.

—Hemos abierto una investigación.

—No me lo puedo creer. Sabía que pasaba algo. ¡Qué jodida estupidez ir y hacer eso! ¿Cómo ha podido irse y morirse, joder? —Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó su paquete de cigarrillos y se encendió uno—. Las cosas le estaban yendo a mejor. Estábamos a punto de dar el salto a Estados Unidos, joder.

Le dio una profunda calada y soltó el humo directamente hacia Mullens.

—¡Mierda! Se suponía que íbamos a tener una cena de trabajo, pero no se presentó.

—¿Cuándo fue eso?

—El viernes pasado.

—El dieciséis, ¿es correcto?

—Sí.

—¿Dónde era la reunión?

—En mi casa. Pensé que quizá su novio la había puesto ciega, o peor, otra vez. Es pésimo para ella.

—¿Y luego?

—Luego tenía una sesión de fotos en Edimburgo a la mañana siguiente.

—¿Y volvió a no presentarse?

—Eso es, y ya por la tarde-noche estaba tan preocupado que iba a llamar a la policía, pero...

—¿Por qué no lo hizo?

Le dio otra calada al cigarrillo. —Ese novio gilipollas la ha metido en lo recreativo, ¿sabe?

—¿Qué tipos de drogas, señor Fitz? —preguntó Mullens.

—No sé si debería...—

—Señor Fitz, su clienta está muerta y necesitamos establecer el cómo y el porqué lo antes posible, y eso significa que tiene que contarnos todo lo que sepa.

—Nunca la vi tomar nada, pero era evidente que ese descerebrado la estaba metiendo cada vez más en el consumo de sustancias.

—¿Qué, coca?

—Desde luego coca, pero sospechaba que estaba coqueteando con la H. Siempre me aseguraba que jamás la tocaría, pero no estaba convencido. He tenido unos cuantos clientes que se perdieron por el camino y me preocupaba que ella fuera en la misma dirección, o al menos que esa chusma de novio suyo la estuviera arrastrando poco a poco a su propio infierno. —Se puso en pie.

—¿Y por eso no llamó a la policía?

—Supongo, pero pensé que se había ido de farra y que tarde o temprano aparecería. —Fitz suspiró—. Necesito un puto trago. Esto

es demasiado. —Se levantó y, en un archivador junto a la puerta, sacó una botella de brandy y un par de vasos del cajón de abajo. Los dejó encima, sirvió dos copazos bien generosos y volvió.

—Estoy de servicio, señor Fitz —dijo Mullens—. Y será mejor que usted se mantenga sobrio hasta que concluya mi entrevista.

—¿Entrevista? —replicó Fitz—. ¿Qué quiere decir? ¿No es eso lo que hace la policía con los sospechosos? Esto no es culpa mía, detective.

—Estamos intentando establecer los movimientos de la señorita Dee antes de su muerte: adónde fue, qué hizo, con quién se relacionó, y siendo usted su agente, estaba muy cerca de ella y la conocía muy bien. Por eso necesito que recuerde todo lo que pueda con la cabeza despejada.

Fitz dejó los vasos sobre la mesa baja junto a su sillón sin beber.

—La conozco desde que entró por esa puerta con quince años —respondió.

—¿Así que han pasado por mucho juntos?

—Le levanté su puto imperio, ladrillo a puto ladrillo. Soy como un padre para ella. No como ese capullo que insiste en que es su padre, pero solo cuando hay algo que rascar.

—¿Se refiere a John Dee?

—Sí, él. Un parásito de mierda.

—¿Por qué lo dice?

—En cuanto Debs empezó a ganar algo de dinero, reapareció como por arte de magia de debajo de la mierda en la que vive, reclamando derechos musicales y de todo. Me ha costado una auténtica fortuna en honorarios legales mantenerlo a raya y lejos de Debs.

—¿Así que ella no se lleva con él?

—Eso es quedarse corto. Las dejó a ella y a su madre sin un céntimo cuando Debs era una cría. Nunca las apoyó en nada y, hasta que Debs ganó aquel programa, no quiso saber absolutamente nada de ninguna de las dos. Un auténtico despojo.

—¿Y qué pensaba la señorita Dee de él?

—Era la misma de siempre: ingenua y generosa, y siempre esperaba que fuera mejor persona de lo que es.

—¿Incluso después de todo lo que les había hecho a ella y a su madre?

—Así es ella, y por eso todo el mundo la quiere.

—Entonces, ¿cuándo la vio por última vez? —intentó de nuevo Mullens.

—Estuvo aquí la semana pasada, el martes, creo. Estábamos ultimando los planes para su gala en su Civic... —Se le escurrió algo de color de su cara anaranjada—. Ay, Dios, estaba tan ilusionada con eso, con tocar otra vez en su ciudad natal.

—¿Cómo estaba cuando la vio ese día? —preguntó Mullens.

—¿Cómo?

—¿Estaba contenta, baja de ánimo, preocupada?

—¿Con la idea de que estaba a punto de morirse, ese tipo de cosas?

—¿Mencionó que pasara algo malo, alguien intentando hacerle daño, amenazas? —prosiguió Mullens, ignorando la agitación de Fitz.

—No me hablaba de él. Sabía lo que yo pensaba de él. Supongo que la noté un poco callada. Asumí que estaba cansada o con resaca después de una noche por ahí o algo así. Igual estaba bajando después de toda la farla que él le había encasquetado por la nariz.

—Entonces, ¿ninguna indicación de problemas o dificultades que pudiera estar teniendo?

—En absoluto. Hablamos del bolo y de reanudar su gira por Estados Unidos. —Volvió a suspirar y se frotó la frente, salpicada de perlas de sudor—. Lo siento, detective, pero... —Cogió el vaso y se lo bebió de un trago—. No hay más remedio —croó—. ¿Cómo ha podido hacerme esto?

—Por supuesto.

—Hablábamos todos los días. Por eso, cuando no se presentó, se me encendieron todas las alarmas.

—¿Pero no lo suficiente como para denunciar su desaparición?

—Se lo he dicho, inspector, me preocupaba más en qué juerga la habría metido él.

—¿Y cuándo la vio, no había ninguna señal de problemas? —repitió Mullens.

—Insiste con eso, pero ¿a qué tipo de problemas se refiere?

—¿Se quejó de algún fan o acosador, ese tipo de cosas?

—¿Alguien le hizo esto? O sea, ¿la mataron?

—Estamos explorando todas las vías en esta fase —replicó Mullens.

—Joder, esto no hace más que empeorar.

Cogió el segundo vaso destinado a Mullens y también se lo bebió de un trago.

—¿Bien? —preguntó Mullens, cada vez más irritado con el agente.

—Está en el escaparate público. Los tarados vienen con el territorio, y lo del vlog atrae a todo tipo de gente. Algunos comentarios allí eran absolutamente tóxicos. Pero a ella le resbalaban. Formamos a todos nuestros clientes para lidiar con la fama, los medios y todo eso. La presión puede ser jodidamente destructiva si no tienes los recursos para soportarla. Así que, sobre el papel, Debs debería haber estado más espabilada a la hora de tratar con fans y con la atención no deseada, pero era una persona muy abierta y, además, sensible, y me preocupaba que hubiera por ahí raritos dispuestos a aprovecharse de su ingenuidad. Quiero decir, no me malinterprete, la mayoría de la gente la adora con locura.

Se detuvo.

—Perdón, eso no... Pero siempre aparece algún que otro bicho raro de debajo de las piedras.

—¿Se le ocurre alguno de esos frikis en particular?

Fitz asintió.—Hay un grupo de fans que se llaman a sí mismas Deb's Divas, una especie de club de fans informal que empezaron hace mucho tres mujeres. Al principio solo tenía unos pocos miembros, pero ahora es enorme y se ha convertido en el club de fans oficial de Debs. La última vez que miré superaban los treinta mil miembros. Se presentan en masa en los bolos. Debs siempre tenía mucha paciencia con ellas. Las invitaba al backstage para selfies y firmas. A veces se quedaba charlando con ellas durante horas. Yo tenía que tirar de ella para sacarla de allí.

—¿Había alguien en particular del grupo que le diera quebraderos de cabeza? —apretó Mullens.

—Había una fan del grupo que usaba el alias en línea de Deeva1 y empezó a atosigar a Debs.

—¿Qué hizo?

—Era una mujer, o eso es lo que esa persona quería que creyéramos. Al principio, Debs estaba bien con los comentarios en el chat del grupo y en sus vlogs. Todo amistoso, positivo, pero luego los comentarios y las publicaciones se volvieron más oscuros.

—¿Como qué?

—Pues, poniéndola a parir por su aspecto o por una actuación, y diciendo que podía ayudar a Debs a escapar de la gente malvada que controlaba su vida.

—¿Como usted?

Asintió.—Y así, sin parar.

—¿Qué hicieron los administradores del club de fans con ella?

—La echaron, pero luego se puso a publicar cosas muy desagradables sobre ellos y sobre Debs en su vlog, y ahí ya tuve bastante y llamé a los pesos pesados para ponerla en su sitio.

—¿Los pesos pesados?

—Nuestros abogados. Cuando terminaron, no volvimos a verla ni en pintura. Debs se sintió aliviada, pero aun así dijo que le daba pena la mujer. Decía que estaba dañada como ella.

—¿Cuándo fue eso?

Fitz volvió a pasarse la mano por la frente.—¿Seis meses, quizá ocho?

—Así que, relativamente reciente.

—Sí, pero no hemos tenido más problemas con ella desde entonces.

—¿Y la señorita Dee se lo confirmó?

—Lo hizo, sí, y los administradores del club de fans también estaban al tanto. Aunque ahora ya no estoy tan seguro.

—¿Tiene nombre y dirección de esa fan?

—Nada de dirección. Estos elementos se esconden en las sombras de internet, pero tenemos los datos de su perfil en redes sociales.

—¿Y un registro de las comunicaciones que le envió a la señorita Dee?

—Eso lo tendrán nuestros abogados, sí.

—¿Denunció esto a la policía?

—¿Lo dice en serio? A vosotros no os interesa. Denuncié algo similar hace un par de años. Presentamos un informe y se perdió en Narnia. La sensación que nos dieron fue: persona rica y famosa igual a barra libre.

—¿Fue también por la señorita Dee?

—No, otro cliente. Ahí fuera es una puta carnicería, siendo sinceros, y los medios no paran de echar carne a los tiburones. A menudo se trata de contención de daños y de amenazas legales a lo bestia.

—Aparte de esa fan, Deeva1, ¿sabe de alguien más que quisiera hacerle daño a la señorita Dee?

—Todo el mundo la quería, pero debería entrevistar a Tusk. Yo diría que tiene mucho de lo que responder.

—Un par de preguntas más y le dejo, señor Fitz —dijo Mullens—. ¿Conoce a los antiguos amigos de colegio de la señorita Dee —ojeó su libreta—, la señora Jean Jarvie y el señor Sam Muirhead? ¿Los conoce?

—Oh, sí —respondió Fitz—. A Debs le caían bien porque la conocían de antes de ser famosa.

—Ya oigo venir un «pero» —dijo Mullens.

—Son muy bienintencionados, pero no tienen ni idea, y no sabe usted la de veces que he tenido que ir a recoger los pedazos con Debs después de que le dijeran que hiciera esto o aquello y saliera mal.

—¿Cómo, por ejemplo?

—Pues en numerosas ocasiones le han dicho que me despida, porque creen que la aprieto demasiado.

—¿Y lo hace?

—Esto es el mundo del espectáculo, detective. No se queda quieto. Ella sabía en lo que se metía, y yo sé lo que hago. Ellos son muy ingenuos y, en este juego, eso puede ser destructivo.

—Entonces, ¿cómo describiría su relación con la señorita Dee?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —replicó Fitz.

—Como he dicho, estoy intentando trazar un cuadro completo de la vida personal y profesional de la señorita Dee.

Fitz negó con la cabeza.—Como he dicho, me sentía muy protector con ella, como un padre. Siempre estaba pendiente de ella, más que de cualquiera de mis otros clientes.

—¿Por qué?

—Creía que lo necesitaba. Hay mucha gente mala ahí fuera, dispuesta a destrozarle el sueño. Era especial, una estrella fugaz a punto de lograr el éxito mundial. Así que, si piensa que yo sería capaz de no respetarle ni un pelo de la cabeza, puede largarse a la mierda de mi despacho ahora mismo.

Lanzó a Mullens una mirada fulminante, los ojos encendidos por una rabia alimentada por el alcohol.

—Gracias, señor Fitz, y, una vez más, siento profundamente su pérdida —replicó Mullens, intentando desactivar la situación.

—Pues sí. Es una puta tragedia.

—Desde luego que lo es —asintió Mullens, poniéndose en pie.

—Es que estoy muy afectado, ¿sabe? —Fitz miró a Mullens, su enfado tornándose tristeza—. Cuando firmó con nosotros por primera vez, le prometí a su madre que cuidaría bien de ella. Su madre estaba muy enferma entonces y no llegó a ver cómo su niña triunfaba.

Inspiró hondo, largo.

—Le he fallado como todos los otros jodidos inútiles de su vida.

—Ya me retiro yo solo —dijo Mullens—. Si pudiera enviarme los datos de esa fan, junto con los datos de contacto de las personas que llevan el club de fans, sería de gran ayuda.

Le entregó a Fitz su tarjeta.

Fitz la miró sin expresión un momento, y luego volvió a alzar la vista.—Me mantendrá al tanto, ¿verdad?

—Por supuesto, y le aconsejaría encarecidamente que no hable con la prensa a estas alturas tan tempranas.

—Son los últimos con los que quiero hablar —murmuró Fitz, y, agarrando la botella, se sirvió otro trago hasta que el brandy se desbordó por el borde.

Catorce

En la freiduría de Sandino, un chico alto, moreno y guapo de cine apoyaba la espalda en las freidoras, sonriéndoles de oreja a oreja a dos adolescentes con las mejillas encendidas que se inclinaban sobre el mostrador entre risitas. Cuando Bone y Walker entraron, el señor Sandino apareció desde la trastienda.

—¡Carlos!

El galán de matiné volvió en sí, hizo un giro militar y removió las patatas chisporroteantes a su espalda.

—Si no vais a comprar nada, entonces haced el favor de largaros —gruñó a las dos chicas, que salieron raudas por la puerta, despidiéndose con la mano del objeto de su atención mientras se iban.

El señor Sandino echó un vistazo a los dos detectives, que se habían quedado boquiabiertos ante la opereta que se representaba delante de ellos.

—Señor Bone y señora Walker, Jesucristo, no los había visto —dijo con una cálida sonrisa, su acento italiano salpicado de un marcado deje del West Stirlingshire. Se dio la vuelta hacia su hijo y le dio un manotazo en el brazo. —Saluda a los detectives, Carlos.

—¿Qué hay? —dijo Carlos con desgana y siguió removiendo las patatas.

—Perdonadle. Si las patatas fueran chicas, yo sería millonario —dijo, deslizándose alrededor del mostrador para recibirles—. Qué

placer verlos a ambos juntos. Les estrechó la mano.

—He traído a mi jefe para que pruebe vuestro ya legendario caffè shakerato —dijo Walker.

—Ah, sí; lo crean o no, fue idea de mi hijo.

—Bien por ti, Carlos —gritó Walker.

Carlos le dedicó otra de sus sonrisas de estrella de cine.

—Deben de estar ajetreados en la comisaría, preparándose para la Semana Cívica, ¿no? —dijo el señor Sandino, sin quitar ojo de los esfuerzos de su hijo con las patatas.

—Se podría decir que sí —respondió Bone.

—¿Y cómo va ese chaval suyo? —continuó el señor Sandino.

—Creciendo por segundos —dijo Bone.

—Ah, sí, eso hacen —asintió hacia su hijo y puso los ojos en blanco.

—¿Y su encantadora esposa, Alice?

—Bien. Sí, y sigue igual de encantadora —respondió Bone.

—Y tengo entendido que ahora es usted madre, señora Walker.

—Así es —sonrió Walker.

—Apuesto a que es usted magnífica.

—Lo es, desde luego —replicó Bone.

Justo entonces, entraron otras dos chicas en la freiduría, y fueron directas hacia Carlos, con la cara embadurnada de maquillaje y unas pintas más propias de una playa de Malibú que de la calle principal de Kilwinnoch.

—Disculpen un segundo —dijo el señor Sandino, marchando a interceptarlas antes de que llegaran al mostrador—. ¿Queréis patatas? —preguntó.

—Hemos venido a ver a Carlos —dijo una de las chicas con una desafiante sacudida de su cardado cabello.

—Sin patatas, no hay Carlos. ¿Qué va a ser? —replicó el señor Sandino, cruzándose de brazos.

Una de las chicas rebuscó en el bolso, sacó un monedero y miró dentro. Miró a su amiga, que se encogió de hombros en respuesta.

—Tengo para una ración —murmuró a su compinche—. ¿Tú qué tienes?

—Que ya te he dicho, estoy sin un duro —su amiga volvió a encogerse de hombros.

La chica del monedero soltó un puñado de calderilla sobre el mostrador.

El señor Sandino suspiró.—Bolsa pequeña de patatas para las chicas, Carlos.

Carlos se dio la vuelta y sonrió a las chicas, y ambas le devolvieron la sonrisa con risitas nerviosas.

—Ay, por Dios —murmuró el señor Sandino, y volvió con los detectives—. Lo próximo será el correteo de piececitos y la maldita... ¿Cómo se llamaba, la del arma?

—¿Escopeta?

—Sí, y voy a ser yo el que le pegue un tiro, carajo —replicó el señor Sandino—. Bien, por favor, tomen asiento. ¿Quieren algo de comer? Aún está el especial de desayuno. —Abrió mucho los ojos.

—No, con las bebidas basta.

—Ahora mismo —dijo el señor Sandino, y volvió a las freidoras—. ¿Has terminado? —preguntó a su hijo.

Carlos espolvoreó sal lentamente sobre la bolsa de patatas mientras las chicas le miraban con descaro.

Apartó a su hijo a un lado.—Dos caffè shakeratos para los detectives, Carlos.

El adolescente, molesto, desapareció en la trastienda. El señor Sandino envolvió las patatas con rapidez, les entregó la bolsa a las chicas y las echó a la calle con un gesto.

Bone y Walker se sentaron en un reservado al fondo de la ampliación del café. Bone no había ido desde que terminaron las obras y, al echar un vistazo por el local, quedó impresionado.

—Ha hecho un gran trabajo aquí, ¿verdad?

—Es fabuloso. Casi podrías pensar que estás en Sicilia.

—¿De dónde ha sacado todo este mobiliario y estos accesorios auténticos antiguos?

—Creo que lo consiguió de una cafetería real en Italia que iban a demoler, y un colega le ayudó a traerlo todo, al completo.

—Alucinante. Y remata la faena con Rodolfo Valentino sirviendo las patatas —dijo Bone—. ¿Qué demonios le ha pasado al joven

Carlos? La última vez que vine era un adolescente gordito y lleno de granos.

—Puedes sacar al chico de Italia... —respondió Walker—. Hablando del rey de Roma.

Carlos llegó a su mesa con dos vasos enormes llenos de un líquido negro azabache y cubitos de hielo que flotaban arriba, amenazando con desbordarse por el borde.

—Madre mía, eso lleva cafeína como para hacer volar una avioneta —dijo Bone.

—Pedisteis negro, ¿no? —dijo Carlos, con voz grave y ronca.

—Efectivamente. Gracias, Carlos —replicó Walker con una sonrisa.

Carlos le devolvió una sonrisa radiante.

—¿Qué tal te va todo? —preguntó Bone.

—Bah, ya sabes, lo de siempre —respondió Carlos.

—¿Y qué es «lo de siempre» para ti últimamente?

—Pues lo de antes, en realidad; básicamente, que mi viejo me echa la bronca todo el rato.

—Veo que ahora tienes unas cuantas fans, ¿eh? —dijo Walker, dando el primer sorbo al café helado—. Ay, está buenísimo. —Hinchó las mejillas cuando el frío le bajó por la garganta.

Carlos se sonrojó.—Ni idea de quiénes eran.

—¿Y sin planes de escapar de nuestro maravilloso pueblo? —dijo Bone.

—Sí, me voy la semana que viene, de Interrail por Europa con un par de colegas.

—Genial, ¿y una parada en la tierra de los abuelos?

—Nos quedamos unos días en casa de mi yaya en Sicilia. Pero nos va a cebar tanto que no nos dejarán subir de vuelta al ferry al continente y nos quedaremos allí para siempre —rió.

—¿Puedo ir? —bromeó Walker.

—Claro —respondió Carlos, regalándole otra de sus sonrisas fulgurantes.

—Gracias, Carlos, y pásalo en grande —dijo Bone, cogiendo su bebida.

Con un gesto de cabeza, Carlos les dejó a lo suyo.

—Creo que tienes un admirador —le dijo Bone a Walker.

—Tiene las hormonas en ofensiva de peloteo —replicó ella, dando otro sorbo—. Dios, prueba esto.

Bone la imitó y alzó la vista sorprendido cuando el frío le recorrió la garganta a toda velocidad.

—La madre que lo... tienes razón —dijo, y dio un segundo trago, más grande—. Entonces, ¿cómo va Erin ahora? Debe de tener...

—Un año el martes que viene —respondió Walker.

—Alucinante. ¿Y cómo lo lleváis?

—Te digo una cosa: los bebés son como delincuentes maestros, siempre un paso por delante de ti.

—Ja, sí, me acuerdo. Su ritmo de desarrollo es fenomenal.

—Como esponjas —respondió Walker—. La semana pasada apenas gateaba, y si se caía se ponía a berrear como una tortuga panza arriba hasta que alguien la rescataba. Y ayer estaba de pie en la puerta de la cocina, riéndose como una banshee. Me dio un susto de muerte.

—Andar con un año, por Dios. Definitivamente, una atleta.

—Y ha empezado a llamarnos a las dos «mamá» —sonrió Walker de oreja a oreja.

—¡Qué gozada absoluta! —le devolvió Bone la sonrisa—. Echo mucho de menos esa época.

—Michael también es un crío de oro, ¿eh?

—Ya lo creo.

—¿Y cómo van las cosas entre tú y Alice ahora, si no es indiscreción?

—Ningún problema. Vamos tirando. Sigue siendo un poco complicado, pero vamos en la dirección correcta —Bone dio un par de tragos al café—. Mejora con cada sorbo. Se relamió los labios.

—Me alegro de oírlo. Vosotros dos estáis hechos el uno para el otro.

—¿Tú crees? —preguntó Bone.

—Lo sé.

—Bien, supongo que tenemos que ponernos a pensar en este caso tan jodidamente horrible.

—Tenemos que mantener bien vigilado al novio. Es mala cosa —dijo Walker.

—Y al padre.

—Y luego está el lord provost, con el que tenemos que lidiar.

—Nuestro trabajo es lo mejor, ¿a que sí? —dijo Bone, negando con la cabeza.

Pero Walker se había quedado pensativa.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Sigo sin poder dejar de sentir pena por esa pobre joven, rodeada de hombres tan terribles.

—Y controlada por ellos también, a juzgar por el comportamiento de Tusk. Será interesante saber cómo le ha ido a Mark con su agente.

—Con suerte no será otro capullo, pero no voy a contener la respiración.

—Desde luego —replicó Bone.

Deslizó su bebida por la mesa y se puso en pie—Bien, no puedo seguir posponiéndolo. Voy a darle la noticia al padre de la señorita Dee.

—¿No vas a terminarte la bebida antes? —preguntó Walker.

—Igual no es la mejor idea ir puesto hasta las cejas como Pacino en *Scarface* mientras doy una noticia tan devastadora.

—Cierto —replicó Walker—. Pero están buenos, ¿eh?

—Inexplicablemente brillantes —dijo Bone.

Al salir, el señor Sandino les gritó desde atrás—Eh, ¿ya se van?

—Lo siento, señor Sandino, el deber nos llama. Pero el shakerato está increíble. Gracias, Carlos.

—Sin problema —respondió Carlos mientras echaba más patatas crudas de un cubo a la freidora.

—Su chico es un activo —le dijo Walker al señor Sandino.

—A mí lo que me preocupa son sus «activos» —replicó el señor Sandino.

—Disfruta de tus vacaciones, Carlos —dijo Bone.

—Hasta luego, chicos —respondió Carlos, reservándole su última sonrisa a Walker.

El señor Sandino le volvió a dar un manotazo en el brazo, y él regresó a su cubo.

Quince

De camino de vuelta a la comisaría, Mullens pasó a ver a su padre en su residencia.

—Buenos días, Mark —dijo la vivaracha recepcionista, la señora Govan, en cuanto él entró en el vestíbulo—. Y a la hora perfecta.

—Dios, ¿qué ha hecho ahora? —respondió Mark.

—Su padre sigue en la cama y se niega a levantarse. Le hemos dejado un rato porque se estaba poniendo bastante agitado. Le alegrará verle.

—¿Usted cree?

—Ja, bueno, puede que no lo parezca —dijo la señora Govan.

Mark siguió por el pasillo, sorteando a un hombre de aspecto frágil que cojeaba con un andador con ruedas.

Cuando llegó a la habitación de su padre, la puerta estaba de par en par. Vio un bulto bajo una gruesa capa de mantas. Se acercó a la cama y se inclinó. El pelo cano de su padre asomaba por la parte superior de las sábanas.

—¿Da? —susurró Mark.

Su padre no se movió.

—Da —lo intentó de nuevo, pero seguía sin señales de vida—. —¡George! —bramó.

Su padre por fin se removió, sacando la cabeza de las profundidades de la ropa de cama.

—¿Quién es? —croó, entornando los ojos hacia su hijo.

—Soy yo, Da —respondió Mark.

—¿A qué viene tanto grito?

—Pensé que la habías palmado. No te movías.

—Te encantaría, ¿verdad? —dijo George, intentando zafarse de las capas.

Mark le ayudó a incorporarse y le colocó unas almohadas detrás de la espalda. La espina dorsal le presionó la palma mientras lo arrastraba hacia arriba en la cama.

—La enfermera ha dicho que hoy no te levantas. ¿Qué te pasa? —Mark miró los rasgos demacrados de su padre.

—Nada —dijo George con un suspiro.

—No es propio de ti. Normalmente andas por ahí montando follón. ¿Qué te pasa?

—Solo me siento un poco triste —respondió, chupándose las mejillas.

—¿Por qué? —preguntó Mark, acercando una silla.

George se encogió de hombros.

—Vamos, Da. ¿Qué tal un trago, eh? —preguntó Mark, intentando ganárselo.

—Eighty Shilling, si tienes.

—Agua, Da —respondió Mark, llenando un vaso de plástico de una jarra que había en la mesilla—. ¿Dónde están las pajitas?

—No necesito malditas pajitas. No soy un puñetero crío —se quejó George.

—Lo vas a derramar todo sin una, y no tragas muy bien, Da. Tienes demencia vascular.

—¿Enfermedad venérea? Sí, ya me gustaría a mí tener tanta suerte —replicó George.

Mark encontró un paquete de pajitas, metió una en el vaso y se lo plantó bajo la barbilla a su padre.

—Toma —dijo.

George sorbió el líquido, pero tras un par de intentos de tragar empezó a atragantarse.

—Despacio —dijo Mark, dejando el vaso de nuevo sobre la mesita—. Tienes que levantarte, Da. No puedes quedarte en la cama todo el día. Te saldrán llagas.

—Hoy no estoy para todas esas gilipolleces —George cruzó los brazos en señal de desafío.

—¿Qué gilipolleces?

—Todo ese jodido desfilar y gritar y soltar tacos.

Mark se quedó pensando un momento, intentando ubicar en qué década había aterrizado su padre.

—Ah, la mili ya se ha acabado, Da. Estás en tu residencia.

—Anda ya. Soy demasiado joven para eso, pedazo de idiota. Seguro que los médicos te dejaron caer cuando naciste.

—Vamos, Da. Vamos a levantarte y a ponerte la bata, ¿eh? —insistió Mark.

—Déjame en paz. ¿No deberías estar en el colegio o algo así?

—Esos días ya pasaron hace mucho, Da.

George volvió a negar con la cabeza y chasqueó con la dentadura postiza.

—Vamos, Da. ¿Qué te pasa?

—Creo que me ha dejado, hijo —dijo por fin George.

—¿Quién te ha dejado? —preguntó Mark, sin estar seguro de adónde iba aquello.

—Tu madre, ¿quién iba a ser?

—¿Y por qué dices eso? —preguntó Mark, conteniéndose de decir la verdad.

—No ha estado en casa en días y se ha llevado todas sus cosas. Ahí no hay nada —señaló el armario empotrado frente al pie de la cama—.

—Da... —empezó Mark.

—Creo que por fin se ha hartado de mí y se ha largado con el cómo se llama —siguió George.

—Da, escucha.

—Frazer McClintock, ese es el nombre del cabrón. Siempre le ha hecho tilín y, con que el hurón ese le diga una palabra, saldría pitando.

—Da, Frazer McClintock murió hace veinte años en un accidente de tráfico, y no has vuelto a saber de él desde primaria, cuando una vez compartisteis una manzana, si mal no recuerdo. Poco *West Side Story*. Te acabas de despertar y estás un poco confuso.

—Sí, seguro que no fue lo único que compartieron —interrumpió George—. Aunque no puedo culparla. A veces soy un auténtico capullo.

—Da, mamá te quería muchísimo. A decir verdad, o quieres a alguien o estás completamente pirado para aguantar tus numeritos durante casi medio siglo.

—¿Entonces dónde está? —preguntó George, mirando a su hijo como un niño perdido.

—Da, mamá murió hace cinco años. Tenía cáncer.

—Menuda chorrada. Me ha preparado la cena hace... ahora mismo.

—La cena te la prepara la residencia, Da.

—Ah, ¿o sea que no se ha ido con Frazer el cómo se llame?

—Puede que sí, pero no en este planeta.

—¿Cáncer? —preguntó George, mientras los impulsos eléctricos y las sinapsis de su cerebro empezaban a reconectarse.

—Sí, pero fue una enfermedad breve, gracias a Dios, y no sufrió. Murió dormida en la mesa de operaciones.

—¿Dormida?

—Eso es. Al final, muy en paz.

—Vale, entonces ¿quién saca los cubos?

—¿Qué?

—¡Los cubos! —exclamó George—. Es el jodido día de la basura.

—Ya lo hago yo, Da, no te preocupes —suspiró Mark.

—Asegúrate de recordárselo. Siempre se le olvida. Díselo antes de irte a trabajar, si no, la casa apestará a basura.

—Lo haré, Da, te lo prometo —le retiró las mantas de las piernas —. Vamos, a ver en qué lío puedes meterte en el bar-salón.

—¿El bar-salón? ¿The Fells?

—Correcto. Seguro que esta noche hay por allí un montón de chalados con los que puedas buscar bronca —dijo Mark, decidiendo que lo mejor era seguirle el juego.

—Eso ya suena mejor —respondió George y sacó las piernas por el borde.

Mark lo incorporó con cuidado y cogió su bata.

—Vale. Venga, Saltarín, vamos —dijo—, y ayudó a su padre a arrastrar los pies fuera de la habitación y por el pasillo hasta el salón.

Al irse Mullens, la directora de la residencia le paró en la puerta.

—Me alegro de haberle pillado, Mark —dijo la directora.

—¿Todo bien?

—¿Tiene un momento? —preguntó ella, señalando con la cabeza su despacho, detrás del mostrador de recepción.

—Claro —respondió Mullens, ya con el runrún de por dónde iba aquello.

—Por favor, tome asiento.

Entraron y Mullens se sentó junto a su mesa.

—No me diga que ha vuelto a secuestrar el autobús...

—No, nada de eso. De hecho, su padre ha estado más bueno que el pan —respondió la directora, sentándose enfrente.

—Dios... entonces algo va mal —dijo Mullens, nervioso.

—Desde hace una semana, más o menos, su padre se ha estado quejando de dolor en la parte baja del abdomen.

—No me ha dicho nada —respondió Mullens.

—Va y viene, pero ayer expulsó algo de sangre.

—Joder... —Mullens se frotó el brazo.

—Nuestra doctora le ha explorado esta mañana y quiere derivarle para una colonoscopia.

—Hablamos de mi da. ¿Es sensato hacer eso? —hizo una mueca Mullens.

—Creo que sí. Con eso y la pérdida de peso, consideramos aconsejable que le revisen.

—Pero la pérdida de peso es por su demencia vascular, ¿no?

—Sí, pero el ritmo es preocupante.

—Vale. Claro. ¿Cuándo ingresará y qué quiere que haga?

—Intentaremos conseguirle una cita preferente, así que, con suerte, la semana que viene, y necesitaremos su consentimiento —abrió un cajón del escritorio y sacó un documento—. Si pudiera

firmar aquí y aquí, estupendo, y nos ponemos en marcha —le tendió a Mullens un bolígrafo.

Mullens cogió el bolígrafo y se quedó mirando el formulario un segundo. —¿Está bien, verdad?

—A estas alturas es solo una precaución necesaria. Sabremos más cuando tengamos los resultados de la exploración.

Mullens firmó los papeles y dejó el bolígrafo. —Quiero decir, ¿estamos hablando de cáncer?

—Creo que es mejor esperar. Estoy segura de que probablemente no sea nada.

—Sí, y con suerte serán otra de sus almorranas explosivas o algo así —dijo Mullens, dejando escapar el pensamiento nervioso antes de poder frenarlo.

—Eso sería preferible, sí —dijo la directora riendo—. Cuando llegue la cita, se lo comunicaremos.

—¿Quiere que le lleve yo?

—No, nos encargamos nosotros, pero sería bueno para él, y para todos, que usted le acompañara al hospital.

—La unidad antidisturbios —dijo Mullens con una sonrisa.

—Algo así, sí.

—De acuerdo, gracias, y gracias por ponerse con esto enseguida.

—La rapidez suele ser esencial —replicó la directora, levantándose—. Nos pondremos en contacto. Intente no preocuparse.

Le estrechó la mano a Mullens, haciéndole sentir como a un condenado en el corredor de la muerte.

Al salir, fue dándole vueltas a cómo iba a darle la noticia a su mujer sin que se le fuera la pinza.

Dieciséis

Mientras Bone conducía hacia la propiedad de John Dee, recibió una llamada del agente de enlace con la familia informándole de que el señor Dee se había ido a pescar al embalse de Carron Valley. Bone dio la vuelta al Saab y puso rumbo a las colinas.

Unos treinta minutos después llegó por fin al lago aislado y aparcó junto a un Volvo familiar oxidado en el minúsculo aparcamiento contiguo. Al mirar a través del agua, avistó una neblina negruzca flotando justo por encima de la superficie. Huroneando en la guantera, sacó un frasco de repelente de insectos y se roció la cara.

—Tomad esto, cabrones —dijo— y salió del coche.

Tomó el sendero que bajaba hasta la orilla y escudriñó la ribera en ambas direcciones en busca de algún rastro del padre díscolo. Al ver un hilillo de humo en el extremo más alejado de la estrecha playa, descendió a trompicones y avanzó junto al borde del agua, apartándose de la vista la espesa nube de jejenes.

Al acercarse a una compacta hoguera resplandeciente, miró alrededor buscando a su dueño, pero no había nadie. A su lado, una mochila, una tienda enrollada, un hornillo de gas y algunos utensilios de cocina agrupados, listos para usarse.

Bone rodeó un estrecho saliente y por fin divisó una figura encaramada a unas rocas que se adentraban en el lago.

—¿Señor Dee? —llamó, pero la figura no se volvió. Bone siguió adelante y, cuando llegó a las rocas, lo intentó de nuevo. —¿Señor Dee?

El hombre se volvió, apoyó la caña que sostenía en un soporte y se sentó a su lado.

—Mierda —dijo Bone, acercándose—. ¿Es usted John Dee?

El hombre siguió mirando la superficie inmóvil del lago.

—Señor Dee, soy el inspector jefe Bone de la comisaría de Kilwinnoch —dijo, y le dio una palmada en el hombro al señor Dee.

—Ya sé quién es —dijo John, sin moverse.

—Me temo que traigo malas noticias.

—Si es sobre mi hija, ahórrese el aliento. Ya lo sé —se encogió de hombros.

Bone maniobró para ponerse frente a él y poder verle la cara.

—A su hija la han encontrado muerta esta mañana.

—Le he dicho que se ahorre el aliento —John negó con la cabeza, indignado.

—Señor Dee, no estoy seguro de que entienda la gravedad de lo que le estoy diciendo. Creemos que su hija puede haber sido atacada y asesinada —insistió Bone, sorprendido por la falta de reacción del padre.

John se encogió de hombros de nuevo y, cogiendo la caña, hizo girar el carrete con frenesí. Estaba a punto de lanzar otra vez, pero Bone estaba en medio.

—¿Le importa? —dijo.

Bone se desplazó a la roca contigua. —Señor Dee, ¿podríamos volver a la playa y hablar allí con más calma de esto?

—No tengo nada que decir. Con un rápido latigazo de brazos, el hilo salió disparado y el flotador golpeó la superficie con un chapoteo, enviando una onda por el agua. Se sentó de nuevo.

—Hemos iniciado una investigación por asesinato, señor Dee —dijo Bone, esperando lograr implicarle de algún modo—. ¿Cuándo fue la última vez que vio a su hija con vida?

—Yo no tengo hija —replicó John—.

—Le agradecería su colaboración, señor Dee. ¿Cuándo vio por última vez a Deborah Dee, su hija? —repitió Bone—.

—Hace mucho tiempo —dijo por fin John.

—¿Cuánto es «mucho»?

John suspiró.—No lo sé.

—Usted y Deborah tuvieron una bronca por dinero, ¿es así?

John se encogió de hombros.

—A las claras guarda usted algún rencor, o quizá está ocultando su dolor. ¿Qué es? —le apretó Bone.

—Está espantando a los peces —respondió John sin cruzar la mirada—.

—¿Este asunto económico quedó sin resolver entre ustedes?

—Si cree que yo tuve algo que ver, está chiflado. ¿Cómo iba a matar yo a alguien que no existe?

—Yo no he dicho eso. Solo le pregunto por la disputa que había entre ustedes.

—¿Disputa? Ni de lejos —dijo John.

—Entonces, ¿cómo lo llamaría?

John le ignoró, mirando el lago.

—Señor Dee, estoy teniendo serios problemas con sus respuestas. Su joven y talentosa hija, con toda la vida por delante, ha sido atacada y asesinada. Es una tragedia para todos los implicados. Estoy seguro de que está profundamente afectado, y quizá esta sea su manera de demostrarlo, pero su reacción resulta bastante perturbadora.

—Ese es su problema, no el mío —respondió John—.

—¿Hay alguien que usted sepa que pudiera hacerle esto a su hija? —Bone decidió intentarlo por última vez.

John no le hizo caso, mirando el flotador a unos metros, que subía y bajaba en el agua.

—¿Señor Dee?

—No me interesa —respondió por fin. El carrete hizo un clic, luego otro, y John arrancó la caña del soporte y tiró con suavidad de la línea.

—Joder —murmuró Bone—. Vale, pero no hemos terminado. Puede esperar que volvamos a hablar con usted. Disfrute de su trucha —dijo, negando con la cabeza.

—Es perca —replicó John, y el carrete repiqueteó frenético.

Bone dejó al señor Dee en su tira y afloja con el monstruo que hubiera enganchado en las profundidades del lago.

De vuelta en el coche, estaba a punto de llamar a Walker para relatarle una de las entrevistas más extrañas y perturbadoras que había hecho nunca cuando ella se le adelantó.

—Siento molestarle, señor —dijo Walker—. Mark ha vuelto de su entrevista con el mánager de la señorita Dee. Tenía alguna cosa más que decir sobre el novio abusivo y controlador de la señorita Dee, Tusk. Creo que deberíamos traerle para otra charla.

—De acuerdo. Parece que tenemos suficiente para justificar una entrevista formal —Bone miró el reloj—. Se nos está haciendo tarde; entrevistémosle por la mañana.

—Vale, así lo haré —respondió Walker.

—¿Algo más?

—Will se ha ido a casa para terminar de revisar las grabaciones del vlog y dice que intentará tenerlo listo para la mañana y nos informará.

—Bien —respondió Bone—. Muy bien, ya he tenido bastante por hoy. Nos vemos en la comisaría a primera hora y, si surge algo más, ya sabe dónde estoy.

—¿Dónde exactamente? —preguntó Walker.

—Voy hacia la cabaña. Ya voy a medio camino.

—¿Qué tal ha ido con el padre? Perdón, vaya pregunta tonta. Horrible, sin duda —dijo Walker.

—Horrible, sí, pero no por la razón obvia.

—¿Qué?

—Mañana le pongo al día —replicó Bone, y colgó.

Arrancó el coche, lo apagó de nuevo y, en su lugar, llamó a Alice. Ella contestó al segundo o tercer tono.

—Hola, soy yo —dijo Bone—. Mira, he tenido un día bastante intenso. ¿Te parece bien si esta noche no paso por casa? Necesito a toda costa un baño, y mi cabeza necesita un buen rato de calma.

La línea bufó y, por fin, Alice respondió: —Le he prometido a Michael que vendrías esta noche. Tiene muchas ganas.

—Lo sé, y lo siento, pero no voy a ser buena compañía después del día que he tenido.

—Todos hemos tenido días difíciles, Duncan —replicó Alice—.

—¿Por qué? ¿Qué te ha pasado?

—No importa. Solo digo que se va a decepcionar, nada más.

—Mira, ¿por qué no subís los dos al lago este fin de semana y lo convertimos en unas minivacaciones para él y para nosotros? Sinceramente, así me das unos días para dejar la cabaña lista para vosotros. Sigue siendo un poco una pocilga.

El altavoz crepitó otra vez. —Vale, ¿pero qué le digo a tu hijo?

—Dile que estoy trabajando en dejarle su habitación alucinante lista y que además tengo una sorpresa extraespecial para él.

—¿Qué sorpresa?

—Bueno, si te lo dijera ya no sería una sorpresa, ¿no? —replicó Bone, ganando tiempo para maquinar algo tan especial que pudiera compensar, aunque fuera un poco, por ser un padre tan inútil.

—Vale. ¿Entonces el viernes por la noche? —preguntó Alice.

—El viernes será, y estoy deseando daros la bienvenida a nuestro flamante segundo hogar.

Alice colgó.

—Mierda —murmuró, y arrancó el coche.

—Clic-clic —susurró una voz en su oído.

Se giró en redondo, pero no había nadie. Estaba a punto de dar marcha atrás para salir del aparcamiento cuando una sombra cruzó fugaz por su retrovisor.

Se volvió de nuevo. —¿señor Meiklejohn?

Pero el asiento trasero estaba vacío.

—Tus jueguecitos ya no me inmutan —dijo Bone a su némesis del trastorno de estrés postraumático—. Bueno, ¿a qué esperas? —preguntó, pero la criatura no se dignó a aparecer. Con un suspiro, puso rumbo a casa.

Diecisiete

La cabaña de troncos estaba en las afueras del pueblo, en un rincón apartado junto al lago, rodeada por un grupo de altos pinos. Cuando Bone salió del coche, se fijó en que habían retirado todos los escombros que los obreros habían amontonado durante la reforma. El director del hotel apareció por el sendero entre los árboles.

—Buenas tardes, Duncan —dijo.

—Hola, Gordon. ¿Por fin han terminado?

—¡Finito! —Gordon esbozó una sonrisa—. He pensado que me pasaba para ver tu cara cuando eches un vistazo por dentro.

Bone sacó las llaves del bolsillo, abrió la cabaña y entró, con Gordon pegado a sus talones.

—Joder, tengo cocina —exclamó Bone.

—Se acabó la comida del hotel, por fin, que ya te oigo gritar de alegría.

—Tampoco nos pasemos —dijo Bone, mirando el impecable salón con comedor.

Gordon se dirigió a la zona de cocina.

—Horno doble con ventilador, microondas encima, frigorífico-congelador empotrado con dispensador de cubitos —dijo, trasteando con el botón—. Salieron disparados tres cubitos. —Mierda. —Los recogió y los echó en el fregadero nuevo—. Me mudaba yo a una de estas, fíjate.

—Impresionante —dijo Bone—. Incluso lo han recogido y limpiado todo. Está impecable.

—Qué va. De eso puedes dar las gracias a las limpiadoras del hotel. Y me han dicho de buena tinta que ahora tienes una ducha que de verdad funciona.

Bone pasó a la parte de atrás y examinó su nuevo cuarto de baño.

—Todo en un día, es alucinante —dijo Bone, admirando su nueva ducha de lluvia.

—Sí, estos chicos no se andan con chiquitas cuando arrancan. Nuestros desayunos de fritanga también ayudaron a avivar la caldera, claro.

Bone abrió el grifo. —Y sale caliente.

—No teníamos claro que lo fueras a querer, con lo que te gusta nadar en ese maldito lago helado; estás como una cabra.

—Sí, claro.

—Todas las reparaciones estructurales estaban hechas, así que los montadores ventilaron el trabajo en un santiamén —dijo Gordon cuando volvían al salón—. Ah, y también hemos cambiado todos los colchones, así que esta noche deberías dormir bien.

—Fantástico, gracias. Nada que ver con cuando me mudé —dijo Bone.

—Sí, estaba hecha un asco. Miré su historia y el antiguo laird la construyó en mil novecientos veintidós como base para sus jornadas de pesca, pero, por lo visto, también la usaba como nido de amor privado para acostarse con su personal.

—Una pesca de otro tipo, desde luego.

—De alta mar —repuso Gordon—. Pero cuando su mujer se enteró, se quedó sin cojones y aquello se vino abajo.

—Bautizo esta cabaña como El Burdel del Laird —rió Bone—. Hace gracia, pero vaya capullo con ínfulas. ¿Te imaginas la de embarazos no deseados y chicas abandonadas?

—Qué contento estoy de que ahora nos posea un conglomerado de fondos de cobertura —replicó Gordon con una sonrisa.

—Gracias otra vez por convencer a tus jefes de que me dejen alquilar a largo plazo. Sé que pensaban destinarla a alquiler

vacacional, así que te debo una. Alice y Michael vienen el fin de semana, así que el momento es perfecto.

—Sin problema —contestó Gordon—. Me encantará volver a ver a Alice y a ese chaval tuyo. A estas alturas será por lo menos el doble de alto que tú.

—De sobra —repuso Bone.

—Bien, te dejo. Aquí tienes la llave de repuesto. La cabaña es toda tuya ya. Disfrútala. Le entregó las llaves a Bone y se fue.

Tras otra visita rápida por la cabaña, comprobando la habitación de Michael y su cama nueva, y volviendo a trastear un poco con la ducha, Bone se cambió y se puso el equipo de baño, cogió una toalla y las gafas, y salió atravesando una nube descendente de jejenes por un pequeño embarcadero junto a la cabaña que se adentraba en el lago.

Antes de que los insectos lo devoraran, dejó la toalla, se ajustó las gafas y se lanzó de cabeza. El agua fría le golpeó el cuerpo como un bienvenido martillazo. Tras tres o cuatro respiraciones reflejas, se tomó un momento para que el cuerpo y la mente se adaptaran al asalto sensorial y luego se alejó del embarcadero nadando despacio hacia la amplia extensión que tenía delante.

El agua le lamía con suavidad la cabeza, por encima y alrededor, enfriando y calmando su mente acelerada. Giró a la izquierda y puso rumbo al muro del puerto del pueblo, con el hotel encaramado al final. Cambió de crol a braza para contemplar las montañas, que resplandecían en la luz crepuscular del verano. Al mirar hacia el lago, la superficie estaba tan quieta como el cristal. Se detuvo y se mantuvo a flote suavemente un momento, para abarcar la totalidad del mundo a su alrededor y bajo él. Tomó una respiración larga y profunda, se tumbó de espaldas y dejó que el agua helada le lamiera las mejillas.

Al alzar la vista, vio que las primeras estrellas de la noche empezaban a aparecer en el cielo, cada vez más azul. Unos momentos meditativos después, giró y continuó nadando hasta el muro del puerto y, tras recuperar el aliento, regresó hacia la cabaña, cuyas luces ya eran visibles en la noche que caía. Trepó por la

escalerilla del embarcadero y echó a correr hacia dentro antes de que los chupasangres reanudaran su ataque.

Después de una ducha larga y relajante en su cuarto de baño nuevo, se puso el pijama, se sirvió un whisky con un chorrito de Irn Bru de su frigorífico nuevo y se desplomó, satisfecho, en un sillón, un poco más tranquilo que cuando había llegado.

Alargó la mano, cogió el teléfono y comprobó si Alice había llamado. Había tres llamadas perdidas y una cascada de mensajes de Walker.

—Dame un minuto —dijo con un suspiro y se estiró en el sillón. Sonó el móvil. —Joder. —Volvió a coger el aparato. Esta vez era Gallacher.

—¿Señor? —dijo Bone.

—Llevamos intentando localizarle. ¿No ha visto el titular de mañana del *Chronicle*? Walker le ha enviado los enlaces.

—No me jodas, ¿ha publicado la historia?

—Hasta el último puto detalle. Fotos de la nota, fotos del cordón policial en el puente, del novio e incluso del dedo cercenado de la pobre chica, por amor de Dios.

—Jesucristo —rezongó Bone—. Esa cucaracha ha tocado fondo como nunca. Me lo prometió, y el imbécil he sido yo por creer, durante unos minutos de pardillo, que esta vez cumpliría su palabra.

—Un pelín ingenuo, teniendo en cuenta su historial y el vuestro, ¿no le parece?

—La historia estaba demasiado caliente para que su ego desmesurado se sentara encima. Lo siento, señor. Debería haberme adelantado a esto.

—No, debería haber convocado la rueda de prensa antes, pero ya está hecho, así que tendremos que afrontarlo de cara —respondió Gallacher—. Ya me ha llamado la central, la prensa nacional y la tele, y lo peor de todo, el alcalde del pueblo.

—Vuelvo esta noche si quiere.

—No, lo hacemos a primera hora, cuando el pueblo esté en pie. Le he dicho a Walker que venga a las seis y media, y apuntamos a una rueda de prensa a las ocho.

—Allí estaré —repuso Bone—. Y eso me da unas horas para idear la forma más dolorosa de despiezar a esa verruga genital con patas.

Gallacher colgó y Bone abrió el enlace que le había mandado Walker. Apareció la portada del *Chronicle* con el titular: ¿ESTÁ MUERTA NUESTRA DEE DEE? estampado en lo alto y una foto de la escena del crimen debajo.

—La castración lenta por desangrado es demasiado buen final para él —gruñó Bone, arrojando el móvil al sofá de al lado y apurando de un trago el whisky.

Dieciocho

La sala de conferencias de la comisaría estaba hasta los topes de periodistas y equipos de prensa, todos peleándose por un sitio privilegiado lo más cerca posible de la fila de mesas colocadas al frente.

Cuando Gallacher salió por una puerta lateral, con el uniforme de gala, seguido de Bone y Walker, la sala estalló en un rugido de preguntas, flashes y más empujones. Los tres agentes se sentaron detrás de las mesas—Gallacher en el centro, con Bone y Walker a ambos lados—y se quedaron mirando, impasibles, a la chusma que tenían delante. Bone recorrió con la vista aquel mar de cabezas buscando a McKinnon, pero no estaba por ninguna parte.

—Por favor, tomen asiento —dijo Walker a la jauría.

Con más empujones y codazos, los periodistas encontraron dónde encaramarse.

—Gracias, damas y caballeros —bramó Bone por encima del ruido.

La sala se calmó.

—El lunes, diecinueve de junio... —Gallacher carraspeó y dio un sorbo de agua— el cuerpo de una mujer blanca fue descubierto en Devilback Bridge, a las afueras de Kingsburn Village. La policía acudió de inmediato al lugar, al que también asistieron los forenses.

—¿Es Dee Dee? —gritó una voz.

—Las pruebas de ADN han confirmado que la mujer es la señora Deborah Dee.

La sala volvió a estallar con más destellos y una andanada de preguntas ininteligibles.

—Estamos tratando la muerte como sospechosa —vociferó Gallacher por encima de la algarabía.

—¿La asesinaron? —rugió un periodista del fondo.

—Nuestros pensamientos están con la familia y los amigos de la señora Dee en este momento tan trágico —continuó Gallacher, ignorando la pregunta.

Un plumilla de mediana edad, justo frente a Gallacher, se puso en pie.— Graham Bartlett, *Guardian*. ¿Tienen alguna pista a estas alturas o alguna idea de cómo murió o quién puede estar implicado o ser responsable?

—El inspector jefe Bone y la inspectora detective Walker dirigen la investigación con apoyo de la Unidad Nacional de Delitos. Hemos priorizado recursos y se están haciendo todos los esfuerzos para resolver esta investigación lo antes posible. Pedimos a los medios de comunicación que respeten la privacidad de los seres queridos de la señora Dee en este momento tan difícil.

—Ayer recibí un paquete con un dedo seccionado, junto con una imagen horrible del rostro magullado de la señora Dee. ¿No vamos a hablar de eso?

Bone reconoció de inmediato el tonillo quejumbroso de McKinnon.

—No estamos en disposición de comentar detalles del caso, y también pediría a los medios que se abstengan de publicar información que pueda entorpecer o perjudicar nuestra investigación.

—Como la mierda que habéis publicado esta mañana —murmuró Bone.

—¿Aunque sea de interés público? —gimoteó McKinnon.

—Es de interés público atrapar cuanto antes al autor de este delito —replicó Gallacher—. Si algún miembro de la comunidad tiene información que pueda ayudar en nuestras pesquisas, por favor,

llame a nuestro número habilitado, 0300 990 990. Todas las llamadas se tratarán con confidencialidad y discreción.

—¿No es ese el número de Tinder? —gritó un periodista al fondo de la sala.

La rueda de prensa estalló en carcajadas.

—No tiene ni puta gracia —murmuró Walker a Bone, negando con la cabeza.

—¿Por qué no está aquí el padre de la señora Dee, apoyando la investigación? —berreó McKinnon por encima de las risas.

Los equipos de prensa volvieron a asentarse.

—¿Y van a detener al novio? Tiene antecedentes de violencia doméstica, ¿no?

Gallacher negó con la cabeza.— No tenemos nada más que añadir por el momento.

—¿Tiene la ciudad otro asesino en serie rondando sus calles? —espetó McKinnon con sorna.

—superintendente detective Gallacher —un reportero de televisión se puso en pie—. ¿Qué hay del puesto estelar de la señora Dee en la Semana Cívica de Kilwinnoch? ¿Se ha cancelado el festival?

—Gracias, damas y caballeros —dijo Gallacher, cerrando la carpeta que tenía delante.

—¿Cómo? ¿Ya está? —soltó McKinnon.

El lugar volvió a estallar. Los tres detectives salieron en fila, dejando atrás el espectáculo y el sonido de una turba vociferante.

—Sí que sería de interés público arrojar a ese capullo al Clyde con unas botas de hormigón —gruñó Gallacher mientras avanzaba por el pasillo—. Bien podría haber jodido nuestra investigación filtrando toda esa información.

—Esperemos que no —dijo Walker.

—Necesito informes regulares de esto —lo que sea—, para tener a la central fuera de nuestro cogote.

—Así será, señor —asintió Bone.

—Vaya puto sindiós —añadió Gallacher y pasó a toda prisa delante de la sala de incidentes hacia su despacho.

—Ha ido de maravilla —dijo Walker con una sonrisa.

—Nunca iba a ser fácil —suspiró Bone—. Especialmente con cara de hurón removiendo la fosa séptica.

—Has hecho bien en contenerte. He visto los nudillos blancos bajo la mesa.

—Solo cinco minutos a solas con esa gentuza: es lo único que pido —dijo Bone.

Entraron.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Baxter, levantando la vista de la pantalla.

—Si las hemorroides pudieran hablar, trabajarían para el *Chronicle* —replicó Bone.

—No me puedo creer que el capullo haya tenido la cara de presentarse —dijo Mullens.

—Regodeándose con su exclusiva y buscando ese premio esquivo —Bone se acercó a la cafetera de émbolo y se sirvió una taza—. ¿Quieres? —le preguntó a Walker.

—¿Es italiano Pavarotti? —replicó Walker.

—Me aseguré de llenarla, sospechaba que os haría falta una o tres —dijo Harper.

—Gracias, Will —dijo Bone—. Bien, vale, ¿por dónde vamos? El jefe quiere una actualización.

—Ayer me reuní con el mánager de Dee Dee, Al Fitz, en su oficina de Glasgow —dijo Mullens.

—¿Qué tal fue?

—Estaba afectado, como cabía esperar, pero...

—¿Pero qué?

—Algo no me cuadró.

—Eso será el curry de la noche anterior con el que nos sigues amenazando —interrumpió Harper.

Mullens negó con la cabeza.—Fue todo un poco manual de choque y duelo. A decir verdad, creo que le preocupaba más cómo iba a afectar su muerte a su negocio y a su reputación. Antes de entrar a verlo, también hubo una bronca en la recepción con un músico que exigía pagos y dinero, y cuando le pregunté a Fitz por ello se lo tomó a risa, como otro iluso delirante. Así que, en resumen, es un gilipollas de campeonato.

—Bien, entonces hay que escarbar en su negocio y en su relación con la fallecida.

—Ya me ocupo, señor —dijo Baxter.

—¿Qué tal con los vlogs, Will? —preguntó Walker, dando un largo sorbo a su café.

—Muy interesante. Anoche repasé todas las grabaciones que la señora Dee ha subido en los últimos dos meses.

—Jesús, ¿cuánto te llevó eso? —preguntó Bone.

—Por suerte, ha estado en EE. UU. intentando hacerse un nombre, así que no tantas como esperaba. Creo que conté quince en total: doce en mayo y solo tres a principios de junio, de unos veinte minutos cada una.

—¿Y bien?

—La mayoría de los vlogs fueron lo esperable: compras en EE. UU. y otras ciudades, como Londres y uno en Glasgow; algunos de ella en ensayos, pero sobre todo hablando directamente a cámara en casa. Algunos con su amiga, Jean Jarvie, a cuestas. Pero luego, a finales de mayo, el novio empieza a asomar. Os lo enseño —tecleó un momento y volvió a mirar arriba.

Bone y Walker se acercaron.

—En este primero, fijaos en el fondo —le dio al play en el reproductor y empezó el vlog.

Apareció un plano de cabeza y hombros de Dee Dee, despeinada y medio vestida con la parte de arriba del pijama, como si acabara de salir de la cama.

—Anoche me acosté tardísimo —susurró y se frotó la frente—. Un tío me llevó a bailar, pero no tengo ni idea de qué ni dónde. ¿Eso está mal? Dios, sí que lo está, ¿verdad? —volvió a sonreír.

Tusk apareció, atravesando el plano al fondo de la sala. —No me lo eches a mí encima —gritó—. No me apetecía tanto ir. Eras tú quien quería.

—Eso no es del todo verdad —dijo Dee Dee, dándose la vuelta—. Dijiste que ibas con un subidón y que necesitabas salir.

—La que me estabas taladrando la cabeza eras tú.

Tusk se acercó, se dio un golpecito en la frente y soltó una mueca burlona al objetivo.

Dee Dee le dirigió una mirada y volvió a la cámara. —¿Preguntamos a la audiencia, os parece? A ver, peña, ¿quién creéis que quería salir más, yo o este John Travolta de aquí?

Sonrió.

Tusk se abalanzó hacia ella.

—No hagas eso. Apaga la...

La cámara dio un bandazo y la pantalla se quedó en negro.

—He estado mirando los comentarios y algunos fans preocupados preguntaron si estaba bien —dijo Harper—. Unos cinco minutos después de la emisión contestó, con esto. —Hizo scroll en el vlog y señaló la última entrada de Dee Dee, al final.

—«Estoy bien.» ¿Eso fue todo lo que dijo? —preguntó Walker.

—Parece que sí. Luego, a los pocos días, el ocho de junio, nueve días antes de que la mataran, subió esto.

Con unos clics más, Harper volvió a darle al botón de reproducir.

Esta vez estaba en una habitación de hotel, sentada a un escritorio junto a una ventana con vistas panorámicas a una vasta y soleada ciudad. Llevaba una gorra de béisbol calada hasta la frente y unas gafas de sol oscuras.

—¿Otra resaca? —preguntó Walker.

—Escuchad —dijo Harper, y subió un poco el volumen—.

Ella se giró desde la ventana hacia la pantalla.

—Estoy tan emocionada de estar en LA para los ensayos de mi próxima gira. —Se inclinó hacia la cámara—. Pero Tusk está de morros y no quiere que me vaya. Dice que se va a quedar solito del todo. —Se rió. Otro golpe fuerte la hizo darse la vuelta en redondo; echó un vistazo rápido detrás y volvió a la cámara—. Le he prometido que luego se lo compenso.

Tusk cruzó fugazmente por delante.

—¿Todo bien, cariño? —dijo, y guiñó un ojo a la cámara.

La pantalla se quedó en negro.

—Hay uno más que quería enseñaros —Harper tecleó y preparó el tercer vídeo—. Esta es la última grabación que hizo, el día antes de desaparecer —volvió a teclear y arrancó el nuevo vídeo—.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Bone.

—En el piso de su madre. Reconozco el papel pintado esquizofrénico —replicó Mullens, claramente vencido por la curiosidad.

Dee Dee estaba en una mesa, divagando sobre una compra reciente en Londres. Levantó una falda no más grande que un bolsillo trasero y un top corto fluorescente.

—¿Qué os parece? —dijo—. ¿Debería ponerme esto para mi concierto en mi tierra?

—Mirad los comentarios en directo —dijo Harper, mientras entraban corazones, pulgares arriba y un aluvión de cumplidos.

—Gracias, chicos —dijo Dee Dee—. Sois un amor.

Siguió mirando la pantalla y, de repente, frunció el ceño.

Harper pulsó el botón de pausa.

—¿Ves ese comentario de ahí? —dijo, dando unos golpecitos al monitor.

—«Eres la siguiente» —dijo Bone, leyendo el mensaje.

—Y el de después.

—«Muere, zorra, muere» —lo leyó Bone en voz alta otra vez.

—Están publicados por alguien que se hace llamar Deeva1.

—Esa es la gentuza de la que dijo el mánager que llevaba semanas acosando a Dee. Era miembro de un club de fans no oficial llamado Deb's Divas hasta que los administradores se enteraron de lo que estaba haciendo y la expulsaron.

—¿Ella? —interrumpió Walker.

—Sí, el mánager creía que era una mujer, pero en internet nunca sabes quién es quién.

—¿Por qué no nos has contado esto?

—Iba a hacerlo justo cuando aquí el Spielberg me ha robado el protagonismo.

—Mirad lo que hace ahora —interrumpió Harper—, y dejó correr el vídeo.

—Yo *te conozco*—dijo ella, y sonrió directamente al objetivo.

—Mirad la respuesta. Harper hizo scroll hacia abajo.

—«Y ahora debes morir». Qué bonito —dijo Bone.

—Y si seguimos... Harper le dio al play.

Dee Dee se quedó mirando la pantalla, boquiabierta y con los ojos muy abiertos mientras leía.

—Tengo que irme; hablamos pronto —dijo deprisa, forzando una sonrisa.

La imagen tembló y el vídeo terminó.

Bone se volvió hacia Harper. —¿Puedes buscar de nuevo los vlogs y localizar más comentarios de Deeva1?

—Vale —respondió Harper.

—Y, ya que estás, mira si puedes encontrar contactos de los administradores de ese club de fans no oficial. Creo que tenemos que hablar con ellos.

—Hecho —dijo Mullens—. El asistente del mánager ha enviado los datos hace unos minutos.

—Bien, perfecto —repuso Bone con una inclinación de disculpa—. ¿Algo más sobre Dee Dee, Sheila?

—Un momento —dijo Baxter, y rebuscó un segundo en su mesa —. Nacida en el Falkirk Royal Infirmary, criada en Kilwinnoch, en la Eastlands Estate.

—Así que de cuna de plata, nada —dijo Mullens.

—Más bien al contrario —respondió Baxter—. Su madre era limpiadora a tiempo parcial y su padre trabajaba en British Gas hasta que lo despidieron tras una agresión grave a un compañero. Cumplió dieciocho meses por lesiones graves (GBH) y tiene un historial de violencia. También he encontrado tres informes con denuncias por violencia doméstica presentadas por la madre de la Srta. Dee, pero no se siguió con ninguna porque la señora Dee retiró su declaración en todos los casos.

—¿Y los antecedentes de Dee Dee?

—La autoridad local emitió tres avisos de absentismo escolar a sus padres, y los informes de la policía de proximidad indican que la pillaron por lo menos una docena de veces en parques y centros comerciales en horario lectivo.

—Síndrome de hogar tóxico —dijo Bone.

—Sí, al leer su historial, se percibe una crisis en escalada. A los catorce, la amonestaron por hurto, y otra vez a los dieciséis, así que cuando reincidió de nuevo a los dieciocho, por sisar unos vaqueros

en Debenhams, en Glasgow, fue el caso típico de que, a la tercera, detenida. Posteriormente fue acusada y recibió una condena de seis meses en suspenso.

—Fue un ejemplo de manual de petición de ayuda, pobre chica —dijo Walker.

—Así que su fama y su éxito debieron de ser todo un reto, viniendo de un entorno tan complicado —dijo Bone.

—Y no precisamente lo que llamarías un remedio adecuado para problemas emocionales arraigados —replicó Walker—. Era claramente muy vulnerable.

—¿Y estamos ante la historia que se repite con el novio? —dijo Bone—. ¿Tienes algo más sobre nuestro amigo de abajo?

—Fue a Harrow School, padre y madre viven en Singapur y no tiene historial laboral, al menos, que yo encuentre. Forrado, privilegiado, muy de cuna de plata, y viviendo sin duda de la paga mensual de papá.

—Y fundiéndoselo en farlopa —dijo Mullens.

—Sí, y tiene antecedentes para demostrarlo. En dos mil dieciséis se llevó una condena de doce meses en suspenso por posesión de cocaína.

—Qué benevolencia —dijo Bone.

—Familia, amigos e influencias en las alturas, obviamente —respondió Baxter.

Se abrió la puerta y apareció Brody. —Señor, el señor Tusk está en la sala de entrevistas dos.

—Hablando del rey de Roma —dijo Bone—. Bien, vamos a ver qué tiene que decir para sí mismo John Paul Getty Junior.

—¿Quién? —preguntó Harper.

Bone puso los ojos en blanco. —¿Podría trasladar a Tusk a la sala de entrevistas cuatro? —le pidió a Brody.

—Señor —respondió el sargento de mostrador.

Diecinueve

—¿El cuartucho de la escoba? Ya veo por dónde vas, jefa —dijo Walker mientras bajaban a la sala de interrogatorios.

—Estoy pensando que el espacio minúsculo y claustrofóbico animará a ese capullo abusivo y con aires de superioridad a venirse abajo ante nuestros propios ojos —replicó Bone.

—El agente a cargo de su detención dijo que le tiró un puñetazo cuando le dijo que Dee estaba muerta.

—Va a ser interesante. Pediré a uno de los agentes que se quede fuera por si se lían las cosas, aunque estoy seguro de que nada te daría más gusto que partirle el brazo con una llave de inmovilización.

—No digo nada —sonrió Walker de medio lado.

Cuando los detectives entraron en la sala de interrogatorios, Tusk estaba desplomado con la cabeza entre las manos tras una mesa encajada en el rincón del fondo. El agente de la puerta asintió y salió.

Se sentaron enfrente, a la distancia de un puño.

—Inspector jefe Bone e Inspectora detective Walker —dijo Bone.

El cuerpo de Tusk tembló y sollozó con fuerza, aún con la cara oculta.

—¡Tusk! —exclamó Bone.

Por fin el sospechoso levantó la vista, con las mejillas empapadas de lágrimas y los ojos hinchados como los de un boxeador después del combate.

—¿Cómo han podido hacerme esto? —se ahogó entre respiraciones rápidas—. ¿Soltarme una bomba atómica en la cabeza y luego encerrarme durante horas en una celda espantosa?

—Tusk, ¿le explicó el agente por qué le detuvimos?

—Oh, sí. Bien que me lo explicó. Creen que maté a mi Debs; a mi amor —otro sollozo se le escapó, y de la nariz le salió un hilo de mocos, colgando como un péndulo de la punta—. Eso es de una maldad de la hostia, tío.

Walker hizo una mueca mientras el péndulo oscilaba. Buscó un pañuelo en el bolsillo de su traje, pero él se limpió el hilillo plateado antes de que pudiera ayudarle.

—No vino nadie a verme. Podría haberme quitado la vida ahí dentro y a nadie le habría importado una mierda.

—Tusk —le cortó Bone el discurso—. Necesitamos que responda a unas preguntas.

Se inclinó y pulsó el botón de la grabadora.

—Comienza la entrevista —empezó.

—Un momento. Esperen un puto minuto —intervino Tusk, agitado—. Estoy hecho polvo. He perdido mi mundo. No debería estar respondiendo a nada ahora mismo. No tienen derecho a hacer esto. Es un abuso de la ley y totalmente inhumano. Tengo derechos, ¿saben?

Se secó las lágrimas de las mejillas y de los ojos con movimientos bruscos, y los detectives se mantuvieron atentos a sus gestos.

—¿Puedo preguntar entonces por qué rechazó al abogado de oficio anoche? —preguntó Bone.

—No necesito abogado. Solo quiero que me devuelvan a mi Debs —respondió. Se le frunció el gesto y volvió a echarse a llorar.

—Le aconsejamos encarecidamente que tenga un letrado presente, señor Tusk. ¿Quizá tenga un abogado de la familia al que pueda llamar?

—Son los últimos con los que hablaría —dijo Tusk.

—¿Cómo es eso?

—Mi padre y yo no coincidimos en casi nada. No hablamos desde hace años.

—De acuerdo, ¿y qué hay del mánager de la señora Dee, el señor Fitz?

—¿Ese? No me echaría ni un chorrito si estuviera ardiendo —replicó Tusk.

—¿Otra persona con la que no se lleva?

—Desprecia hasta mi existencia.

—¿Y por qué?

—Celos. Tiene una fijación edípica, de padre, retorcida con Debs; de lo más jodidamente inquietante, si me preguntas.

—Parece que a mucha gente no le caes bien —dijo Walker.

—Sí, el Señor Puta Popularidad. ¿Por eso me han traído? —soltó Tusk con sorna, y volvió a pasarse la mano por la nariz.

—Entonces, ¿le parece bien que continuemos? —preguntó Bone.

Tusk asintió.

—¿Dónde estuvo del dieciséis al diecinueve de junio? —prosiguió Bone.

—Ya se lo dije antes, estaba en Londres. Bajé el viernes y regresé tarde la noche del domingo.

—¿Viernes, dieciséis de junio? —preguntó Walker.

—Correcto. Me quedé con unos amigos, de juerga, ese rollo —suspiró Tusk.

—¿Cómo fue a Londres? —preguntó Bone.

—En alfombra mágica. Fui en tren, así que sí, un montón de testigos y cámaras de seguridad para que se les caiga la baba.

—Antes dijo que no quería compartir el nombre de la persona con la que se alojaba —dijo Bone.

—Mucho sentido no tiene ya y, dado que creen que el culpable aquí soy yo, se llama Asha Steele, cuarenta y tres High Brick Road, Tottenham.

—¿Y estuvo con ella todo el tiempo? —preguntó Walker.

—Bueno, ya sabe, de fiesta y de clubes. Ella me dejó un rato y luego nos reencontramos más tarde esa noche o a la mañana siguiente, lo que sea.

—Así que no todo el tiempo, entonces —dijo Bone.

—Así funcionan las fiestas, inspector —replicó Tusk con sarcasmo.

—¿A qué clubes fue?

—Oh, a tres o cuatro, no me acuerdo bien.

—Le sugiero que lo intente —dijo Bone.

Tusk se frotó la frente y suspiró. —Empecé en el Bilbo Baggins, en Soho.

—¿La noche del viernes? —preguntó Walker.

—Sí. El dieciséis. Joder, ¿intentando pillarme en un renuncio o qué?

—¿Y a qué hora fue eso? —insistió Walker.

—No sé, sobre las diez. Cogí el de las cuatro desde Glasgow Central. Dejé mis cosas en casa de Asha y salimos directamente.

—¿Cómo llegó a la estación Central? —continuó Walker.

—Taxi.

—¿Tiene recibos o prueba del viaje? —preguntó Bone.

—Pagué en efectivo. No pensaba que iba a necesitar una coartada cuando salí.

—¿Y el sábado? ¿Qué hizo?

—Dormí hasta las tres, más o menos, luego fuimos a comer algo.

—¿Usted y Asha? —preguntó Bone.

—Sí.

—¿Dónde?

—Jesús, ni idea. Alguna cafetería cerca de su piso.

—¿Y después?

—Eh... no estoy seguro —Tusk se encogió de hombros.

—Es importante, señor Tusk. ¿Y después? —insistió Bone.

—Pues, eh... volvimos a su casa.

—¿Durante cuánto tiempo y qué hicieron?

—Charlamos y tal, tomamos unas copas, nos relajamos y luego salimos otra vez.

—¿Mantiene relaciones sexuales con Asha Steele?

—¿Cómo? ¿Y eso qué tiene que ver con nada?

—Limítese a responder a la pregunta.

—Sin comentarios, no porque lo esté o no, sino porque no creo que sea asunto suyo —replicó Tusk.

—Le ruego que excuse a mi compañera un momento mientras comprueba esa sórdida historieta suya —dijo Bone.

—No es ni sórdido ni un cuento —replicó Tusk.

Walker se levantó y se marchó.

—A efectos del DIR, la inspectora detective Walker ha abandonado la sala de entrevistas.

—Vale, entonces, ¿adónde fue el sábado por la noche después de terminar de charlar con la señora Steele? —continuó Bone.

—Lo siento, inspector, pero nos bebimos casi un litro de tequila en su piso, así que no consigo recordar qué pasó. Está todo muy borroso, ¿sabe?

—Entonces, si entrevistásemos a la señora Steele, ¿corroboraría su versión?

—¿De verdad es necesario meter a Ash en todo esto? Tiene un puesto de alto nivel en la City y esto podría joderla de verdad. Es una vieja amiga, nada más.

—¿Qué tren cogió el domingo?

—¿Cómo?

—Le entrevistamos el lunes por la mañana y dijo que acababa de regresar; entonces, ¿qué tren cogió?

—¿Dije tren? No, recordé que perdí mi tren, pero una amiga de Ash subía en coche a Glasgow el domingo y me llevó de vuelta.

—Pero nos dijo que fue en tren, señor Tusk. Bone cruzó los brazos.

—Como le he dicho, creí que sí, pero luego me acordé cuando se despejó la niebla.

—¿Quién es esa persona que conducía? ¿Cuándo salió y dónde la dejó?

—Era mujer, desde luego, si me entiende. Tusk intentó una sonrisa.

—No, no tengo ni idea de lo que quiere decir, y su cuento empieza a tocarme las narices —replicó Bone—. ¿Quién, cuándo y dónde?

—No es un cuento; es la verdad. Iba borracho y con resaca; debí de desmayarme. Cuando quise darme cuenta, estábamos en Campsie y ella me estaba empujando fuera del coche. No creo que yo le cayera muy bien al final del viaje.

—Parece que a muchos no les caes bien. Bone suspiró. —¿A qué hora?

—Era de noche, eso lo recuerdo, porque llevaba una resaca de campeonato. Volví andando al hotel y, ah, fue cuando tuve problemas con la música. Creo que me di a la cura del perro.

—¿Qué coche conducía? —interrumpió Bone.

—¿Tengo pinta de pringado que se sabe las marcas y los modelos de los coches?

Bone se detuvo un segundo y se quedó mirando a la piltrafa humana que tenía delante.

—No cuadra, señor Tusk —dijo por fin.

—Es la verdad —Tusk se encogió de hombros—. Estoy fuera de juego casi todo el fin de semana y estoy haciendo lo posible por recomponerlo.

—Voy a necesitar algo más que niebla si quiere que le pongamos en libertad —dijo Bone.

—Ay, Dios, esto me está dando la madre de todas las migrañas. —Tusk volvió a frotarse la cabeza.

—Si pudiera darnos más nombres, y en particular el de su conductora, seríamos bastante más comprensivos con el aprieto en el que se encuentra, señor Tusk.

—¡Es solo Tusk! —le fulminó con la mirada.

Bone le sostuvo la mirada hasta que él cedió y bajó la vista al suelo.

—Todo fueron fiestas aleatorias de borrachera. Aparte de Ash, no conocía a nadie, incluida la chica que me llevó a casa.

—Son más de siete horas de conducción. Si volvió después del anochecer, debió de salir a la hora de comer —prosiguió Bone.

—Probablemente, ni idea. Me levanté. Ella estaba allí. Hice la maleta y me fui. Lo siguiente que recuerdo es que ya estaba de vuelta.

—¿Por qué fue a Londres, señor Tusk? ¿No estaba la señora Dee muy ocupada? ¿No necesitaba su apoyo?

—Solo necesitaba desconectar un par de días. Todo se vuelve un poco claustrofóbico, ¿sabe?, y Debs es muy posesiva y un pelín asfixiante. Necesitaba aire.

—¿Y salir de fiesta con otras mujeres y emborracharse es su idea de tomar el aire?

—Necesitaba desahogarme. La última vez que miré, no hay ninguna ley que lo prohíba.

—Qué conveniente todo, ¿verdad, señor Tusk? —dijo Bone.

—No, no lo es. Porque si pudiera recordar nombres, lugares y coches, entonces me dejaría en paz de una puta vez y me soltaría.

—Solo unas cuantas preguntas más —dijo Bone—.

—¿Y luego qué? —replicó Tusk, con un gesto indignado de la cabeza.

—¿Se consumieron sustancias ilegales en esas fiestas? —continuó Bone, ignorando sus súplicas.

—Ah, ya empezamos. ¿Qué quiere decir con ilegales?

—Quiero decir coca, estupefacientes de clase A. De ese tipo de ilegal —replicó Bone. Y luego está el suministro. Eso debe de ser, a día de hoy, al menos de diez a quince años.

—Ni de coña. Eso es demasiado para mí. Conozco a gente que ha muerto por esa mierda y no pienso meterme por ese camino —dijo Tusk, proclamando su inocencia.

—Entonces, ¿no está, ni por asomo, nervioso por nuestros equipos de drogas con perros detectores registrando ahora mismo su apartamento en Kincaid House?

—¿Qué? Tusk alzó la vista, boquiabierto.

—Espero noticias suyas en cualquier momento —dijo Bone, con una sonrisa.

—Mire, vale, escuche. Un par de personas debieron de visitar a Debs mientras yo estaba fuera y, para mi absoluto horror, encontré un paquetito de lo que sospeché que era coca. Pues tiré esa mierda por el váter en cuanto pude.

—Bien, entonces, si comprobamos nuestra base de datos, ¿no encontraremos nada suyo por tenencia?

—Eso fue hace mucho tiempo, Jesús. Era solo un crío —dijo Tusk, alzando las manos.

—Fue hace seis años. No era precisamente un niño de pecho —replicó Bone—. Lo que necesitamos que haga, señor Tusk, es ayudarnos a que esta entrevista sea lo más fluida y fácil posible; de

lo contrario, las cosas podrían ponerse muy feas muy rápido, ¿entiende?

—Solo digo que mi pasado con las drogas quedó atrás y que yo estaba en Londres cuando Debs desapareció. Cuando llegaron al hotel, no hacía mucho que había vuelto, ¿se acuerda?

—Necesitaremos algunos detalles más.

—Lo siento, no me acuerdo —replicó Tusk, con otro encogimiento de hombros displicente.

—En ese caso, no nos dejará otra opción que arrestarle bajo sospecha del asesinato de su novia.

—Jo, tío, venga ya, es tremendo. La quiero. Solo pensarlo me revuelve el estómago.

—¿Suele expresar su amor con los puños, señor Tusk?

—Jesucristo, ¿ahora está diciendo que la pegué o algo así?

—Y algo más; sí, eso es exactamente lo que estoy diciendo.

—Ustedes me están alterando. ¿Cómo pueden siquiera sugerir que yo haría eso?

—A efectos de DIR, voy a mostrarle al señor Tusk una grabación de vídeo, prueba número quince B.

Bone sacó una tableta de su mochila, la encendió y preparó la grabación.

—Señor Tusk, esta es una videollamada realizada por la señora Jean Jarvie a la señora Dee Dee el once de mayo.

—Que es solo puto Tusk —murmuró Tusk.

Bone colocó la tableta bajo las narices de Tusk y pulsó el botón de reproducir.

Mientras la grabación corría, Tusk se removió en su asiento. Cuando por fin apareció Debs y se vio su rostro herido, Bone pulsó pausa.

—¿Cómo se hizo la señora Dee esos horribles hematomas en la cara, señor Tusk? —preguntó Bone, enfatizando deliberadamente el título que Tusk detestaba.

—Joder, ¿cree que fui yo? —dijo Tusk, mirando los rasgos magullados de Deb.

—Entonces, ¿fue usted? —preguntó Bone.

—Claro que no; ya le he dicho que solo un animal le pegaría a una mujer, por el amor de Dios. Se cayó por las escaleras cuando iba borracha perdida.

—¿Estaba usted con ella cuando ocurrió ese supuesto accidente?

—Sí, habíamos salido—

—No me diga... de juerga —interrumpió Bone.

—Sí. Era la primera vez de Deb en Nueva York y estaba ilusionada, así que acabamos bastante hechos polvo después de salir por la noche.

—¿Cómo ocurrió?

—No lo sé. Iba por delante, intentando sacar la tarjeta de la puerta del hotel del bolsillo, cuando oí que se caía. Corrí, la levanté y entramos.

—¿Y luego?—

—¿Y luego? ¿Qué cree?—

—¿Y con un golpe en la cabeza así, no pensó que quizá debía verla un médico? —Bone dio unos golpecitos en la pantalla de la tableta—.

—No estábamos en condiciones de pensar con claridad. Nos acostamos y, cuando se despertó al día siguiente, fue cuando aparecieron esas marcas.

—¿Así que no habían tenido ninguna bronca?—

—¿Bronca? Al contrario, siendo sincero.—

—Varios testigos han afirmado que usted y la señorita Dee discutían mucho y que sus broncas podían escalar hasta la violencia.

—¿Quién ha dicho eso? Tusk negó con la cabeza—. Unos cabrones mentirosos.

—¿Y no se peleó usted con la señorita Dee en el piso de su madre, a primera hora de la tarde del viernes? ¿Eso también es inventado?

—¿Cómo?—

—Me ha oído —apremió Bone—.

—Vale, se refiere a antes, el viernes. Sí, la vi antes de irme, y no le hizo gracia.

—¿Por qué mintió sobre eso?—

—No quiero hablar mal de ella. Era muy posesiva y por eso teníamos desencuentros. —Alzó la vista—. Mire, sí, discutíamos, pero no creo que fuéramos humanos si no lo hiciéramos. La carrera de Deb se estaba disparando y ambos sentíamos la presión. La prensa son unos auténticos bastardos y nos acosaban, volviéndonos locos a los dos. A veces toda esa frustración y ese agotamiento emocional acababan en un par de broncas, pero siempre hacíamos las paces. Siempre.

—¿Y esas broncas llegaban a las manos?—

—De verdad no quiero decir cosas malas de ella, inspector, pero era ella, no yo. —Tusk asintió—. Se le iba tanto la olla que me soltaba un manotazo o me tiraba algo. Una vez me dio de lleno con una plancha para pantalones. La levantó del suelo y me la lanzó cuando estaba en el sofá.

—¿Está diciendo ahora que ella le maltrataba a usted?—

—No, no he dicho maltrato. Eso es demasiado fuerte. Solo temperamental, frustrada, agotada emocionalmente. Lo entendía perfectamente e hice todo lo posible por calmarla y hacerla retroceder del borde del abismo. En eso nos hacíamos bien.

—Las antiguas amigas del colegio de la señorita Dee y su mánager, el señor Fitz, nos han dicho lo contrario: que usted es una influencia tóxica y abusiva con ella.

—¿Son Jean y Sam? A que sí. Me odian con toda su puta alma porque creen que les robé a su amiga. Están absolutamente consumidas por los celos. Todos lo están. Todos quieren un pedazo de mi chica y no soportan que esté conmigo.

—*Estaba* con usted, señor Tusk —dijo Bone—. Y por eso estamos aquí.

—Joder, ya está bien —murmuró Tusk.

Bone se recostó en la silla—. Nos está tomando el pelo, señor Tusk, pero podemos jugar a este juego mucho más duro que usted.

—No estoy jugando con usted, hombre. Le estoy dando todo lo que sé. Hable con Ash si eso le hace sentirse mejor.

Se abrió la puerta de la sala de entrevistas y Walker asomó la cabeza—. —¿Un momento, señor?—

—Por los pelos, que se dice —dijo Bone con una sonrisa—. Entrevista en pausa a las diez y treinta y uno. —Tocó la grabadora—. Siéntese como en casa.

—Mierda —murmuró Tusk, y volvió a hundir la cabeza entre las manos.

—Échele un ojo —dijo Bone al agente de la puerta, y salió.

—Hemos comprobado la dirección que nos dio Tusk y la propietaria-residente es una tal Asha Steele.

—Joder —replicó Bone.

—Aún no hemos conseguido localizarla; Sheila lo está intentando ahora, pero puede que Tusk tenga coartada después de todo.

—Ya sé adónde quiere ir a parar —dijo Bone con un suspiro.

—Asegura que cogió trenes y coches y que estuvo en fiestas con varias personas.

—No ha dado ningún nombre, salvo el de su amante, y ella podría no ser fiable.

—Lo siento, pero no creo que un culpable se pusiera tantas zancadillas a sí mismo. No tenemos nada que lo relacione directamente con el asesinato. Todo es circunstancial. Creo que vamos a tener que soltarlo.

Bone inspiró hondo.—Tiene razón. Podríamos intentar una prórroga hasta hablar con esa amiga, Asha, pero sospecho que Gallacher coincidiría con usted y la tumbaría, sobre todo con lo volátil que está la situación ahí fuera.

Volvieron a entrar.

—Señor Tusk, puede irse por ahora, pero por favor no se marche de Kilwinnoch en un futuro previsible.

—Por fin —dijo Tusk, alzando los brazos—. Gracias por una de las peores experiencias de mi vida. Atesoraré el recuerdo para siempre. Se puso en pie.

Bone se inclinó y le miró el calzado.—Una pregunta rápida. ¿Esas son sus zapatillas habituales? —preguntó, señalando las desastradas zapatillas rojas de Tusk.

—¿Cómo? Sí —respondió Tusk, frunciendo el ceño—. Y mi ropa interior es Calvin Klein, ¿algo más?

—¿Entonces no es usted de los Doc, como yo? —Bone alzó el zapato para que Tusk lo viera.

—Ni muerto me verían con esos. La gente podría pensar que soy un poli de paisano. —Esbozó una mueca.

—De acuerdo, señor Tusk. Gracias por su cooperación, pero entienda que contactaremos con su "amiga" de Glasgow y, si no corrobora su versión, incluidos sus paraderos en las horas previas a la muerte de la señorita Dee, volveremos a vernos.

Walker se levantó y fue a por el agente del pasillo.

—¿Podría acompañar al señor Tusk a la salida del edificio, por favor?

—Señora —respondió el agente.

—¿Sabe qué es lo que me revienta? —dijo Tusk, volviendo al escritorio—. Que yo sea siempre el malo aquí. Soy la escoria de la tierra: la prensa, ustedes, las amigas de Deb, su mánager, todo el puto mundo me odia y, como ustedes, apuesto a que creen que he hecho esto porque encaja de maravilla con sus mentes prejuiciosas y de turba, pero yo. La. Amaba. —Golpeó la mesa con el dedo.

—Vamos, señor. —El agente se interpuso entre Tusk y los detectives.

—Yo era el único que velaba por ella y la protegía de todas estas sanguijuelas y explotadores, pero— Se detuvo y aspiró de golpe.

—Por aquí —repitió el agente.

—Fallé —consiguió decir por fin Tusk—. ¿Cómo creen que me hace sentir eso, eh?

Se echó a llorar de nuevo, y el agente lo sacó con suavidad por la puerta.

—Entrevista terminada a las diez y cincuenta y ocho de la mañana. —Bone pulsó el botón.

—Bueno, o está realmente afectado o eso ha sido una exhibición bastante decente de mentiras de primera de todo un maltratador y asesino con tablas —dijo Walker.

—A ver qué tiene que decir esa Asha e intentemos atar parte de su historia.

—O no —replicó Walker.

—Y luego, el momento que todos estábamos esperando —dijo Bone.

—¿Cuál es?

—Una audiencia con nuestro Lord Provost. Y que Dios tenga misericordia de nuestras almas —respondió, avanzando por el pasillo.

Veinte

Harper volvió a mirar a Mullens, que clavaba la vista, impasible, en la pantalla del ordenador. Harper se inclinó sobre su mesa para intentar por segunda vez entablar conversación con su compañero.

—¿Qué demonios te pasa, Mark? Llevas toda la mañana con cara de haber chupado un limón.

—Nada. Estoy bien—replicó Mullens con mal humor.

—Mira, llevas casi una hora sin insultarme; sé que algo no va bien.

—Solo me encuentro un poco raro —Mullens volvió al monitor.

—Vale, no pienso consentir esto. Te llevo a comer. Coge la chaqueta.

—Tranquilo, Will. No estoy para comer aún.

—Bien, dos cosas. Primero, se supone que me llames Hombre Cartera-Con-Polillas o algún otro término abusivo, y segundo, debes de estar realmente malo si rechazas una comida gratis. En fin, yo voy a comer, y tú por lo menos me acompañas a tomar un café. Vamos.

Mullens miró a Harper y luego a la pantalla, y después cogió la chaqueta.

—Pues venga, Hombre Cartera-Con-Polillas —soltó una risita—. En el Fells tienen un especial de pastel con patatas fritas, por si te interesa. Me han dicho de buena tinta que acaban de añadir pastel vegano a la carta.

—Así me gusta —respondió Harper, y siguió a Mullens hacia la salida.

El Fells estaba inusualmente tranquilo para ser mediodía. Un par de viejos cascarrabias apuntalaban la barra y, en el rincón del fondo, el viejo Sandy, el viudo, jugaba a los dardos él solo.

—¿Dónde están hoy tus comensales, Andy? —preguntó Mullens —. ¿El pastel vegano los ha espantado?

—Es por la pobre chica que ha muerto. Está todo el mundo en shock —respondió Andy, tirando de las puntas de su mullet para sacarlas del cuello de un raído y apolillado top de rugby escocés, circa 1985—. ¿Cómo va la investigación?

—Es terrible, desde luego —repuso Mullens, esquivando la respuesta.

—¿Tienes un par de cartas? —intervino Harper.

Andy sacó dos cartas del expositor del extremo de la barra y se las entregó a los detectives. —Escoged donde queráis sentaros.

—¿Habéis reabierto ya el patio? —preguntó Mullens.

—Sí, los desagües están ya despejados. Se ha ido el olor y está limpio como una patena.

Harper hizo una mueca. —¿Seguro que no quieres sentarte aquí dentro, Mark?

—Es que me noto un poco acalorado —se tiró del cuello de la camisa.

—Vale —dijo Harper, y siguió a Mullens a través del bar.

—Pegad un grito cuando estéis listos para pedir —dijo Andy.

Salieron fuera.

El patio era algo menos desagradable de lo que Harper había imaginado. Andy había plantado macizos a ambos lados, con tiras de luces de hadas decorando los altos muros de ladrillo. Las antiguas mesas de picnic, podridas, habían sido sustituidas por flamantes conjuntos metálicos de estilo bistró, cada uno con sombrillas de colores, y al fondo una fuente dejaba caer un hilo de agua sobre una falsa rocalla, dándole al patio un aire mediterráneo, aunque ligeramente surrealista.

—Jesucristo, tenía que haber traído las gafas de sol —dijo Mullens, apartando la vista de la sobredosis de tecnicolor.

Eligieron una mesa y se sentaron. Will echó un vistazo a la carta y la dejó a un lado.

—Vale, suelta prenda —dijo.

—No es nada. Estoy perfectamente —respondió Mullens, intentando una sonrisa tranquilizadora.

—Ahora —insistió Harper.

Mullens se frotó la boca. —Vale, me preocupa mi viejo.

—Siempre estás preocupado por George. ¿Qué ha hecho ahora?

—Nada. Por una vez está de lo más dulce y amable.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Se le está agravando la demencia?

—Eso ya se da por hecho. No, le van a hacer una colonoscopia. Los médicos creen que puede haber algo en los intestinos, aparte de lo que suele haber, quiero decir.

—¿Cómo, cáncer?

Mullens asintió.

—Mierda.

—Sé que algún día tiene que estirar la pata, pero no quiero que pase dolor. Su trabajo es infligírselo a los demás. —Mullens se encogió de hombros.

—Nadie quiere eso —repuso Harper—. Lo siento mucho, Mark.

Mullens volvió a encogerse de hombros. —Es lo que hay, supongo.

—¿Cuándo le hacen la prueba?

—En unos días. No me quiero ni imaginar cómo se va a poner cuando le metan la manguera por el culo.

—Seguro que lo sedan a tope.

—Van a necesitar dardos para elefantes.

—Si aún no tienen diagnóstico, podría ser una falsa alarma.

—Ya lo sé, pero me ha dado de lleno la idea de que el viejo gruñón ya no esté por aquí. Supongo que he estado evitando pensarlo.

—Es lo que hacemos.

—¿Cómo te las apañaste cuando murió tu madre? —preguntó Mullens.

—¿Qué vais a querer? —interrumpió Andy, acercándose a la mesa.

—¿Cómo? —dijo Harper—. Ah, sí. —Repasó la carta—. ¿Me pones un pastel de pollo con puré, por favor?

—¿Ese pollo es vegano? —dijo Mullens.

—He recaído. —Harper sonrió.

—¿A ti qué te apetece hoy, Mark? —preguntó Andy.

—Pues mira, no tengo mucha hambre. ¿Hacéis tostadas o algo así?

—¿Cómo? —Andy lo miró y luego a Harper, sin acabar de creerse lo que oía—. Puedo prepararte unas tostadas con queso, si quieres.

—Me vale, gracias.

—Debo de estar en un universo paralelo —dijo Andy.

—Desde luego que lo parece —repuso Mullens—. Esto parece el Carnaval de Río.

—Nunca hay suficientes maracas, que conste —se rió Andy—. Tengo que decir que me has dejado descolocado. ¿Unas tostadas? ¿Sin ración doble ni patatas extra? ¿Solo unas tostadas?

—Sí, gracias —dijo Mullens.

Con un encogimiento de hombros, confuso, Andy volvió a la barra.

—Hablando en serio, descoloca un poco que no te apetezca comer —dijo Harper.

—Sigo arrastrando ese curry chungo que me comí hace un par de noches.

—¿Y también es por la preocupación por tu padre?

—No sé, quizá. Desde luego me ronda mucho la cabeza.

—Me estabas preguntando cómo fue cuando murió mi madre.

—Recuerdo que fue justo antes de que aterrizaras con nosotros desde la Estrella Oscura o de cualquier rincón de una galaxia muy, muy lejana de donde vinieras.

—De la universidad —respondió Harper—. Fue raro, porque una parte de mí se sentía completamente perdida. Mis padres murieron con poco tiempo de diferencia, así que un poco a lo bruto con lo de la pérdida. Pero también sentí alivio de que hubiera fallecido y se le

hubiera acabado por fin el dolor que sufría. —Alzó la vista—. Perdona, no quería decirlo así.

—No pasa nada —respondió Mullens.

—Pero creo que el cerebro está programado para procesar el duelo a su modo y a su tiempo, y las cosas siguen adelante. Los sigo echando muchísimo de menos y pienso a menudo en ellos, pero no todos los días como antes. Ese puñetazo salvaje del duelo ya no está.

Andy reapareció con un pastel descomunal digno de Desperate Dan, acompañado de una montaña del tamaño del Cervino de puré, todo ello bañado en una espesa salsa de pollo.

—Dios bendito, con eso se alimenta a toda la comisaría —dijo Harper, abriendo mucho los ojos.

—O a tu amigo aquí presente, cuando no está en sus días sin tostadas —dijo Andy—. En un minuto salgo con lo tuyo, Mark.

Mullens asintió y puso una mueca ante el festín descomunal de Harper.

—En fin, que seguro que tu padre está bien, ¿sabes? Por lo que cuentas, parece hecho de hormigón armado. —Harper metió una cucharada de puré en la boca—. Madre mía, qué bueno —murmuró.

—Sí, ya te digo —respondió Mark, apartando la mirada de la comida—. Probablemente nos enterrará a todos. Él y Keith Richards por toda la eternidad. ¿Te imaginas a esos dos juntos?

—¿Richard quién? —preguntó Harper, limpiándose las migas de pastel de la cara.

—Vete a la mierda —replicó Mullens.

Veintiuno

El vestíbulo angosto de la oficina del Lord Provost bullía de actividad: el personal iba y venía corriendo, subiendo y bajando escaleras con los móviles en la mano y los papeles al aire. Un recepcionista joven, con la cara encendida, guio a Bone y a Walker a través del caos y, al final de un pasillo estrecho, llamó a la puerta de su jefa y entró.

Una mujer corpulenta, de pelo canoso, con un traje de chaqueta y pantalón, estaba junto a un gran archivador metálico, forcejeando con una gruesa cadena dorada que llevaba al cuello.

—La policía ha venido a verla, señora —dijo el recepcionista.

—Esta maldita cosa... —gruñó la provost cuando uno de los eslabones se le enganchó en la permanente al intentar pasarse la cadena por encima—. ¿Podría ayudarme? —dijo con un suspiro.

El recepcionista corrió hacia ella y desenganchó el eslabón, depositando el artilugio en el cajón superior del archivador.

—Gracias —dijo.

El joven se marchó.

—Hoy tengo las manos como pies.

—Provost Rennie... —empezó Bone. Soy inspector jefe...

—Sé quién es, inspector Bone, y supongo que usted es la detective Walker —replicó ella, con un acentazo de Falkirk que hacía que su pregunta sonara como una frase de canción.

Walker asintió.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó la provost, acercándose a la pareja.

—Me temo que ayer encontraron el cuerpo de la señora Dee en Devilback Bridge.

—¿Y he tenido que enterarme por Reporting Scotland? —interrumpió la provost.

—Sí, lo siento muchísimo. Un periodista irresponsable del *Chronicle* publicó la noticia antes de tiempo.

—¿Y no tienen autoridad para impedirlo? —preguntó, negando con la cabeza—. Ese artículo y esas fotos eran realmente espantosos. Ver la cara magullada de esa pobre chica y esas imágenes de un dedo seccionado... Es absolutamente repugnante y sensacionalista. Si por mí fuera, cerraría ese maldito periódico entero.

—En eso estoy con usted, señora —replicó Bone.

—No quiero ni imaginar cómo se habrá sentido la familia de la señora Dee al ver esa historia de terror en todas las portadas —continuó la provost.

—Como le digo, publicaron la noticia sin nuestro conocimiento.

—¿Qué le pasó? Se acercó a su mesa e invitó a los detectives a sentarse enfrente.

—Nuestras pesquisas siguen en curso —respondió Bone.

—¿La asesinaron, como afirman esos informes deleznables? Se estremeció, aún de pie frente a ellos.

—Me temo que sí —respondió Bone.

—Ay, Dios mío. Se dejó caer en la silla. ¿Cómo ha podido pasar?

—Será mejor que le ahorremos los detalles.

—No soy nada impresionable, inspector —replicó la provost.

Walker disimuló una sonrisa.

—El mundo entero ha estado llamando y golpeando a mi puerta en busca de respuestas, y no tengo absolutamente nada que pueda decirles —prosiguió la provost, cada vez más enfadada—. He visto en las noticias que tienen a un sospechoso bajo custodia, ¿es correcto? ¿El novio de la señora Dee?

—Me temo que aún no tenemos pruebas para acusarlo, y el señor Tusk ha sido puesto en libertad.

—¿Así que no tienen nada?

—Por el momento, no, pero estamos trabajando día y noche para atrapar a la persona que hizo esto.

—Más les vale. ¿No es ese su trabajo? —replicó la provost—. Acabo de salir de una reunión de emergencia del ayuntamiento para intentar decidir qué hacer a continuación, pero como no he recibido ninguna ayuda ni orientación por su parte, ha sido una pérdida de tiempo tan emotiva como acalorada para todos. Como líder electa, la gente espera que les dé respuestas, palabras de tranquilidad, lo que sea. Necesito entender qué le pasó para poder hacer todo lo que esté en mi mano para cuidar de nuestra comunidad. Eso lo entiende, ¿verdad, inspector?

—Sí, por supuesto —respondió Bone—. Y por eso es vital que reconstruyamos con detalle sus movimientos antes de morir.

—¿Y qué hay de esa amenaza de que habrá más, que publicó el *Chronicle*? Espero que no hayan venido a decirme que cancele la Semana Cívica, porque ya les adelanto que me opondré con todas mis facultades.

—No, por supuesto que no, pero nos estamos tomando esa amenaza muy en serio. Esta mañana, mi jefe ha confirmado que se asignarán recursos a los actos de la semana y nos pondremos de nuevo en contacto con su oficina a su debido tiempo para hablar de un refuerzo de la seguridad.

—Bien; lo último que necesita este pueblo ahora son más reacciones histéricas y a bote pronto por parte de ninguno de nosotros. —Se frotó la frente con la mano y se recolocó la permanente con la palma—. Lo siento, pero es muy difícil. Era nuestra chica especial. Es horroroso.

—No tiene que disculparse. Sabemos que está bajo una presión enorme y somos conscientes de ello.

—¿Sabe que era nuestra artista principal en el concierto de gala del sábado?

Bone inclinó la cabeza. —¿Se reunió con la señora Dee para organizar el concierto de bienvenida?

—Brevemente, sí, y con su mánager, el señor Fitz.

—¿Cuándo fue eso?

—No hace tanto. Un momento —cogió su móvil y deslizó el dedo por la pantalla—. Voy a mirar la agenda —dijo, y siguió deslizando—. Dejó el teléfono. Hace una semana. El martes trece. Ay, Dios mío. Se llevó la mano a la boca.

—¿De qué hablaron? —dijo Walker.

La provost apretó los párpados para contener las lágrimas. —Sobre todo de la Semana Cívica y del concierto. Estaba emocionadísima por volver para cantar y me dijo lo orgullosa que estaba de Kilwinnoch. Era un encanto. Me preguntó por mi cadena de ceremonia y cuánto valía. Dijo que parecía una abuela rapera, y nos reímos. Siempre estaba riendo.

—¿Algo más? —preguntó Bone.

—Me contó que, de niña, había participado en el desfile de la Semana Cívica. Me enseñó una foto suya disfrazada de abejorro en una de las carrozas. —Se detuvo y volvió a secarse los ojos—. Luego me firmó un programa.

—¿Y el señor Fitz, su agente? —preguntó Walker.

La provost se lo pensó un momento. —No dijo gran cosa. Parecía un poco mustio. Mencionó varias veces Estados Unidos y que Debs estaba en medio de una gira allí o algo así.

—¿Así que no parecía contento con el regreso de la señora Dee? —preguntó Bone.

—No lo recuerdo, la verdad. Estaba un poco deslumbrada.

—Usted era miembro de su club de fans, Deb's Divas, ¿es correcto? —dijo Walker.

—Lo era, sí. No me avergüenza decir que soy una gran fan, y no solo porque sea de los nuestros; me encantaba su voz. —Se interrumpió e inclinó la cabeza—.

—Pero canceló su afiliación. ¿Por qué lo hizo? —prosiguió Walker.

—No quería, pero cuando me nombraron provost y luego ayudé a contratarla para el concierto de gala, pensé que algunos podrían interpretar que mi pertenencia al club de fans era una especie de conflicto de intereses, o quizá demasiado frívolo para mi cargo. —Alargó la mano sobre la mesa, sacó un pañuelo de una caja y se secó la humedad de las mejillas—. —Maquillaje a la porra.

—Ya veo —respondió Walker—. Entonces, aparte de contratarla para el concierto y tratar con su agente, ¿se reunió o se comunicó con la señora Dee en algún momento antes de eso?

—No. Quiero decir, puede que dejara algún comentario en su página de fans sobre su nuevo single o que la felicitara por su éxito, pero pensé que sería más apropiado apoyar a nuestra estrella local de una manera más formal; de ahí lo del concierto de gala. Como digo, dejé todo eso cuando me convertí en provost.

—De acuerdo, gracias —dijo Walker—.

—¿Qué le digo a la comunidad y a la prensa, inspector? Tendré que decir algo en breve.

—El detective superintendente Gallacher se pondrá en contacto con usted muy pronto con instrucciones sobre la mejor manera de proceder. Así que, por ahora, yo en su lugar me mantendría a la espera.

La provost resopló. —Cuando hablé con él hace un par de horas, eso mismo me dijo, pero sigo esperando. El pueblo espera que diga algo. Necesitan garantías de que tenemos esto controlado.

—Por supuesto —respondió Bone—. El teléfono volvió a sonar. —Será él ahora. Gracias por su ayuda.

—Por favor, manténganme al tanto —dijo la provost—.

—Lo haremos —dijo Bone—.

La provost descolgó de un tirón. —detective superintendente Gallacher —dijo, asintiendo a los detectives—.

Cuando salieron del despacho de la provost, sonó otro teléfono.

—¿Te quedas tranquilo permitiendo que la Semana Cívica siga como si nada? —preguntó Walker de camino al coche—. —Esa amenaza podría ser real.

—Claro que no, pero, por suerte, esa decisión está por encima de nuestro rango salarial. Lo único que podemos hacer es asesorar.

—¿Y qué vamos a recomendar?

—Que sea Gallacher quien decida —respondió Bone con una sonrisa—.

De vuelta a la comisaría, Bone se desvió y recorrió toda la calle mayor. El centro estaba casi desierto: apenas uno o dos jubilados y unos pocos adolescentes merodeaban por las tiendas. Las hileras de

banderines multicolores y pancartas colgadas de las farolas y sobre las puertas y ventanas de los comercios parecían de algún modo fuera de lugar sin nadie que las disfrutara.

—Vaya celebración comunitaria del año, ¿eh? —dijo Walker—.

—Es absolutamente trágico —respondió Bone con un suspiro—. Tenemos que atrapar a ese cabrón pronto. Al llegar al final de la cuesta, se detuvo en el cruce.

—¿Estás bien, jefe? —preguntó Walker al ver que Bone no reanudaba la marcha—.

—Mira eso —dijo, señalando el cartel provisional colocado en mitad de la rotonda para anunciar el festival—. Le habían vandalizado el encabezado y ahora ponía Death Week, pintado con espray en un rojo carmesí chillón.

—Joder —dijo, y saltando del coche, trepó por la barrera y arrancó los postes del suelo de un tirón.

Walker se unió a él y, entre los dos, llevaron el cartel de vuelta al coche y lo metieron en el maletero.

—Por estas mierdas es por lo que tenemos que atrapar a ese cabrón cuanto antes, antes de que el asesinato de Dee destroce por completo este pueblo —dijo Bone, cerrando el maletero de un portazo—.

—Si es que no está roto ya —replicó Walker—.

Veintidós

—Si alguna vez hubiese un concurso para encontrar la dirección más irónica del mundo, California Heights, Falkirk, ganaría de calle —dijo Mullens mientras los detectives se acercaban conduciendo hacia una única torre de los sesenta, plantada en medio de un descampado casi en ruinas.

—Jesús, me acuerdo de cuando aquí había un montón de árboles y jardines bien cuidados. No te lo creerías, pero esto llegó a considerarse el colmo del lujo si el ayuntamiento te adjudicaba uno de los pisos. Mi padre solía llamar a los que vivían aquí los estirados. Cristo, ahora ya no.

Detuvo el coche de servicio junto a la entrada y ambos se bajaron.

—¿Qué número era el piso de la señora Bolton, otra vez?

—Ciento dos —respondió Harper—. Duodécimo.

—Claro que sí —suspiró Mullens, mirando hacia el engendro de hormigón que se alzaba sobre ellos.

Entraron en el vestíbulo que, para sorpresa de Mullens, estaba limpio y ordenado, y en lugar de la pestilencia esperada de desechos humanos, había un suave olor a producto de limpieza.

—Bueno, esto no me lo esperaba —dijo Mullens.

En el ascensor, pulsó el botón de llamada. El ascensor dio un golpe, se abrieron las puertas y entraron.

—Ni una sola polla y cojones pintarrajeados en las paredes. Me siento en un universo paralelo —dijo Mullens. Pulsó el botón del duodécimo, pero el ascensor no se movió.

—Ah, he hablado demasiado pronto —añadió, e intentó de nuevo.

—Mark —dijo Harper, señalando el cartel de fuera de servicio clavado en la pared detrás de ellos.

—Pues el Everest, entonces —gruñó Mullens.

Empezaron a subir las escaleras.

En la penúltima planta, Mullens se detuvo en el rellano para recuperar el aliento.

—¿Estás bien? —preguntó Harper, a quien la subida parecía no afectarle lo más mínimo.

—No quiero humillarte yendo demasiado deprisa —jadeó Mullens.

Siguieron.

Cuando por fin llegaron a la planta de la señora Bolton, Mullens se secó el sudor de la frente. Al final del pasillo, se pararon frente al 102, y Mullens hizo sonar el llamador.

Momentos después, abrió una mujer baja, de pelo cano, de unos sesenta y tantos.

—¿La señora Bolton?

—Ya era hora —dijo—. ¿Tiene idea de cuántas veces he tenido que llamarlos?

—Perdone, señora. No sabíamos que había estado intentando ponerse en contacto con nosotros —respondió Mullens.

—¿Se está quedando conmigo? He hablado con Dios sabe cuántos de ustedes, unos payasos todos, y siempre dicen lo mismo. «Pasaremos hoy, o mañana a primera hora, lo prometemos». Mientras tanto, me toca acarrear la compra por doce pisos, y ya sabrán lo que es ahora que acaban de hacerlo, aunque sin los dos brazos llenos de maldita compra de Scotfresh.

—Ah, ya la entiendo. Lo siento, señora Bolton... —intervino Mullens.

Pero la jubilada, furiosa, siguió desahogándose— Aquí hay personas mayores que no han salido de su piso en días, y algunas

necesitan ir al médico. He estado ayudándolas con la compra en la medida de lo posible, pero tampoco soy una jovencita.

—Perdone, no somos del ayuntamiento, señora Bolton —volvió a intentar Mullens.

—Eso es lo que dicen todos; ¿ahora me tienen miedo, eh?

—Soy el sargento detective Mullens, y este es mi compañero, el agente detective Harper, de la comisaría de Kilwinnoch.

Mostraron sus tarjetas identificativas.

—Ah, vale. Perdonen. Esto es por Deb, ¿verdad?

—Sí —respondió Mullens.

—Será mejor que pasen.

Siguieron a la señora Bolton por el pasillo hasta un salón impecable.

—Es impresionante —dijo Harper, acercándose a una ventana de pared completa con vistas panorámicas a las colinas.

—Sí, pero ya verá usted lo que es calentar esta habitación en invierno —replicó la señora Bolton—. Las vistas no se comen, hijo.

—He de decir que este es el bloque más cuidado en el que he estado. ¿Cómo han conseguido tenerlo todo tan impecable? —dijo Mullens.

—Tenemos una asociación de vecinos muy activa. Mucha gente pesada como yo dándole la lata al ayuntamiento sin descanso.

—Sea lo que sea lo que hacen, funciona, así que me quito el sombrero, señora Bolton —respondió Mullens.

—Por favor, siéntense, agentes —ofreció la señora Bolton, señalándoles el sofá.

Harper sacó una libreta del traje.

—¿Quieren una taza de té?

—No, gracias, estamos bien —respondió Mullens.

La señora Bolton se sentó al lado, en un sillón reclinable de respaldo recto.

—Es que yo... —los ojos de la señora Bolton se llenaron de lágrimas—. A decir verdad, sigo en estado de shock absoluto. Quiero decir, ¿quién podría hacerle algo tan cruel a nuestra chica? Es absolutamente desgarrador, de veras. —se apretó el puño contra la boca—. Era tan joven, tan guapa y con tanto talento. Una completa

maldita tragedia, y no solo para sus seres queridos y todos sus fans como nosotros, sino para el pueblo y todo el país. Nos daba mucha esperanza a todos. Negó con la cabeza.

—Usted lleva el club de fans de Ms Dee, ¿es correcto? —preguntó Mullens, intentando que la entrevista no se encallara.

—Eh, sí —respondió la señora Bolton con un hondo suspiro ansioso—. No es un club oficial ni nada. Lo monté con un par de amigas porque ella no tenía, y nos pareció ridículo.

—¿Quiénes son?

—Sarah Gilbert y Martha McLean. Somos mejores amigas desde Primaria, pero por desgracia Martha lleva enferma un tiempo y no ha podido ayudar mucho, y Sarah se ha jubilado y se ha mudado a España, así que llevo el tinglado más o menos yo sola desde hace unos meses.

—¿Y cuántos miembros tienen? —preguntó Mullens.

—Oh, la última vez que miré, creo que éramos algo más de doce mil.

—¿Y qué tipo de cosas hacen?

—Eh... —la señora Bolton hizo una pausa—. Perdón, me estoy poniendo un poco emocional.

—No pasa nada, tómese su tiempo.

—Charlamos y organizamos salidas, ofertas por compra anticipada de entradas y esas cosas. Lo gestionamos a través de su empresa de representación. Pero Debs era tan maja que a menudo se pasaba a charlar con todos y nos invitaba a algunos al backstage, a los camerinos. De verdad se preocupaba por sus fans, ¿saben? Nunca fue una diva, aunque así llamé al grupo.

—¿Cuándo habló con ella por última vez? —continuó Mullens.

—Oh, debió de ser antes de que se fuera a América. Yo y unos cuantos miembros asistimos a su concierto en Mánchester y la vimos después del espectáculo, en su camerino.

—¿Cuándo fue eso?

—Déjeme pensar... —se llevó la mano a la boca—. Fue un sábado. —pensó un momento más—. El cuatro de marzo. Me acuerdo porque hubo huelga de trenes el día anterior, así que alquilamos un minibús y bajamos juntas a verla.

—¿Cómo estaba entonces?

—Ay, dulcísima. Debió darnos las gracias mil veces por nuestro apoyo, y me regaló esto. —se levantó y fue a un aparador junto a una tele de gran pantalla. Volvió con una foto de Dee Dee, firmada y enmarcada—. Mire lo que escribió —dijo, tendiéndosela a Mullens.

—«Soy tu fan número uno» —leyó Mullens—. Es muy bonito. Se la devolvió.

—Así era ella, tal cual.

—¿Alguna otra comunicación desde entonces?

—Se unió un par de veces a nuestro chat del grupo y nos envió algunas fotos de sus conciertos y del estudio de grabación, cosas así. Le gustaba mantenernos al día.

—¿Cuándo fue eso?

—Tendría que buscarlo, pero fue sin duda cuando estaba en América, porque nos envió una foto preciosa suya en Times Square.

—¿Tiene copias de eso y registros de todos los chats del grupo?

—Por supuesto. Solo borro lo que va en contra de las normas del grupo.

—¿Cuáles son?

—Que nadie sea grosero con Debs ni con ninguno de nuestros miembros, ni que publique cosas raras u ofensivas. Las normas son sencillas, de verdad: ser amable y educado, y ya está.

—¿Y qué hay de Deeva1?

—Ah, ¿que ya saben de ella, eh?

—¿Qué hizo Deeva1?

—¿Qué no hizo? —replicó la señora Bolton—. En los dos años desde que empezamos Deb's Divas, solo he tenido que intervenir dos veces, quizá tres como mucho, para avisar a alguien por comentarios o comportamientos groseros, pero ese personaje de Deeva1 era de otro nivel.

—¿En qué sentido?

—Creo que casi desde el momento en que la dejé entrar empezó a dar guerra. Al principio, comentarios raros sobre el aspecto de Deb o sobre un bolo que no le había gustado. A veces le soltaba una pullita a la publicación de alguna compañera. ¿Saben cuándo alguien intenta ser gracioso y no acierta? Pues fue así unos días, pero luego

se puso muy feo. Decía que era la única fan verdadera de Deb y que todas merecíamos pudrirnos en el infierno, además de soltar cosas realmente horribles sobre la falta de talento de Deb y que se estaba acostando para llegar a lo más alto; vídeos desagradables de gatos maullando, ese tipo de cosas. No tardamos en darnos cuenta de que teníamos a una troll en medio, y di de baja su cuenta en el acto.

—¿Y cuándo ocurrió esto? —preguntó Mullens.

—Hace un par de meses. Fue miembro unos diez días.

—Sigue diciendo "ella". ¿Cómo sabe que era una mujer?

—Firmó un par de comentarios al principio como Miss Deeva1.

—¿Qué nombre usó al inscribirse en el grupo? ¿Y los solicitantes tienen que facilitar direcciones de correo electrónico u otros datos personales? —preguntó Harper.

—No, la afiliación es muy sencilla y no se pide correo electrónico. Solicitó la entrada con el alias Deeva1.

—¿Y supo algo de Deeva1 después de que borrara su cuenta? —preguntó Mullens.

—No, gracias a Dios. Pero hubo otra cosa.

—¿Qué fue?

—Esta individua no paraba de repetir que era la fan número uno de Deb, pero no había ni rastro de eso en ninguna de las publicaciones o comentarios que hacía.

—Desde luego —dijo Mullens.

—No, lo que quiero decir es que no parecía saber ni los datos más básicos sobre Dee.

—¿Como cuáles?

—Se equivocó con el nombre del talent show, eso lo recuerdo bien, y con su gran éxito, 'Love the Love'. Eso me encendió todas las alarmas, incluso antes de que empezara con sus tonterías. —Se detuvo y alzó la vista hacia Mullens—. ¿No creerá que esa víbora tiene algo que ver con la muerte de Deb, verdad?

—Nuestras investigaciones siguen en curso, señora Bolton —replicó Mullens—. ¿Tiene copias de las actividades de Deeva1, comentarios y demás?

—Me temo que los borré en cuanto aparecieron —respondió la señora Bolton.

—Puede que podamos recuperarlos —interrumpió Harper—. ¿Estaría dispuesta a permitirnos el acceso?

—Por supuesto, cualquier cosa que pueda hacer para ayudar a atrapar a ese monstruo.

—Solo un par de preguntas más, señora Bolton —prosiguió Mullens—. Mencionó la empresa de representación de la señorita Dee. ¿Qué relación tenían con ellos y con el agente de la señorita Dee, el señor Al Fitz?

—Siempre fueron muy pacientes con nosotras, aunque estoy segura de que probablemente pensaban que éramos unas abuelas chifladas. Pero veían que todas queríamos a Debs y haríamos cualquier cosa por ella, incluido hacerle algo de marketing gratis.

—Entonces, ¿las toleraban? ¿Es eso lo que está diciendo? —preguntó Mullens.

—Oh, yo iría un poco más allá y diría que nos ayudaban para que nosotras pudiéramos ayudarles. Hoy por ti...

—¿Y el señor Fitz?

—Ahora, ese es otro cantar; a mí, personalmente, nunca me ha caído bien.

—¿Por qué?

—Siempre está demasiado ocupado y me deriva a uno de sus esbirros para que lo arregle. Tengo la impresión de que nos mira por encima del hombro, así que procuro evitar hablar con él.

—¿Y el novio de la señorita Dee, Tusk? ¿Tuvo algún trato con él?

—Ah, él. La señora Bolton negó con la cabeza.

—¿No le gusta?

—No le conozco, pero le vi comportarse de forma despreciable con Debs cuando Sarah y yo fuimos a recibirla al avión, de vuelta de Estados Unidos, hace un par de semanas. Cuando Debs nos vio, nos saludó con la mano, pero él le agarró del brazo y la empujó para seguir, y al pasar junto a mí me dijo en voz baja que, ejem... me largara.

—No es muy agradable.

—Repugnante, como el propio individuo. Me lo masculló adrede para que la prensa que nos rodeaba no lo captara. He oído tantos

rumores sobre cómo maltrata a Deb que con solo oír su nombre se me hierve la sangre.

—Aparte de ese incidente, ¿llegó a ver a Tusk hacer daño a la señorita Dee, ya fuera física o verbalmente?

—No, pero la gente como él es muy buena ocultando su culpa.

—Gracias, señora Bolton. Nos ha sido de mucha ayuda.

—No me siento útil, más bien todo lo contrario. Me siento culpable por no haber podido impedir esta pesadilla.

—Usted fue un gran apoyo para la señorita Dee, y está claro que le tenía mucho aprecio y respeto —dijo Mullens—. Usted y su grupo le mostraron mucha bondad.

—Pero ahora ya no está, y tengo el corazón hecho trizas.

Los detectives se pusieron en pie.

—Gracias de nuevo por su tiempo. Si se le ocurre cualquier otra cosa, por pequeña o trivial que sea, puede localizarme en este número de aquí. Le entregó su tarjeta.

—Y si pudiera darme las credenciales de acceso de su web, se las pasaré a nuestro equipo de Digital —dijo Harper—. Puede que Digital también quiera examinar su ordenador con más detalle. ¿Le parecería bien?

—Por supuesto, ningún problema. Mi portátil está en el cuarto de invitados, por aquí.

Los detectives la siguieron de vuelta al pasillo.

—Yo me quedo fuera —le dijo Mullens a Harper, y salió al rellano.

Ya fuera, Mullens se apoyó en la balaustrada del balcón y miró el descampado de abajo. Quizá fuera por las preocupantes noticias sobre su padre, pero por primera vez en mucho tiempo se sintió cansado de toda la incesante carnicería humana con la que tenía que lidiar día sí, día también. Se impulsó contra la barandilla para incorporarse, pero un peso invisible sobre los hombros lo empujó de nuevo hacia abajo. Tomó dos o tres respiraciones profundas para intentar frenar la sensación de hundirse lentamente bajo el suelo de hormigón.

—¿Estás bien?

La pregunta de Harper le pilló por sorpresa, y se giró de golpe, casi llevándose por delante a su compañero.

—Jesús, Mark —dijo Harper.

—Perdona, tío. Me has pillado desprevenido. Estaba en Babia.

—Ya me lo imaginé. ¿Te encuentras bien?

—Es que a veces toda esta mierda..., ya sabes.

—Ya, es un caso duro, y la gente está muy afectada —replicó Harper.

—Bueno, al lío. Mullens se obligó a enderezarse y bajó las escaleras a paso firme, con Harper casi corriendo para alcanzarle.

Veintitrés

Tommy Torley sirvió una cucharada generosa de puré de patatas y, con el cuchillo, empezó a trabajar el montículo, esculpiéndolo en una montañita en el plato. Giró la hoja, rebanó la cima de la montaña y alzó la vista. Su mujer y sus dos chicas le miraban desde el otro lado de la mesa de la cocina.

—¿Qué? —preguntó—. Es *Encuentros en la tercera fase*.

—Por el amor de Dios, vete ya —dijo la sufrida esposa de Tommy—.

—De verdad, cariño, estoy bien, en serio —replicó Tommy—.

—¿Lo dices en serio? Prefiero que te vayas antes que verte sentado ahí comportándote como un loco de remate.

—Papá, está bien —dijo Carol, la menor de las hijas adolescentes de Tommy—.

—¿Seguro que os parece bien? Quiero decir, faltan solo unos días, y es el décimo año. Me lo estoy tomando un poco a pecho, ya sabéis.

—No hace falta que te expliques, tienes nuestra aprobación —dijo la esposa de Tommy—. Pero lo digo todos los años.

—No es ganar; lo que siempre cuenta es perder —dijeron todos al unísono—.

—Sí, ya sé que no debería tomármelo tan en serio, pero creo que este año tengo muchas papeletas para ganar.

Todos negaron con la cabeza, y las chicas retomaron su cena de carne picada con patatas.

Tommy se levantó de un salto. —No tardo nada, solo necesito hacer unos retoques de última hora.

En el umbral, su mujer le tiró hacia dentro de la casa.

—Una hora y ni un minuto más, ¿vale? Ayer me despertaste y ya no pude volver a dormirme.

—Vale, cariño, lo prometo. En realidad ya está hecho. Solo necesito templar los nervios.

Su mujer le besó en la mejilla y él salió disparado por el sendero del jardín.

En el almacén, trasteó con la cerradura, pero la llave no giraba.

—Maldito cacharro —dijo—.

Aunque estaba muy agradecido por el uso gratuito del viejo almacén en desuso que su patrocinador, Belshaw Engineering, le había cedido, el lugar estaba hecho una pocilga y, durante meses, había estado preocupado por posibles robos o, peor aún, por espionaje de algún rival.

Echando un vistazo arriba y abajo del callejón, tiró del cerrojo y todo el mecanismo se desprendió del marco. Tiró de las puertas dobles y estas se abrieron con un fuerte grito oxidado.

—Ahí estás —dijo, con una sonrisa radiante, y accionó el interruptor de la luz—.

Una larga hilera de tubos fluorescentes parpadeó hasta encenderse para revelar todo el esplendor de la niña de sus ojos: un remolque de plataforma de tres toneladas, transformado en una espectacular carroza de desfile. Encima, y cerniéndose sobre él como si estuviera a punto de venirse abajo, se alzaba una enorme escultura hecha con un enmarañado de cuadros de bicicleta, ruedas y manillares, moldeada en un impresionante caballo de acero multicolor encabritado sobre las patas traseras.

A lo largo del lateral de la carroza, había más bicicletas de todas las formas y tamaños con serpentinas multicolores y brillantes sujetas a los manillares y a los asientos. Asintió, satisfecho, ante todos los meses de sudor y trabajo que había invertido para llegar a ese punto.

Aunque Belshaw y algunos de su equipo habitual le habían ayudado a construir la escultura, este año todo el concepto y el diseño eran enteramente suyos, y estaba seguro de que su creación de temática ecológica caería bien a los jueces y por fin ganaría el codiciado premio a la mejor carroza, un trofeo que se le había escapado durante diez años.

—Bien, pues —dijo, y subiéndose a la carroza, tiró y empujó uno de los dos gruesos mástiles metálicos colocados delante, a ambos lados de la cabeza alzada del caballo.

Arrodillado, estiró el brazo entre el enredo de metal y deslizó su caja de herramientas hacia fuera. Sacó una llave inglesa ajustable y, tras probar de nuevo el mástil, apretó los pernos hasta que el poste quedó firme. Luego se desplazó al segundo. Un ruido fuera le detuvo.

—¿Hola? —gritó, pero el único sonido era el del viento sacudiendo las puertas.

Cuando estuvo satisfecho de que los mástiles estaban bien asegurados, saltó de nuevo al suelo y bordeó el lateral de la carroza hasta el fondo del almacén, donde había una mesa de decorador sobre la que había colocado la pieza final de su creación: una pancarta de dos metros y medio de ancho, pintada por sus hijas y sus compañeros de clase de la Kilwinnoch Academy.

Se le iluminó la cara al estudiar su trabajo: una preciosa escena callejera con figuras en bicicleta y a caballo, y grupos de familias paseando, de picnic y jugando en praderas y campos verdes bajo árboles de un verde vivo. En la parte superior del estandarte, los niños habían escrito el titular, *Caballaje re-ciclado* con letras gruesas de colores del arcoíris. Tocó con cuidado una esquina de la obra. Estaba seca.

—Estupendo —murmuró.

Desplazándose hasta un banco de trabajo, abrió un cajón y, rebuscando, sacó una caja de pernos y pescó uno. Se le resbaló de los dedos, rebotó en su pie y rodó bajo la parte trasera de la carroza.

—Mierda —dijo, y, inclinándose, miró bajo el remolque, pero no veía nada. Iba a sacar un sustituto de la caja, pero cambió de idea.

—No, no se tira nada.

Dejándose caer al suelo y tumbándose casi plano para no chocar con las ruedas de bicicleta que colgaban del chasis, se deslizó debajo, pasando la mano por la superficie del suelo, tratando de localizar el dichoso perno.

—¿Dónde estás, maldito? —se quejó, pero otro golpe fuerte hizo que se incorporase de un respingo y se diera con el eje de la rueda en la cabeza. —Ay —gruñó.

El remolque se estremeció, y luego llegó otro porrazo.

—¿Quién anda ahí? —dijo, intentando salir marcha atrás.

La rueda a su derecha inmediata crujió.

—¡Un momento, estoy debajo! —gritó, alarmado. Pero la rueda siguió rodando lentamente.

Preso del pánico, empujó hacia atrás, pero se le enganchó el pie en el cuadro de bicicleta colgante que tenía detrás.

La rueda se acercó más; todo el remolque gemía ahora al cobrar vida.

—¡Estoy atrapado! ¡Para esto antes de que me pase por encima! —volvió a gritar.

El neumático chisporroteó y crujió sobre el suelo de hormigón y le rozó la pierna atrapada.

—¡Para, por favor! —suplicó Tommy, pero el neumático continuó, apretándole y triturándole la piel del muslo. Gritó cuando el peso se le echó sobre el fémur, aplastándolo contra el hormigón. Con un golpe sordo, el hueso se partió. Tommy aulló de dolor.

—¡Por favor! —berreó, pero el remolque siguió rodando, y ahora la rueda derecha le rozó el pecho, deteniéndose un segundo al encontrar resistencia en el corpachón de Tommy; pero la suave pendiente del almacén, diseñada para llevar el aceite y el agua a los desagües del fondo, bastó para mantener la marcha letal del remolque.

En cuestión de segundos, el neumático estaba encima, aplastándole el aire de los pulmones y haciendo saltar una a una las costillas del pecho. Con el último aliento, intentó volver a pedir ayuda, pero la sangre brotó de su tráquea aplastada, y cuando la rueda alcanzó su corazón, el peso lo comprimió hasta hacerlo

estallar dentro del pecho, matándolo al instante y liberándolo de los últimos estertores de una agonía insoportable.

Veinticuatro

Cuando Bone por fin regresó a la cabaña, el sol apenas asomaba en el horizonte del lago, todavía despuntando por encima de Craig Fillan Point. Dejó la bolsa junto a la puerta, abrió los paneles plegables de la veranda y salió a la tarima para contemplar en todo su esplendor su nueva vista. A los pocos segundos, una espesa nube negra de mosquitos se le echó encima, mordiéndole la piel.

—Mierda —dijo—, y echando a correr hacia el coche, encontró su bote de repelente y roció todas las zonas de piel expuesta hasta que el ataque remitió.

De vuelta en el salón, enchufó su Dansette y sacó un álbum de la pila apoyada a su lado.

—Buenas noches, señora. ¡Cuánto me alegro de verla! —dijo, sonriendo a la imagen clásica de Billie Holiday en pleno swing de la portada.

Sacó el LP, lo puso en el tocadiscos y bajó la palanca de reproducción. El LP cayó, el brazo giró y el pequeño par de altavoces frontales crepitó al cobrar vida cuando la aguja inició su ruta hacia la primera canción. El sonido de una trompeta suave llenó la estancia, seguido enseguida por el arrullo dulce y contenido de Holiday.

Bone suspiró y, en una mesita auxiliar, se sirvió un vaso de Macallan de una botella casi vacía y lo completó con lo que quedaba de una lata de Irn Bru.

Subió el volumen, volvió al embarcadero, se sentó al borde y dejó las piernas colgando. Un pez salpicó el agua bajo él, y alcanzó a ver un destello plateado cuando salió disparado hacia aguas más profundas. Volvió a suspirar y dio un largo trago de whisky, dejando que la voz de Holiday lo cubriera y se derramara sobre la quietud del lago. Cerró los ojos y, centrado en el ahora, por fin sus pensamientos acelerados se sosegaron.

—¡Cucú! —chilló una voz en su oído, sacándolo de su estado casi meditativo.

Se dio la vuelta. Su hijo, Michael, estaba a su lado, mirándole con una sonrisa radiante.

—Michael, ¿qué haces aquí? —dijo Bone, con la mente aún nublada—. ¿Está tu madre...? —empezó.

—Aquí —dijo Alice, apareciendo desde el salón.

Bone se puso en pie. —Jesús, perdonad. No me lo esperaba.

—¡Te pillé! —dijo Michael, aún con la sonrisa de oreja a oreja.

—Desde luego que sí, granuja —dijo Bone, alzando a su hijo y haciéndole cosquillas hasta que este se zafó y volvió a caer en la tarima, entre risitas y tirándole pedorretas a su padre. Entonces empezó a manotear y soltó alaridos.

—Ataque de mosquitos —dijo Bone—, y cogió la botella de repelente del suelo—. Cierra los ojos y baja los brazos.

—¡Pica! —se quejó el niño.

Bone envolvió a su hijo en una nube.

—Huele fatal —protestó Michael.

—A los mosquitos les huele aún peor —replicó Bone—, y siguió aplicando el repelente en los brazos y las piernas desnudos de Michael.

—No estoy segura de que debas usar eso con él —dijo Alice, acercándose a la pareja, pero luego se rascó entre sus mechones rubios.

—Es sin químicos, pero mano de santo. Lo hace el gerente del hotel —dijo Bone—, y dirigió el espray hacia su mujer.

—Jesús, ¿seguro? Es fuerte —tosió y carraspeó.

—Ya verás, en un periquete no queda ni uno.

Unos instantes después, Alice y su hijo dejaron de moverse inquietos.

—¿Ves? Te lo dije —dijo Bone, con una sonrisa—. Por desgracia, hasta este Edén perfecto tiene sus serpientes que muerden.

Alice dejó de rascarse.

—Habéis llegado pronto —continuó Bone.

—Nos volvemos a casa si lo prefieres —replicó Alice.

—Dios, no, no iba por ahí. Quiero decir, gracias por venir antes. Me alegra muchísimo veros a los dos, sobre todo a ti, cabezón —bromeó Bone, dándole un suave puñetazo a su hijo.

Michael cayó sobre la tarima fingiendo dolor.

—Vaya sitio. Menuda diferencia con la caravana. Alice caminó hasta el extremo del embarcadero y se quedó mirando el lago.

—Te dije que era especial —dijo Bone, uniéndose a ella.

—Siento caer sin avisar, pero Michael y yo nos pusimos a hablar y decidimos darte una sorpresa.

—Me alegro de que lo hayáis hecho. Es una sorpresa magnífica, la mejor de todas.

—¿De verdad? —Alice lo miró por encima del hombro.

—Ha sido un día duro, y lo único que quería, más que nada, era veros a los dos. Siento haberos quitado las ganas antes.

—Parece que el sitio está terminado.

—Lo está, desde ayer, así que habéis llegado en el momento perfecto —dijo Bone.

Alice se pegó un poco más y le pasó un brazo por la cintura. Él miró la mano de ella descansando en su cadera, luego le echó el brazo sobre los hombros y le tomó la mano.

—Esto de tener dos casas de repente me parece una de tus mejores ideas —sonrió.

Michael se abrió paso y se coló entre ambos, y todos se abrazaron un momento.

—Ah, esto estaba sobresaliendo del buzón —le entregó una hoja doblada de papel.

Bone la desdobló y una nota escrita a mano decía: «Entregado —por la parte de atrás—».

Bone examinó el papel un instante y luego sonrió.

—¿Qué es? —preguntó Alice.

—Eh, Michael, tengo un regalo para ti —dijo Bone.

—¡Bien! ¿Qué, qué, qué, qué? —saltó Michael, entusiasmado.

—Sígueme, jovencito —continuó Bone, guiñándole un ojo a Alice.

Llevó a Michael a través de la cabaña, salieron por la puerta principal y rodearon la caseta. Apoyada a lo largo del lateral había una forma cubierta con una lona.

—Échanos una mano, Alice —dijo Bone.

—¿Qué es? —preguntó Michael.

Con Bone en un extremo y Alice en el otro, levantaron juntos la lona hasta descubrir el objeto que había debajo: una reluciente canoa de madera noble, con remos y chalecos salvavidas incluidos.

—¡Guau! —dijo Michael, dando botes otra vez—. ¿Es mía?

—Mira el costado —dijo Bone.

Juntos se arrodillaron junto a la proa. Pintado a lo largo del casco estaba el nombre *Michael* en letras doradas brillantes.

—Sí, toda tuya, pero vas a necesitar tripulación, claro. ¿A quién crees que te gustaría?

—¡A ti, a ti, a ti! —respondió Michael.

—Y a tu madre también —dijo Bone.

—¿Has comprado esto? —preguntó Alice, pasando la mano por el lateral liso y barnizado.

—El gerente conoce a un tipo que las hace. Ha salido sorprendentemente bien de precio, teniendo en cuenta lo que valen esas colchonetas hinchables tontas —dijo.

—Aun así, es todo un regalo —replicó Alice.

—He pensado que si vamos a venir mucho aquí, necesitamos un barco pirata ahí fuera. ¿A que sí, Michael?

Pero Michael ya estaba intentando subir.

—Espera, tiene que estar a flote antes de que puedas abordarla —Bone agarró a su hijo y lo volvió a sacar.

—¿Podemos sacarla ahora? —suplicó Michael, juntando las manos en oración.

—Bueno, no veo por qué no —respondió Bone.

—Se está haciendo de noche, Duncan. Creo que es demasiado tarde para andar trasteando con una barca nueva ahí fuera —dijo

Alice.

Bone puso cara de circunstancias y negó con la cabeza a Michael.

—Tu madre tiene razón, el sol se está poniendo, y los grumetes ya están en sus camarotes preparándose para ir a la cama.

—Jo, papá, ¿por fa? —insistió Michael.

—Mira, haremos una cosa. Esta noche haremos una bandera pirata y un mapa y planearemos dónde enterraremos el tesoro este fin de semana. ¿Qué te parece?

—El fin de semana está lejísimos —protestó Michael, cruzándose de brazos a modo de disputa.

—Los mejores piratas planifican con cuidado, Michael, dato bien conocido —dijo Bone.

—Vamos, hijo, vamos a ver tu cuarto nuevo y a cenar —dijo Alice.

—Ah, la cena —dijo Bone.

—¿Qué? No me digas que no tienes nada.

—Algo así, pero el hotel tiene un gran chef. Mejor aún, hacen pescado y patatas fritas para llevar. ¿Qué os parece?

—¡Sí! —gritó Michael, ya repuesto de su enfado.

—¡Ar, mis valientes, a la cubierta de popa a por un poco de ron, jarana y patatas fritas! —gruñó Bone.

—Popa —dijo Michael, tapándose la cara, entre risas.

Bone volvió a hacerle cosquillas.

Después de la cena, seguida de una sesión de dibujo de bandera y mapa, Michael por fin se calmó y se desplomó en la cama. Bone y Alice se sentaron un rato en la tarima y vieron cómo la noche iba engullendo el lago y las colinas de alrededor y, al final, exhaustos ambos, también dieron por terminado el día.

Unas horas más tarde, Bone se despertó de golpe y se encontró sentado erguido en la cama. Una sombra se movió en el rincón más oscuro de la habitación, y de la negrura emergió la figura encapuchada, ya familiar, de su espectral acompañante. Bone intentó levantarse o hablar, pero su cuerpo estaba paralizado, las extremidades entumecidas e inertes.

La criatura se inclinó hacia delante, revelando en parte su calavera chamuscada y putrefacta, con carne quemada y ennegrecida colgando del hueso amarillo expuesto. Alzó un dedo esquelético hacia sus dientes ennegrecidos en una mueca.

Clic, clic.

El sonido parecía venir de dentro de la cabeza de Bone.

Clic, clic, volvió a sonar.

La criatura se abalanzó y Bone, ya liberado de los brazos invisibles que lo sujetaban, manoteó la lámpara de la mesilla y la tiró al suelo. Y, en ese mismo instante, sonó su teléfono.

—¿Qué pasa? —murmuró Alice.

Bone se inclinó fuera de la cama, buscando a tientas su móvil chillón. Al recuperarlo, cortó la llamada a toda prisa y se levantó de la cama.

—Jesús —protestó de nuevo Alice, dándose la vuelta boca arriba.

—Perdona, cariño. Vuelve a dormir. No es nada —susurró Bone, acariciándole la cabeza a Alice hasta que retomó su suave ronquido.

En el baño, se empapó la cara con agua fría y se frotó la cabeza martilleante. Hacía meses que no tenía un encuentro tan cercano, y le había dejado temblando. Presionó la cicatriz de la sien y el dolor remitió.

En el salón, abrió las puertas de la tarima, las cerró a su espalda y devolvió la llamada a Walker.

—¿Rhona?

—Siento molestarle, jefe. Ha habido otra muerte.

—Jesús, ¿qué hora es? —entrecerró los ojos ante el reloj del teléfono, pero no alcanzaba a distinguir los dígitos.

—Las cinco menos veinte.

Bone alzó la vista. La primera luz dibujaba en silueta las montañas.

—Vale, ¿dónde está? —preguntó Bone, volviendo al interior— Salgo ahora mismo.

Al salir, garabateó una nota para que Alice supiera adónde había ido y que la tienda del pueblo abría a las ocho para comprar provisiones con las que llenar su nevera vacía. Cerró con otra

disculpa más y estuvo a punto de escribir *con amor,* pero cambió de idea, pensando que solo la molestaría más.

Veinticinco

—Aquí estamos otra vez, Duncan —dijo el jefe de la científica mientras los dos detectives, con los monos de la escena, se acercaban a la puerta abierta del almacén—. Esto empieza a ser una costumbre. Empiezo a pensar que vienes a por mi puesto.

—Ni hablar, muchas gracias —respondió Bone. Entrecerró los ojos más allá del mono negro mate de Cash hacia la batería de focos que iluminaba el interior.

—Bajad —dijo Cash con una sonrisa irónica.

Los detectives le siguieron hacia dentro.

—Impresiona —dijo Walker, alzando la vista hacia la torre de bicicletas enmarañadas que se cernía sobre ellos, tambaleándose.

—La víctima, un tal Tommy Torley, fue descubierta por su mujer, que vino a buscarle cuando no regresó anoche.

—¿Así que la señora Torley sabía dónde estaba?

—Creo que sí, pero tendréis que confirmarlo con los primeros agentes que acudieron y quizá con la propia mujer, aunque supongo que ahora no estará en condiciones, sobre todo después de encontrar a su ser querido así —dijo Cash, deteniéndose junto a la parte trasera del remolque que estaba empotrado contra la pared de hormigón que tenía detrás.

Dos agentes de la científica estaban arrodillados junto a la rueda; uno hacía varias fotos, y el fogonazo competía con los LED colocados encima y al otro lado.

—Disculpe un segundo —dijo Cash al fotógrafo.

El agente hizo una toma más y luego se apartó. Bone y Walker se arrodillaron junto a la rueda.

—Dios santo —dijo Bone al ver la cara hinchada y amoratada de Torley, con los ojos muy abiertos y casi saliéndose de las órbitas.

—Es lo que pasa cuando cinco toneladas de acero reforzado te pasan por encima —dijo Cash—. Tórax, abdomen y corazón aplastados. Por la expresión, diría que la agonía fue lenta.

—Tremendo —dijo Walker.

—Desde luego —dijo Cash—. Es probable que el corazón se le haya rasgado o incluso reventado por la presión, llenándole la cavidad torácica de sangre. Puede que incluso sufriera una hemorragia cerebral, pero sabremos más cuando lo abra en canal.

—¿No podría ser un accidente absurdo, un fallo de frenos o algo así, y que el hombre quedara atrapado?

—Qué cabeza la mía, cómo se me pudo olvidar —replicó Cash. Metió la mano bajo el chasis y levantó el brazo de Torley. —Continúa la fijación con los dedos. Giró la mano de Torley para mostrar un meñique ausente. —Y si me seguís. Caminó de nuevo por el lateral del remolque hasta la cabeza tractora enganchada delante. —Cuando llegamos, había un olor inequívoco a gasóleo. La palanca de cambios de la tractora estaba en posición de marcha atrás, así que, a menos que el señor Torley tenga las piernas larguísimas, no hay manera de que esa tractora marche atrás sola sin calarse. El remolque, además, estaba girado ligeramente. Supongo que el asesino quería asegurarse de que hacía todo lo posible —o lo peor— por aniquilar a su víctima. Me atrevería a decir que alguien le pasó por encima a propósito. Sonrió. —Así que, para responder a tu pregunta, desde luego que no fue un accidente absurdo.

Bone suspiró y volvió a mirar la escena. El fotógrafo de la científica había regresado junto al cadáver y seguía tomando fotos y medidas.

—¿Alguna huella?

—Acabamos de empezar. Puede que tengamos suerte; nunca se sabe.

A Bone y a Walker les sonaron los móviles a la vez.

—Ya estamos —dijo Walker, negando con la cabeza.

Los detectives salieron al callejón. Walker se bajó la cremallera del mono y, sacando el teléfono, abrió el mensaje anónimo que acababa de llegar.

—«¿Quién será el siguiente?» —leyó, alzando la pantalla para que Bone la viera—. También hay un adjunto. ¿Lo abro?

—No, que lo abran los de Digital y Harper —dijo Bone, rebuscando dentro del mono su móvil—. Malditos cacharros —refunfuñó—. Seguro que tengo lo mismo.

—¿Así que ahora tenemos un asesino en serie entre manos?

—Otra vez —respondió Bone, mirando su teléfono—. Justo cuando pensábamos que no podía ir a peor. McKinnon probablemente lo habrá recibido también, así que le doy diez minutos antes de que esté aquí. Yo me largaría ya, si no, soy capaz de pasarle por encima con ese remolque.

Veintiséis

Una vez sorteada la marabunta de periodistas apostados fuera de la comisaría, Walker fue directo a la sala de incidentes y Bone se fue a reunirse con Gallacher. Ya le habían avisado antes y parecía que había saltado de la cama directo a su despacho; su pelo, normalmente demasiado engominado, estaba hecho un desastre.

—¿Qué ha pasado ahora? —preguntó el superintendente cuando Bone entró.

—Han matado a uno de los participantes del desfile, lo ha atropellado su propia carroza.

—Estupendo, de puta madre —maldijo Gallacher.

—No es un espectáculo agradable.

—Y supongo que me vas a decir que no es un accidente, sino obra del mismo tarado —replicó Gallacher, peleándose con su cafetera.

—Rhona y yo hemos recibido mensajes de texto cuando estábamos en la escena del crimen, con adjuntos que, supongo, muestran la «obra» del cabrón. Además, McKinnon me ha llamado de camino, así que no me extrañaría que hubiera fuegos artificiales sensacionalistas en breve.

—Dios. —Gallacher aporreó la parte superior de la máquina con la palma—. ¿Qué le pasa a este cacharro de mierda?

—Permítame, señor —dijo Bone.

Gallacher volvió a su mesa. —Esto se nos está yendo de las manos —dijo, echándose hacia atrás en la silla con un suspiro hondo. Se pasó la mano por la frente, recolocando los mechones rebeldes en su sitio.

—Estaba apagada —dijo Bone, y la máquina empezó a rugir.

—¿Por dónde vais ahora con esto? —preguntó Gallacher.

—Unos pocos pasos más allá que la última vez que me lo preguntó, señor. Teníamos en el punto de mira al novio de la señorita Dee, pero afirma que tiene varias coartadas que cubren la noche en que murió Dee Dee, y las estamos comprobando. No tengo ninguna duda de que ese capullo maltrató a Dee Dee física y psicológicamente, pero no acabo de creer que tenga la capacidad para matarla y montar este tinglado.

—Pero si la ha estado zurrando, ¿podría este juego con los mensajes ser una especie de farol, incluido este último asesinato?

—No creo que sea lo bastante listo. ¿Y por qué iba a matar a la gallina de los huevos de oro? No tiene sentido. —Bone le tendió a Gallacher una taza de café—. Es un gilipollas sobreprivilegiado y misógino. Pero ya me he equivocado antes, así que no vamos a quitarlo del panel de pruebas todavía. Sinceramente, seguimos buscando un golpe de efecto. Es claramente alguien sediento de atención, un buscafocos de alto drama. Egos así cometen errores, y es solo cuestión de tiempo.

—Exactamente de lo que no disponemos. —Gallacher dio un sorbo al café—. Jesús, qué cargado está. Hizo una mueca.

—Tiene pinta de que le hace falta —sonrió Bone.

—Este giro es catastrófico para la feria. Tendré que hablar con Ferguson y con el equipo de búsqueda especializado, pero sospecho que recomendarán cortar por lo sano.

—Pero la Semana Cívica ya ha empezado.

—Lo sé, pero con este psicópata suelto, no veo otra opción.

—La alcaldesa parecía bastante firme en que no iba a cancelar, y tiene al pueblo de su lado —replicó Bone.

—Puede que no dependa de ella. El riesgo para la seguridad se sale claramente de la escala ahora mismo.

—A menos que cojamos al cabrón.

—Y luego está otra vez la prensa. —gruñó Gallacher—. ¿Qué le pasa a este maldito pueblo?

—Eso mismo ha dicho Walker esta mañana —sonrió Bone—. Le pediré a Sheila que le envíe todo lo que tenemos hasta ahora. ¿Quiere que Walker y yo asistamos con usted de nuevo a la rueda de prensa?

—Esta vez no. Necesito que encontréis ese golpe de efecto antes de que Kilwinnoch desaparezca para siempre en un socavón de maldita desesperación.

—Señor. —Bone asintió y se marchó.

Veintisiete

En la sala de incidentes, el equipo ya se había reunido.

—Gracias por venir tan temprano —dijo Bone. Recorrió la sala con la mirada—. ¿Dónde está Mark?

—De camino, supongo —respondió Harper.

—Vale, estoy seguro de que Rhona...

Bone fue interrumpido por Mullens, que entró a trompicones por la puerta.

—Perdón por llegar tarde, señor —dijo, y se acercó al grupo reunido alrededor de Bone, algo cortado.

—¿Está bien, Mark? —preguntó Bone, fijándose en el inusualmente pálido rostro de Mullens.

Mullens asintió.

—Como decía —prosiguió Bone—, supongo que Rhona ya os ha puesto al día sobre la determinación de nuestro asesino de tirar por tierra las celebraciones de la Semana Cívica.

—Cabronazo —murmuró Mullens.

—¿Qué le pasa, Mark? —preguntó Bone de nuevo.

—Solía jugar al golf con Tommy Torley.

—Lo siento mucho, tío —dijo Harper.

—Hay que estar muy enfermo para hacerle eso a alguien —Mullens negó con la cabeza—. Tiene dos críos, ¿sabes?

—Sí, terrible para ellos —dijo Bone—. ¿Sabe algo de su participación en el desfile?

—Lleva años participando, es casi una obsesión para él —dijo Mullens—. Creo que los de las carrozas son todos así. Hay que serlo. Se preparan todo el año.

—¿Alguna rivalidad o algo por el estilo?

—Oh, sí, a montones. Todo de buen rollo por lo que yo vi, pero supongo que merece la pena comprobarlo. Es posible, digo yo, que las cosas se les fueran de las manos, pero matar a alguien de esa manera es de estar muy mal de la cabeza. No me imagino a ninguno de los que participan haciendo algo tan psicótico.

—¿Podría comprobarlo, aun así? —preguntó Bone.

—Sí, por supuesto.

—Así que ahora estamos ante una crisis que se está acelerando a toda velocidad —dijo Bone, dirigiéndose de nuevo al equipo—. A estas horas, estoy seguro de que nuestro amigo del *Chronicle* habrá publicado los mensajes que hemos recibido esta mañana.

—Y las fotos —asintió Harper hacia su pantalla.

—Oh, Dios, no —dijo Bone y se unió a Harper y a Walker en su mesa.

En la pantalla aparecía una imagen parcialmente pixelada del rostro hinchado y de ojos desorbitados de Torley.

—Al menos ha tenido la decencia de ocultar los detalles —dijo Harper—. He visto el original y es espantoso.

—Eso será cosa de su editor, no de él —dijo Bone—. ¿Entonces lo has visto tú también?

—He dejado mi móvil en Digital —dijo Rhona— y les he pedido que, cuando lo abran, le envíen copias de la imagen a Will.

—Ha sido rápido. ¿Tenemos ya noticias de ellos?

—He llamado hace unos minutos y siguen en ello —dijo Harper —. Necesitarán unas horas. Pero puedo hacer mis propias comprobaciones en ambas imágenes y ver si capto algo. También he hablado con la empresa de ingeniería dueña del almacén, pero no tienen CCTV en el callejón, así que, por desgracia, es un callejón sin salida.

—Mierda —exclamó Bone; luego volvió con el equipo—. Bien, ¿qué más tenemos?

—Entrevistamos a la presidenta del club de fans de la señorita Dee, o como se llame su cargo —respondió Mullens.

—¿Y?

—Una señora encantadora, de unos sesenta y pico, lo cual nos sorprendió. Pensé que sería más joven. Estaba bastante emocionada, por decir poco, pero dijo que los fans de Dee eran muy leales y que filtraban a sus miembros con mucho cuidado. Algún trol habían tenido o gente que se venía arriba con los comentarios, pero eran vigilantes y eliminaban a cualquiera que causara problemas con bastante rapidez. Dijo que ese tal Deeva1 era, con diferencia, el peor, publicando cosas muy feas.

—¿Conservaba algún registro?

—Por desgracia, lo borraba todo casi tan pronto como se publicaba.

—¿Alguna forma de recuperarlo, Will?

—Posiblemente —dijo Harper—. Depende del servidor y de la web que usen. Puedo mirarlo también.

—Otra cosa que repitió varias veces es que no creía que Deeva1 fuera realmente fan de Dee —continuó Mullens.

—Pues está claro que no —dijo Walker.

—No, me refiero a que Deeva1 afirmaba ser la fan número uno de Dee, pero sabía muy poco sobre ella e incluso cometía errores básicos que ningún fan de verdad cometería. Así fue como lo dijo, ¿verdad, Will?

—Correcto —confirmó Harper.

—Interesante. ¿Algo por su parte, Sheila?

—He hecho búsquedas sobre la empresa de representación de la señorita Dee y he encontrado una larga lista de demandas contra ellos —respondió Baxter—. Por lo visto, varios artistas no están contentos con el trato que les han dado el señor Fitz y compañía, alegando irregularidades financieras en torno a los pagos de royalties. Básicamente, parece que no está pagando a sus artistas lo que se les debe.

—Un encanto de tipo —dijo Walker—. ¿Y eso incluía a la señorita Dee?

—No he encontrado nada. Pero Fitz autorizó una nueva póliza de vida para la señorita Dee cuatro semanas antes de su muerte.

—¿Ah, sí? —Bone alzó una ceja.

—Señor, con el debido respeto, me pierdo —dijo Mullens—. Si está diciendo que Fitz podría haberse cargado a Dee por el seguro, quizá porque anda apurado de pasta o lo que sea, entonces, ¿qué demonios tiene que ver eso con que a mi viejo compañero del cole lo hayan pasado por encima con su propio remolque?

—Pánico, casualidad, quizá Fitz se ha desquiciado del todo, o Torley estaba metido de algún modo en tejemanejes con Fitz. Hay infinidad de posibles escenarios, pero tenemos que seguir cualquier línea, por inverosímil que parezca. Todos sabemos cómo lo improbable puede acabar en condena. Creo que necesitamos otra charla con él —Bone se volvió hacia Baxter—. ¿Algo más sobre el novio?

—Nada aún, señor.

—De acuerdo; mientras tanto, Mullens, ¿podrían usted y Will hacerle una visita al señor Tusk y comprobar sus movimientos anoche? —preguntó Bone.

—¿No estaba ya fuera de la lista de los más buscados? —inquirió Mullens.

—Todavía no —replicó Bone—. Y yo usaría la puerta de atrás, a no ser que quieran sus caras en las portadas de mañana.

—¿Cómo? ¿Ahora? —preguntó Mullens.

—No hay como el presente.

Los detectives cogieron su equipo.

—Sheila, ¿puede pedirle al sargento Brody que envíe a un par de agentes a recoger al señor Fitz?

—Puede pedírselo usted mismo —dijo Baxter, señalando la puerta—.

—Perdone la interrupción, señor —dijo Brody y entró en la sala de incidentes—. El inspector detective Mohan de la comisaría de Campsie Fells está aquí para verle.

El detective asomó la cabeza por la puerta y sonrió.

—Vaya, esto sí que alegra la vista —dijo Bone—.

Sus compañeros asintieron y saludaron con la mano al detective.

—Buenos días, Sanjit. ¿A qué debemos el placer?

—Iba a llamarte, pero pensé que sería mejor en persona —dijo Mohan, entrando en la sala—. Menuda melé hay ahí fuera. No creo haber visto tantos periodistas en mi vida.

—Sí, ahora es nuestra oportunidad de enviar a la Unidad de respuesta armada —dijo Mullens—.

—Una pesadilla —replicó Bone—.

—Para eso he venido —continuó Mohan—.

—Venga, dale. Espera, ¿quieres un café antes? Creo que, por una vez cada muerte de obispo, puede que quede algo en la cafetera.

—No, estoy bien. Solo quería comentarte algo —dijo Mohan—. Estaba leyendo sobre vuestro caso y me empezó a sonar una campana en la cabeza. Ciertos detalles me resultaban familiares, pero no acababa de caer en por qué. Me ha estado rondando días y, ayer, caí.

—Vale, sigue —dijo Bone—.

—Cuando era crío, vivimos en Peterhead unos años. Mi padre era uno de los médicos de la prisión.

—Menudo marrón —dijo Bone—.

—Para todos, créeme —añadió Mohan—. En fin, eso es otra historia. Durante ese tiempo hubo un asesinato muy sonado, y la víctima era una celebridad local, una joven cantante muy querida que iba a actuar en el carnaval anual de nuestro pueblo.

—¿Peterhead tiene carnaval? —preguntó Walker—.

—No, no en Peterhead. Vivíamos en Dalhuish, a unas ocho millas. El asesino envió a la policía y a la prensa local fotos de las víctimas.

Bone se recostó en la mesa más cercana. —¿Estás sugiriendo un asesino imitador?

—Hay más. Hice una búsqueda de lo que se informó del caso en aquel momento y encontré que el asesino firmaba con la frase: ‘¿Quién será el siguiente?’

—Mierda —murmuró Bone.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Bone.

—El verano de dos mil seis —respondió Mohan.

—No me había dado cuenta de que eras tan joven —dijo Bone.

—Gracias —Mohan puso los ojos en blanco.

—No, quiero decir, para lo lejos que has llegado.

—Para, jefe —interrumpió Walker—. El agujero que estás cavando cada vez es más hondo.

—¿Hubo más víctimas? —preguntó Bone.

—Creo que no, pero lo más inquietante es que nunca atraparon al asesino y, por lo que he encontrado, el caso sigue sin resolverse a día de hoy.

—Joder —dijo Bone—. ¿Así que quizá no un imitador, sino el mismo asesino?

—Es mucho tiempo para esperar y volver a intentarlo —dijo Walker.

—Puede que las similitudes con la señora Dee, su exposición pública y su aparición en el concierto de gala actuaran como detonante —sugirió Bone—. Es evidente, con todo ese melodrama de los mensajes y las fotos, que se trata de alguien que quiere atención y focos. Es como si nos lanzara el guante y nos desafiara a atraparlo.

Bone volvió a mirar a Mohan. —Puede que acabes de desbloquear este caso. Gracias.

—Aun así, es raro que solo hubiera un asesinato cuando el asesino amenazó con más —dijo Mohan.

—Tal vez se asustó, o el impulso se le pasó tras el primero, o las circunstancias no encajaban en su psicosis —respondió Walker.

—¿O una crisis de conciencia? —sugirió Harper.

—Bien, necesitamos hacernos con cada detalle que rodee ese caso de Dalhuish —dijo Bone, volviéndose hacia Baxter—. ¿Sheila?

—Me pondré en contacto con la División Nordeste, pero puede que necesitemos una solicitud formal de intercambio de expediente a través del superintendente.

—De acuerdo, avisaré a Gallacher y lo pondré en marcha —dijo Bone—. Que te remitan todos los registros directamente a ti. —Bone miró a su equipo—. Mark, ¿no tenéis tú y Will que estar en algún sitio?

—Eso es —dijo Mullens.

—Sí, señor —asintió Harper.

—Si necesitáis algo más de mí, ya sabéis dónde estoy —dijo Mohan mientras los dos hombres se iban.

—¿Qué te parecería si solicitara que te quedaras y nos echaras una mano aquí? Creo que vamos a necesitar todo el talento posible, lo que haga falta: pedirlo, tomarlo prestado o robarlo.

—Solo está intentando tapar ese agujero que cavó antes, Sanjit —dijo Walker.

Mohan asintió con entusiasmo. —Encantado de volver a ayudaros.

—Estupendo, vale. Voy a poner al día al jefe y, Sheila, ¿podrías contactar con el doctor Widdowson y pedirle que revise nuestro caso hasta la fecha?

—¿El psicólogo clínico? —preguntó Walker.

—Puede que pueda arrojar más luz sobre la personalidad con la que tratamos aquí y responder a tu pregunta.

—¿Cuál?

—Exacto —replicó Bone—. Mientras tanto, sigamos con nuestras líneas de investigación actuales. El novio y el representante turbio no están fuera de sospecha todavía.

—Señor —dijo Baxter—. ¿Merecería la pena barajar la posibilidad de que estos dos encantadores caballeros estén compinchados, o que Fitz contratara a Tusk para el encargo? El novio ya es amigo de soltar puños. Tiene la brújula moral de un dictador militar y, con tanto dinero moviéndose, ¿podría Fitz haberle tentado?

—Se odian a muerte. Es muy difícil fingir ese nivel de bilis.

—Difícil, pero no imposible.

—¿Qué te parece la teoría de Sheila, Rhona? —Bone se volvió, pero ella estaba junto al tablón de pruebas.

Veintiocho

Cuando unos agentes fueron al despacho de Fitz para recogerlo para un nuevo interrogatorio, su abogado intervino y rechazó la solicitud. En su lugar, acordó que se verían con Bone y Walker en su casa, un chalé de lujo de cinco dormitorios en la acomodada zona de Bellshill, a las afueras de Glasgow.

Bone detuvo el Saab ante la verja de entrada y tiró del freno de mano con fuerza.

—Gilipollas arrogante —gruñó—. Hacernos venir hasta aquí.

Salió del coche y marchó hacia la verja, con Walker a su zaga, y apretó el timbre de entrada cuatro o cinco veces, encendido.

La verja hizo clic y se abrió, y siguieron por un amplio camino de grava hasta la puerta principal con columnas. Bone hizo sonar el llamador de latón ornamentado y, momentos después, respondió el asistente de Fitz.

—Hola de nuevo —dijo.

—¿Dónde está su jefe? —saltó Bone.

—Síganme. El asistente condujo a los detectives por un gran vestíbulo con un suelo de mármol ajedrezado y reluciente, vastas pinturas abstractas en marcos ostentosos y querubines blancos esculpidos a horcajadas al pie de una escalera de madera que se perdía en el techo.

Siguieron por un pasillo acristalado hasta la parte trasera de la casa. El asistente se detuvo ante una puerta, la golpeó con los

nudillos y entró.

—La policía está aquí, señor Fitz.

Fitz estaba encaramado, como una mantis pasada de peso, tras un escritorio enorme enteramente de cristal, con un hombre impecable sentado a su lado. La estancia apestaba a aftershave caro y a laca.

—Lynx —murmuró Walker a Bone al entrar.

Los detectives se sentaron enfrente, en unas sillas de cristal tallado. Bone casi se escurrió y logró por los pelos no irse de cabeza al parqué.

—Buenos días, señor Fitz —empezó Bone—. ¿Entiendo que este es su representante legal?

—Nigel Barrington, abogado senior, Barrington Court Solicitors —respondió el abogado de mediana edad. Cruzó las manos sobre la mesa como si se preparara para una partida de ajedrez. Mi cliente me ha instruido para responder a todas las preguntas en su nombre.

—De acuerdo, señor Fitz...

—Antes de empezar, inspector, ¿podría ilustrarme con una pregunta sencilla? —interrumpió Barrington, cuyo acento pijo de colegio privado irritó de inmediato a Bone.

—¿Cuál? —preguntó Bone con un suspiro, ya prediciendo mentalmente adónde iba a ir Barrington.

—¿Sobre qué base sus agentes interrumpieron de forma tan grosera el ajetreado día de trabajo de mi cliente, procedieron a humillarlo delante de su personal y lo trataron como a un delincuente común sin darle explicación alguna?

—Nos gustaría que respondiera a unas preguntas, señor Fitz —prosiguió Bone, ignorando al abogado.

—Esto es una farsa, inspector, y usted lo sabe —añadió Barrington.

Fitz asintió en señal de acuerdo.

—Ese término legal no me suena —dijo Bone. Se volvió hacia Fitz —. Hace tres meses, usted contrató una póliza de seguro de vida para su clienta fallecida, la señorita Dee. ¿Es correcto?

—Los asuntos comerciales de mi cliente no son de su incumbencia, inspector.

—Me temo que sí lo son cuando su cliente... Ya sabe, a quien aseguró hace poco por... ¿Cuánto era? —preguntó Bone, volviéndose hacia Walker.

—Cinco millones de libras —respondió Walker.

—Cinco millones de libras; una buena suma —asintió Bone—. Y poco después lo asesinan brutalmente. Diría que semejante cantidad le vendría de perlas para saldar a todos los acreedores y hacer frente a las demandas que se le amontonan, ¿no es así, señor Fitz?

Fitz se removió en la silla y estaba a punto de hablar cuando Barrington alzó la mano.

—Es perfectamente sensato y una práctica empresarial común que las agencias de representación tengan pólizas de seguro de vida de sus clientes.

—¿Sensato?

—El señor Fitz invierte miles de libras, recursos, días, semanas, meses y años de su tiempo y experiencia en establecer y construir las carreras de sus clientes, incluida la de la señorita Dee. Por lo tanto, sí, inspector, es *extremadamente* sensato mitigar posibles pérdidas.

—¿Así es como ve la muerte de una joven cantante talentosa, con toda la vida por delante, como una pérdida mitigada?

Fitz volvió a retorcerse en la silla.

—Como ya he dicho, inspector, es una pregunta inadmisible y pura conjetura por su parte y, francamente, su insinuación de que mi cliente asesinaría a su principal talento para pagar supuestas deudas es una difamación indignante contra su nombre.

—Esa es su conjetura, no la mía, señor Barrington. Yo me limito a señalar hechos. Vamos, señor Fitz, hagamos esto lo más rápido e indoloro posible, ¿o prefiere dejar que su lumbrera legal lo dilate?

—Le sugiero que pongamos fin a este paripé ahora mismo, inspector, antes de que mi cliente se plantee acciones legales por acoso y difamación —dijo el señor Barrington.

—Varios de sus clientes le están demandando por regalías impagadas o mal pagadas. ¿No es cierto? —intervino Walker.

—No responda —dijo Barrington—. Sin comentarios —replicó—. Y de nuevo le advierto que tenga mucho cuidado con sus acusaciones

infundadas.

—Y de nuevo le recuerdo que estamos tratando con hechos. Y son hechos, ¿no es así, señor Fitz? —insistió Bone, observando que Fitz parecía a punto de estallar de rabia.

—Ya veo que ese cabrón de mierda, Tusk, vuelve a difamarme —gruñó Fitz, cediendo por fin a la presión.

—Señor Fitz, le ruego que guarde silencio y me deje ocuparme de esto —intervino Barrington.

—¿Mientras se sientan aquí y me acusan de matar a mi chica? Ni de coña —espetó Fitz.

El señor Barrington inspiró hondo. —Esa es su prerrogativa —concedió el abogado con un movimiento de cabeza.

Fitz se inclinó sobre el escritorio. —Le digo ahora mismo que no maté a Dee Dee. Era como una hija para mí. A la chica la apreciaba y habría hecho cualquier cosa por ella, y me parte el maldito corazón que se haya ido. —Se frotó la gota de sudor que le cayó en el ojo.

—Entonces, ¿por qué la póliza de seguro y la disputa? —apremió Bone.

—Sí, contraté un seguro de vida, y sí, tenemos una pequeña minoría de clientes problemáticos en nuestra cartera, pero eso es completamente normal en nuestro sector. Se lo he dicho repetidas veces.

—¿La señorita Dee había iniciado acciones legales?

—¡No! —ladró Fitz—. Eso es una completa mentira urdida por ese novio asqueroso y egoísta. Le llenó la cabeza de bazofia paranoica.

—¿Por qué haría eso?

—Usted dirá. ¿Quizá porque es un psicópata abusivo y misógino? ¿O un cazafortunas, empeñado en sacar todo lo que pueda para alimentar su multitud de vicios y su vida de baja estofa?

—¿Vicios? —preguntó Bone.

—Lo que quiera: el tío es un muestrario de narcóticos, pero también de fiestas sexuales, apuestas, casinos, follamigos caros. La lista es interminable, y todo cuesta dinero. Así que, si alguien estaba dejando a Debs seca, era ese paria.

—¿Dónde estuvo desde la tarde del domingo, dieciocho de junio, hasta la mañana del lunes diecinueve? —preguntó Bone.

—Mi cliente no tiene por qué responder a eso —trató de intervenir Barrington de nuevo.

Fitz levantó la mano. —No, no, Nigel. No me asusta limpiar mi nombre. —Estuve en la oficina hasta alrededor de las diez y media esa noche y luego volví a mi piso.

—¿Un domingo?

—Sí; algunos tenemos negocios que sacar adelante, inspector.

—¿Y puede alguien corroborarlo?

—Mi asistente se fue sobre las nueve, y yo me quedé para hacer una llamada urgente a Los Ángeles y tuve que esperar a que allí fuera de día.

—¿Su asistente trabaja a menudo los fines de semana con usted?

—Tenemos un acuerdo, y luego compensa las horas, ¿vale? Trato a mi personal con respeto, al contrario de lo que está insinuando.

—¿Estaba solo en su despacho?

—Sí, pero seguro que pueden comprobar los registros de mi móvil o lo que sea.

—¿Y había alguien con usted en su piso?

—No. A menos que quieran interrogar a mi spaniel, Cedric. Confirmaría que por fin le di de comer. Lo saqué a pasear entre las once y media y las doce para que hiciera sus necesidades.

—¿Dónde fue eso?

—Hay una zona verde al final de la calle. Y, antes de que me detenga por dejar cacas de perro, todos los dueños llevan allí a sus perros.

—¿Vio a alguien mientras estaba fuera?

—Que yo recuerde, no.

—inspector Bone, mi cliente ha cooperado plenamente con usted. No hay caso alguno aquí, y es profundamente preocupante que someta a una persona de luto y emocionalmente vulnerable a semejante calvario. Exijo que cese esta diatriba de preguntas inútiles y, francamente, perturbadoras, y que se marche.

—Vaya propiedad considerable, señor Fitz —intervino Walker.

—Y me he ganado cada ladrillo, inspectora.

—Supongo que tendrá mucha seguridad.

—Sí, ¿por qué? ¿Va a darme algún consejo o un folleto? —espetó con sorna.

—¿Quizá tenga CCTV cubriendo la entrada que grabara la salida al baño con su perro?

—Tengo CCTV en la entrada, pero se sobrescribe cada veinticuatro horas.

—Ya veo —dijo Walker, y garabateó notas en la libreta que apretaba.

Fitz soltó un suspiro.

—Y cuando volvió a casa con su perro, ¿qué hizo? —preguntó Bone.

—Me fui a la cama y dormí toda la noche. —Se detuvo y alzó la mirada—. Pero en algún momento le envié un mensaje a mi asistente. Se lo enseñaré. —Hurgó en el móvil y, al desplazarse por los mensajes, encontró la entrada y le pasó el teléfono a Bone.

—¿Envió esto a la una y cincuenta y siete de la madrugada?

—Sí —respondió Fitz.

—¿A mitad de la noche?

—Ya se lo he dicho: así trabajamos. Le envío recordatorios de cosas que tenemos que hacer al día siguiente. ¿Eso también es delito ahora?

—¿Qué relación tiene con el novio de Dee, Tusk?

—No tengo ninguna relación con él. Es una mancha de alcantarilla tóxica en el mundo, y el monstruo que probablemente mató a Debs.

—Entonces, ¿no tiene ningún acuerdo económico de ningún tipo con él?

—¿Lo dice en serio? Preferiría confiar mi dinero a Donald Trump. —se paró—. Un momento. ¿Está sugiriendo que le pagué para matar a Deb, como si hubiera encargado un contrato?

—Sus palabras, no las mías, señor Fitz.

—Jesucristo. Esto va a peor. ¿De verdad cree que, si fuera a mandar matar a mi clienta número uno, lo contrataría a él para hacerlo? —escupió Fitz, con la cara encendida de ira como una remolacha pasada.

—¿Lo hizo?

—Inspector jefe Bone, mi cliente ha cooperado...

—¿Tiene y usa zapatos o botas Doc Martens, señor Fitz? —cortó Walker, mirando los bluchers inmaculadamente limpios del mánager, visibles tras el frente de la mesa de cristal.

—¿Cómo? ¿Ahora vamos con la elección del calzado? —Fitz negó con la cabeza, furioso y desconcertado.

—Pregunta sencilla —dijo Walker.

—No, no tengo ni llevo putos Doc Martens. Pero si tanto le interesa, podría pedirle a mi asistente que le facilite el nombre del zapatero en Italia donde me hacen todos los zapatos a mano. —infló las mejillas.

—Inspector jefe Bone. Esto ha ido ya mucho más allá de lo tolerable —intervino de nuevo Barrington—. A menos que vaya a detener a mi cliente, insisto en que se marche ahora mismo.

—¿Quiere que nos vayamos, señor Fitz? —preguntó Bone.

Fitz asintió y cruzó los brazos.

—Muy bien. Gracias por su colaboración.

Los detectives se pusieron en pie para irse.

—Increíble —gruñó Fitz—. Deberíais estar ahí fuera dándole caza a ese tarado en lugar de perder el tiempo acosándome, panda de aficionados de pacotilla.

—Le advierto, inspector jefe Bone —intervino el abogado—: desista de esta locura o habrá consecuencias serias.

—Seguro que las habrá, señor Barrington —dijo Bone.

Se marcharon.

—Aficionados de pacotilla —se mofó Walker mientras volvían al coche—. Ahí tienes el nombre para nuestro equipo del trivial del bar.

—¿Tenemos suficiente para detenerlo? —preguntó Bone.

—No lo creo. Tiene al menos una coartada, quizá dos. Podríamos rebuscar en las cámaras callejeras por si se le ve con el perro, o hacer un llamamiento, pero apuesto a que dice la verdad. —se detuvo—. Aunque...

—¿Qué?

—Sudaba bastante y parecía muy incómodo con nuestras preguntas.

—¿Señal de que oculta algo?

—O, como dice su abogado, que está muy afectado y, siendo justos, su discursito parecía bastante genuino.

—Vale, de momento aguantamos y mantenemos contenta a la jueza Judy, pero sigue en nuestra lista de felicitaciones de Navidad.

—Oh, sí, desde luego.

—Mierda —murmuró Bone.

—Le pediré a Will que busque cualquier grabación de cámaras de calle de esa noche —dijo Walker—. Pero tengo la sensación de que se nos escapa otro.

—Vale. Bien, vámonos de aquí. El hedor a dinero me está revolviendo el estómago.

Cuando Bone abrió la puerta del coche, sonó su móvil.

—¿Baxter? —dijo Bone. Momentos después, colgó.

—Me han citado para ver a un tipo por lo de un asesino en serie.

Veintinueve

Para sorpresa de Bone, el despacho del doctor Widdowson, situado en la esquina más alta y alejada del edificio principal de la comisaría, estaba hecho un completo desastre. Era como si el psicólogo criminal hubiera vaciado todo el contenido de sus archivadores y cajones en el suelo. Mientras Bone sorteaba el caos, Widdowson apareció por detrás de tambaleantes torres de papeles, libros y archivadores apilados sobre su mesa.

—Buenas tardes, Duncan. Bienvenido a... —observó el desastre ante él—. Caos organizado.

—Me gusta lo que has hecho con el sitio. Bone resbaló sobre un fajo de fundas de plástico esparcidas a sus pies y por poco cae encima del doctor.

—Perdona por eso —dijo Widdowson, apartando papeles de una silla junto a su mesa e invitando a Bone a sentarse antes de que se rompiera una pierna—. Uno de los inconvenientes de vivir metido en mi cabeza la mayor parte del tiempo, me temo. Créelo o no, hay método en mi locura. Alzó la vista. —No es la mejor expresión para que la use un psicólogo criminal, lo reconozco. Por favor, siéntate.

—Gracias por recibirme con tan poca antelación. ¿Has tenido ocasión de echarle tu ojo experto a los expedientes del caso? —preguntó Bone, pellizcando una esquina reseca de costra adherida al reposabrazos de la silla.

—Desde luego que sí. Un caso trágico, pero a menudo lo son, ¿no? Y las réplicas son absolutamente devastadoras para la familia y los amigos.

—Y para las comunidades, también.

—Absolutamente. Así que le eché un vistazo rápido a la mayor parte de lo que te envió tu compañero, y diría que mi pronóstico inicial, basándome en la información limitada de la que dispongo, es que el autor de estos crímenes está mostrando una combinación altamente peligrosa de trastorno de personalidad histriónica y narcisista.

—¿Cómo?

—El trastorno de personalidad histriónica, o TPH, se caracteriza por un patrón de búsqueda excesiva de atención, conductas manipuladoras y un deseo extremo de aprobación. Cuando se combina con síntomas del trastorno narcisista de la personalidad, como sentimientos exagerados de la propia importancia y empatía disminuida, o una ausencia total de ella, puede dar lugar a un cóctel potencialmente letal de rasgos. Pero la naturaleza excesivamente violenta de los crímenes: la agresión brutal, junto con el dedo seccionado y demás, también apunta a un trauma grave de algún tipo que el asesino ha sufrido en su vida, muy probablemente durante la infancia. Pero no puedo insistir lo suficiente: se trata de un individuo extremadamente dañado y peligroso, y haces bien en estar muy preocupado.

—¿Y podría esta persona frenarse y no matar durante trece años?

—Pregunta interesante. Widdowson se recostó.

—Si hubo una intervención psicológica, quizá, o si en algún momento se asustó por algo. Pero este tipo de trastornos suelen ser de por vida y, aunque los síntomas pueden reducirse con terapia y asesoramiento, incluso con fármacos, en esencia seguirán formando parte de la estructura del paciente. Así que, en respuesta a tu pregunta, sí, es posible, y quizá después el asesino sufrió una serie de desencadenantes, o cambios en sus circunstancias que provocaron un deterioro de su estado y un regreso a estos síntomas extremos y letales. Pero —y es un pero muy grande—, el trauma

infantil puede haber sido tan severo que el móvil predominante del asesino sea la venganza contra quienes lo causaron, ya sean imaginarios o reales. En ese caso, para alguien que alberga tanta ira y odio hacia la humanidad, combinado con rasgos narcisistas, dejar de ejercer la violencia sería muy difícil, si no imposible.

—Es de mucha ayuda, gracias.

—En mi opinión profesional, una sola muerte nunca basta para frenar la compulsión; al contrario, no hace sino avivar la rabia.

—Nada bueno —dijo Bone.

—Nada bueno en absoluto —Widdowson negó con la cabeza.

—¿Y cómo lo paramos?

—Atrápalo —sonrió—. Si necesitas más consejo, puedo profundizar un poco más, si quieres.

—Gracias —Bone sonrió—. Con suerte no nos hará falta.

—Por el bien de todos, yo también lo espero —Widdowson se puso en pie—. Te acompañaría a la puerta, pero no creo que haya suficiente suelo para los dos.

—No hay problema, gracias otra vez —Bone fue sorteando y brincando entre el desbarajuste.

—Y tenemos que ir a por esa copa que siempre prometemos organizar —gritó Widdowson antes de que Bone saliera—. Me toca a mí, creo.

—Me voy a acordar de eso.

Treinta

—¿Alguna novedad sobre los archivos de Dalhuish, Sheila? —preguntó Bone cuando volvió a la sala del caso.

—Iba a ir a buscarte ahora mismo. Me han caído en la bandeja de entrada justo después de llamarte, y son una lectura muy interesante, aunque bastante inquietante.

—Ha sido rápido —dijo Bone.

—Remarqué la urgencia de nuestra solicitud y tengo a una antigua compañera que trabaja en archivos. Me ayudó a allanar el camino hasta mi bandeja. Sonrió, cogió un bloc de notas de su mesa y se acercó a los dos detectives.

—Bien, el asesinato de la Reina del Carnaval, como se le conocía entonces, tuvo lugar el veintitrés de junio de dos mil seis. Encontraron a una joven de dieciocho años golpeada y estrangulada en una zanja a las afueras de Dalhuish, a las puertas de Peterhead. La joven, una tal Adele Blake, había sido elegida Reina de la Gala del carnaval anual que se celebra cada junio en la ciudad. Faltaban dos días para el desfile principal.

—Joder —dijo Bone.

—Hay más —continuó Baxter—. El asesino le amputó un dedo y se lo envió al inspector al frente de la investigación, junto con fotos para un periodista del diario local. Y, por supuesto, igual que aquí, la noticia provocó niveles similares de ira y pánico en el pueblo y por

toda la región. Durante la investigación, el asesino siguió provocando al equipo con correos amenazando con más asesinatos.

—¿Quién será el siguiente?

—Exacto. Pero, por alguna razón, no hubo más muertes, o al menos, no se notificó ninguna.

—Entonces, ¿por qué romper su promesa? —preguntó Walker. Si es la misma persona, ya nos saca una de ventaja respecto a su anterior racha.

—Iba a decir que quizá por conciencia o por echarse atrás en el último momento, pero si el perfil de Widdowson es correcto, esta persona puede estar más allá de la conciencia. Él creía que el asesino podía ser un ególatra profundamente perturbado que alberga un trauma infantil que le ha vuelto contra el mundo.

—Un tópico, vamos —dijo Walker con desdén.

—Al final lo son todos. —Bone se encogió de hombros.

—¿Y si algo le asustó y se echó atrás o puso pies en polvorosa? —dijo Baxter.

—O alguien —añadió Bone—. ¿Quién era el inspector al mando?

Baxter consultó de nuevo sus notas. Un inspector jefe, Crozier. Nunca atraparon al asesino. Crozier se dio de baja por enfermedad, luego se jubiló anticipadamente unos meses después, y no volvió a la policía.

—Es todo tan raro. —Bone se pasó el dedo por la cicatriz de la frente.

—Y muy extraño, además —dijo Walker.

—¿Qué quieres decir?

—Los dos casos son tan parecidos... Si fueras el asesino, ¿no te preocuparía asomar la cabeza y exponerte a que te pillen?

—¿Y si es justo lo que quiere? Quizá le pone la emoción de la caza o piensa que es invencible y que está por encima de que lo capturen. Eso encaja con el inquietante perfil del doctor Widdowson: un narcisista sumamente peligroso que cree tener algún tipo de derecho o autoridad divinos para matar a su antojo.

—Pero ¿es el mismo asesino o un imitador? —preguntó Walker.

—Esa es la pregunta del millón.

—Por aportar dos céntimos, creo que hay demasiadas similitudes, y este caso de Dalhuish es tan antiguo que plantea la pregunta: ¿por qué iba un imitador a escoger precisamente ese crimen entre miles para emularlo? —dijo Baxter.

—¿Qué hay de los sospechosos y las pruebas reunidas durante la investigación? —preguntó Walker.

—¿Y alguna pista de por qué no atraparon al asesino? —añadió Bone.

—Entrevistaron a dos hombres, el organizador del carnaval y el padre de la víctima, pero a ambos los dejaron en libertad sin cargos. Las pruebas documentadas son muy escasas. El asesino, hombre o mujer, cubrió bien sus huellas.

—Otra similitud —dijo Walker—.

—Aunque recuperaron una imagen fija de una cámara de CCTV averiada, tomada en las inmediaciones y a la hora aproximada del asesinato. —Baxter volvió a su mesa—. Espera —dijo, y tecleó—. Joder —se quejó—. Estoy intentando ponerla en el monitor de pared, pero la maldita cosa... ¿Dónde está Will cuando se le necesita? —Lo intentó de nuevo y luego negó con la cabeza—. Mejor venid y la pongo aquí.

Los detectives se acercaron. Baxter pulsó unas cuantas teclas más y en la pantalla apareció una imagen granulada en blanco y negro. Baxter ajustó el brillo para mejorar la toma.

—A esta persona la pilló la cámara del garaje de un vecino en un callejón cerca de la escena del crimen.

Los detectives se inclinaron hacia delante.

—¿Es una sudadera con capucha o una parka? —preguntó Walker.

—Sudadera con capucha, diría yo —respondió Bone—. Y quien sea tiene prisa.

—¡Qué rabia que esté de espaldas a la cámara! —Walker entornó los ojos para intentar descifrar más del grano—. Dijiste que era una grabación de vídeo, ¿no?

—Sí, pero la cámara del vecino estaba estropeada y eso fue todo lo que el equipo digital pudo recuperar entonces. Se difundió la

imagen al público y se hizo un llamamiento. Pero podría ser cualquiera, así que tampoco llevó a ninguna parte.

—La tecnología ha avanzado un poco desde dos mil seis —dijo Walker—. ¿Podríamos pedirle a nuestro equipo que le meta mano?

—O mejor aún, que se ponga Will —dijo Bone—. Seguro que hay algo que no estamos viendo. —Se volvió hacia Baxter—. ¿Era todo con lo que contaban?

—Me temo que sí, y tras cinco meses de intensa investigación, el caso encalló y, sin pruebas nuevas, se suspendió y sigue sin resolverse —confirmó Baxter—.

—Necesitamos hablar con el inspector jefe Crozier. Que nos dé su visión de todo esto.

—Pues ya imaginé que dirías eso —replicó Baxter—. Así que llamé a la División del Nordeste para pedir un número de contacto, pero dijeron que el inspector jefe Crozier vive ahora en el extranjero y ha cortado toda comunicación con el cuerpo. Básicamente, no tenían dirección de reenvío, ni teléfono, ni correo electrónico, y ni idea de dónde está ahora. —Puso los ojos en blanco—.

—¿Y los otros detectives de su equipo? ¿Podemos hablar con alguno?

—También pregunté por eso, y dijeron que contactarían con su segunda, una inspectora detective Lampiter, y que le pedirían que me llamara. Con suerte, devolverá la llamada hoy. Si no, insistiré de nuevo al Nordeste.

—Trabajo impecable, Sheila —dijo Bone—.

—Creo que ahora necesito un cigarro. —Baxter soltó aire por las mejillas.

—Nunca pensé que diría esto, pero te lo has ganado con todo eso.

Baxter cogió el bolso y salió arrastrando los pies de la sala del caso.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Walker.

—¿Crees que estoy pensando lo que tú...? Da igual, ¿qué?

—Un inspector jefe corroído por la culpa, obsesionado clínicamente con el caso que no pudo resolver y que le costó el

trabajo, el matrimonio y la cordura, al final se le va la olla y se lanza a una ola de asesinatos imitadores.

—Vaya, estás en el trabajo equivocado, Rhona. Deberías hablar con el *Chronicle*. Me juego lo que sea a que McKinnon se cortaría la mano por tenerte trabajando para él.

—Probablemente tu peor insulto, pero lo pasaré por alto —replicó Walker—. Es solo una teoría. Ya hemos pasado por ahí, ¿recuerdas?

—¿Yo? —preguntó Bone, poniendo una mueca—.

—No, claro que no tú, aunque ahora que lo dices... —sonrió—. No, me refiero a la seguidora obsesionada de Cucú-Tras, la investigadora de Asuntos Internos.

—¿Te refieres a Rambo?

—No es como yo la describiría, pero sí. Un perfil parecido, quizá.

—Vamos ya. Me esperaría algo tan traído por los pelos de Mark, quizá, pero no de ti. El retrato que dibujó Widdowson de este lunático estaba demasiado fuera de escala como para que ese personaje hubiera podido ascender y aguantar un puesto de mando tantos años sin reventar por el camino.

—¿Tú crees?

—A ver, tenemos nuestro ego y nuestras manías, pero en nuestro oficio hay que saber liderar equipos, delegar, lidiar con jefes capullos sin matarlos, por no hablar de acompañar a los compañeros y tener la suficiente inteligencia emocional para decirles a los seres queridos de una víctima que a su familiar lo han asesinado brutalmente. Alguien con los trastornos de personalidad que describió Widdowson se rompería antes del primer café del lunes por la mañana.

—¿Quieres decir que hay que estar aún más chiflado que este tarado para sobrevivir en nuestro trabajo?

—Lo has clavado a la primera. —Bone soltó una carcajada—. Aunque sí creo que merece la pena revisar más detalles del caso para ver si algo que se guardó entonces del público ha reaparecido en este reinicio. Eso podría apuntar a un sospechoso con información interna. Cuando Sheila vuelva de ahumar los pulmones, le pediré que repase los archivos otra vez.

—Entonces, ¿podría tener razón?

—Tienes la mente muy abierta, Rhona. Por eso eres tan condenadamente lista. —Bone negó con la cabeza—. Que mire también los registros del ayuntamiento de Kilwinnoch en busca de todos los nuevos residentes desde la época del primer caso.

—Es un currazo. Sheila te va a adorar —dijo Walker—.

—Probablemente necesite ayuda con eso.

—Conmigo no cuentes.

—No te preocupes, pensaba en Luke Skywalker. Para eso están los agentes detectives, ¿no?

—Pobre Will —sonrió Walker.

Treinta y Uno

Cuando Mullens y Harper bajaron del coche de servicio, Tusk apareció en la entrada del hotel.

—¿Señor Tusk?

Pero cuando Tusk vio a los dos detectives acercarse, salió disparado por el lateral del edificio.

—¿Qué está haciendo?

—Echando a correr —replicó Harper.

Echaron a perseguirlo y lo vieron cruzar a la carrera la grava de la entrada hacia una hilera de cedros. Corría sorprendentemente rápido.

—¿Dónde se ha metido? —gritó Mullens a Harper, que ya iba por delante de su jefe.

—¡Ahí! —le contestó Harper, señalando a su objetivo, que se desvió por un césped impecable más allá de los árboles.

Harper alcanzó el césped y continuó la persecución por un sendero de grava, en dirección al lago artificial del hotel. Tusk corrió por una estrecha playa de grava, bordeando la orilla del lago.

—¡Alto!

Pero Tusk siguió a la carrera, sin frenar.

Harper le recortó distancia. Miró hacia atrás, pero Mullens se había detenido en lo alto del sendero, agarrándose el pecho.

Aceleró el paso y, con unas zancadas más, estuvo a punto de coger la sudadera negra de Tusk. Pero Tusk apretó más, volvió a

abrir hueco y trepó a un embarcadero que se adentraba en el lago.

—¡Pare ahora mismo! —repitió Harper, sabiendo que Tusk tendría que hacerlo muy pronto o acabarían los dos en el agua.

Tusk corrió hacia el extremo, hurgó en el bolsillo de la sudadera y lanzó un objeto al agua, acompañado de una nube de polvo blanco. Siguieron desbocados hacia el borde del embarcadero; Harper se abalanzó sobre él y ambos se estrellaron con un crujido cuando las tablas de madera amortiguaron el impacto.

Tusk intentó zafarse, pero Harper le clavó la rodilla y todo su peso en la espalda y le forzó un brazo y luego el otro, hasta inmovilizarlo, retorciéndoselos lo justo para que doliera.

—¡Ah! —chilló Tusk, forcejeando, pero Harper aumentó la presión y al final dejó de resistirse.

—¿Qué está haciendo? —jadeó Harper.

—Quítese de encima —protestó Tusk.

—Lo tengo, señor —gritó Harper a Mullens, pero no hubo respuesta. Se movió un poco.

Mullens yacía boca abajo al pie del sendero.

—Mierda —dijo Harper—. Bien, si vuelve a correr le descargo con la táser, ¿entiende?

—Solo quítese de encima.

Harper lo soltó y corrió hacia su compañero, que estaba tendido en cruz sobre la grava.

—Mark, ¿estás bien? —preguntó al llegar a su altura.

Mullens no se movió.

—¡Mark! —empujó el cuerpo inerte—. Écheme una mano —gritó hacia Tusk, que ya estaba de pie, sacudiéndose los restos de la nube de polvo de la ropa—. ¡Ahora, por el amor de Dios!

Tusk echó a correr hacia ellos.—¿Qué le pasa?

—Creo que está teniendo un infarto —respondió Harper—. Hay que ponerlo boca arriba. Ayúdeme.

Entre los dos giraron a Mullens despacio hasta dejarlo boca arriba. Tenía la cara cenicienta y el brazo izquierdo agarrotado contra el pecho.

—¡Mark! —insistió Harper, pero no hubo respuesta.

—Llame a una ambulancia —ordenó Harper.

—No llevo el móvil encima.

—En el bolsillo de mi chaqueta, ahí —dijo Harper, y, inclinándose, comprobó si respiraba y luego el pulso de Mullens—. ¡Cristo, rápido!

Tusk sacó a tientas el teléfono de Harper del bolsillo y marcó el 999.

—Diles que es una emergencia policial y que un detective se ha desplomado con un posible infarto.

Tusk llamó y se puso a hablar atropelladamente con el operador del centro de llamadas.

—¿Está consciente el paciente? —preguntó a Harper.

—No. ¿Cuánto falta?

—¿Qué? —preguntó Tusk.

—¿La puta ambulancia? —le bramó Harper.

—Va de camino, seis o siete minutos. Dicen que me quede en línea.

—Pon el teléfono en manos libres y sube a recepción a traer su desfibrilador portátil.

—¿Y si no tienen?

—¡Hazlo! —ordenó Harper, y empezó la RCP, bombeando el pecho de Mullens con una sucesión rítmica e intensa.

Dos minutos después, Tusk regresó con un empleado que forcejeaba con el desfibrilador.

—Tengo formación en primeros auxilios —dijo el joven portero, y colocó la máquina junto a Mullens.

Harper arrancó los botones de la camisa de Mullens y el portero encendió el DEA y colocó los electrodos a ambos lados de la caja torácica. Harper reanudó la RCP. La máquina emitió un pitido.

—Análisis: administrar descarga ahora —dijo el portero.

—Hazlo —ordenó Harper.

Los dos hombres se apartaron y el portero pulsó el botón. La máquina zumbó y el cuerpo de Mullens dio un brinco. Harper volvió a palparle el pulso y siguió con la RCP.

—¿Qué marca el monitor?

—Nada —dijo el portero.

—¡Joder! —Harper siguió bombeando el pecho de Mullens—. ¿Ahora?

—Sigue sin haber nada.

—Vuelve a cargarlo —dijo Harper.

Instantes después, le aplicaron otra descarga a Mullens.

—Lo tenemos —anunció el portero—. Ritmo irregular.

Harper miró al portero y luego a Mullens, cuyo hombro dio un espasmo, y se hizo a un lado. Dos miembros del equipo de la ambulancia aparecieron en lo alto del sendero y bajaron corriendo para unirse a ellos.

—Acabamos de desfibrilar dos veces. El corazón ha vuelto a arrancar, pero el pulso es muy débil —dijo Harper.

—Vale, nos hacemos cargo —dijo el sanitario, apartando a Harper con suavidad—. ¿Cuánto tiempo lleva inconsciente?

—Cinco o seis minutos. Se ha ido al suelo sin previo aviso —respondió Harper, recogiendo su teléfono. Tras confirmar rápidamente la llegada del equipo, colgó la llamada.

Los sanitarios sacaron a toda prisa su sinfín de cables, tubos, agujas y aparatos y empezaron a trabajar en Mullens. Harper se puso en pie y se secó el sudor de la frente.

—¿Sigue con vida? —preguntó a la sanitaria que estaba colocándole una vía en el brazo a Mullens.

—Por los pelos. Hay que estabilizarle lo máximo posible antes de intentar moverle.

Harper soltó aire por las mejillas y se volvió hacia el joven portero, que también sudaba a mares. —Gracias —dijo—.

El portero se encogió de hombros.

Harper llamó a comisaría y pidió una patrulla para recoger a Tusk.

—¿Qué? ¿Me vas a detener? —protestó Tusk—. ¿Después de que te he ayudado a salvarle la vida a tu jefe?

—Te has resistido, Tusk. Tienes que responder a unas cuantas preguntas. Limítate a hacer lo que te digo, joder.

—Joder —se quejó Tusk y se dejó caer, derrotado, en un banco junto al sendero.

—Quiero ir con él al hospital —dijo Harper—, pero los sanitarios estaban demasiado ocupados para contestar. De vuelta al teléfono,

buscó el número de Bone en sus contactos y, tras respirar hondo, pulsó el botón de llamar.

Treinta y Dos

—Will, ¿qué ha pasado? —preguntó Bone a Harper, que paseaba de un lado a otro en la recepción de Urgencias.

—Se ha desplomado como un saco de carbón. Hemos tenido que desfibrilarlo para que el corazón volviera a latir, pero ha estado ido cinco o seis minutos.

—Dios mío.

La esposa de Mullens, Sandra, entró corriendo. —¿Dónde está? —gritó al acercarse a ellos.

—Sandra, lo siento muchísimo —dijo Bone.

—¿Dónde está Mark? —repitió, buscando frenética por la sala de espera.

—Los sanitarios se lo han llevado corriendo. Creo que ha tenido un infarto —respondió Harper.

—¿Está vivo, muerto o qué? —saltó Sandra.

—Un momento —dijo Bone, y se acercó al mostrador, donde una recepcionista, con cara de piedra, tecleaba números en una hoja de cálculo interminable en su pantalla.

—Inspector jefe Bone, una de mis agentes acaba de entrar —dijo, enseñando su acreditación colgada al cuello.

—¿Nombre? —preguntó la recepcionista, sin dejar de introducir dígitos en una larga columna de galimatías numéricos.

Bone suspiró. —Sargento detective Mark Mullens, y le agradecería su ayuda —gruñó.

La recepcionista alzó la vista, giró hacia un libro de registro abierto frente a ella y pasó el dedo por el margen izquierdo de la página.

—¿Ha dicho Mark Mullens?

—Correcto.

—Se ha registrado a las dos y treinta y cuatro de esta tarde.

—¿Consta qué le pasa? Creo que lo ha traído una ambulancia.

La recepcionista volvió a comprobar el libro de registro.

—Lo han ingresado en la unidad coronaria —dijo.

—¿Un infarto?

—Lo siento, no dispongo de esa información. Por favor, siéntense e intentaré buscar a alguien que pueda ayudarles —dijo la recepcionista, que al parecer empezaba a sentir algo más de simpatía por el detective nervioso que tenía delante, que se frotaba la cicatriz de la frente. Cogió el teléfono y le hizo un gesto para que volviera a sentarse.

—Se lo han llevado a la unidad coronaria —dijo Bone al regresar junto a la esposa desconsolada de Mullens.

—¡Pero necesito verlo! —exclamó ella.

—Tenemos que esperar aquí. Viene un médico a hablar con nosotros —Bone intentó cogerla del brazo.

—Que le den. ¿Dónde está la unidad coronaria? —miró a un lado y a otro, desesperada.

—Creo que lo mejor sería que...

Pero antes de que pudiera decir nada más, Sandra salió disparada por el pasillo.

—Mierda. Tú espera aquí por si aparece un médico —le dijo Bone a Harper, y salió tras ella a toda prisa.

—Vamos, Sandra —dijo Bone cuando la alcanzó.

Una vez en el edificio principal, atravesaron el atrio central y siguieron un laberinto de pasillos austeros, desvaídos, de un rosa carne, cruzaron un césped entre edificios y por fin llegaron a la unidad de cardiología. Las puertas dobles estaban cerradas con llave y Bone pulsó el interfono. El altavoz chisporroteó.

—Inspector jefe Bone. Venimos a ver al sargento detective Mark Mullens. Lo han ingresado esta tarde.

El altavoz volvió a chisporrotear, la puerta hizo clic y entraron. Al acercarse al mostrador de la planta, una enfermera se levantó de un salto y los detuvo.

—¿Adónde creen que van? —preguntó la enfermera.

—Quiero ver a mi marido —suplicó Sandra.

—Me temo que no pueden pasar de aquí. Esta es una zona con control de infecciones. ¿Ha dicho Mark Mullens?

—Sí —respondieron Bone y Sandra al unísono.

La enfermera regresó a su mesa y, tras un momento frente a la pantalla, alzó la vista. —Esperen aquí, por favor. Desapareció tras un juego de gruesas cortinas de plástico.

—¿No creerás que está muerto, no? —le preguntó Sandra a Bone, con los ojos llenos de lágrimas—. Te digo que, si lo está, no se lo voy a perdonar en la vida. Hinchó las mejillas al soltar el aire.

—Mark es la persona más fuerte que conozco, y haría falta mucho más que un...

La reaparición de la enfermera, flanqueada por una mujer de mediana edad con traje gris, interrumpió los intentos de Bone por tranquilizarla.

—¿La señora Mullens? —dijo la mujer, acercándose a la pareja.

—Sí, así es. ¿Está bien Mark? —preguntó Sandra, con la voz tan temblorosa que apenas articuló las palabras.

—¿Y usted es? —le preguntó la mujer a Bone.

—El jefe de Mark, el inspector jefe Bone, de la comisaría de Kilwinnoch.

—¿Así que no es familiar directo?

—Como si lo fuera —dijo Bone.

—Por el amor de Dios, soy su esposa. Limítese a decirnos cómo está.

—Soy la doctora Middleton, adjunta sénior. Su marido ha sufrido un infarto de miocardio grave y está en quirófano.

—Jesús.

—¿Se va a poner bien? —preguntó Sandra.

—No voy a mentirle, señora Mullens. Su estado es extremadamente grave, pero los cirujanos están haciendo todo lo posible.

A Sandra se le doblaron las piernas y se deslizó hacia un lado. Bone la sujetó antes de que diera contra el suelo. Con ayuda de la doctora, la llevaron hasta la silla más cercana y la sentaron con cuidado.

—¿Quiere un vaso de agua, señora Mullens?

Sandra intentó hablar, pero aún le faltaba el aire.

La enfermera apareció con un vaso de agua para Sandra. La adjunta se sentó a su lado.

—A Mark le están realizando la mejor cirugía, de última generación. Confiamos plenamente en que saldrá adelante, señora Mullens.

—No me lo puedo creer —negó Sandra con la cabeza—. Solo quiero verlo.

—Esperamos que esté en reanimación dentro de una hora, más o menos. —Se volvió hacia Bone—. Los sanitarios han dicho que su colega y un miembro del personal del hotel le salvaron la vida.

—¿El agente detective Harper? —preguntó Bone.

—Creo que sí —asintió—. —Miró el reloj—. Me temo que tengo que irme, pero yo o mi compañera les mantendremos informados, y el cirujano jefe podrá darles una valoración más detallada cuando su marido salga de quirófano. —La doctora sostuvo un segundo el brazo de Sandra, luego se levantó y se marchó.

Bone y Sandra se sentaron en silencio un momento, mirando la pared desnuda, rosa pálido, de la planta.

—Le he reñido tantas veces por toda esa porquería que se mete entre pecho y espalda, con ese buche de glotón que tiene —dijo Sandra.

—Está en el mejor sitio. Los cirujanos lo arreglarán.

Pero Sandra volvió a quedarse mirando la pared, intentando claramente no dejarse llevar por lo impensable.

Treinta y Tres

Cuando Bone por fin dejó a Sandra, recogió a Harper e informó a Walker y al equipo sobre el estado de Mullens, la luz fuera del hospital ya estaba decayendo. Encontró el coche, se subió y llamó a Alice.

—Dios, ¿va a ponerse bien? —preguntó con ansiedad.

—Sigue en quirófano. De momento, sin noticias, buenas noticias. Oye, lo siento, pero esta noche me voy a quedar en mi piso, por si hay novedades en el hospital.

—¿Puedes quedarte aquí esta noche, si quieres?

—Lo siento, Alice. Quiero decir que no creo que pueda subir hasta ahí. Igual me quedo dormido al volante.

—No, Michael y yo hemos vuelto a la granja. Te dejé una nota. Se oyó el chasquido del auricular.

—¿Hola? —preguntó Bone.

—Los zorros han vuelto a entrar en el gallinero —susurró Alice—. No quiero que Michael oiga. Ha sido horrible.

—¿Te parece bien? No quiero imponerte algo así.

—Ahora somos una familia con dos casas, ¿recuerdas? Vuelve aquí. Se te nota que necesitas dormir.

—No sé si voy a pegar ojo, pero gracias. —Colgó y, con una última mirada a la planta de cardiología, sacó el Saab del aparcamiento.

Después de que Michael se fuera a la cama a regañadientes, Bone y Alice charlaron un rato, pero la cabeza de Bone estaba en mil sitios a la vez.

—Me voy a la cama —dijo por fin Alice y empezó a recoger los platos sucios de la mesa de la cocina.

—Déjalos. Ya lo hago yo —dijo Bone—. Siento no ser muy buena compañía.

—Está bien. Estamos felices de que estés aquí —sonrió con calidez—. No te quedes hasta tarde. Estás hecho polvo, Duncan.

—Voy enseguida, te lo prometo —respondió y recogió los platos.

En el fregadero, se pasó las manos y las muñecas bajo el grifo templado para intentar frenar sus pensamientos desbocados, pero los platos mentales no dejaban de girar. Con un suspiro, abrió la puerta trasera, se sentó en el umbral y se empapó de las vistas, sonidos y olores del corral negro como boca de lobo. De vuelta en la cocina, sonó su teléfono.

—Mierda —dijo, y corrió a contestar. Era Baxter.

—Lo siento, Sheila, no tengo más noticias —dijo con cansancio.

Alice reapareció en la puerta, y Bone le dedicó un asentimiento tranquilizador.

—No, señor, no llamo por eso, aunque estoy muerta de preocupación por él. He estado hurgando más en este caso frío.

—Casi es medianoche —susurró Bone—. No debería seguir usted trabajando.

—No podía dormir. Necesitaba distraer la cabeza.

—Únete al club —replicó Bone—. ¿Qué ha encontrado?

—He estado intentando localizar el paradero actual del inspector jefe Crozier. He encontrado varios artículos de prensa de la época en los que se decía que se había desmadrado, con las típicas fotos intrusivas de él saliendo del supermercado con un aspecto tan desaliñado como el mío la mayoría de los sábados por la mañana. Le he enviado por correo los enlaces y las capturas, junto con las notas de caso más pertinentes y unas cuantas mías. Solo una chuleta para usted.

—¿Chuleta? Espero que no vaya a examinarme por la mañana.

—Quiero decir un resumen de los puntos clave del caso —aclaró Baxter.

—Ya lo sé, ignore mi cansado intento de humor. Gracias.

—No es todo. Encontré una tercera pieza en la que otro periódico había seguido el rastro de Crozier hasta España, otra vez con más fotos de él arrastrando los pies por el paseo marítimo.

—Por el amor de Dios, dejad en paz al hombre.

—Desde luego, pero me sorprendió ver que se había mudado a Gata de Mar, en la Costa Blanca.

—¿Por qué?

—Mi hermana, Clare, tiene allí una casa desde hace treinta años. Es un pueblo costero encantador y sin estropear. También tiene una pequeña pero activa comunidad de expatriados.

—Entonces ha llamado usted a su hermana, ¿no?

—Por supuesto —dijo Baxter, como sorprendida de que Bone tuviera que preguntarlo—. Dijo que lo conocía. Conoció a Crozier cuando él y su entonces esposa se mudaron allí hace unos diez años, aunque no estaba segura de la fecha. Se habían instalado en un chalet en la misma urbanización, y los invitó unas cuantas veces a tomar algo y a comer.

—¿Qué impresión le causaron?

—Dijo que él era bastante agradable pero muy callado. Conocía más a su mujer, Karen Crozier. Jugaban juntas al bridge en el club local de expatriados.

—¿Sigue viéndolos?

—Muy poco. Cuando la señora Crozier dejó de ir al club de bridge, la pareja desapareció y dejó de ir a fiestas y actos. Dice que a veces se cruza con la señora Crozier en el supermercado, pero siempre va sola y es reacia a pararse a charlar.

—Entonces, ¿dónde se ha metido el detective?

—No lo sabe.

—¿Tiene su hermana algún número de contacto o dirección?

—Me dio un número de teléfono fijo, pero dijo que era muy antiguo y que podrían haberlo cambiado o dejado de usar. ¿Quiere que lo pruebe?

—No, mándemelo por mensaje y váyase a casa, por el amor de Dios.

—Ya estoy en casa. Estoy escondida aquí arriba, en el despacho, para no despertar a John, aunque lo oigo roncar desde aquí.

—Bueno, cuelgue ya y váyase a la cama.

—Estoy bien, señor.

—Es una orden.

—De acuerdo, nos vemos mañana —dijo Baxter.

Bone colgó y fue a buscar a Alice.

—Perdona —susurró—. Solo cosas del trabajo.

—¿Vienes a la cama? —preguntó ella, ya bajo las sábanas.

—Enseguida. ¿Puedo coger tu portátil un segundo?

Alice soltó un suspiro.—El código es veinticuatro, veinticuatro —murmuró.

—Gracias. No tardo.

Volvió a la cocina, puso el portátil sobre la mesa, lo encendió y fue revisando la ristra de correos de Baxter. El primero contenía varios documentos adjuntos. Abrió un par y en la pantalla apareció el rostro maltratado e inerte de una chica joven, con heridas casi idénticas a las que había sufrido la señorita Dee. Clicó un par más y mostraban el cuerpo semidesnudo de la víctima, desparramado en una zanja, con las piernas y los brazos salpicados de barro y mugre.

—Jesús —dijo, y cerró el archivo.

El segundo adjunto contenía capturas de titulares de prensa, otra vez con un lenguaje sensacionalista y llamativo que describía el asesinato de la joven reina del carnaval de otra ciudad, y fotos de la víctima medio pixeladas. Al final de la página, un primer plano, de cabeza y hombros, de un hombre de mediana edad, calvo, con traje y corbata. Bone amplió la imagen. El inspector jefe Crozier le devolvía la mirada, impasible.

Abrió el último adjunto, una recopilación de titulares incendiarios que fustigaban a Crozier y a su equipo por la falta de avances en el caso, con ataques muy despectivos y personales contra el propio detective, un linchamiento mediático con el que Bone estaba más que familiarizado.

El último adjunto: una foto borrosa de un Crozier más mayor y desaliñado en una playa, con el mar detrás, la mano levantada hacia la cámara como si intentara ocultar su identidad. El titular bajo la imagen decía: —inspector jefe caído en desgracia se lo pasa en grande en las Costas—.

Bone aporreó el teclado, cerró el archivo y bajó la tapa de golpe. —¿Qué les pasa a estas personas? —dijo, y con un bostezo cansado, se retiró a la cama.

Treinta y Cuatro

Tras una noche intranquila, Bone se deslizó fuera de la cama al amanecer, procurando no despertar a Alice. En el salón, cerró la puerta con suavidad y llamó al hospital, pero, por más que insistió, la enfermera de planta no quiso darle ninguna información por teléfono.

Suspiró con inquietud, revisó los mensajes de texto de Baxter y llamó al número español que ella le había enviado. La línea hizo un clic y se cortó. Lo intentó de nuevo, tecleando los números manualmente, incluido el prefijo completo del país. El auricular volvió a chasquear y, tras una pausa silenciosa, conectó y empezó a sonar.

—¿Hola? —contestó a los pocos momentos una voz débil.

—¿Señora Crozier? —dijo Bone.

—Sí, ¿quién llama?

—Siento llamarla tan temprano, señora Crozier. Le habla inspector jefe Bone, de Kilwinnoch, Escocia.

—Dios mío, ¿qué ha pasado?

—No, no. La llamo en relación con una investigación en curso que estoy dirigiendo. La muerte de la cantante, Dee Dee. ¿Puede que lo haya visto en las noticias?

—Pensé que iba a decirme que lo habían encontrado.

—¿A quién? ¿Al señor Crozier?

—¿Cómo ha dicho que se llama? —inquirió la señora Crozier.

—Inspector jefe Bone, de la Unidad de delitos rurales, Kilwinnoch. Llamaba para hablar con su marido, pero está claro que no está ahí con usted.

—Estoy harta de estas tonterías —replicó la señora Crozier.

—¿Cómo dice?

—Esos plumillas rastreros haciéndose pasar por policías a ver si me arrancan algún cotilleo jugoso. Pues ya le digo ahora mismo: no soy ninguna tonta y voy a denunciarle ante las autoridades, otra vez. ¿No podéis dejarnos en paz? ¿No habéis hecho ya suficiente para destrozarnos la vida?

—Señora Crozier, permítame asegurarle... —La línea se cortó—. —Mierda —dijo Bone, y volvió a llamar.

Sonó y sonó hasta que, por fin, la señora Crozier volvió a contestar.

—Esto es acoso —le espetó al oído a Bone.

—Señora Crozier, soy inspector jefe Bone, y quiero hablar con su marido porque hay similitudes entre mi caso y el que su marido dirigió en dos mil seis. Si lo desea, le doy el número de la comisaría y puede comprobar mi identidad.

Hubo una larga pausa.

—¿Señora Crozier?

—Lo siento, inspector. Estoy hasta aquí de la prensa. Y cuando vi el asesinato de Dee Dee en las noticias, me devolvió a aquellos tiempos horribles.

—Leí parte de la cobertura en prensa del caso que llevó su marido y fue espantosa.

Hubo otra pausa. —No puedo ayudarle. Mi marido y yo nos separamos hace dos años.

—Siento remover todo esto, pero espero que entienda por qué es importante que hable con su marido.

—Suerte con eso. Aquel caso lo destrozó todo. Nuestro matrimonio, nuestra nueva vida aquí en España. El hombre amable y cariñoso con el que me casé se convirtió en un monstruo borracho y abusivo. Al final, ya no pude más y lo eché, o mejor dicho, lo echó la Guardia Civil.

—¿Sabe dónde está ahora?

—La última vez que supe de él, se había ido a su casa de la infancia.

—¿Dónde está eso?

—Falkirk.

—¿No en Peterhead, entonces?

—No, no lo soportaba ahí arriba. Ni yo tampoco. Un lugar maldito y jodidamente frío.

—¿Y no ha hablado con él desde la separación?

—Un par de veces al principio. Me llamaba, casi siempre de madrugada, despotricando borracho. Pero luego dejó de hacerlo. Siempre estoy esperando a que suene el teléfono con la noticia de que la bebida por fin ha...

—Siento estar removiendo todo esto —dijo Bone.

—Me dijo que estaba en uno de los albergues de Falkirk. Pero eso fue hace más de un año.

—¿Recuerda el nombre?

—Chapel Cross —algo así—.

—Gracias.

—Es tan triste. Cuando ese cabrón malvado mató a aquella pobre chica, fue como si también hubiera matado a mi marido. ¿Cree que el mismo ser repugnante asesinó a Dee Dee?

—Eso es lo que intentamos averiguar.

—No creo que vaya a sacarle mucho en claro a John, aunque lo encuentre.

—¿Le habló del caso?

—Por entonces, no. Siempre fue el profesional consumado. Esa es la tragedia. Era un policía excepcional. Condecorado por valentía tres veces en su carrera. Hasta ese caso, iba encaminado al ascenso y, quizá, a lo más alto.

—¿Y cuándo se retiró? ¿Habló de ello entonces?

—No se retiró. Sé que probablemente lo habrá leído en sus notas o algo así. Pero lo echaron, le ordenaron marcharse. Se presentaba a trabajar borracho, y sus numeritos etílicos salieron en los periódicos. Era una vergüenza para el cuerpo. Le dieron un ultimátum: o se iba con una pensión o, si se resistía, lo echaban.

—Brutal —dijo Bone.

Todo en aquellos últimos días fue *brutal*, inspector, como usted dice. Fue una pesadilla.

—¿Y dijo algo sobre el caso después de dejar el cuerpo? —preguntó Bone.

—Hablaba de ello todo el tiempo. Lo consumía, y la bebida era su intento de parar las ruedas y los «y si» dando vueltas una y otra vez en su cabeza. Era como si le persiguiera el fantasma de la chica asesinada, y el asesino que nunca fue atrapado, lo que lo hacía infinitamente peor.

—¿Le habló alguna vez de sospechosos o personas de interés?

—Más tarde, cuando estaba en lo peor, hablaba mucho de cómo esa persona parecía tener información interna de su investigación. Despotricaba de ello a todas horas. «¡Lo sabe!», solía repetir una y otra vez, como un mantra demente. —Se detuvo de nuevo—. Lo siento mucho, inspector. No puedo seguir hablando de esto. Me altera demasiado.

—Mis disculpas.

—Si lo encuentra, le agradecería que me dijera si alguien le está cuidando. Es muy duro rendirse con la persona a la que un día amaste y con la que compartiste tu vida durante más de veinte años, ¿sabe?

—Lo sé, señora Crozier. Por supuesto. La llamaré.

—Y por su bien, espero que atrapen a quien mató a esa pobre chica.

—Ese es nuestro objetivo, gracias —respondió Bone y colgó.

Los paralelismos y similitudes entre los dos casos iban más allá de los detalles del asesinato, y la descripción de la señora Crozier sobre el descenso de su marido a la enfermedad mental le repicó como un campanario entero en la cabeza a Bone. Inspiró una serie de respiraciones largas y profundas y se concentró en notar firme el suelo bajo sus pies. Cuando el mundo se asentó a su alrededor y el corazón se le calmó, volvió al dormitorio y se vistió.

Treinta Y Cinco

De camino al trabajo, Bone llamó al Royal General Hospital con la esperanza de que un acercamiento en persona le arrancara una actualización de la parca planta.

—¿Mark Mullens, dice? —preguntó la joven enfermera de recepción, y bajó la vista a los papeles que tenía delante.

—Así es. Ayer lo operaron de un bypass coronario.

—¿Y usted es...? —preguntó.

—Inspector jefe Bone, superior del sargento detective Mullens —respondió Bone, alzando su acreditación.

—Acabo de empezar el turno. Espere un momento —dijo, y desapareció por un juego de puertas dobles detrás del mostrador.

Se cerraron con un chasquido ominoso. Un silencio mortal lo envolvió, solo roto por el tic-tac sonoro de un austero reloj, de esfera color crema, que colgaba de la pared junto al mostrador.

—Vamos... —Se quedó mirando las puertas, deseando que se abrieran, mientras esperaba que nunca lo hicieran.

Instantes después, la enfermera volvió a salir.

—Acabo de consultarlo con el adjunto, y la operación del señor Mullens fue un éxito. Lo han bajado a UCI —dijo con una sonrisa.

—Gracias a Dios. Qué alivio —respondió Bone y respiró hondo— ¿Puedo verlo?

—No, me temo que sigue muy delicado. Aún pasará un tiempo hasta que UCI permita visitas aparte de su pareja, que creo que está

con él ahora mismo.

Bone miró a través de la ventana, más allá del mostrador, hacia la penumbra de la sala.

—Yo volvería más tarde —dijo ella.

—Muchísimas gracias. Son muy buenas noticias —asintió Bone—. Por favor, dígale a Sandra, su esposa, que estamos todos aquí para lo que necesite.

—Estoy segura de que lo sabe, pero se lo diré, sí. Y le diré que usted ha estado aquí.

—Gracias —repitió Bone y, con una última mirada a la sala, se marchó.

Al salir, llamó a la comisaría para avisar de que Mullens había pasado la noche.

Bone rodeó por la parte trasera de la comisaría para evitar a la prensa. Iba por la mitad del pasillo cuando Gallacher salió de su despacho y se dirigió hacia él a paso marcial.

—¿Cómo está? —preguntó, ansioso.

—Así que ya lo sabe.

—He tenido que enterarme por el sargento de guardia Brody, pero sí.

—Lo siento, señor, he estado en el hospital casi toda la noche.

—Bueno, suéltelo de una vez —apremió Gallacher.

—Ha sobrevivido a la operación, doble bypass, y ahora está en cuidados intensivos. El médico dijo que sufrió un fallo cardíaco catastrófico y que, de no ser por la rapidez de Will, estaría criando malvas.

—¿Agente detective Harper le salvó la vida?

—Sí, junto con un empleado del hotel que mantuvo la calma.

—¿Va camino de la sala de investigación?

—Sí, para informar al equipo.

—Voy con usted.

Los dos hombres continuaron por el pasillo.

—Vaya puto lío —dijo Gallacher—. En plena investigación por múltiples homicidios, en vísperas del desfile de la Semana Cívica, a

Mullens le da por desplomarse. Ni a propósito se escribe esta mierda.

—Dudo que lo tuviera planeado, señor.

—No, pero por el amor de Dios, es lo último que necesitamos todos.

—Lo último que *él* necesita —matizó Bone.

Gallacher se detuvo.—Lo sé. No ha sido muy caritativo. Por supuesto que estoy muy preocupado por Mark; seguramente por eso estoy despotricando, a decir verdad. Pero lo tenemos crudo, y ahora nos falta un mando en la investigación.

—El inspector detective Mohan, de la comisaría de Campsie Fells, nos está echando una mano.

—Ah, sí, se me olvidaba que se la habían adscrito para ayudarle. Pero si necesita refuerzos, puedo cursar una petición a jefatura.

—De momento vamos bien.

—¿Y ahora qué pasará con Mark?

—Si todo va bien, lo trasladarán a una sala.

—¿Hay alguien con él?

—Sandra está allí, pero las enfermeras de intensivos no dejan entrar a nadie más, para minimizar el riesgo de infección. A mí me echaron.

—Bueno, no podemos hacer más que esperar y confiar en que esté bien.

—Eso es —convino Bone.

Gallacher volvió a negar con la cabeza.—Ese pedazo de balón humano haría lo que fuera por escaquearse del trabajo.

—No creo que ni Mark llegara tan lejos, pero con él nunca se sabe —sonrió Bone—. Probablemente esté soñando con las natillas del hospital mientras hablamos.

—Menuda pena de situación. Bien, manténgame al tanto —dijo Gallacher y echó a andar por el pasillo. En el rellano, se detuvo.—De todo —añadió y desapareció.

—Qué alivio que Mark saliera de la operación —dijo Harper.

—Es un luchador —respondió Bone—. La enfermera dijo que aún tardará un tiempo, pero que todas las señales son positivas.

—Ha pasado la noche; eso ya es buena señal —dijo Walker.

—A diferencia del resto de nosotros —añadió Baxter.

—De verdad pensé que se había muerto. Un segundo estaba ahí y, al siguiente, cayó como un saco de patatas —interrumpió Harper —. Irónico, si piensas en la de patatas fritas que se zampa cada día.

Se rió con nerviosismo y luego se detuvo en seco. —Perdón, estoy de los nervios.

Trasteó con las gafas, subiéndolas y bajándolas por el puente de la nariz.

Bone se acercó y le puso la mano en el hombro.

—He hablado con la doctora y ha dicho que le salvaste la vida.

—Eso sería el cirujano, no yo —dijo Harper—. Y el empleado del hotel. Él era el experto en desfibriladores.

—Cállate, Will, es una orden —le cortó Bone—. Lo hiciste de maravilla, y cuando Mullens vuelva, eso te lo podrá agradecer toda la vida.

—¿No debería estar uno de nosotros allí, quizá turnarnos o algo así? —preguntó Harper.

—Ahora está con su mujer. No hay nada que podamos hacer salvo esperar y tener esperanza. Mientras tanto, tenemos un caso que resolver y trabajo que hacer, y Mullens no querría que montáramos ningún numerito.

—¿Estás de broma? Querría que sudáramos tinta por él y que le mimáramos hasta la saciedad cuando salga del otro lado —dijo Walker.

—El hospital nos mantendrá informados, y volveré más tarde hoy —dijo Bone, volviéndose hacia Baxter—. Necesito que me hagas más comprobaciones.

—¿Señor? —dijo Baxter.

—Hazme una lista de todo el personal que trabajaba en la comisaría de Peterhead por la época del asesinato de la Reina del Carnaval en dos mil seis, y me refiero a todos, desde el comisario hasta los cocineros y el personal de limpieza.

Baxter asintió. —¿Hay algo en particular que deba buscar?

—Esta mañana he llamado a la esposa del inspector jefe que supervisó la investigación entonces y, aparte de informarme de que se separaron después de que el inspector jefe Crozier se le fuera la

pinza, también mencionó que estaba obsesionado con la teoría de que el asesino era conocido por la policía, o incluso que era uno de ellos. Nunca pudo demostrarlo, claro, pero como sabemos, el asesino sigue suelto.

—O aquí —interrumpió Walker.

—Así que, traslados y ascensos —dijo Baxter.

—En el clavo —dijo Bone.

—Además, revisa los padrones electorales del ayuntamiento y demás, a ver si puedes encontrar nombres de personas que se mudaron a Kilwinnoch entre dos mil trece y ahora, y luego cruza los datos con el área de Peterhead.

—Es un trabajo enorme, señor —dijo Baxter.

—Con suerte, no hará falta si pillamos antes al asesino. Will, ¿puedes ayudar a Sheila con eso?

—Sí, señor —asintió Harper.

—¿Algún avance con la imagen recuperada de la cámara CCTV defectuosa en el caso Dalhuish?

—Informática lo intentó, luego lo intenté yo otra vez, pero la imagen está tan corrupta que no creo que hayamos logrado mucha mejora, si es que alguna. Puedo enseñártela en el monitor, y también he colgado una impresión en el tablón.

Los detectives se acercaron.

—¿Ves a lo que me refiero? Sigue siendo bastante mala —dijo Harper.

—No estoy de acuerdo —replicó Walker tras escrutar la imagen unos momentos—. ¿Ves el pie delantero del corredor ahí?

Bone y Mohan se inclinaron hacia delante.

—¿Me lo estoy inventando o eso es una bota y esos puntitos blancos, ¿ojales? —Walker dio golpecitos en la pantalla.

Bone ladeó la cabeza y entornó los ojos. —Creo que puede que tengas razón.

—Esto quizá os dé una mejor vista —intervino Harper. Asintió hacia el monitor de la pared.

—¿Lo ves ahora? —dijo Walker, acercándose a la pantalla, ahora ocupada por la misma imagen.

—Sí —respondió Mohan—. Pero ¿es una DM?

—¿La misma DM? —añadió Bone.

—Señor, ¿y Tusk? Lleva abajo desde ayer por la tarde, cuando Mark se desplomó —dijo Harper.

—Iba a eso. Echó a correr cuando tú y Mark os acercasteis a él, ¿es así?

—Sí, pero, siendo sincero, puede que tuviera más que ver con la sustancia blanca que tiró al lago del hotel antes de que pudiera agarrarle.

—Rhona, ¿podrías ir con Sanjit a interrogar a ese pedazo de inútil? No podemos descartar que esté implicado, aunque sea como cómplice. ¿Le parece bien, Sanjit, dado que estamos con un agente menos?

—Temporalmente —añadió Walker.

—Por supuesto —dijo Mohan.

—La exmujer de Crozier me dio el nombre de un albergue en Falkirk donde él estuvo quedándose por última vez. Iré a ver si puedo localizarle.

—¿Seguimos explorando la teoría de que el propio Crozier pueda tener algo que ver con este último asesinato? —preguntó Walker.

—Ella lo describió como un monstruo borracho y violento, así que sí, esa teoría sigue muy sobre la mesa. Bien, manos a la obra. —En la puerta, Bone se detuvo—. Y, por favor, recordad: Mark está en el mejor sitio, y no hay absolutamente nada que podamos hacer salvo esperar buenas noticias.

—Señor —respondió el equipo, y se puso en movimiento.

Bone, de camino a su coche, se detuvo cuando el sargento Brody atravesó corriendo el aparcamiento.

—¿Ha pasado algo con Mark? —preguntó Bone con ansiedad.

—No, señor, lo siento. No hay noticias del hospital. Acaban de llamar a la comisaría para informar de una identificación positiva de una persona a la que vieron salir del almacén más o menos a la hora del asesinato del señor Torley.

—¿Puedes hacer el seguimiento?

—Ya lo he hecho. He enviado agentes al domicilio del testigo y también a la dirección del individuo identificado, un tal señor Ross Stevenson.

—Vale, ¿puedes decirles que tomen declaración al testigo y trasladen al señor Stevenson para interrogarle?

—Así será, señor —asintió Brody y volvió a entrar.

Treinta Y Seis

Tusk aporreó la mesa que tenía delante.

—Es la segunda vez que me encerráis sin motivo. Por Dios, joder, ayudé a salvar la vida de vuestro puto colega.

—Cuide su lenguaje —interrumpió Walker.

—¿Y le extraña que esté cabreado? Esas celdas son un auténtico infierno.

—¿Por qué huyó, Tusk? Es una pregunta muy simple —Walker siguió fulminándolo con la mirada—.

—No quería que me volvierais a meter ahí dentro.

—Me temo que huir de un agente cuando le ordena que se detenga es un atajo seguro a esas mismas celdas, señor Tusk.

—Me asusté y lo siento, pero no hay absolutamente ninguna justificación para retenerme.

—Nuestro colega, el agente detective Harper, le vio vaciarse los bolsillos mientras intentaba escapar.

—No estaba intentando escapar. Ya se lo he dicho, me asusté.

—¿Se asustó porque llevaba encima una cantidad significativa de cocaína?

—No, simplemente estaba vaciando los bolsillos de porquería. Si mi chaqueta tiene restos de farlopa, es porque estuve en una fiesta la noche anterior donde unos tipos muy malos estaban metiéndose, y debí de dejarla encima de sus abrigos o lo que sea. Y en cuanto a

esas bolsitas en el váter o lo que sea, habrán sido huéspedes anteriores, porque no tengo ni idea...

—Los agentes de estupefacientes registraron su habitación de hotel —interrumpió Walker.

—¿Qué? ¿Cómo? No teníais derecho —protestó Tusk.

—El hotel concedió permiso para registrar y ¿adivine qué?

Tusk negó con la cabeza, anticipando lo que venía.

—Se encontró un sobre acolchado, oculto detrás de la cisterna del inodoro.

—¿Un sobre acolchado? —Tusk intentó aparentar confusión.

—No es un sitio muy original para esconder algo, pero en fin —continuó Walker—. Dentro del sobre había varios paquetitos con un misterioso polvo blanco.

—No tengo ni idea de qué es eso —interrumpió Tusk.

—Nosotros tampoco, así que lo mandamos a nuestros laboratorios para su análisis. inspector detective Mohan, ¿tiene los resultados?

—Desde luego que sí, inspectora detective Walker —Mohan sonrió a Tusk.

—Veamos qué tenemos aquí —sacó una hoja de papel de un sobre marrón liso y estudió el contenido un segundo—.

—Ay, ay —negó con la cabeza de forma teatral—. El resultado fue benzoylecgonina.

—Oh, díganos, ¿qué sustancia química es esa, Sherbet Lemons, quizá? —preguntó Walker.

—Cinco bolsitas en total, con un peso de veinticinco gramos —añadió Mohan.

—Vaya, es bastante cocaína, ¿no, señor Tusk?

—Le digo que no sé de dónde ha salido eso —protestó Tusk—.

Walker se inclinó hacia él. —Sabe que la posesión de un estupefaciente de Clase A conlleva una buena temporada de cárcel y, si hay intención de suministro, bueno, estamos hablando de ¿de cuánto, inspector detective Mohan?

—Hasta quince años.

—Venga ya. Estoy diciendo la verdad. No consumo farlopa.

—Puede que no, pero la vende, ¿verdad? —apremió Walker.

—Eso es una gilipollez —saltó Tusk, con los puños apretados.

—No sea idiota, señor Tusk. Siéntese —Walker negó con la cabeza, impertérrita ante el movimiento brusco de Tusk—. Para el di: el señor Tusk ha amenazado a la agente entrevistadora y ha intentado levantarse para irse.

—Por favor, no jodas. ¡No iba a atacar a nadie! Mire, ya me siento —cedió Tusk.

—Todo lo que tiene que hacer es cooperar, y esos cargos y la larga condena que se le viene encima se encogerán ante sus ojos.

—Estoy colaborando.

—Desde donde estamos sentados, no lo parece.

—¿Qué quiere que diga?

—Cuéntenos por qué agredió y mató a Dee Dee. Ese sería un buen punto de partida.

—Se lo he dicho una y otra vez: yo no lo hice, y me revuelve el estómago que crean que soy capaz.

—Pero ¿estaba ella harta de usted, Tusk? Quizá amenazó con contar a las autoridades su pequeño negocio paralelo, ¿fue eso?

—No sea ridícula. Nos queríamos y, en cualquier caso, no soy camello.

—Así que los malos tratos físicos y verbales, los moratones de la señorita Dee, visibles en sus pódcasts, todo eso, ¿eso es amor, según usted?

—Nuestra relación era fogosa. Ella daba tanto como recibía. Yo fui víctima de sus abusos.

—Ay, pobrecito. Ella era, ¿qué?, casi la mitad de su tamaño y peso, y aun así podía con usted, ¿eh?

—A veces soltaba manotazos. Yo solo me defendía.

—¿Y qué hay de Al Fitz?

—¿Qué hay de él?

—¿Trabajó para él en alguna capacidad? —preguntó Walker.

—¿Trabajar para él? Preferiría comer mi propio vómito.

—¿No le pagó por ningún servicio?

—¿Pero de qué va? No soporto a ese tipo. Lleva años estafando a Debs y tiene que devolver hasta el último céntimo.

—¿Sabía que había hecho un seguro de vida de cinco millones de libras a nombre de la señorita Dee?

—No, ni de coña. Pues ahí tienen a su asesino. ¿A qué esperan? —se recostó y alzó los brazos, asqueado.

—¿No le ofreció una parte?

—¿Por qué?

—Una vez que hubiera matado a la señorita Dee.

Tusk miró fijamente a Walker un segundo y luego soltó una carcajada.

—Totalmente ridículo —tartamudeó—. Están rascando el fondo del barril en busca de pistas, ¿verdad?

—Un buen pellizco para sus vicios, Tusk —insistió Walker.

—Ya le he dicho que no tengo vicios.

—¡Qué aburrimiento! —murmuró Walker—. ¿Dónde estuvo la noche del veintiuno de junio, entre las diez de la noche y las dos de la madrugada? —preguntó con un suspiro.

—¡Por el amor de Dios! En un momento soy un sicario a sueldo y al siguiente un asesino en serie desatado.

—Limítese a contestar.

—No, se acabó. Ya estoy harto de esta mierda. Quiero hacer una llamada.

—Tiene ese derecho, pero puede aclararlo con una simple respuesta a mi pregunta.

—¿Miércoles veintiuno?

—Correcto.

—¡Ja! —exclamó de pronto Tusk—. Estuve en el Chequers Casino de Glasgow toda la puta noche y, si quiere pruebas, tendrán mil putas cámaras de CCTV para que las revise.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Desde alrededor de las ocho hasta la madrugada, las cuatro o cinco. Me senté en la mesa de blackjack todo el tiempo. El croupier se llamaba Marcus. Me conoce. Llámelos ahora. Vamos, ¿a qué espera?

—inspector detective Mohan, ¿tendría la amabilidad? —dijo Walker—.

—Por supuesto —se levantó y salió de la sala de entrevistas—.

—Para el DIR: la inspector detective Mohan ha salido de la sala.

Walker se quedó mirando a Tusk en silencio.

—Quiero hacer mi llamada ya —dijo Tusk—.

—Por supuesto —siguió mirándolo fijamente—.

—¿Bueno? —repitió Tusk—.

Walker miró el reloj y aguantó un par de minutos más.

—Tengo derechos, ¿sabe? —volvió a quejarse Tusk—.

—Sí, soy muy consciente —repasó sus notas, miró de reojo la puerta y puso la mano sobre el DIR—. Entrevista...

Mohan reapareció con un agente detrás. Negó con la cabeza a Walker, volvió a sentarse y le pasó una nota.

—Parece que asistió al Chequers Casino el veintiuno de junio, desde aproximadamente las ocho de la tarde, jugando al blackjack hasta la hora de cierre, a las cuatro y media —dijo Walker, dejando la nota de Mohan sobre la mesa—.

—¿Ve? Le dije que decía la verdad —dijo Tusk, triunfante—. ¿Puedo irme?

Walker volvió a suspirar. —Señor Tusk, queda usted detenido por posesión de una droga controlada de Clase A con intención de suministro.

—¿Qué? —respondió Tusk, horrorizado—.

—¿Desea hacer su llamada ahora?

—Soy un puto héroe, ¿y así me tratáis? Esa bolsa no era mía. No consumo ni suministro ningún tipo de droga. Por favor, no hagáis esto —se le quebró la voz—. No puedo caer. Yo... —empezó a llorar—.

—officer Tandy, por favor, acompañe al señor Tusk al teléfono público.

—Señora. —El agente invitó a Tusk a ponerse en pie, pero este se había desplomado sobre la mesa, con la cabeza subiendo y bajando mientras sollozaba sin control—.

—Entrevista terminada a las trece cero cinco —dijo Walker y apagó el DIR—.

—Quizá quiera darle al señor Tusk un minuto para que se recomponga —dijo Walker al agente con una mueca—.

—Señora.

Treinta Y Siete

El Chapel Bells Shelter era una iglesia reconvertida, situada junto al cementerio principal de Falkirk.

Cuando Bone llegó, un voluntario acababa de abrir las puertas y una cola de sin techo con pinta lastimosa fue entrando poco a poco, como refugiados salidos de las tumbas al otro lado del muro, apenas capaces de llegar a su primera y quizá única comida del día. Bone se puso a la cola y un anciano delante de él, cuyo rostro se perdía casi por completo tras una maraña de barba gris enmarañada, se volvió para mirarlo de arriba abajo.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó, pinchando la solapa de Bone con un dedo mugriento.

—Rastro —respondió Bone.

—Elegante —asintió—. No te he visto por aquí antes.

—Solo de visita.

—Dichoso tú —dijo el viejo, y tosió tan fuerte que Bone pensó que iba a escupir un pulmón.

Cuando llegaron a la puerta, el joven voluntario dejó pasar a Bone y luego alzó la mano.

—Lo siento, ya estamos completos. Tendrá que volver mañana.

—Estoy aquí para...

—Jesucristo —interrumpió el viejo—. Tres días seguidos ya. No es culpa mía ir más lento que los demás.

—Lo siento de veras, pero solo tenemos un número limitado de plazas al día.

—Seguro que puede aceptar a uno más, ¿no?

—Me temo que no. Pruebe en Comeston Shelter. Normalmente no están tan ocupados.

—Eso está a tomar por culo.

Bone volvió a mirar al anciano, que parecía haberse encogido todavía más sobre la acera.

—Mi amigo necesita meterse una buena comida entre pecho y espalda —dijo Bone—. Le propongo algo: le cedo mi sitio, ¿qué le parece? Él la necesita más que yo.

—De verdad que no puedo permitir que se cuele nadie... —dijo el voluntario.

—Venga ya —apremió Bone—.

—Vale, adelante —cedió el voluntario.

El anciano rodeó a Bone a pasitos y se metió por el pasillo.

—Pruebe usted en Comeston Shelter —dijo el voluntario, volviendo a fijarse en Bone.

—Soy el inspector jefe Bone, de la comisaría de Kilwinnoch.

—¿Cómo? —respondió, confuso, el joven ayudante.

—Estoy buscando a uno de sus... clientes —añadió Bone.

—¿Quiere decir que no es usted sin hogar?

—¿Tengo pinta de serlo? Espere, no conteste a eso.

—¿Me ha engañado? —dijo el voluntario, cayendo en la cuenta de golpe, con un sonoro y embarazoso batacazo.

—Así es. Ahora estoy intentando dar con un hombre que se llama John Crozier. Fue detective de policía. ¿Le suena?

—Mi encargado me va a echar la bronca por dejar que se cuele la gente. Sienta un precedente y, en nada, tenemos la anarquía en la puerta.

—Pero eso ya lo hemos pasado, ¿a que sí? —sonrió Bone—. John Crozier, unos sesenta años, con graves problemas con el alcohol, posiblemente agresivo o violento.

—Eso acota un poco —puso una mueca el voluntario—. Tendrá que hablar con mi jefe. Ya sabe, el que me va a despedir en breve.

Bone siguió al voluntario al interior del edificio, y atravesaron un pequeño salón parroquial reconvertido en un comedor estrecho, donde la fila de hombres y mujeres sin hogar hacía ahora cola para la comida que tres cocineros servían por una ventanilla.

—¡Eh, Clooney! —gritó el anciano cuando Bone pasó por su lado —. ¡Elegante! —dijo con un asentimiento cómplice, mostrando entre el bosque de vello facial una sonrisa casi desdentada.

El voluntario llevó a Bone por la ajetreada cocina y salieron atrás a un patio donde más voluntarios descargaban cajas y bolsas de una furgoneta.

—Joe, este es el inspector jefe Bone, de Kilwinnoch. Quiere hablar con usted —dijo el voluntario a un hombre en pantalón corto y camiseta que bajaba una caja de la furgoneta.

Este se detuvo un segundo y dejó la caja en el suelo.

—Inspector Bone, ¿en qué podemos ayudarle? —preguntó, limpiándose las manos en los pantalones cortos.

—¿Es usted el encargado?

—Encargado de guardia, sí. Joe Hartnell.

—Estoy intentando localizar a un hombre llamado John Crozier. Creo que se ha quedado aquí unas cuantas veces.

—Será mejor que pasemos a la oficina. Voy a revisar nuestros archivos. —Se volvió hacia el joven voluntario—. ¿Puedes seguir tú, Zak?

Zak asintió.

—Acaban de llegar donaciones de ropa de una de las grandes cadenas.

—Qué generosos —dijo Bone.

—Si le soy sincero, la mayoría no es adecuada para nuestros invitados, pero tenemos un par de tiendas y la vendemos allí.

En la oficina, el encargado abrió el cajón superior de un archivador encajado detrás de la puerta.

—Procuramos llevar un recuento de nombres y números de personas que duermen a la intemperie en la ciudad y alrededores, en parte porque ayuda a conseguir subvenciones del ayuntamiento y usamos las estadísticas para concienciar sobre el problema

creciente. —Sacó un par de carpetas y las colocó en su mesa junto a la ventana.

—Pero, como imaginará, no todo el mundo está por la labor de darnos su nombre. A veces, si hay un incidente o hace falta ayuda médica, podemos obtener algún dato personal, pero nunca insistimos. A ver. —Abrió el primer archivador.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—John Crozier.

El encargado pasó unas cuantas páginas y deslizó el dedo por una tabla de una hoja de cálculo. Se detuvo.

—Un momento, le conozco —dijo—. Nos dio problemas. Por eso me acuerdo. Tuvimos que llamar a la policía varias veces cuando se enzarzó en broncas con el personal. Estamos acostumbrados a esas cosas, pero pegó a una voluntaria y le rompió la nariz. Nada bien.

—¿Lo detuvieron y lo acusaron?

—Creo que se fue con una multa. Nuestra estupenda voluntaria se negó a presentar cargos.

—Así que agradable, lo que se dice agradable, no era, ¿no?

—Muy atormentado. Tenía un problema grave con el alcohol, y seguramente esa era la causa principal de su violencia. Pero cuando estaba sobrio era un santo; gruñón quizá, pero no más que yo un lunes por la mañana.

—¿Llegó a quedarse aquí?

—Sí, unas cuantas veces, creo, pero daba tanto trabajo que tuvimos que dejar de admitirlo, por la seguridad de nuestro personal y de los demás invitados. Muy triste.

—¿Cuándo fue eso?

—Ah, ahora me pone a prueba. A ver si encuentro una anotación. —Se puso de nuevo con el archivo y, de pronto, se detuvo—. Espere. Hay una forma más rápida de hacer esto.

Se sentó a su mesa. —Una de nuestras voluntarias es una manitas del ordenador y consiguió pasar la mayor parte de nuestros registros a hojas de cálculo. Yo soy un ludita redomado y siempre se me olvida que lo hizo, pero, la verdad, es mucho más eficiente, sobre todo cuando usted o la unidad de desaparecidos viene a

buscar a alguien. Encendió el ordenador y, con dos dedos, buscó las carpetas necesarias y las abrió.

—Ahora, si ejecuto una búsqueda por nombre aquí arriba —dijo, casi para sí—. Tecleó otra vez y se recostó. —Está pensando —señaló la pantalla y soltó aire por las mejillas—. Un sistema de archivo flamante en un ordenador viejísimo. Disculpe. Instantes después, alzó los brazos.

—¡Eureka! —exclamó cuando por fin aparecieron los resultados.

—Aquí está: John Crozier, siete de enero de dos mil veintiuno, ocho de marzo del veintiuno y luego... —volvió a quedarse en silencio—. —Y se acabó.

—¿Así que esa fue la última vez que le dieron cama por una noche?

—Sí, aquí consta que el ocho de marzo del año pasado hubo una agresión y que quedó vetado a partir de entonces.

—¿Y no lo ha vuelto a ver ni ha oído dónde puede estar?

—Lo siento, no. Podría probar en Comeston Shelter. Es un poco más grande que esto y están mejor preparados para lidiar con su carácter. También hay varios comedores sociales y bancos de alimentos que podría intentar. Aunque, oiga, igual ha enderezado su vida y ahora es feliz en su casa, con trabajo y todo en orden... aunque, por desgracia, lo dudo.

—Gracias por su ayuda.

—No me dé las gracias: no le he ayudado en nada y he sido un inútil. Ojalá pudiera hacer más.

—No se preocupe —dijo Bone, y se levantó para irse.

—Si oigo dónde está, se lo digo enseguida.

—Gracias, puede localizarme aquí, en mi línea directa —Bone le tendió su tarjeta.

—Le acompaño a la salida —dijo el encargado.

—No hace falta, siga. Está muy liado —dijo Bone—. Gracias por su tiempo.

Regresó sorteando el salón parroquial, donde los comensales estaban ya sentados y comían con hambre, incluido su amigo, que intentaba hablar con el de al lado mientras se embutía un panecillo

entero en el boquete de su barba. Ya en el coche, Bone estaba a punto de subir cuando el encargado salió corriendo tras él.

—Uno de mis compañeros acaba de decir que anoche su hombre estuvo en nuestro puesto de sopa.

—¿Ah, sí? —dijo Bone, sorprendido.

—Sí, se lo he comentado y se ha acordado enseguida. Como le decía, al señor Crozier no se le olvida fácilmente.

—¿Estaba causando problemas?

—No, solo un poco de lengua, sin duda.

—¿Dónde está el puesto de sopa?

—Está en Denny Park, al norte de la ciudad, ¿me sigue?

—Ya lo encontraré.

—Normalmente empezamos a montar sobre las seis de la tarde, pero hay una comunidad de sin techo acampada en el bosque entre el parque y el canal.

—Perfecto, gracias.

—A usted, y suerte. Con una sonrisa, el encargado volvió a entrar en la iglesia.

Bone llamó a Walker para ponerla al corriente de la novedad, subió al Saab y, con una caricia de llave, giró el contacto; el motor arrancó a trompicones.

—Bien, chica —dijo, y dio unos golpecitos en el salpicadero, antes de poner rumbo a Denny Park.

Treinta Y Ocho

Los dos agentes se acercaron al mostrador de recepción.

—¿Dónde está el sospechoso? —preguntó el sargento Brody.

—Hemos llamado a su puerta y mirado por la parte de atrás, pero no había nadie —respondió el mayor de los dos, un pelirrojo con muchas pecas.

—¿Les han preguntado a los vecinos?

—Sí, y dicen que probablemente se ha ido a trabajar, a la imprenta de Brae Street.

—¿Y? —preguntó Brody.

—Pensamos pasar por aquí camino de allí para ponerles al día.

—Maldita sea, chavales. Para eso tienen la radio. Suban allí ahora y a ver si lo encuentran. —Brody puso los ojos en blanco.

—Disculpen. —Un hombre se levantó de un asiento del vestíbulo.

—¿Están buscando a Ross Stevenson?

—Así es —respondió, sorprendido, el agente pelirrojo.

—Soy Ross Stevenson —dijo el hombre, con un tic nervioso en el ojo izquierdo.

—Bien... Vale... eh... —dijo el agente—. ¿Cuánto tiempo lleva sentado ahí?

—Unos veinte minutos, más o menos. El sargento de guardia me ha dicho que me sentara; estaba bastante liado cuando he llegado.

—¿Ah, sí? —dijo el agente, mirando de reojo a Brody—. Bueno, gracias por ahorrarnos el viajecito a su trabajo, señor Stevenson.

—En realidad, hoy libraba. He venido para aclarar algo. Creo que mi vecino ha dicho unas cuantas cosas, ha hecho varias acusaciones.

—Si quiere seguirme, señor Stevenson —dijo Brody, y abrió la puerta de seguridad hacia las salas de entrevistas—. Gracias, agentes, a partir de aquí me encargo yo —dijo, y con un asentimiento sarcástico, los agentes se dirigieron a la cantina.

Brody iba a conducir a Stevenson a la primera sala de entrevistas, pero vio que el hombre estaba extremadamente nervioso, así que continuó hasta la sala de atención al final del pasillo.

—Tome asiento; enseguida entrará un agente para hablar con usted —dijo Brody.

Stevenson entró arrastrando los pies.

De vuelta, Brody se detuvo en la sala de incidentes, donde Walker y Sanjit acababan de regresar de interrogar a Tusk.

—Perdone que la moleste, señora. El señor Stevenson está en la sala de atención.

—¿Quién? —preguntó Walker.

—El hombre al que supuestamente vieron cerca de la escena del crimen la noche del asesinato de Torley.

—Bien. Ha sido rápido.

—En realidad, ha venido por su propio pie; dice que quiere aclararlo.

—Vale, gracias. ¿Alguna novedad sobre Mark?

—No, lo siento. Menuda pesadilla, ¿eh?

—Perpetua —replicó Walker.

Los dos detectives siguieron a Brody de nuevo al pasillo.

—Está en la sala de atención —dijo Brody, antes de girar en sentido contrario y volver a su puesto.

—Creo que probablemente tenemos pruebas suficientes para procesar, al menos por posesión —dijo Mohan mientras caminaban —. Y con la declaración de Will, y si se puede recuperar alguno de esos paquetes que desechó en el lago del hotel, quizá hasta podamos empapelarlo por tráfico.

—Puede que ese novio asqueroso no haya matado a nadie directamente, pero nada me daría más gusto que asegurarme de que esa bestia coercitiva y violenta se pase una larguísima temporada entre rejas —dijo Walker, con el rostro crispado de rabia —. Bien, sigamos. —Se arregló el cuello de la chaqueta para soltar un poco la ira— ¿Está así de ajetreada la comisaría de Campsie?

—No —respondió Mohan.

Ambos se rieron.

Treinta y Nueve

Cuando Bone llegó a una hilera de árboles que bordeaban la senda de sirga del canal, se asomó por el talud a la penumbra, buscando signos de vida humana. Siguió un poco más y, entre la maleza, divisó un trozo desgarrado de una lona mugrienta, apuntalado con una rama.

Agachándose para ver mejor, apenas alcanzaba a distinguir unas cuantas tiendas y cobijos improvisados agrupados en un claro. Se deslizó por la ladera y forcejeó entre el enredo de ramas, hasta que por fin salió junto a un carrito de la compra cargado hasta arriba de ropa vieja, latas y botellas, y con una antiquísima maleta de cuero balanceándose, precaria, en lo alto de aquella montaña tambaleante de basura.

—¿Hola? —gritó, acercándose a la tienda tipo iglú más cercana, que tenía un desgarro a lo largo de su lado cubierto de musgo y un trozo de tela hecha jirones arrastrándose por el suelo.

Echó un vistazo al recinto. Fardos de bolsas de plástico y botellas vacías colgaban de las ramas, y una hoguera apagada humeaba en el centro de aquella aldea de indigentes.

De rodillas junto a la tienda, se asomó al interior, pero no había nadie. El chasquido de una rama le hizo volverse, y de las sombras surgió un hombre fornido, barbudo, con gabardina y gorro de caza, blandiendo un bate de críquet.

—¿Quién coño eres? El hombre alzó más el bate.

—Un momento. Bone dio un paso atrás.

El hombre pasó el bate por el aire delante de la cara de Bone. —¿Quién coño eres? —repitió.

—Soy policía —respondió Bone, sin saber si su profesión provocaría o evitaría una somanta de palos.

—Ya sé que eres un puto policía, pero ¿qué quieres?

—¿Tanto se me nota? —preguntó Bone, intentando calmar el ambiente.

—Te he olido desde el otro lado del bosque.

—Vale, escuche, no he venido a molestarle ni a echarle ni nada por el estilo. Busco a alguien.

—Siempre venís a lo mismo. ¿Por qué no te largas de una puta vez antes de que me vuelvan a enchironar?

—Busco a John Crozier. ¿Lo conoce?

—No. Y aunque lo conociera, ¿te crees que te lo iba a delatar?

—Han asesinado a una chica joven, y esperaba que pudiera ayudarnos a rellenar algunas lagunas y atrapar al cabrón que lo hizo.

Alguien gritó desde debajo de una lona al otro lado del claro.

La lona vibró.

—Estás molestando a los vecinos. Lárgate a la mierda. El hombre señaló hacia el bosque.

—Si conoce a este hombre, probablemente sabrá cuál es su pasado —dijo Bone.

El hombre se abalanzó hacia él y Bone alzó los brazos para protegerse.

—No vengas con tus putas jugarretas mentales —le gruñó el hombre, deteniéndose a distancia de golpe.

—¿Puede dejar eso y dejar de hacer el imbécil? —Bone estaba perdiendo la paciencia.

—¿Qué quieres de él? —preguntó el hombre y miró por encima del hombro.

Bone estudió el rostro airado del hombre, oculto bajo la barba y la mugre. —Usted es John Crozier, ¿verdad?

El hombre sostuvo la mirada, aún con el bate en alto, y luego, dejando caer el arma al suelo, empujó a Bone a un lado y desapareció en la tienda que tenía detrás. Unos segundos después,

salió con una bolsa de deporte ajada y mugrienta agarrada con fuerza.

—Por aquí —dijo.

Bone lo siguió a través del claro y por un sendero estrecho entre los árboles.

—¿Adónde vamos? —preguntó Bone.

Crozier no le hizo caso y se internó más en el bosque.

—Le aconsejo que no intente ninguna gracieta aquí, señor Crozier —le advirtió Bone.

Un par de minutos después, el bosque se abrió en un campo raso. Y cuando llegaron a la esquina más alejada, Crozier se detuvo junto a un árbol talado que yacía atravesado en su camino como una ballena muerta encallada. Se sentó en el tocón de al lado y, tras mirar a izquierda y derecha, metió la mano en la bolsa y sacó media botella de whisky.

—¿Qué quieres?

—Podría habérselo dicho allí mismo. ¿A qué viene tanto melodrama?

Desenroscó el tapón con las manos temblorosas y dio dos o tres tragos largos.

Bone hizo una mueca.

—No hablo de mi pasado con nadie —dijo, y se limpió la boca. Le ofreció la botella.

—No, gracias —replicó Bone. —Lo entiendo. Probablemente mi profesión no sea la más popular en su situación actual.

—Tampoco necesito que tú lo vayas pregonando —Bebió otro trago.

—Soy el inspector jefe Bone de la comisaría de Kilwinnoch. Dirijo la Unidad de delitos rurales allí. Estamos investigando...

—Me importa tres cojones quién seas ni qué estés investigando. Mi vida es asunto mío y de nadie más.

—Entendido —dijo Bone, intentando ganarse la confianza de Crozier. —La muerte de una cantante local, Dee Dee. Quizá le suene. Está en todos los periódicos —prosiguió.

—No leo los periódicos.

—La razón por la que quería hablar con usted es que varios detalles del caso guardan llamativas similitudes con el asesinato de la Reina del Carnaval, la investigación que usted dirigió en dos mil seis.

Crozier dio otro trago. —No entro en ese terreno.

—Quería preguntarle por sus sospechosos.

—¿Qué sospechosos? No teníamos ni un puto sospechoso.

—Hablé con su mujer y...

—¿Así que esa zorra le dijo dónde estaba?

—No sabe dónde está, y la verdad es que está bastante preocupada por usted.

—Esa puta solo se preocupa por ella. Es el número uno, dos y tres.

—Dijo que usted creía que era alguien de dentro, quizá un madero, porque parecía saber sus siguientes movimientos, ¿es así?

—Ya se lo he dicho. De esa mierda no hablo. Eso quedó atrás. Se puso en pie.

—Señor Crozier, le agradecería mucho su cooperación. Empezamos a pensar que podríamos estar ante un imitador o incluso el mismo asesino, y confío en que tenga información que pueda ayudarnos a atrapar a ese monstruo de una vez por todas, y quizá darle a usted algo de cierre en su caso. ¿No quiere eso?

—¿Cierre? ¿Qué clase de palabrería psicológica de asesoramiento policial es esa?

—Sufro de TEPT. Se me fue la cabeza, dijo Bone. —Entiendo un poco por lo que pasó. Écheme una mano.

—Para que a usted no le pase lo mismo que a mí, ¿eso es?

—Bueno, eso también, sí. Bone sonrió.

Crozier volvió a sentarse y estaba a punto de darle otro trago cuando cambió de idea.

—Estaba solo ante el peligro. Ni mis supuestos colegas me apoyaban.

—¿Pensaba que era alguien de dentro?

—Lo sabía, pero no tenía nada. El cabrón se encargó de que fuera así.

—¿Le provocaba?

—Con eso se regodeaba, además de todo lo que sacaba la prensa.

—Leí algunas. Puro asesinato de reputación.

—Esos cabrones me cocieron vivo a fuego lento.

—¿Y se vino abajo?

—Ya la había perdido. El caso fue solo la puntilla. Estaba hasta aquí del cuerpo. Así que era fácil ponerse como una cuba cada día en el trabajo y arrearle a un agente para rematar. Solución rápida. Asunto arreglado. Apuró lo que quedaba de la botella y la arrojó al seto que tenía detrás. —Y ahora aparece este caso y vuelve a montarse el puto circo de tres pistas.

—Creí que decía que no se había enterado, dijo Bone.

—Vi el titular, como un viaje al pasado.

—¿Por qué cree que el asesino solo mató una vez?

—Porque yo tenía razón y se largó.

—¿Adónde?

—A su ciudad, por lo que parece. Y veo que ya ha superado su marca anterior.

—Los dos asesinatos ocurrieron el dieciocho y el veintiuno de junio. ¿Dónde estaba usted?

Crozier se tambaleó al ponerse en pie, con el chute de alcohol empezando a hacer efecto. —Get to fuck. Se puso en marcha de vuelta a través del campo.

Bone le agarró del brazo, y Crozier intentó soltar un puñetazo, pero casi se vino al suelo.

—Por favor, no me obligue a detenerle, señor Crozier.

Crozier se sacudió la mano de Bone y siguió dando tumbos. —Just leave me alone. I'm done.

—Veintiuno de junio —repitió Bone.

Crozier se detuvo y giró en redondo, a punto de caerse otra vez. —An overnight stay at the Hotel California.

—¿Cómo?

—Cortesía de los maderos de Falkirk, mis antiguos colegas.

—¿Estaba bajo custodia?

—Bien por usted, inspector Morse —dijo Crozier, acercándose de nuevo a Bone. —Así que se mete esa pipa de detención indebida por

el culo y se la fuma. Tocó con un dedo la chaqueta de Bone mientras hablaba.

—¿Estuvo allí toda la noche?

—Mire la hoja de cargos. No me sale de los cojones seguir hablando... Se dio media vuelta y siguió de regreso al campamento.

Bone rebuscó en la chaqueta el móvil y llamó a Baxter.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien Mark? —preguntó Baxter, ansiosa.

—Aún no hay noticias, me temo —respondió Bone—. —¿Puede comprobar la hoja de detenciones en la comisaría de Falkirk del veintiuno de junio? Necesito confirmación de que el exdetective John Crozier pasó la noche en los calabozos.

—Sí, señor. —dijo Baxter. Baxter colgó.

Bone siguió por el camino.

Cuando por fin regresó al campamento, Crozier estaba tumbado en su tienda, con las botas asomando por el desgarrón. De rodillas, Bone zarandeó el cuerpo inerte de Crozier, pero estaba grogui y roncaba a pleno pulmón. El hombre de la tienda contigua se había levantado y se dejó caer, como un zombi, en el suelo junto a los restos fríos de la hoguera. Sonó el móvil de Bone y Crozier resopló.

—Detenido por ebriedad y alteración del orden y puesto en libertad con una advertencia a la mañana siguiente —dijo Baxter.

—¿A qué hora?

—Detenido a las nueve y cuarenta y dos; puesto en libertad al día siguiente a las ocho y cuarenta y cinco a. m.

—Mierda, maldito caso. Vale. Gracias. Bone colgó y, con una última mirada a la lastimosa figura de Crozier, postrado en el suelo, se dirigió de nuevo al sendero del canal.

Cuarenta

Ross Stevenson prácticamente saltó de la silla cuando Walker y Mohan entraron en el despacho de asesoramiento.

—Buenas tardes, señor Stevenson. Somos la inspectora detective Walker y el inspector detective Mohan. ¿Tengo entendido que quiere hablar con nosotros?

—Sí —dijo Stevenson, con la voz temblorosa de los nervios—. He venido a aclarar un malentendido.

—¿En qué consiste exactamente? —preguntó Walker.

Las detectives se sentaron a ambos lados de Stevenson, y él les echó una ojeada nerviosa a las dos.

—Solo quería explicar por qué estaba cerca del trastero de Tommy la noche en que lo mataron.

—¿Tommy Torley?

—Sí, eso es. Estoy tan afectado que casi ni puedo decir su nombre.

—Hemos recibido informes de que se vio a un hombre por la zona a la hora de la muerte del señor Torley. ¿Era usted, entonces?

—Sí, pero esos informes están equivocados; bueno, no equivocados, pero yo no tuve absolutamente nada que ver con su...

—¿Asesinato? —Walker le ayudó a completar la frase a Stevenson.

—No sé quién me vio allí abajo, pero no es lo que parece.

—¿Y qué parece? —preguntó Walker— Un testigo ocular lo vio merodeando en el callejón que discurre junto al almacén.

—No estaba merodeando, yo... —Stevenson hizo una pausa y se pasó el dorso de la mano por los labios resecos—. ¿Podría tomar un vaso de agua?

Mohan se levantó y le sirvió a Stevenson un vaso de plástico en la fuente de agua del fondo de la sala.

—Gracias —dijo Stevenson, y se tragó el contenido de un trago —. Yo estaba allí —añadió, carraspeando.

—¿Por qué?

—Lo único que estaba haciendo era intentar echarle un vistazo a la carroza de Tommy a escondidas. Un poco de espionaje industrial, o de desfiles, ¿sabe?

—Siga —dijo Walker.

—Llevaba sin parar presumiendo de lo buena que era su puesta en escena este año y de cómo iba a machacar a la competencia, incluyéndonos a nosotros, y por fin llevarse el trofeo. Yo estoy a cargo de la carroza del Club de Golf y Tenis, y hemos ganado los últimos tres años, y creo que él estaba deseando vencernos.

—¿Hay, entonces, mucha rivalidad entre los equipos?

—No, no así —alzó la mirada con pánico en los ojos—. Quiero decir, no era serio. Era todo bromas sin malicia. Nos conocemos todos desde hace años. La competición forma parte de la comunidad desde siempre. Jamás haría algo tan horrible a alguien a quien considero un amigo.

—¿Eran colegas, entonces? —preguntó Mohan.

—No en el sentido del día a día, pero cuando llegaba la Semana Cívica, nos veíamos en las reuniones de planificación que organizaban los responsables y nos tomábamos unas pintas y contábamos batallitas de viejas glorias en el pub, ese tipo de cosas.

—Si me permite, parece más preocupado por limpiar su nombre que afectado por la muerte del señor Torley —dijo Mohan—, con todos los respetos.

—Estoy en estado de shock. La noticia fue devastadora. No puedo ni imaginar cómo se las está apañando su familia. Y luego esa pobre chica perdiendo la vida así. Es demencial.

—¿Qué hizo en el callejón? —preguntó Walker.

Stevenson la miró fijamente. —Yo... eh... ¿Cómo?

—¿Llegó a ver la carroza de Tommy o quizá él le pilló husmeando?

—No hice nada. Ese es el otro motivo por el que quería hablar con ustedes. Cuando doblé desde la carretera hacia el callejón, un hombre salió corriendo de la oscuridad hacia mí. Me agaché detrás de un contenedor y él pasó de largo. No creo que me viera.

—¿Pudo echarle un vistazo cuando pasó?

—No le vi la cara. Llevaba una sudadera negra o gris oscuro con la capucha puesta.

—¿Era Tommy Torley?

—Seguro que no. Este tipo era alto y delgado. Todo lo contrario que Tommy.

—¿Vio de dónde venía?

—No, solo salió corriendo del callejón. Pero iba, desde luego, con mucha prisa.

—¿Recuerda algo más de él? —preguntó Mohan.

—Cojeaba y los pies hacían un sonido extraño al pasar corriendo sobre el asfalto mojado.

—¿Un sonido extraño?

—Como un tren al pasar por un desvío: ta-tan, ta-tan —se dio unas palmadas en las rodillas para demostrarlo—.

—¿Está seguro de que vio a ese hombre, señor Stevenson? —interrumpió Walker.

—Pasó justo a mi lado.

—Resulta raro que no una, sino dos personas estuvieran por allí, en un callejón oscuro, justo cuando a unos metros de distancia estaban asesinando a un tercero en un trastero.

—Eso es lo que vi.

—¿Y ese hombre no será un intento torpe de encubrir su crimen? —dijo Mohan.

—Por supuesto que no. Vi a un hombre corriendo por el callejón. Eso es un hecho. No he cometido ningún delito, salvo mi estúpido intento de ganar una estúpida competición. Si yo hubiera hecho

esto, ¿cree que estaría aquí? Todo esto es una horrible pesadilla y solo quiero que se acabe.

—De acuerdo, señor Stevenson. Eso es todo por ahora, pero quizá queramos volver a hablar con usted, así que, por favor, no abandone Kilwinnoch —dijo Walker.

—Claro que no, y si me necesitan para una rueda de reconocimiento o lo que sea, estaré encantado de hacerlo. Quiero ayudar.

—Le sugiero que salga por la puerta trasera, a menos que quiera su cara en la portada de periódicos de todo el mundo.

—Ay, Jesús, no. Vi a toda la prensa agolpada en la entrada cuando llegué. Por suerte, nadie me paró.

—Le acompaño a la salida.

Stevenson siguió a Walker hasta la puerta de atrás y, momentos después, ella regresó.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó a Mohan.

—A juzgar por la cantidad de sudor que estaba expulsando, diría que estaba extremadamente nervioso —respondió Mohan—.

—Pero, ¿nervios de culpable o miedo a que le acusen injustamente?

—Al principio pensaba: este es el comportamiento de un culpable, pero luego su descripción del tipo que salió del callejón me pareció demasiado detallada y concreta. ¿Para qué ser tan específico si intentas mentir? Solo hace que tengas más que recordar.

—O es un buen mentiroso —dijo Walker—. Hay un móvil claro.

—¿Cuál? «No estoy dispuesto a perder una competición, así que voy a asesinar a la competencia».

—Dicho así no suena muy convincente.— Walker hizo una mueca.

—Y no explica el asesinato de Dee Dee. ¿Por qué iba a decidir de repente este vecino de mediana edad, que lleva años diseñando y encabezando la carroza de su equipo, ponerse a matar gente?

—Igual se le ha ido la olla o tiene rencor contra el regidor.

—Perdona si me paso de la raya, pero, sinceramente, suena tan inverosímil que ni siquiera colaría en *Los asesinatos de Midsomer* — se burló Mohan.

—Solo te estaba poniendo a prueba —replicó Walker con una sonrisa—. Es evidente que es inocente. Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado y ahora está cagado de miedo por si le acusamos. Aunque su historia del corredor es interesante, y su descripción encaja con la imagen de CCTV que captó al sospechoso huyendo del caso de dos mil seis.

—Sí, eso es.

Walker resopló, inflando las mejillas: —Creo que nos merecemos un café después de todo esto, ¿no te parece?

—¿Cafetería? —dijo Mohan.

—¿Te estás quedando conmigo? ¿Has probado el chapapote que hacen pasar por café? No, pensaba más bien: salimos por la puerta trasera y nos bajamos a Sandino's a por café de verdad, invito yo.

—Y yo que pensaba que había metido la pata al aceptar echaros una mano —dijo Mohan—. ¿Alguna novedad sobre tu compañero?

—Estoy mirando ahora —dijo Walker, trasteando con el móvil—. Aún nada, mierda.

—Ya sabes, sin noticias y todo eso —dijo Mohan.

—La tortura continúa —suspiró Walker.

Cuarenta Y Uno

De camino de vuelta a la comisaría, sonó otra vez el teléfono de Bone y se apartó a un lado.

—¿Duncan? —dijo una voz femenina.

—¡Sandra! —respondió Bone—. ¿Cómo está? —preguntó, con miedo de lo que pudiera venir.

—Quería que supieras que Mark ha salido de la UCI y lo han subido a planta.

—Es la mejor noticia. —Bone soltó un enorme suspiro de alivio—. ¿Está consciente?

—Oh, sí, y creo que las enfermeras ya están pensando en volver a sedarlo. El médico ha dicho que va muy bien.

—Dios mío, debes de estar más que aliviada.

—Probablemente han sido los dos peores días de mi vida.

—¿Puedo verle?

—Solo permiten dos a la vez para que no se canse. Su hermana está aquí conmigo ahora; luego sus otras hermanas están haciendo cola para verlo.

—Sí, es verdad, olvidé que tenía un equipo de fútbol por familia.

—Que les den. Seguro que le gustaría por lo menos verte. Hay una ventana por la que puedes echar un vistazo.

—Voy para allá —colgó Bone—. Llamó rápido a la sala de incidentes y luego a Alice para compartir la buena noticia. Y, con un chirrido de neumáticos, salió disparado hacia el hospital.

La planta de cardiología estaba bastante más concurrida que la UCI, con enfermeras y médicos yendo y viniendo, y uno o dos pacientes con bata paseando, arrastrando detrás de sí los palos de suero y tubos. Bone se acercó al mostrador.

—Vengo a ver a Mark Mullens. Soy Duncan Bone, su compañero.

La enfermera de la planta alzó la vista un segundo. —Déjeme comprobarlo —volvió a su pantalla—. La esposa y la hermana de Mark están con él ahora mismo. Me temo que es el máximo de visitas que permitimos, porque Mark sigue muy delicado y no queremos cansarlo ni arriesgar una infección.

—¿Podría asomar la cabeza un momento y saludar, para que sepa que estoy aquí?

—Lo siento mucho, pero podría volver esta tarde. Podría consultarlo con la esposa de Mark y quizá apuntarle una hora.

—Nos tiene a todos en la comisaría muy preocupados. Le ayudaría saber que estamos pensando en él.

—Mire, está en la última habitación, al final de la planta. Puede saludarle con la mano por la ventana. Luego vuelva y le apunto. ¿Le parece?

—Gracias. —Bone sonrió—. ¿Por aquí? —preguntó, señalando las puertas dobles de delante.

—Habitación uno, todo recto. —La enfermera accionó el zumbador de las puertas.

Bone pasó y se abrió paso entre las filas de camas llenas de hombres de mediana edad y mayores, conectados a aparatos y cableados, algunos con familiares con gesto de ansiedad o alivio, que, nerviosos, aferraban cajas de bombones y racimos de fruta variada.

Al llegar a otro juego de puertas, pensó que se había pasado, pero vio la habitación a su izquierda, con un ventanal doble al lado.

Mullens estaba incorporado en la cama, con el pecho desnudo y vendado a la vista, y cables sujetos a varias partes del abdomen y de los brazos. Tenía el rostro pálido y demacrado. Sandra se inclinaba sobre la cama, estirando la sábana blanca. Su hermana estaba sentada al otro lado, comiéndose las uvas que, presumiblemente, había traído.

Bone dio unos golpecitos suaves en la ventana. Mullens alzó la vista y sus visitantes se volvieron. Bone saludó con la mano y sonrió. Mullens frunció el ceño un segundo, luego levantó despacio el brazo y le hizo a Bone la V de la victoria.

Sandra salió a la puerta.

—Duncan —dijo, con los ojos llenándosele de lágrimas.

—Entonces se encuentra mejor, ¿no? —dijo Bone con una risita.

Empujó más la puerta. —Mira quién ha venido a verte, Mark.

—Siento llegar tarde, jefe —croó Mullens.

—La enfermera te dijo que no hablaras, Mark.

—Está claro que no sabe con quién trata —murmuró la hermana de Mark con la boca llena de fruta.

Sandra asomó la cabeza al pasillo para comprobar si había enfermeras. —Entra un segundo, por el amor de Dios, no hay nadie.

Bone se deslizó dentro de la habitación y se detuvo a los pies de la cama.

—Te dije que ese curry estaba malo —jadeó Mullens.

—Nos has tenido a todos preocupados, Mark.

—Pensé que por fin te habías librado de mí.

—¡Ya quisiera yo! —sonrió Bone y miró alrededor—. Mira tú, con habitación propia. ¿Cómo te lo has montado?

—Puro sex appeal —bromeó Mullens, pero luego hizo una mueca.

—Mark, ¡cállate ya! —ordenó Sandra.

—¿Qué me he perdido? —siguió Mullens, ignorando a su mujer.

—Me rindo —bufó Sandra y negó con la cabeza, derrotada.

—Será mejor que me vaya. Soy una mala influencia —dijo Bone —. Volveré luego, Mark.

—Tráeme una bridie y una pinta.

—Lo que te faltaba. De eso nada a partir de ahora.

—Desconéctame, jefe —jadeó Mullens.

Una enfermera apareció en la puerta. —¿Qué es todo esto? Solo dos visitas a la vez, por favor.

—Tranquila, ya me voy —dijo Bone—. Portaos bien.

Mullens negó con la cabeza.

De regreso por la planta, Sandra le dio alcance.

—¿Puedo decirte una cosa, Duncan? —dijo.

Se sentaron en la sala de espera.

—Ha estado preguntando por su padre. Sabes que tenía que ir a hacerse pruebas, ¿no?

—Sí, lo sabía.

—Con todo lo que está pasando, no he tenido tiempo de averiguar cómo fue. Es que... no quiero separarme de Mark.

—¿Quieres que pregunte yo por ti?

—Ay, por favor, sí, sería estupendo. Mark está muy preocupado por él, y necesitamos mantenerle el estrés a raya.

—¿Y si son malas noticias?

—Dímelo a mí primero y a partir de ahí vemos cómo hacerlo.

—Vale, llamaré a la residencia.

—Gracias. Ha sido todo condenadamente agotador.

—¿Has dormido algo?

—La verdad, no.

—Deberías irte a casa a descansar y a cambiarte de ropa. Ahora ya está fuera de peligro.

—No quiero dejarlo solo.

—Es una orden —dijo Bone y le apretó el brazo un segundo.

Sandra asintió.

—Si te enteras de algo, me avisas, ¿vale? —dijo Bone.

—Lo haré.

Un hombre con chándal llegó por detrás de ellos, apretando contra el pecho un sobre grande.

—Esto es para Mark Mullens —dijo el hombre a la enfermera y se lo entregó.

Sandra y Bone se volvieron.

—Soy Sandra Mullens, la mujer de Mark —dijo ella, acercándose.

—Ah, soy Patrick Sinclair.

—¿El entrenador en The Raploch Youth Club? —respondió Sandra —. Me parecía que le reconocía.

—Siento muchísimo lo de Mark. Estamos todos en estado de shock —dijo Sinclair—. ¿Cómo se encuentra?

—Se está recuperando bien de la operación, gracias a Dios.

—Qué alivio oírlo. Acabo de traerle una tarjeta; bueno, digo pequeña y en realidad es una tarjeta grande, firmada por todos los

críos y el equipo del club.

—Oh, qué detalle —Sandra miró a Bone—. Perdone, Patrick, este es el jefe de Mark, inspector jefe Duncan Bone.

Se estrecharon la mano.

—Mark habla muy bien de usted, señor Bone —dijo Sinclair.

—¿Ah, sí? —Bone dio un paso atrás, sorprendido.

—Oh, sí; bueno, también se cachondea, pero ya sabe, es Mark.

—Ya lo creo —sonrió Bone—. No sabía que Mark estaba metido en el Raploch Youth Club.

—Echa una mano bastante, hace de todo. Ha sido increíblemente generoso con su tiempo. Necesitamos más referentes como él, que aparten a estos críos de los líos. Todos le adoran.

—No tenía ni idea —dijo Bone.

—En realidad es bastante modesto, ¿te lo puedes creer? —dijo Sandra.

Bone puso los ojos en blanco.

—Voy a meter tu tarjeta con las demás —interrumpió la enfermera y, abriendo un saco de ropa sucia a rebosar detrás de ella, dejó caer la tarjeta—. Tenemos que tener cuidado con las infecciones ahora mismo, así que las dejamos aquí de momento.

—¿Está lleno de tarjetas?

—Ha habido un flujo constante de gente deseándole lo mejor —dijo la enfermera—. Apenas puedo hacer mi trabajo; estoy demasiado ocupada siendo el cartero Pat. Sonrió y dio unos toques al saco.

—Bueno, la dejo en paz, Sandra. Por favor, hágale saber al grandullón que todos en el club pensamos en él.

—Lo haré —dijo Sandra, y se abrazaron.

—Encantado de conocerle también, Duncan.

—Igualmente —respondió Bone.

Sinclair se marchó.

—Será mejor que vuelva antes de que su hermana le desenchufe el soporte vital —bromeó Sandra—. Gracias por pasarte, Duncan. —Le dio un abrazo rápido.

La enfermera pulsó para dejarla pasar.

En la escalera, Bone llamó a la residencia y rezó para que las noticias fueran buenas.

Cuando Bone volvió a la sala de incidentes, el equipo rompió en un aplauso instantáneo.

Harper se acercó. —Qué alivio. Me alegro muchísimo de que lo haya logrado.

—Le queda un largo camino, y tenía pinta de mierda anémica sin tirar de la cadena, pero ha pasado la fase crítica por ahora.

—¿Le has visto?

—Me pasé un momento a verle, pero solo permiten dos visitas a la vez, así que tuve que escabullirme burlando a los guardias.

—Qué bien oírlo —dijo Walker.

—Estaba tan grosero como siempre, así que definitivamente ha vuelto al mundo de los vivos —Bone se colocó en el centro de la sala —. Vale, gente. Son noticias fabulosas sobre Mark, pero tenemos que seguir moviendo este caso. Actualizaciones, por favor. ¿Por dónde vamos ahora? ¿Qué tal fue vuestra entrevista con el señor Tusk?

—Por desgracia, aportó otra coartada a prueba de bombas para el segundo asesinato.

—Joder —dijo Bone.

—Pero le hemos imputado cargos por posesión e intención de suministrar un estupefaciente de clase A, así que no está todo perdido—. Walker sonrió.

—He conseguido dar con el inspector jefe retirado Crozier —les dijo Bone—. Duerme a la intemperie en un campamento de personas sin hogar a las afueras de Falkirk. El hombre está francamente hecho polvo. Un desastre total. Amenazó con partirme la cara con un bate de críquet, luego se ventiló media botella de whisky mientras hablaba con él, así que, en fin, una tarde agradable.

—¿Así que estaba agresivo? —preguntó Walker.

—Mucho.

—¿Ascendemos su foto en el panel del caso, jefe? —preguntó Walker, señalando con un gesto la red de notas e imágenes clavadas

en la pared a su espalda.

—Con eso contaba, sí, pero, de nuevo, su coartada se sostuvo.

—Se me ha pasado. ¿Cuál era? —preguntó Mohan.

—Pasó la noche en el calabozo para borrachos de la comisaría de Falkirk —respondió Baxter.

Walker negó con la cabeza.

—Le pregunté por esa teoría de que el asesinato de Carnival fue un trabajo desde dentro, y se mostró tajante en que tenía razón.

—A ese respecto, jefe —interrumpió Baxter—. Me pidió que hiciera comprobaciones del personal que trabajó en la comisaría de Peterhead por la época del caso Carnival.

—¿Sí? —dijo Bone.

—Empecé por los agentes, desde la cúpula hasta todos los policías rasos que presentaron informes. No había nada ahí. Luego pasé a los equipos de apoyo: la científica, digital y administración, ese tipo de cosas.

—¿Y? —cortó Bone con impaciencia.

—Encontré a un miembro del personal, un fotógrafo forense llamado Jason Styles, que se transfirió del departamento de la científica de Peterhead hace ocho años.

—Vale.

—Indagué un poco más en sus registros laborales. Tiene cuarenta y cuatro años y lleva en el cuerpo como fotógrafo de la científica veintiún años. Nacido y criado en Crieff. Al dejar el colegio, solicitó entrar como agente, pero rechazaron su solicitud después de que un grave accidente de esquí en Aviemore le dejara con lesiones que le cambiaron la vida.

—¿Qué significa eso?

—El registro solo dice "lesiones que le cambiaron la vida", así que me aventuro a suponer problemas de movilidad de algún tipo.

—¿Se destrozó las piernas y ahora cojea, quizá? —dijo Walker.

—¿O cuando corre? —añadió Mohan.

—¿Qué? —preguntó Bone.

—Te lo explico en un segundo. Sigue, Sheila—dijo Walker.

—Su primer destino fue en la policía de Perth. Estuvo allí tres años, de dos mil dos a dos mil cinco. Luego se transfirió, o le

trasladaron, mejor dicho, a Peterhead, donde trabajó cinco años más. Después, en dos mil trece, se transfirió otra vez al equipo de Kilwinnoch, donde trabaja ahora.

—¿Por qué has hecho la distinción sobre la transferencia? —preguntó Bone.

—Los registros indican una ausencia por enfermedad de diez meses, de agosto de dos mil cuatro a mayo de dos mil cinco.

—¿Qué le pasó?

—La mayoría de los informes no detallan la enfermedad, pero investigué un poco más y encontré un informe de salud laboral registrado por RR. HH. de Perth, que decía que le habían dado la baja por estrés debido a TEPT.

—Dios santo. ¿Adónde va a parar esto? —dijo Bone—. ¿Decía qué le causó el TEPT?

—Grabar y catalogar asesinatos horribles a diario podría hacer perder los papeles a cualquiera —dijo Walker.

—Sí, perdona, se me había olvidado eso —esbozó una media sonrisa Bone—. ¿Y si Crozier tiene razón y acabamos de encontrar a nuestro asesino?

Baxter asintió en señal de acuerdo. —Desde luego, cumple varios requisitos, señor. Pero ya hemos tenido unos cuantos falsos comienzos aquí. ¿Podría ser casualidad?

Bone se volvió hacia Walker. —¿Qué ibas a decir antes, Rhona?

—Sanjit y yo entrevistamos al señor Ross Stevenson, la persona de interés a la que un testigo presencial situó en la escena de la muerte de Tommy Torley. En realidad vino por su propio pie y estaba como un conejo deslumbrado por los faros. En resumen, fue un callejón sin salida en lo que respecta a que el señor Stevenson fuese el enemigo público número uno. Sin embargo, aunque admitió que estaba en el callejón la noche del asesinato de Torley, aseguró que vio a un hombre, o una figura, salir corriendo cuando él se acercaba.

—Vale —dijo Bone—. ¿Y crees que decía la verdad?

—Sanjit y yo lo creemos. Si hubieras visto al señor Stevenson, entenderías por qué. Pero también dijo que el hombre corría cojeando.

—Bien, antes de lanzarnos aquí a lo loco, creo que sería sensato hablar discretamente con el jefe del señor Styles. Mientras Rhona y yo hacemos eso, vamos a juntar recursos y ver qué más podemos averiguar sobre nuestro compañero. ¿Puedes coordinar eso, Sheila?

—Sin problema, señor.

—¿Rhona? —dijo Bone.

Ella le siguió fuera.

Cuando los detectives llegaron a la sala de examen de Cash, las puertas estaban cerradas con llave.

—¿Dónde está? —dijo Bone.

—Aquí —respondió Cash, avanzando por el pasillo hacia ellos. Iba con ropa de deporte y llevaba una bolsa de deporte con el mango de una raqueta asomando entre la cremallera.

—Elección de atuendo poco habitual para una autopsia, Frank —dijo Bone.

—Voy para las pistas de squash. Intentando mantener a raya a la Parca. —sonrió—. Voy tarde, así que tendrán que caminar conmigo. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—¿Podríamos hablar un momento en su despacho?

Cash miró su reloj.

—Es un asunto confidencial —apremió Bone.

—Vale, dos minutos.

Marcharon hasta el final del pasillo y Cash abrió su despacho.

Entraron todos.

—Jason Styles, su fotógrafo forense, ¿está por aquí? —preguntó Bone cuando Cash cerró la puerta tras ellos.

—¿Kurtz? ¿Quieren hablar con él?

—¿Quién?

—Como en *Apocalypse Now*, como Brando.

—Perdón, me pierdo —se encogió de hombros Bone.

—Tiene alopecia total en todo el cuerpo, como la infame apariencia de Brando en la película, y antes de que llamen a la brigada AGENTE, así es como se llama él mismo, en sus días más jocosos, que últimamente son pocos y muy espaciados.

—Irónico, la verdad, si piensas en el horror con el que lidia en su trabajo diario —bromeó Walker.

—Sigo sin cogerlo —replicó Bone—. En fin, nos gustaría hablar con él, sí.

—Suena inquietante.

—Han salido a la luz nuevas pruebas de que el señor Styles fue fotógrafo forense en una investigación por asesinato sin resolver en Peterhead hace diecinueve años, un caso con similitudes llamativas con el del Dee.

—No sabía que hubiera trabajado allí arriba. Creo que ya estaba aquí cuando me hice cargo del equipo. Siempre supuse que había estado aquí desde siempre. ¿Dice que nunca atraparon al autor?

—No. ¿Cuándo empezó usted a trabajar aquí?

—Dos mil catorce, y la mayoría del equipo actual sigue aquí, así que algo debo estar haciendo bien. No pensará de verdad que tiene algo que ver con estos asesinatos, ¿no?

—No descartamos nada. Nuestras personas de interés ya no resultan tan interesantes. Necesitamos hablar con él y hacernos una idea más precisa de quién es y, luego, descartarlo o no. Aunque las aparentes coincidencias preocupan.

—Como sabemos, en nuestro oficio no existen las coincidencias, Duncan —dijo Cash.

—Exacto.

—Está en el Parque de Residuos Industriales de Drumgoyne, recogiendo pruebas para un caso abierto de robo de coches, dirigido por la Unidad de Crimen Organizado. Unos cuantos de los vehículos robados han aparecido allí misteriosamente.

—Lleva trabajando con él unos años. ¿Cómo lo ve?

—Es un miembro del equipo trabajador, centrado y fiable. En el trabajo, cumple con su tarea sin queja ni problema. Sus habilidades como fotógrafo forense son insuperables.

—*Pero* le veo venir.

—Puede estar un poco acelerado y demasiado entusiasta en las escenas del crimen y, en ocasiones, como nos pasó el otro día, tenemos que recordarle que se aparte. Es quizá algo perfeccionista,

lo cual en nuestro campo puede ser tanto una ayuda como un estorbo. Y luego, en lo social...

—¿Son amigos?

—No, en absoluto. Me refiero a quedadas de trabajo, jornadas fuera, ese tipo de cosas. Nunca me mezclo con compañeros de trabajo ahí fuera, en el mundo real, salvo que sea absolutamente necesario. Ya perdemos bastante de nuestras vidas juntos como para más. —Alzó la vista—. Sin ánimo de ofender.

—Ninguna ofensa.

—En esas ocasiones necesarias, lo he encontrado mandón y pomposo. Tiene una altísima opinión de sí mismo. Me sorprendió lo distinto que era respecto a su talante callado y diligente en el trabajo.

—¿Ha tenido que reprenderlo o sancionarlo alguna vez por algo o, aparte de esos cambios de personalidad, ha notado algo más en él que le haya preocupado?

—Como digo, en el trabajo es el empleado y compañero perfecto, de modo que sería todo un shock si resultara ser su asesino; no solo porque se supone que soy especialista en los detalles microscópicos de un crimen y se me habría escapado por completo.

—No se preocupe. Podríamos estar completamente equivocados y que, al final, fuese una coincidencia —replicó Bone, intentando tranquilizar a un Cash que parecía abatido.

—¿Pero por qué iba a cometer estos delitos?

—Poder, control, adicción; quizá la tentación fue demasiado grande.

—Las fotografías que el asesino le envió a usted y a la prensa de repente adquieren un significado completamente nuevo.

—Sí, tenemos varias preguntas que hacerle al señor Styles, pero le agradecería que, de momento, esto quedase entre nosotros.

—Por supuesto.

—Siento soltarle esto y apartarle de su partido de squash.

—Ahora no estoy muy de humor. Todo parece bastante trivial cuando resulta que alguien de mi equipo podría ser un asesino psicópata. Justo cuando crees que la humanidad no puede decepcionarte más.

—Vamos a ver qué tiene que decir y, a partir de ahí, seguiremos. Le mantendré informado.

Bone hizo un gesto a Walker, y dejaron a Cash con la mirada perdida por la ventana.

Cuarenta Y Dos

Cuando Bone metió el Saab en la cicatriz abandonada del antiguo polígono industrial de Drumgoyne, una furgoneta de Criminalística pasó a su lado en dirección contraria.

—Espero que no se nos haya escapado —dijo Bone, deteniéndose junto a un coche patrulla aparcado junto a una cancela abierta que colgaba de las bisagras—.

Bajaron y se acercaron a un agente que se estaba atando los cordones.

—Detectives Bone y Walker —dijo Bone—.

Alzaron sus acreditaciones.

—Señor —respondió el agente. Se irguió.

—¿El equipo forense sigue en el lugar?

—Están recogiendo ya. Un par de furgonetas se han ido, pero aún quedan uno o dos técnicos al otro lado del recinto.

—Gracias —respondió Bone—.

Siguieron por la entrada.

—¡Señor, agente! —llamó el policía tras ellos. Alzó dos juegos de cubrecalzado desechables—.

Los detectives regresaron.

—Un cuarto de siglo en el cuerpo y aún se me olvida, qué oportuno —dijo Bone, arrodillándose con torpeza para colocarse los cubrebotas—.

Siguieron una carretera estrecha y asfaltada que cortaba entre escombros y marañas de metal oxidado a ambos lados.

—Ahí están —dijo Walker, señalando, al otro lado del recinto, a tres o cuatro agentes de Criminalística (SOC) con monos de escena que se movían alrededor de dos vehículos calcinados—.

Bone se acercó al primero, que estaba arrodillado junto a la puerta ennegrecida, con la pintura ampollada, de lo que antes fue un Mercedes. —Estamos buscando a Jason Styles.

—Está en el siguiente lote —indicó el agente más adelante, por la pista—.

—¿Hay más? —preguntó Bone—.

—Otros cuatro. Debe de haber aquí más de dos millones de libras en coches de altas prestaciones hechos humo.

Los detectives continuaron más allá de los restos y, en lo alto de la pendiente, Bone avistó más vehículos calcinados junto a la valla perimetral.

—¿Hay alguien por aquí? —gritó Bone al llegar, escudriñando en busca de signos de movimiento—.

Una cabeza con capucha asomó por el otro lado de un BMW chamuscado.

—¿Jason Styles?

—Sí, así es —respondió Styles y salió a su encuentro—. —Buenas tardes, detectives. No sabía que la unidad de delitos rurales estuviera involucrada en esta investigación.

—No, estamos aquí para hablar con usted de los casos Dee y Torley.

—Vale, de acuerdo. Disculpad un segundo, que remato esto —trasteó con los botones de la cámara réflex que llevaba en las manos —. —Listo. ¿En qué puedo ayudaros? —se acercó, con el mono protector salpicado de hollín negro y mugre—. —Perdonad el aspecto. Este es un trabajo sucio —sonrió—. —¿Cómo va la investigación? Un caso tan trágico, terrible.

—Usted acudió a ambas escenas del crimen, ¿es así?

—Sí. ¿Hay algún problema? —Styles cambió el peso de una pierna a otra—. —Espero que no haya ninguna pega con las fotografías. Esta cosa se ha puesto un poco temperamental

últimamente —dio unos golpecitos en el lateral de la cámara—. —He pedido una actualización, pero ya sabéis, lo de siempre, a la cola.

—No, nada de eso. Antes trabajó en Peterhead, ¿verdad? —preguntó Bone.

Styles tiró de la manga de su mono y miró el reloj.—Perdone, señor, ¿le parece si hablamos mientras volvemos a mi coche? Necesito regresar a comisaría lo antes posible y preparar estas imágenes para OCU.

—Claro, sin problema —replicó Bone.

—Estarán mordiéndose el freno, como siempre. Styles se quitó la capucha del mono, dejando a la vista una cabeza calva con una marcada cicatriz rosada que cruzaba de lado a lado el cráneo. Se quitó la cámara, puso la tapa del objetivo y la guardó con cuidado en una maleta metálica que había dejado en la pista, a salvo de los coches calcinados.

Echó a andar de vuelta hacia la entrada y los detectives le siguieron.

—Su puesto anterior fue en Peterhead, ¿verdad?

—Sí, hace ya bastante. Sus cubrecalzados golpeaban con estrépito la superficie de la carretera. —No era una pregunta que esperase —añadió.

—¿Recuerda una investigación por asesinato que tuvo lugar en dos mil seis y que se conoció como el Asesinato del Carnaval? —continuó Bone.

—Vaya, todavía más aleatorio. He estado en tantos casos a lo largo de los años... ¿Podría concretar un poco para ayudarme a refrescar la memoria?

—Una joven reina del carnaval fue brutalmente asesinada, y el asesino envió imágenes y mensajes crípticos a la policía y a la prensa.

En la puerta, Styles asintió al agente y se dirigió a un Astra.

Se quedó mirando a Bone un instante, con los ojos, sin cejas, casi saliéndosele de las órbitas. —Me suena, sí. Abrió el maletero, dejó dentro el equipo, se sentó en el parachoques y tiró de los cubrecalzados.

—¿Qué fecha era, exactamente?

—Dos mil seis.

—Creo que fue justo antes de mi traslado a Kilwinnoch.

—¿No fue más bien un traslado que un ascenso? —preguntó Walker.

—En cierto modo, pero aquí tengo más autonomía. El doctor Cash es un jefe estupendo. Dejó de tirar del cubrecalzado, aún enganchado en el tacón de la bota. —Sí que recuerdo ese caso. Liberó la goma de un tirón. —No se me había pasado por la cabeza, pero tienen razón, las similitudes con el caso actual son bastante extraordinarias.

—¿Estuvo usted en el lugar recopilando pruebas fotográficas?

—Sí, estuve, y nunca atraparon al culpable, si no recuerdo mal. ¿No perdió los papeles el inspector al mando? Fue muy triste, bastante traumático para todos los implicados.

—¿Le afectó a usted? —preguntó Walker.

—No serían humanos si los delitos que tenemos que registrar día tras día no les afectaran, pero con los años he aprendido a desligar la emoción de lo intelectual y lo pragmático. Es la única manera de resistir.

—¿No se tomó unos meses libres cuando estaba en Peterhead? —insistió Walker.

—Sí, así fue, y fue entonces cuando encontré la forma —con la ayuda de unos asesores policiales brillantes, dicho sea de paso— de separar lo emocional de lo intelectual y lo práctico. Si alguna vez se ven metidos en un buen lío como me pasó a mí, les recomiendo de veras nuestro servicio de asesoramiento. Es insuperable. Sonrió a Bone, bajó la cremallera del mono y se lo quitó pierna a pierna.

—Ha mencionado que el caso del Carnaval quedó sin resolver. ¿Tiene alguna teoría de por qué fue así?

—Fue un rompecabezas. Las pruebas recogidas no arrojaron nada, y recuerdo que los sospechosos escaseaban. Se sentó de nuevo y se ató los cordones. —¿Cree que podría ser la misma persona?

—Bonitas botas —interrumpió Walker—.

—¿Estas? —Echó un vistazo a sus Doc Martens de diez ojales y les dio unas palmadas— Mis viejas de confianza. Sonrió.

—¿Son de dotación reglamentaria?

—Petición especial —respondió Styles—. Normalmente están reservadas para los agentes de unidades armadas, pero al final machaqué a la encargada del almacén y cedió.

—Me encantan —replicó Walker—. No me importaría tener un par.

—Usted nació y se crió en Crieff, ¿es así? —preguntó Bone.

—Sí. ¿Ha estado investigándome o qué?

—No, en absoluto. El doctor Cash lo mencionó. Mi tío vive allí.

—¿Cómo se llama? Igual lo conozco.

—¿Alan Bone?

Styles negó con la cabeza.

—El doctor Cash también dijo que solicitó entrar en la policía cuando dejó el colegio.

—Vaya que *ha* estado investigándome.

—Claro que no, solo sentía curiosidad por su camino hasta su trabajo actual.

Styles se puso en pie, sacó la americana del maletero y se la puso.

—Así fue, pero por desgracia, y tontamente, me lesioné en un accidente de esquí que me cerró las puertas de esa carrera. Pero, siendo sincero, en cierto modo fue una bendición disfrazada, porque encontré mi verdadera vocación, y algo en lo que soy muy bueno, dicho sea de paso.

—Vaya, su accidente de esquí suena doloroso. ¿Qué se hizo? —preguntó Walker.

—Me metí en el lado equivocado de Glenshee y me rompí casi todos los huesos del cuerpo, incluido este —se inclinó y dio unos golpecitos a la cicatriz de la coronilla—, que de algún modo desencadenó mi alopecia. Se pasó la mano por la calva lisa. Los médicos dijeron que tuve suerte de sobrevivir. Era un joven idiota y temerario por entonces. Pero, siendo justo, era un maldito buen esquiador, y fue el mal mantenimiento de la pista lo que provocó mi caída.

—Bueno, me alegro de que encontrara su sitio, por así decir —dijo Walker.

Styles se echó a reír. —Con tantas preguntas, cualquiera pensaría que he entrado en su lista de personas de interés. Miró hacia arriba. —Dios mío, estoy en ella.

—Solo intentamos poner los puntos sobre las íes y cruzar las tes, señor Styles, y eliminar a tanta gente como podamos de nuestras pesquisas. Con ese fin, sería de gran ayuda si pudiera decirnos dónde estuvo y qué hizo el domingo dieciocho de junio, digamos, desde las nueve de la noche hasta la mañana del lunes diecinueve, sobre las ocho.

—Es extraordinario —dijo Styles, negando con la cabeza—. Porque resulta que trabajé en un caso hace casi veinte años con algunas características similares, ¿creen que eso es motivo suficiente para interrogarme? Si siguen esa lógica, no darán abasto. Debe de haber cientos, si no miles, de casos con detalles comparables.

—Como he dicho, es solo el procedimiento habitual.

Styles infló las mejillas y soltó el aire. —No me puedo creer que esté accediendo a esto. Se quedó pensando un momento. Estuve en el cine, el Glasgow Film House. Fui a ver una película española titulada *El Gatopardo*.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó Bone.

—La sesión de las nueve. Salí del cine a las once y cuarenta y cinco y me pasé por el bar de al lado a tomar una pinta. El Mulberry Arms, un timo caro y pretencioso, pero la película fue dura y necesitaba relajarme antes de conducir a casa. Y, antes de que lo pregunte, solo tomé una.

—¿Cuándo se fue del pub?

—¿En serio? —puso mala cara—. ¿Seguimos con esto? Vale, sobre las doce y cuarenta y cinco, recogí el coche en una calle cercana y conduje a casa; llegué entre la una y media y las dos de la madrugada. ¿Algo más? —se detuvo a tomar aire, irritado—. Ah, y pagué la entrada del cine con el móvil, si necesitan pruebas.

—¿Le acompañó alguien?

—No, fui solo y, para que quede claro, eso no me convierte en un solitario perturbado con fijación por reinas del baile.

—Siento molestarle, señor Styles, pero nuestro trabajo es asegurarnos de que no dejamos piedra sin mover.

—No es nada agradable cuando has entregado tu vida al cuerpo. He de decir que me resulta más que un poco insultante.

—Le agradecemos su cooperación, señor Styles —dijo Walker—. Si pudiera enviarnos una copia de la entrada del cine, nos sería de gran ayuda.

Styles negó con la cabeza y cerró de un portazo el maletero del coche. —De verdad tengo que seguir con mi trabajo. ¿Había algo más? ¿Estoy libre para irme o van a detenerme? Styles parecía a punto de echarse a llorar.

—Por ahora, eso es todo —replicó Bone.

Styles subió al coche, dio marcha atrás hasta el camino y salió a toda velocidad.

—Interesante —dijo Bone.

—Siendo justos, creo que podría responder así si fuera inocente. Aunque yo estaría más por soltarle un puñetazo a los agentes que interrogan que por echarme a llorar.

—¿A qué ha venido eso?

—¿Le hemos herido el orgullo?

—¿O lágrimas de Óscar? ¿Crees que me he pasado? —preguntó Bone—. Si es culpable, entonces sabe que vamos tras él.

—¿Y si no?

—Entonces, a juzgar por cómo estaba, esperaría una queja oficial o, como poco, una bronca del super.

—Parecía muy dispuesto a largarse en cuanto mencionamos Peterhead.

—Ahí, en rigor, hay un motivo legítimo. inspector jefe Laurence, que dirige la OCU, no es hombre al que convenga hacer esperar.

—¿Tú crees?

Bone echó un vistazo hacia la verja. —¿Te fijaste en su forma de andar?

—Sin cojera.

—Sí, eso me inquieta.

—Tengo una teoría al respecto —dijo Walker.

Bone abrió la puerta del conductor del Saab. —¿Ah, sí? Cuenta —dijo.

—Déjame comprobar una cosa antes, no vaya a hacer el ridículo.

—Vale. Creo que tenemos que seguir pescando alrededor de este tipo y ver si hay más arenques nadando por ahí.

—Esperemos que no de la variedad roja —replicó Walker.

Cuarenta y Tres

—Tengo más sobre Jason Styles, señor —dijo Baxter cuando Bone volvió a la sala de incidentes—. Su solicitud para agente no fue rechazada por Police Scotland, como pensé al principio. La retiró después de completar y, posteriormente, suspender las pruebas psicométricas que forman parte del proceso. Los resultados no tienen desperdicio.

Le entregó una fotocopia del informe y Bone ojeó el documento.

—Mire las conclusiones al final.

—Carencia de empatía, poco compasivo, nada colaborador, egoísta, frío, bravucón, visión del mundo narcisista... Joder, ¿por qué lo rechazaron? Con ese perfil, sería un excelente inspector jefe de investigación.

—¿Quién sería ese? —La voz de Gallacher retumbó por toda la sala de incidentes.

Bone se dio la vuelta de golpe. —Perdón, señor. Estamos mirando un informe de aptitud de una persona de interés.

—Una palabra, Duncan, si no le importa —dijo Gallacher con el ceño fruncido.

—Tengo más, señor —añadió Baxter.

—¿Puede darme cinco minutos, señor? —le pidió Bone a su jefe.

—Ahora, inspector jefe Bone —replicó Gallacher, y salió marcando el paso.

—Rezad por mí —dijo Bone al equipo, y siguió a su jefe fuera.

—Hace unos treinta minutos he recibido una queja —dijo Gallacher, dando un portazo en su despacho.

—Pues ha tardado poco —gruñó Bone.

—¿Qué demonios está haciendo, Duncan?

—Tenemos motivos para creer que Jason Styles, el fotógrafo forense de la comisaría, podría estar en el punto de mira por los asesinatos de Dee Dee y Tommy Torley.

—¿Podría o lo está?

—Hay un par de cosas que tenemos que encajar, pero estamos convencidos...

—Ustedes siempre están condenadamente convencidos, y eso es lo que me preocupa —Gallacher se dejó caer en su mesa—. Si este caso ya no fuera lo bastante malo, ¿ahora vamos a señalar a uno de los nuestros? ¿Sabe lo desesperados que sonamos?

—No más que de costumbre —replicó Bone.

—No se ponga listo. No estoy de humor —Gallacher se alisó el pelo, excesivamente lacado.

—Hace quince años, Jason Styles trabajaba en la comisaría de Peterhead y, en dos mil seis, asesinaron a una joven reina del carnaval.

—¿Y qué? Trabaja en la científica. Su trabajo es el asesinato.

—Justo eso es lo que nos preocupa.

—Ya sabe a lo que me refiero.

—Los asesinatos de la Semana Cívica son una copia calcada del caso de dos mil seis: fotos, los mismos mensajes a la prensa, todo, y la Unidad de Crimen nunca atrapó al asesino, así que sigue suelto. En el noventa y cinco, Styles solicitó entrar en la Academia de Policía, pero suspendió por ser, bueno, un gilipollas emocionalmente frío y narcisista, por decirlo finamente.

Gallacher alzó la vista.

—Ha sido un día largo. Disculpe, señor.

—Vale. Puedo ver su lógica —suspiró Gallacher—. ¿Qué grado de confianza tiene en que Styles sea nuestro hombre?

—Como digo, hay un par de detallitos que tenemos que atar, pero cuando nos reunimos con él esta mañana, su comportamiento fue claramente extraño.

—Claramente extraño no le va a valer al procurador fiscal, Duncan. Puedo guardar su queja en un cajón unas horas, pero si va a ir más allá con esto, necesitará motivos irrebatibles para hacerlo.

—Estamos en ello.

—Hasta que tenga hechos concretos, no quiero que lo vuelvan a interrogar, detener, interrogar otra vez ni atosigar. ¿Ha quedado claro?

—Señor.

—De lo contrario, casi seguro que lo hará público. ¿Y no tienen otros sospechosos?

—Todo son callejones sin salida.

—Ay, Dios mío. Se da cuenta de que mañana son el desfile y el concierto.

—Sí, soy muy consciente. ¿Cree que Styles irá de la lengua?

—Sinceramente, no lo sé. Sospecho que no. Le advertí lo que la prensa podría hacerle, pero estaba tan enfadado que puede ir por cualquiera de los dos caminos.

—Mierda —murmuró Bone.

—Y por añadir más alegría, sabe que el alcalde y el ayuntamiento están preparando un homenaje especial a Dee Dee, con invitados sorpresa que vienen de todas partes. Logística se está tirando de los pelos para dotar de medios a la seguridad.

—Genial. ¿Quiénes son?

—Ah, yo qué sé, las últimas sensaciones del pop que apenas tienen edad para limpiarse el culo. Pero seguro que saldrá todo el pueblo, junto con media jodida Escocia y los medios, que estarán esperando a que la caguemos, como siempre.

—¿Entonces sin presión? —esbozó una mueca Bone—. Pero Ferguson lo tiene todo controlado, ¿no?

—El equipo de búsqueda solo puede hacer lo que puede con los recursos limitados de que dispone. No pueden estar en todas partes a la vez. Por eso necesitamos cerrar esto. Ahora. Mismo. Ya —golpeó su mesa con el dedo, y un bolígrafo rodó por el borde—. Mierda —murmuró, y se inclinó para recogerlo. Ajustó la hilera de instrumentos de escritura alineados con esmero delante de él, colocó

con cuidado a su compañero díscolo en un extremo y trasteó con su posición hasta quedar satisfecho.

Alzó la vista hacia Bone, que le devolvió la mirada, momentáneamente hipnotizado.

—¿Sigue aquí? Eso es todo, Duncan.

—Señor —respondió Bone— y se marchó.

Cuarenta Y Cuatro

Cuando Bone volvía a entrar en la sala del caso, Walker apareció detrás de él.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—Acabo de tener una charla interesante con el jefe de suministros sobre el equipo y, en particular, sobre las botas reglamentarias.

—Estás obsesionado con esas Doc Martens, ¿a que sí? —replicó Bone.

—Cuando Styles se quitó el equipo de protección, me fijé en que uno de los tacones de sus botas parecía ligeramente más alto que el otro y, como dijo que eran de dotación, me quedé con la mosca detrás de la oreja.

—Entonces, ¿qué dijo el encargado?

—Styles pasa gastos por unas botas adaptadas especialmente, con el tacón izquierdo elevado.

—¿Y eso qué significa?

—Que consigue botas con un tacón y una plantilla integrados que corrigen la altura, y el cuerpo cubre el coste.

—¿Para qué las necesita?

—Esa fue mi siguiente pregunta. El almacén de material atendió su solicitud por una discapacidad que sufrió al inicio de su vida adulta.

—El accidente de esquí.

—Exacto. El jefe de suministros dijo que Styles a menudo bromea con que los cirujanos que le reconstruyeron la pierna izquierda lo convirtieron en un haggis salvaje.

—No lo pillo —Bone se encogió de hombros.

—¿Con una pierna más corta que la otra?

—Entonces, cuando no lleva la bota adaptada, ¿cojea? —preguntó Harper.

—Si una pierna es más corta que la otra, diría que sí. A no ser, claro, que estés subiendo y bajando montañas; entonces nadie va a darse cuenta —bromeó Walker.

—Eso no explica al hombre que corría cojeando —dijo Bone.

—Quizá esa noche no llevaba las botas adaptadas, o se le olvidaron.

—O es una persona completamente distinta.

—Vamos, jefe. Creo que tenemos suficiente para traerlo e interrogarlo otra vez.

—Gallacher me ha dicho que ni se me ocurra. Sigue siendo circunstancial. Ya sé que tenemos al testigo que vio al corredor renqueante, pero es demasiado endeble.

—Con el debido respeto, jefe, acabamos de arrastrar a otros tres sospechosos con pruebas circunstanciales de chichinabo, así que no sé dónde está la lógica —dijo Walker.

—En la central no hay nada lógico, Rhona. Entiendo tu frustración. Estamos todos jodidamente frustrados. Pero Gallacher está atrincherado y, por una vez, le veo el punto. Si presionamos a Styles y él se va a la prensa el día antes del gran desfile, con todo el puñetero mundo cayendo sobre Kilwinnoch... ¿te imaginas cómo va a salir en los periódicos y cuando McKinnon le meta el diente? ¿Ese es el marrón que queremos desatar? —Bone se frotó la cicatriz de la frente— Seguiremos cavando.

—Hablando de cavar —intervino Baxter.

—Sí, ¿qué ibas a contarme antes de que nos interrumpieran de malas maneras? —preguntó Bone.

—Lo del TEP me hizo pensar en Styles. Había algo en ese nombre que me sonaba en la parte legal del cerebro.

—¿Tienes otra parte? —interrumpió Walker.

—Eso, y que es de Crieff. Y luego, a las tantas de la madrugada, mientras me preocupaba por Mark, de repente caí.

—Nos tienes en ascuas, Sheila —dijo Bone.

—En el noventa y uno, cuando trabajaba para la Fiscalía en Edimburgo, llevamos un caso espeluznante: el secuestro y asesinato de una niña de nueve años durante la Semana Cívica anual del pueblo. Se llamaba Abigail Devine.

—Vale —dijo Bone.

—El caso fue famoso porque, tras una búsqueda exhaustiva del asesino, resultó ser el padrastro afligido quien cometió el crimen.

—De momento tenemos a alguien que desaparece durante la Semana Cívica, pero ¿qué tiene que ver esto con Styles?

—Espera, que voy —lo cortó Baxter—. El padrastro intentó deshacerse de la víctima canibalizándola.

Bone se echó atrás.—¡Jesucristo, es espantoso!

—Pero lo pillaron cuando La Científica encontró lo que quedaba de la pobre niña en un desagüe atascado. Su dedo meñique. Su pinkie.

—Esto es perturbador —dijo Walker.

—Prueba a leerte el sumario en detalle —replicó Baxter—. En fin, la niña tenía un hermano de trece años que estaba con ella en ese momento. Se llamaba James. Cuando la madre de Abigail y James se divorció, se volvió a casar con el psicópata, y el apellido de la familia cambió a Devine desde...

—¿Styles, por ventura? —lo interrumpió Bone.

—Correcto. A menos que sea una coincidencia total, creo que Styles es el hermano.

—Clac, clac —murmuró Bone, negando con la cabeza.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Baxter.

—Nada. ¿Y el nombre de pila, James?

—Puede que también lo cambiara, para que nadie hiciera la conexión.

—Excepto tú, Sheila.

Baxter sonrió.—Por desgracia, no pude encontrar ninguna documentación fotográfica de James Styles, ni siquiera en la prensa, así que no hay una identificación sólida sobre la que trabajar.

—Vale, si es el hermano, desde luego eso podría tener un impacto potencialmente demoledor en su estabilidad mental. Excelente trabajo, Sheila. Y ahora, como recompensa, necesito que hagas una cosa más.

—Siempre hay una cosa más, jefe.

—Styles afirmó que fue al Glasgow Film House la noche del asesinato de Dee Dee. Cogió su coche y aparcó en lo alto de Sauchiehall Street. Ha prometido mandar una copia de su billete electrónico de la película. ¿Podrías comprobarlo?

—Sí, jefe —asintió Baxter y volvió a su mesa.

—Seguro que tenemos causa suficiente al menos para reentrevistarlo, ¿no? —dijo Walker.

—Creo que sí, pero aunque sea el hermano de la víctima, no prueba nada y, si es inocente, ¿cómo crees que va a reaccionar el super si nos lanzamos a por Styles con esto? Sigamos por ahora y veamos dónde estamos dentro de unas horas. Vamos a necesitar más.

El equipo trabajó hasta las once, cuando Bone dio la jornada por terminada y se fueron a casa.

Saliendo de la comisaría a trompicones, Bone revisó sus mensajes, pero no había más noticias del hospital. Volvió a mirar el reloj. Era demasiado tarde para llamar a Alice y se preguntó si sería sensato molestarla. Se palpó los bolsillos buscando la llave de su antiguo piso, pero la había dejado en la cabaña.

—Pues a fastidiarse, entonces —masculló.

Con un gemido sonoro, dejó caer sus miembros doloridos en el asiento del conductor del Saab. Antes de ponerse en marcha, estuvo a punto de mandarle a Gallacher un mensaje con novedades, pero hizo una mueca solo de pensarlo y, en su lugar, fue pasando unas fotos recientes que había hecho a Michael y Alice en la cabaña. Mientras iba desplazándose lentamente por la carpeta, se le fueron cerrando los ojos y, segundos después, estaba profundamente dormido, con la cabeza vencida contra la ventanilla con un golpe seco.

Cuarenta Y Cinco

Incapaz de dormir, Provost Rennie bajó de nuevo y se preparó un chocolate caliente. Mañana era un día importante, y su cerebro se negaba a hacerle el juego e irse a la cama. Se dejó caer en la mesa de la cocina y sorbió su bebida despacio. Su teléfono, apoyado a su lado, vibró, y dio un respingo.

—¿La Provost Rennie? —preguntó la voz al otro lado de la línea.

—Sí, ¿quién es?

—El inspector Reeves otra vez. Siento molestarla a estas horas.

—¿Ha pasado algo?

—No, en absoluto, pero he creído conveniente avisarla de que nos ha llegado un aviso desde la comisaría: el culpable sigue suelto y debe mantenerse usted vigilante.

—¿Así que nada de un avance decisivo?

—Me temo que no. Desplegaremos agentes adicionales para los actos de mañana, pero quería confirmar que desea seguir adelante.

—Creo que hemos pasado el punto en que cancelar o aplazar sea una opción, inspector —dijo Provost Rennie.

—Nunca es tarde, provost.

—No podemos dejar que monstruos como ese se salgan con la suya jamás. Permanecemos unidos y el espectáculo debe, y va a, continuar.

—Señora —dijo el inspector—. Le recomendaría, por tanto, que revisara su seguridad y mantuviera el botón de alerta que le dimos a

su lado en todo momento.

—No se preocupe por mí. Puede que le parezca una jubilada frágil, pero cuando mi marido vivía íbamos juntos a clases de jiu-jitsu. Cierto es que hace tiempo que no lanzo a nadie por encima del hombro, pero soy más que capaz de cuidarme sola.

—Nunca lo dudé, señora —replicó el inspector—. Igual la ponemos mañana en la seguridad de recepción —bromeó.

—Estoy bien y tengo plena confianza en que su equipo protegerá a nuestra comunidad.

—La veré en la reunión informativa de la mañana.

—Buenas noches, inspector.

—Y asegúrese de revisar puertas y ventanas.

—Buenas noches, inspector —repitió. Colgó, tiró su ya frío chocolate por el fregadero y, tras una rápida vuelta por la casa para comprobar la seguridad, volvió al dormitorio.

Alisó sus ropajes de ceremonia, colgados de la puerta del armario, y, en el tocador, ajustó la cadena ceremonial, extendida sobre la superficie, lista para ponérsela por la mañana.

Se metió bajo el edredón, mulló la almohada a golpes y se recostó. Con un profundo suspiro, cerró los ojos y se imaginó paseando por su playa favorita en Devon, el mar lamiéndole los dedos de los pies, y su mente por fin se fue aquietando hasta un plácido sopor. Unos minutos después, roncaba con fuerza, su vía aérea áspera haciendo vibrar un vaso vacío apoyado en la mesa de noche.

Una puerta se cerró de golpe. Abrió los ojos. Pero antes de que pudiera levantar la cabeza, una figura saltó desde la penumbra y cayó sobre su pecho. Instintivamente, intentó zafarse, pero el peso era excesivo y algo se tensó alrededor de su cuello, bloqueando su respiración ya de por sí restringida. Sofocada, forcejeó, pero la figura se deslizó aún más hacia delante para atraparle los brazos bajo unas piernas enfundadas en un mono.

El agarre apretó más, aplastándole la tráquea. La falta de oxígeno le quemaba los pulmones y las extremidades. Miró hacia los

fríos ojos airados del agresor enmascarado que flotaba sobre ella e intentó suplicar clemencia, pero ningún sonido pudo escapar de su laringe constreñida.

El atacante se ladeó, aplicando más presión al torniquete mortal. La provost aprovechó su oportunidad y liberó un brazo y, en un movimiento seco, estrelló la base de la mano directamente contra el centro del pasamontañas de su atacante.

La fuerza del golpe lo lanzó hacia atrás y fuera de la cama. La figura se arrastró hasta la pared, aullando de dolor.

Provost Rennie se arrancó el objeto que tenía enrollado al cuello y, jadeando, se lanzó hacia la mesilla. Tirando del cajón, rebuscó frenética en su interior.

Recuperado ya en pie, el asaltante se tambaleó hacia ella, aún sujetándose la cara. Desesperada, volcó la mesilla. Esta cayó hacia delante y un objeto rodó fuera del cajón superior. Ella lo atrapó al vuelo. El atacante se lanzó a por sus piernas. Ella giró sobre sí misma y, trasteando con el bote del tamaño de un puño, apretó el botón y un chorro de gas pimienta siseó por la boquilla y le dio al hombre de lleno en los ojos.

Él retrocedió de nuevo, braceando, buscando a ciegas la puerta. Se catapultó a través de ella y se dirigió a la escalera, pero la provost ya estaba de pie y detrás de él. Tropezó y cayó a tumbos por las escaleras hasta la planta baja y corrió gritando hacia la puerta principal. Pero antes de alcanzarla, perdió el equilibrio y su cuerpo se estrelló contra la pared.

Tosiendo y resollando, se puso en pie a trompicones y estaba ya en la puerta cuando Provost Rennie le dio alcance. Le soltó una patada con todas sus fuerzas en el trasero, y él prácticamente salió volando por unos instantes mientras salía disparado hacia su jardín delantero.

—Sí, corre, maldito cobarde —jadeó, frunciendo el ceño al ver a su agresor zigzaguear de forma errática al otro lado de la calle y desaparecer por una bocacalle.

Instantes después, apareció la anciana vecina de al lado de Provost Rennie.

—¿Qué ha sido todo ese ruido? —preguntó, y luego vio a Rennie tendida en el umbral—. Dios mío, ¿qué ha pasado? —exclamó la mujer, arrodillándose para ayudarla.

—Llama a la policía —jadeó Rennie.

—¿Estás bien? —preguntó la vecina.

—Estaré bien en un minuto. Llama a la policía y diles que acaba de salir huyendo —la provost tosió y volvió a tragar aire.

—No intentes hablar —dijo la vecina. Se metió la mano en el bolsillo de la bata, sacó el teléfono y marcó el 999.

—Ya vienen. Tres minutos. Vamos a quitarte esto —le retiró con cuidado la cadena ceremonial del cuello en carne viva de la provost —. ¿Quién te ha hecho esto?

—Ayúdame a levantarme —dijo Rennie—. Se fue por ahí — intentó moverse, pero sus extremidades no obedecieron y volvió a desplomarse.

—Tienes que quedarte quieta, Karen. Puede que haya algo roto. Esperemos a los servicios de emergencia. ¿Te acerco una manta y un poco de agua?

—No, hay que atraparlo antes de que se haya ido.

—Quédate ahí. La policía ya viene. Son más rápidos que nosotras —insistió su vecina y, con una sonrisa nerviosa, le cogió la mano a la provost.

Juntas, aguzaron el oído en busca del sonido de las sirenas.

Cuarenta Y Seis

El rugido del saxofón de John Coltrane sacudió a Bone y lo devolvió a la vigilia. El móvil se le resbaló de la rodilla y cayó por el lateral del asiento, mientras el *Love Supreme* de Coltrane seguía arremolinándose y llenando el coche con un melodioso estruendo. Pensando que estaba en la cama, se inclinó para cogerlo, pero se dio un coscorrón contra el volante.

—Mierda, joder, mierda —murmuró, con la boca casi incapaz de articular su maldición frustrada. Por fin alcanzó el teléfono, lo sacó de entre el asiento y la puerta y, trasteando con los botones, pulsó el de llamada y Coltrane enmudeció.

—¿Hola? —tosió.

—Señor, soy Rhona.

—¿Qué hora es? —preguntó, frotándose los ojos, con los oídos aún vibrando por el torbellino del saxo.

—Las tres y veinte. ¿Está en la cabaña?

Bone miró a través del parabrisas, intentando darle sentido a la oscuridad de fuera. Entonces divisó la verja del aparcamiento de la comisaría.

—No, sigo en Kilwinnoch. ¿Qué pasa?

—Voy de camino a la casa de la Lord Provost Rennie. Acabo de recibir aviso de los primeros intervinientes de que la han atacado.

—Dios... ¿Está bien?

—Por lo visto sí. Los agentes están peinando la zona en busca del agresor.

—¿Por qué no me han llamado?

—Creo que no han conseguido localizarle.

—Dios, debo de haber dormido toda la discografía de Coltrane.

—¿Cómo?

—Da igual. ¿Nuestro hombre vuelve a actuar?

—Por suerte, creo que se ha topado con la horma de su zapato.

—¿La Lord Provost Rennie?

—Nunca juzgue un libro por la portada, señor —sonrió Walker.

—Las Abuelas del Infierno —replicó Bone—. Bien, estoy con usted en cinco minutos.

—Le mando la dirección por mensaje —dijo Walker.

Echando un vistazo al retrovisor exterior, se alisó el pelo alborotado y se rascó la sombra de barba que le asomaba en la barbilla.

—Menuda pinta —murmuró y arrancó el coche.

Cuando los detectives pasaron junto a los dos agentes en el escalón de entrada de la Lord Provost, su voz resonó por el pasillo.

—No, inspector, no voy a permitir que un idiota como ese intimide, amedrente ni descarrile un desfile y un concierto conmemorativos en honor de la misma persona a la que asesinó.

—No es ningún idiota, Lord Provost —replicó el inspector Ferguson.

Bone y Walker se acercaron a la pareja en la cocina.

—Es un individuo muy peligroso que sigue suelto y supone un peligro para nuestra comunidad.

La Lord Provost estaba encaramada a la mesa de la cocina, imponiéndose sobre el policía como si estuviera a punto de echarse sobre él. Bone y Walker se sentaron enfrente.

—Aun así, conseguí echarlo de la casa a patadas, aullando como un crío con una astilla. Eso es más de lo que puede decirse de su equipo de seguridad, inspector. Así que le sugiero que saquen todos

el dedo del culo y atrapen a ese loco antes de que yo le provoque todavía más dolor al cabrón.

La Lord Provost miró a los detectives, y Walker contuvo una sonrisa.

—Buenos días, inspector jefe Bone, inspectora detective Walker —asintió con firmeza.

—Siento muchísimo que haya tenido que pasar por esto, Lord Provost —dijo Bone.

—Créame, he aguantado reuniones del ayuntamiento peores, inspector jefe Bone.

—¿Cree que su agresor y el asesino son la misma persona? —preguntó Bone.

—Por supuesto —confirmó la Lord Provost.

—¿Qué le hace estar tan segura? ¿Cabe la posibilidad de que el culpable fuera, por ejemplo, un ladrón?

—Podría haberlo pensado hasta que ese supuesto ladrón intentó estrangularme con el objeto más caro de la casa —se pasó la mano por las marcas rojas del cuello.

—Usó la cadena ceremonial como collar para asfixiarla —dijo el inspector Ferguson.

—El graciosillo se cree muy ocurrente —la Lord Provost se encogió de hombros.

—La Científica está de camino. Ha dejado ADN a mansalva —añadió Ferguson.

—Sí, su sangre me ha arruinado la moqueta de arriba. Eso no sale ni a tiros —interrumpió la Lord Provost.

—La Lord Provost puede que le haya roto la nariz al sospechoso —dijo Ferguson—, así que, si está en la base de datos, quizá tengamos un nombre muy pronto.

—¿Puede? Le encajé un teisho-uchi de lo más respetable —replicó la Lord Provost.

—¿Podríamos disponer de un par de sus agentes, inspector? —preguntó Bone.

—¿Para qué? Vamos muy justos.

—Tenemos que hacerle una visita a alguien, y quizá necesitemos apoyo.

—¿Tienen algún sospechoso en mente? —interrumpió la Lord Provost.

—Eso espero, sí, pero necesitaremos un par de agentes antes de poder confirmarlo.

—De acuerdo, los equipos de búsqueda siguen por el barrio. Adelante.

—Perdone de nuevo por esto, Lord Provost Rennie —dijo Bone y salió a toda prisa con Walker pegada a sus talones.

Cuarenta Y Siete

El adosado de Styles se encontraba al fondo de un desierto callejón sin salida a las afueras de Kilwinnoch. Bone aparcó en lo alto de la calle y el coche patrulla que los había estado siguiendo se detuvo detrás.

—La casa del sospechoso es aquella con el revestimiento de gravilla blanca. ¿La ves?

Bone abrió el maletero del Saab, sacó un par de chalecos y le dio uno a Walker.

—Por si se pone farruco —dijo Bone.

Se los pusieron.

—Vale, la inspectora detective Walker y yo llamaremos a la puerta principal. Ustedes dos colóquense a ambos lados del adosado y vigilen cualquier salida trasera.

—Señor —respondió uno de los agentes.

Echaron a andar calle arriba.

—¿Estás completamente seguro de esto? —preguntó Walker antes de seguirle—. ¿Y si es inocente?

—Entonces nos iremos de cabeza al infierno, pero los dos sabemos que eso no va a pasar.

Cuando llegaron a la puerta principal, Bone estaba a punto de llamar al timbre cuando Walker lo detuvo.

—Señor —le agarró del brazo y señaló el escalón de la entrada—. Estaba salpicado de un líquido que relucía bajo la farola cercana.

Bone se arrodilló para mirarlo más de cerca.

—Sangre —dijo. Echó a correr de nuevo por el sendero y silbó a uno de los agentes que se deslizaba por el lateral del garaje.

—Hay sangre aquí en el escalón —susurró Bone al agente—. Creemos que hay una amenaza para la vida, así que vamos a tirar la puerta abajo.

—Déjeme a mí, señor —respondió el agente.

Los detectives se apartaron. El agente dio un par de pasos atrás, luego corrió hacia la puerta y la embistió con el hombro contra el panelado de madera, pero la cerradura se negó a ceder y el agente rebotó de vuelta al sendero, agarrándose el brazo con un rictus silencioso de dolor.

—Por el amor de Dios —dijo Walker y, alzando la bota, pateó con todas sus fuerzas; el marco crujió. Volvió a patear, esta vez con más fuerza, y la puerta se abrió de golpe, estrellándose contra la pared interior.

—¡Policía! ¡No se muevan! —gritó Walker por el oscuro pasillo.

—Arriba —ordenó Bone al agente.

Siguieron avanzando, echando puertas abajo a izquierda y derecha, hasta llegar a la cocina. Walker encendió la luz, pero no había rastro de Styles.

—¡Señor! —llamó el agente desde el rellano.

Bone subió a toda prisa. Walker continuó.

—¿Qué ocurre? —jadeó Bone, encontrando al agente en el dormitorio que daba a la calle.

—Esto —dijo él.

El dormitorio estaba vacío de muebles, pero fotografías de diversas formas y tamaños cubrían cada centímetro de pared, con más esparcidas por la moqueta y alrededor de sus pies.

—Dios mío —exclamó Bone.

—Y allí también —dijo el agente. Señaló el techo.

—Clic, clic —murmuró Bone.

—¿Cómo? —preguntó el agente.

Walker apareció en el umbral. —No hay rastro de él.

—Fíjate en el papel pintado —dijo Bone, inclinándose para mirar más de cerca.

—¿Qué demonios es esto? —dijo Walker.

—Fotos de víctimas en escenas del crimen —respondió Bone, clavando la mirada en un grupo de rostros cenicientos; máscaras mortuorias sin vida con ojos ennegrecidos que le devolvían la mirada. Se estremeció.

—Esto es horroroso —dijo el agente y resopló.

—¿Son todas estas sus víctimas? —preguntó Walker.

—Recemos para que sean casos que ha documentado por trabajo y no que haya instigado él.

—¿Qué es eso de la esquina? —Se acercó a una caja rectangular gris del tamaño de un archivador. Se arrodilló—. Creo que es una impresora digital. Profesional.

—Mira aquí —dijo Bone, examinando un conjunto de fotos apiladas contra la pared del fondo—. Son todas imágenes de Dee Dee. Debe de haber más de cincuenta. —Deslizó el montón de lado con el nudillo.

—Debió de girarla sobre un costado para conseguir esa —dijo Walker, con un gesto de repugnancia ante una grotesca toma de perfil del cráneo fracturado de la víctima.

Bone vio otro conjunto pavoroso apelotonado en la bandeja de la impresora. —Y aquí, víctima número dos —dijo.

—Qué asco —gruñó Walker.

Bone salió corriendo y encontró al agente merodeando en lo alto de las escaleras, ahora con un aspecto algo pálido.

—Comuníquese por radio con su superior. Dígale que necesitamos refuerzos aquí y que instruya al inspector Ferguson y a su equipo para localizar, capturar y detener al fotógrafo de la Científica Jason Styles en relación con los asesinatos de la Semana Cívica.

El agente alzó la vista de su libreta. —¿Uno de los nuestros hizo todo esto?

—Y hay que emitir un comunicado dirigido a toda la ciudadanía para que no se acerque a Styles. ¿Le ha quedado claro?

—Sí, señor.

—¡Pues hágalo! —ordenó Bone.

El agente bajó corriendo y Bone volvió a la habitación de los horrores.

—He encontrado esto en el suelo junto a la ventana —dijo Walker y le entregó a Bone cuatro trozos rasgados de papel rayado, cubiertos de garabatos a mano—. Unos ensayos de publicaciones de troleo para la víctima.

Hoy te mato, zorra. No mereces vivir. Yo soy la única Deeva, puta impostora. —Bone alzó la vista— ¿Deeva1?

—Correcto —asintió Walker—. Asqueroso, repugnante, capullo.

La impresora soltó de repente un chasquido fuerte. Una luz verde en la parte superior comenzó a parpadear y, con un zumbido grave, una hoja A4 de papel fotográfico fue saliendo lentamente del alimentador.

—¿Y esto qué coño es ahora? —dijo Bone, acercándose a la máquina.

El papel salió del todo, deslizándose sobre las imágenes del rostro hinchado de Torley y cayendo al suelo. Bone se agachó y lo agarró. Un lado estaba en blanco, pero en el otro, un mensaje garabateado en tinta roja ocupaba el centro.

Bone le tendió la hoja a Walker.

—Una muerte nunca basta —leyó ella.

—Tiene que estar cerca, ¿no? —Bone salió disparado al rellano.

—No necesariamente. Podría enviar esto en remoto desde cualquier sitio —replicó Walker.

—Se está burlando de nosotros, joder —maldijo Bone—. ¿Dónde está el resto del equipo?

—Arropados en la cama, supongo.

—Despiértales. Pide a Sheila que revise los expedientes de Styles y mire si tiene familiares o amigos cerca que puedan darle cobijo, o si tiene una segunda residencia; cualquier cosa que nos lleve hasta el cabrón. Mientras te ocupas de eso, yo despertaré al superintendente con las buenas noticias, y recemos para poder pararlo antes del desfile y el concierto de mañana.

Cuarenta Y Ocho

Cuando Bone y Walker llegaron a lo alto de la calle principal, el sol ya había salido. Harper y Mohan salieron de un grupo de ocho agentes de uniforme que se dirigían hacia ellos.

—Buenos días —dijo Harper al acercarse—. He pensado que os podrían venir bien estos.

—Will, eres un auténtico sol —dijo Walker, y cogió uno del portavasos.

—¿No te dije yo que, al final, nos sería de alguna utilidad? —dijo Bone—. Muchas gracias.

—En realidad, los ha pagado Sanjit —admitió Harper.

—Retiro lo dicho. No vale para nada. Gracias, tío.

—Sin problema —sonrió Mohan.

—¿Qué hora es ahora? —preguntó Bone, alzando la tapa de su bebida y aspirando con deleite.

—Poco después de las seis —respondió Mohan.

—Supongo que vuestra búsqueda también ha sido infructuosa, ¿no?

—Sí, ni rastro de Styles en ninguna parte. Hemos estado con un equipo peinando la parte baja del pueblo y nada.

—Hay agentes apostados en la estación de autobuses y tren, y en todas las carreteras de entrada y salida de Kilwinnoch —añadió Harper—. Pero la gente está empezando a llegar, y ya hay un par de

carrozas en el aparcamiento del Scotfresh, preparando la salida del desfile.

—Joder, qué pronto. Pensaba que no empezaba hasta las once.

—Hablamos con uno de los equipos de las carrozas y, por lo visto, les han dicho que monten temprano para que la policía y seguridad puedan tenerlos controlados —dijo Mohan.

—La situación solo va a complicarse a medida que llegue más gente —suspiró Bone—. ¿Dónde diablos está?

Los teléfonos de Bone y Walker sonaron a la vez.

—Sujeta esto. Bone le pasó su vaso a Mohan, encendió el móvil y abrió el mensaje. —'*Tick-tock - time - running - out'* —dijo Bone, y miró a Walker.

—A mí también —dijo Walker, levantando el móvil.

—¡Cabrón! —soltó Bone—. Aquí nos tiene cogidos por los cojones.

—¿No creerás que nos está vigilando, no? —preguntó Harper.

Los detectives escanearon las tiendas y las ventanas de los pisos cercanos en busca de señales de movimiento.

—La zona está a rebosar de equipos de búsqueda —respondió Bone—. ¿Sería tan estúpido?

—O tan arrogante —añadió Walker.

—Hasta me ha quitado las ganas —dijo Bone, tirando su café a medio terminar en la papelera cercana—. Bien, reanudemos la búsqueda. Rhona, llama al inspector Ferguson y dile que empiece con puerta a puerta a lo largo de la calle principal, antes de que lleguen las carrozas y las hordas; y vosotros dos, reuníos con los equipos de búsqueda que vienen desde el aparcamiento del Scotfresh. Dos furgones pasaron a toda velocidad y Bone se volvió en redondo. —¿Eran furgones de la unidad de respuesta armada?

—Creo que sí —respondió Harper.

—¡Jesucristo!, le ordené a ese poli que pidiera a los armados que estuvieran en preaviso, no un asalto militar en toda regla. Llamó a Gallacher, pero no obtuvo respuesta. Vale, tendré que aclararlo con el súper antes de que tengamos una masacre entre manos. Te alcanzo luego, Rhona.

El equipo bajó la colina y Bone puso rumbo a la comisaría. Al acercarse a la entrada, la muchedumbre de periodistas y equipos de prensa prácticamente había rodeado ya las escaleras. Un par de plumillas vieron a Bone y echaron a correr hacia él, arrastrando con ellos al resto de la jauría. Cuando el tsunami humano de cámaras que no paraban de disparar, teleobjetivos y reporteros aferrados a sus portapapeles lo envolvió, agachó la cabeza y se abrió paso a empujones hacia la verja, ignorando todas las preguntas y sacudiéndose las manos que tiraban de las mangas de su traje. Al pie de los escalones, una figura se plantó ante él, bloqueándole el paso. Bone alzó la vista.

—McKinnon —gruñó Bone.

—Buenos días, Duncan. ¿Han atrapado ya a Jason Styles?

—Apártese —dijo Bone, clavándole el brazo en el costado.

Pero McKinnon se negó a moverse, y más periodistas se arremolinaron alrededor, dificultando aún más la escapatoria de Bone.

Bone empujó de nuevo.

—¿Cuándo supo que tenía a un asesino en serie trabajando para usted?

—¡Quítese! —rugió Bone, y metió el hombro en el pecho de McKinnon, lanzándolo de lado contra el gentío. Se abrió un hueco. Bone se coló por él y subió de un salto los escalones hasta el vestíbulo.

—Ahí fuera es dantesco —dijo Bone al sargento Brody, que apareció desde la sala del fondo.

—Sí, señor. La noticia sobre Styles ha causado el caos. Ni yo mismo acabo de creérmelo. Toda la comisaría está en estado de shock.

—¿Está el súper aquí?

—En su despacho, creo, pero le advierto que no está de muy buen humor.

—Ninguno lo estamos —suspiró Bone, y pasó por las puertas de seguridad. Cuando llegó a la puerta de Gallacher, llamó, pero no hubo respuesta. —¿Dónde demonios está? —murmuró y siguió hacia la sala de incidentes.

Baxter estaba sentada en su mesa, inclinada sobre el teclado como a punto de quedarse dormida.

—¿Ha visto al súper, Sheila? —preguntó Bone al entrar.

Baxter alzó la vista, sorprendida. —Dios mío, ¿qué le ha pasado? —dijo, mirando su aspecto desaliñado.

—Falta de sueño, asesinos en serie y acoso de la prensa. ¿El súper?

—Lo siento, señor, no. He estado delante de esta pantalla todo el tiempo.

—¿Algo?

—Nada nuevo. La familia de Styles está toda muerta. He hablado con todos sus compañeros, de aquí y de la comisaría de Peterhead, pero no encontré a nadie que dijera que quedaba con él fuera del trabajo, ni siquiera que lo considerara amigo.

—¿Podría haberse largado de vuelta al norte?

—También comprobé trenes y autobuses, pero nada: ni avistamientos por parte del personal ni de conductores, y su coche sigue en el garaje, creo —dijo Baxter—. ¿Supongo que usted tampoco tiene pistas?

—Sigue suelto y continúa burlándose de nosotros con monísimas amenazas por mensaje—suspiró Bone.

—El super ha difundido su foto y está en todos los informativos, así que le va a resultar muy difícil permanecer escondido por mucho más tiempo.

—Ya me di cuenta cuando intenté pasar el comité de bienvenida de fuera. Pero sería una locura subestimarlo.

Baxter se levantó de su mesa y se estiró.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Casi toda la noche. No pude dormir de la preocupación por Mark. —Abrió el bolso y rebuscó hasta sacar los cigarrillos—. Y antes de que diga nada, este es el primero en horas.

—Está bien, adelante.

Se detuvo en la puerta.—Sin embargo, se me ha ocurrido algo.

—¿El qué?

—Mencionó los mensajes persistentes amenazando con hacer algo en el desfile o en el concierto, ¿no?

—Sí.

—Entonces no ha puesto tierra de por medio, ¿verdad?

—A menos que sea un farol al cuadrado y a estas alturas esté en Sudamérica.

—Si yo tratara de evadir la captura, sé dónde me escondería.

—¿Dónde?

—En el lugar más obvio y, a la vez, más improbable.

—¿Te refieres a su casa? Los equipos de búsqueda la han registrado de arriba abajo.

—¿Y su lugar de trabajo?

—¿Aquí?

—Justo delante de nuestras narices. Eso sí que sería jugar su carta más alta por pura arrogancia.

—Tiene la cara destrozada y está en lo alto de la lista de los más buscados del país. Cabe esperar que hasta nuestros propios compañeros lo reconozcan.

—En teoría, podría haberse colado por la puerta trasera sin que nadie lo notara, antes del anuncio público del super, cuando aún era el señor Nadie.

—Vale, es una posibilidad remota, pero quizá merezca la pena echar un vistazo rápido. Voy a buscar a Cash y ver si alguien de su equipo le ha echado el ojo. Y, por si acaso, ¿puede pedirle al sargento Brody que revise los registros de entrada con ID y las imágenes de CCTV, que vigile todas las salidas y me avise si está merodeando?

—¿Quiere que vaya con usted?

—Si está escondido, no queremos espantarlo. Hagamos esto primero.

—Señor—dijo Baxter, y siguió a Bone fuera.

—Y si ve a Gallacher antes que yo, dígale que tiene que ordenar a la UNIDAD DE RESPUESTA ARMADA que se meta en vereda.

Cuarenta Y Nueve

El edificio de la científica estaba completamente a oscuras. Bone pasó su tarjeta por el lector de entrada y accedió. Siguió por el pasillo y subió las escaleras hasta el despacho del doctor Cash, pero la puerta estaba cerrada con llave. Al ver una luz encendida al fondo del corredor sombrío, continuó y entró en una zona de oficinas diáfana. Un agente estaba sentado en un escritorio en la esquina más alejada, encorvado sobre una pantalla.

Bone se acercó.—Disculpe.

El agente alzó la vista, sorprendido.

—¡Jesús! —exclamó, y luego cayó en la cuenta de quién era—. Perdón, señor. No le había visto.

—¿Está su jefe por aquí? —preguntó Bone.

—Están todos en casa de Jason —respondió el agente—. Aún no me lo creo. Llevo trabajando con ese tío tres, no, cuatro años ya, y jamás habría pensado ni por un minuto que fuese capaz de eso. Quiero decir, era un arrogante y un dolor de muelas, pero si eso te convierte en asesino, estaríamos apañados, ¿eh? —sonrió con nerviosismo.

—¿Y por qué no estás fuera con ellos?

—Un informe de última hora —asintió hacia el monitor y hizo una mueca—. El jefe quiere que lo tenga listo para cuando vuelva.

—¿Hay alguien más dentro, entonces?

—No, estamos al completo con este asunto. El jefe estaba furioso con todo el tema y ordenó que saliera todo el mundo.

—Excepto tú.

—Sí. Menuda suerte la mía.

—Y no habrás visto a Styles, ¿verdad?

—¿Qué? ¿Quiere decir aquí, desde...?

—Sí, desde la agresión al rector.

—No, claro que no. Está a la fuga, ¿no?

—Vale, gracias. Sigue con lo tuyo.

—Señor —suspiró el agente y volvió al teclado.

De camino a la salida, Bone tomó las escaleras traseras y, al pasar junto a un vestuario, se oyó un golpe fuerte al otro lado. Empujó la puerta con cuidado. Al fondo, un agente de uniforme con gorra de campaña estaba de rodillas junto a una taquilla abierta, metiendo ropa en una mochila.

—Disculpe —dijo Bone.

El agente se volvió de golpe. Era Styles. Tenía la cara hinchada, y dos pañuelos retorcidos y ensangrentados asomaban por cada una de sus fosas nasales. Se puso en pie de un salto y, antes de que Bone pudiera reaccionar, Styles le embistió de frente, directo al estómago, empujándole como un ariete contra el marco de la puerta y al suelo. Styles trepó por encima y salió corriendo por el pasillo.

Bone, sin aire, se puso en pie a trompicones y echó a correr tras él, pero las piernas se negaban a responder. Tanteando el teléfono, aporreó los botones, pero estaba sin batería. Buscó por el pasillo y vio la alarma de incendios. Se tambaleó hasta ella y hundió el codo en el cristal, y el edificio de la científica estalló en un estruendo ensordecedor de sirenas.

Cuando le volvió la fuerza, salió a toda prisa al aparcamiento, pero no había rastro de Styles. La puerta lateral dio un chasquido al cerrarse. Agentes y personal administrativo salían en tropel por la puerta trasera de la comisaría.

—¡El sospechoso está aquí! —gritó Bone, y, abriéndose paso entre la marea que venía de frente, pulsó el zumbador de la cancela y salió disparado a la calle.

Media docena de agentes que habían oído sus gritos de auxilio le siguieron detrás.

—Acordonad la zona —les gritó Bone por encima del hombro, y siguió hasta el cruce, bloqueado por una marea de periodistas y equipo de rodaje, que ahora se arremolinaban, espoleados por el aullido atronador de la alarma.

Bone rastreó aquel mar de cabezas y vio una gorra de policía en mitad de la multitud. Le dio caza, pero, al verlo, los periodistas se cerraron en torno a él, bloqueándole el paso. Apartando micrófonos y cámaras, intentó no perder de vista la gorra que subía y bajaba entre la gente, pero a los pocos segundos desapareció. Se abrió paso hasta el otro lado y salió corriendo a la carretera principal. Pero no había rastro de Styles.

Un grupo de agentes salió por la entrada principal, bajó los escalones en formación y abrió un pasillo entre la prensa pasada de revoluciones. Al fondo de la calle apareció un camión de bomberos, su sirena berreando en una cacofonía disonante que añadía más caos.

—¡Se ha ido por ahí! —rugió Bone por encima del estruendo, pero los agentes no podían oírle—. ¡Por ahí! —insistió—. ¡Lleva uniforme y gorra de campaña!

Y los policías salieron disparados, adelantando a la dotación de bomberos.

Gallacher emergió de entre el gentío.

—¿Qué demonios está pasando? —le gritó a Bone.

—Styles estaba escondido en la comisaría —replicó Bone—. Hay que cerrar la zona antes de que se nos escape.

—¿Así que no hay incendio?

—He sido yo —dijo Bone.

Gallacher sacó el móvil del bolsillo y llamó al inspector Ferguson.

Un par de periodistas se acercaron a los detectives, pero un agente dio un paso al frente y los hizo retroceder a medida que más policías salían de la comisaría.

—Styles se ha puesto un uniforme de agente y una gorra.

Por fin, la alarma de la comisaría se detuvo.

—El cabronazo taimado —bramó Gallacher, su voz resonando en la repentina quietud de la calle.

—Le tenía, joder —maldijo Bone.

—He ordenado al inspector Ferguson que mande agentes a peinar la zona junto con la Unidad de Respuesta Armada.

—Nada de Unidad de Respuesta Armada, por el amor de Dios. Hay cientos de personas congregándose en el pueblo. Si empiezan a disparar, tendremos una masacre entre manos.

—Vale, distancia de seguridad por ahora. Daré la orden —apareció un helicóptero por encima de los tejados—. Pero ahora sí que lo tenemos acorralado —señaló Gallacher hacia arriba.

—Yo no me haría ilusiones —resopló Bone, llevándose la mano a las costillas amoratadas—. Es ITN News.

—Mierda —gruñó Gallacher, y volvió a toda prisa a la comisaría.

—¿Adónde va?

—A ordenar que derriben ese trasto —le gritó por encima del hombro.

Bone se unió a una segunda oleada de agentes que salían de la comisaría.

Cincuenta

Cuando llegó al aparcamiento de Scotfresh, Harper y Mohan estaban junto a la entrada del supermercado, Harper con el teléfono en la mano.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Harper, colgando. Oíamos sirenas.

—Styles se había escondido en la comisaría.

—¿Qué? —dijo Mohan.

—Listo —añadió Harper.

—Tan listo que media Policía de Escocia consiguió perderlo delante de sus propias narices. O, mejor dicho, lo perdí yo.

—Es una babosa escurridiza —dijo Mohan.

Bone miró por encima del hombro de Harper. El aparcamiento estaba ahora a rebosar de carrozas coloridas de varias formas, tamaños y temas, con equipos trajinando, preparando cosas y subiéndose a bordo listos para el comienzo del desfile, haciendo lo posible por ignorar la fuerte presencia policial.

La carroza de Torley iba en cabeza, con su escultura de un caballo encabritado alzándose sobre el aparcamiento, como si amenazara con escapar de la locura que la rodeaba. El equipo estaba ocupado colocando letras en el lateral del remolque, formando el nombre de Torley, mientras los participantes, vestidos de vaqueros, tomaban posiciones.

—¿Qué hora es? —preguntó Bone.

—Las once menos veinte. Está a punto de arrancar —dijo Harper.

—Jesús —exclamó Bone.

Se acercó el inspector Ferguson, flanqueado por dos agentes sudorosos, colorados y sin aliento.

—¿Alguna alegría? —dijo Bone.

Ferguson negó con la cabeza. —He tenido que redirigir a más hombres al desfile para garantizar suficiente protección.

Mientras hablaba, casi un batallón entero llegó tras él y se alineó junto a las carrozas.

—Seguro que no intentará nada con toda esta tropa aquí —dijo Mohan.

—Teniendo en cuenta que va vestido con uniforme de agente, podría colarse prácticamente sin ser visto —dijo Bone.

—Un momento —dijo Ferguson, haciendo sonar un silbato.

Dos agentes salieron de una furgoneta policial cargando tres sacos abultados. Los policías se agruparon y cada uno sacó un chaleco protector amarillo y se lo puso sobre el uniforme.

—Eso ayudará —dijo Ferguson—. Vosotros también deberíais ponéroslos, con emisoras portátiles por si lo veis en algún momento. Golpeó el walkie-talkie sujeto a su chaqueta.

Se acercó un hombre.

—Buenos días, inspector Ferguson. Deduzco por la fuerte presencia policial que el sospechoso sigue suelto.

—Inspector jefe Bone, este es Derek Peters, el presidente del comité del desfile. Sí, lo sentimos de veras.

—Es muy decepcionante. —Peters negó con la cabeza.

—El desfile tiene un aspecto magnífico, especialmente la carroza de Tommy Torley —dijo Bone.

—La policía tuvo la amabilidad de autorizar su carroza con antelación y, con el beneplácito de la familia de Tommy, tomamos la decisión de incluirla. Es terriblemente trágico, pero esperamos que esta muestra de unidad y apoyo pueda llevar un poco de consuelo a la esposa y a los hijos de Tommy.

Bone asintió.

—Necesito hablar con los participantes del desfile antes de que empiece —interrumpió Ferguson—. Informarles de las medidas que

hemos puesto en marcha para mantener a todos a salvo.

—Por supuesto. Pero si ese loco sigue a la fuga, ¿qué pasa con el público? Ya hay cientos alineados a lo largo del recorrido, y esperamos a miles congregándose para el final en Burngreen Park, y luego está el concierto de gala esta noche —jadeó Peters.

—Estamos seguros... —empezó Ferguson, pero lo interrumpió un coche familiar negro que entró en el aparcamiento.

Bajó un hombre con traje gris, seguido de la alcaldesa (Lord Provost), que vestía la toga y la cadena ceremoniales completas. Pasó de largo y fue hacia la carroza de Torley, habló un momento con los participantes y el equipo, y al cabo de unos instantes, con un saludo a las demás cuadrillas, regresó.

—Buenos días, señor Peters, agentes —empezó—. Debo felicitarles por su duro trabajo. El desfile de este año tiene un aspecto magnífico, dadas las circunstancias extremadamente difíciles.

—Gracias, señora. Se han lucido, ¿verdad?

—Hablando de circunstancias difíciles, ¿qué demonios es esto? —preguntó, fulminando con la mirada a la cantidad de agentes que abarrotaban el aparcamiento.

—Hemos incrementado nuestra presencia policial a la vista de la situación actual, señora alcaldesa (Lord Provost).

—No es un partido del Old Firm. Se supone que es una celebración, un momento feliz para el pueblo, no un ejercicio de control de disturbios.

—El sospechoso sigue suelto, señora alcaldesa. Es una medida de seguridad y un elemento disuasorio. Estamos seguros...

—Desde luego que disuade —volvió a cortarle la alcaldesa—. Olvídese de su sospechoso: está dando un susto de muerte a todos los demás. —Se volvió hacia Bone—. ¿Así que todavía no lo han atrapado, a pesar de que resulta ser uno de los suyos? —Negó con la cabeza.

—Estamos en ello —dijo Bone.

—¿Y toda esta gente va a caminar pegada, paso a paso, junto al desfile? ¿Es ese su plan?

—Sí —dijo el inspector Ferguson.

—¿Puede, por favor, encontrar la manera de bajar el volumen a esto? Entiendo que necesitemos seguridad, pero esto es ridículo.

—Intentaré asegurar un poco más de discreción, pero no voy a correr riesgos ni a jugar con la seguridad de nuestros ciudadanos, señora alcaldesa —afirmó Ferguson.

—Solo menos histeria de chaleco fosforito, ¿de acuerdo? —replicó ella—. Ahora, si me disculpan, me necesitan en Burngreen Park. Nos vemos al otro lado, señor Peters. —Volvió a su coche.

El motor del tractor delantero rugió, seguido por un segundo y un tercero, con columnas de humo elevándose en el aire. El desfile empezó a moverse.

—Bien, vámonos —dijo Ferguson.

Tras coger unos chalecos, se reunieron con los compañeros de Bone junto a la verja.

—Vosotros dos tomad la cabecera y el lado de fuera —dijo Bone, repartiendo los chalecos—. Rhona y yo nos quedaremos atrás, en la cola. Usad las emisoras.

—Nos vemos al otro lado —dijo Ferguson, y se marchó a paso ligero.

Las carrozas pasaron por la verja, con agentes caminando despacio a su lado. Se habían congregado multitudes en la carretera y aclamaban mientras el vehículo giraba lentamente hacia la calle Mayor. El centro del pueblo estaba ahora a rebosar de espectadores, agitando banderas y vitoreando cuando reconocían a amigos y familiares en las carrozas, y la inventiva creación de Torley en cabeza se llevaba los aplausos más sonoros.

Bone y Walker avanzaban al lado, escudriñando el mar de caras sonrientes apiñadas en las aceras y desbordándose a la calzada tras la última carroza.

—¡Buscad la gorra de servicio! —gritó Bone por encima del estruendo de la banda de tambores y silbatos de la Boys' Brigade que cerraba el desfile.

Walker se abrió paso entre un grupo de madres con carritos reunidas en el borde de la rotonda de la calle Mayor. Instantes después, desapareció.

Crepitó la radio de Bone.

—Por aquí no hay rastro, señor —chisporroteó la voz de Harper por el diminuto altavoz.

Bone siguió adelante. A mitad de la calle Mayor, el desfile se detuvo un momento para permitir que la banda de gaitas, encajonada entre dos remolques, los alcanzara. De puntillas para intentar ver por encima de la muchedumbre de gente y de agentes con chalecos amarillos que se le echaban encima, divisó a un grupo de adolescentes alineados en un talud herboso sobre la acera. Sostenían carteles pintados a mano que decían *¡TE QUEREMOS, DEE DEE!* y *¡NO TENEMOS MIEDO!*

El desfile volvió a ponerse en marcha y Bone buscó a Walker, pero seguía perdida entre la multitud. Pulsó el botón de su radio.

—Inspectora detective Walker, ¿dónde está? —rugió al micrófono, pero la línea solo respondió con un siseo.

Echó un vistazo atrás cuando el desfile tomó la curva en la parte alta de la calle Mayor. Distinguió una gorra de servicio policial a cuadros blancos y negros.

—¡Styles! —le gritó por encima de los tambores y los metales.

La figura se volvió un segundo, y Bone alcanzó a ver fugazmente los ojos desorbitados de Styles mirándole. Bone se abrió paso a empujones entre la multitud.

—Policía, atrás —gritó. Desenganchando la radio del chaleco, bramó—Sospechoso avistado en la parte trasera del desfile, repito, sospechoso en la parte trasera del desfile—. Siguió hacia una estrecha abertura, pero lo arrastraron de nuevo al caos.

—Duncan, una locura, ¿eh? —la cara congestionada del señor Sandino se le pegó encima—. Demasiado puñetero jaleo para mí.

Bone se lo sacudió de encima y, arremetiendo entre piernas y brazos, salió trastabillando al claro de la calzada. Un grito por encima del rugido de los tambores de samba le obligó a girarse.

El grupo de adolescentes del montículo trepó y se dispersó, con pancartas volando y cayendo por todas partes. Styles estaba en el centro, empuñando un cuchillo de carnicero de treinta centímetros que relucía bajo la luz de la mañana.

Bone corrió hacia el foco del pánico, trepó por un muro y subió por el talud. Pero cuando llegó arriba, Styles ya arrastraba hacia

atrás, aterrorizada y a gritos, a una chica, rumbo a un callejón que cortaba entre dos edificios de tiendas, con el cuchillo peligrosamente cerca del cuello de ella. Los alaridos de la chica atrajeron la atención de los curiosos cercanos, y un joven con pinta de obrero inició la subida por la pendiente. Styles tiró aún más de su presa histérica hacia la oscuridad.

—¡Policía, manténgase atrás! —le gritó Bone al hombre.

El héroe improvisado dio marcha atrás hacia la calzada.

Más de una docena de agentes aparecieron por todos lados. Bone alzó los brazos.

—¡Quédense ahí! —gritó.

Se replegaron al pie del talud.

Bone señaló el callejón.

—Esperen a mi señal —dijo y, encaramándose por la pendiente, se asomó a la penumbra. Apenas distinguía dos siluetas que se movían de vuelta hacia la luz al otro lado del callejón. Avanzó lentamente hacia la oscuridad hasta poder ver con más claridad.

Styles sujetaba a la chica por la garganta y le apretaba el cuchillo contra la mejilla. La chica jadeaba de forma frenética, al borde de la hiperventilación.

—Vamos, Jason. ¿Así quiere que le conozcan? ¿Como el secuestrador de niños? —gritó Bone.

—¡No! —rugió Styles.

—No es un gran final, ¿verdad?, después de todos sus logros —Bone avanzó un poco más.

—Yo soy el titiritero —gritó Styles, con la voz temblorosa.

—Sí, lo es. Todos hemos estado bailando a su son. Es usted listo. Pero esto no es inteligente, ¿verdad, Jason?

—¡Soy invencible! —gritó.

—No creo que se lo crea, ¿verdad, Jason? Sé que es vulnerable. Puedo ayudarle a salir de este lío.

—Creí que se había acabado, pero volvió. No puedo parar —dijo entrecortado.

—Puede parar ahora. Eso es ser valiente. Mucho más que esto. Déjeme ayudarle —Bone volvió a moverse—. Sé lo de su hermana, Abigail, Jason.

—Cállate. ¡No hables de ella! —siseó Styles.

—Ella no querría esto. Querría que dejara a la chica en libertad.

—No sabes lo que quiere. Está muerta. Ese monstruo la mató.

—Pero no querría que pensaran eso de usted, ¿a que no? Usted no es un monstruo como él.

—Soltar... —murmuró Styles.

—Eso es, suéltela.

—Yo... —empezó Styles, y bajó la mano—. La suelto.

—Eso es, háble me —suplicó Bone.

Echó un vistazo atrás, y un agente armado apareció en la entrada detrás de él. Bone levantó la mano, y el agente se retiró.

—Yo la cuidaba. En la feria. La llevaba de la mano. Pero la solté.

—No es culpa suya, Jason.

—Yo no quería nada de esto.

—Ninguno lo queremos, Jason.

—Intenté pararlo. Incluso la dejé usar mi móvil para llamar al nueve-nueve-nueve, pero usted tampoco quiso detenerme.

—Ahora es su oportunidad de poner fin a esto y enmendarlo. Vamos, Jason.

—¡No! —Styles hizo una mueca y hundió la punta de la hoja en la mejilla de la chica. Un hilillo de sangre le corrió por la cara y cayó sobre su blusa blanca—. ¿Ves lo que me has hecho hacer?

—Tranquilo, haga lo que querría su hermana.

—Me está devorando por dentro.

—Déjeme coger la mano de la chica para que pueda salir a salvo —Bone alargó la mano.

—Es como un gusano aquí dentro —Styles se dio toques en la sien con el pomo del cuchillo.

Una silueta apareció en el extremo opuesto del callejón.

Bone estiró más la mano. La chica alzó lentamente el brazo tembloroso.

—No puedo soportarlo más —Styles miró fijamente a Bone—. Ayúdeme, por favor.

Soltó a la chica, y esta pasó corriendo junto a Bone, salió del callejón y fue a parar a los brazos de Walker. Antes de que Bone pudiera agarrarlo, Mohan llegó disparado desde el otro extremo del

callejón y placó a Styles contra el suelo, tirando de sus brazos para intentar esposarlo, pero Styles gimió, y un charco de sangre empezó a extenderse bajo él.

—¡El cuchillo! —gritó Bone, y echó a correr hacia ellos.

Entre los dos, giraron a Styles de lado. La hoja estaba clavada en el estómago de Styles, y la sangre manaba a borbotones de la herida. El puño crispado de Styles seguía aferrado al mango.

—Mierda —dijo Bone, presionando ambas manos contra el vientre de Jason.

—Déjelo —sollozó Styles—. Déjeme irme.

—¡Asistencia médica! —gritó Bone.

Dos agentes aparecieron en la entrada del callejón.

—¡Traed a los sanitarios, ya! —ordenó Bone.

Uno salió corriendo.

Bone se quitó la chaqueta y la usó para intentar contener la hemorragia. Un par de minutos después, dos sanitarios llegaron al lugar y corrieron a auxiliar a Styles, pero este ya se estaba hundiendo en la inconsciencia. Bone y Mohan se apartaron.

—Otro maldito traje a la basura —dijo Bone, limpiándose las manos en la camisa.

Los curiosos tras la línea policial soltaron exclamaciones de horror al ver la ropa de los detectives salpicada de sangre.

—No pretendía hacer eso —dijo Mohan, con la voz temblorosa.

Bone se volvió.—Eso se lo ha hecho él mismo. Viste su mano en la hoja. Has estado bien, detective.

—¿Crees que vivirá? —preguntó Mohan.

—¿Qué lo creo o qué lo quiero? —replicó Bone.

Harper salió de entre la multitud, y Bone le hizo un gesto para que pasara junto a un agente que estaba a punto de pararlo.

—Jesucristo, ¿estás herido? —exclamó.

—No es nuestra, Will. Le hemos cogido.

—¿La chica está bien? —preguntó Bone a Walker.

—Los sanitarios la están atendiendo. Físicamente no tiene lesiones, pero está en shock y gravemente traumatizada.

—Qué maldito monstruo —maldijo Bone.

Justo entonces, la voz de la alcaldesa retumbó desde el escenario de la gala, en Burngreen Park, acompañada por un rugido fuerte y desafiante de la gente reunida del pueblo.

—Parece que el espectáculo está a punto de empezar —dijo Bone.

—Kilwinnoch gana —añadió Walker.

Los detectives se dejaron caer en el talud y esperaron a que los sanitarios salieran del callejón con noticias, para bien o para mal.

Cincuenta Y Uno

Cuando Bone llegó, el equipo ya estaba reunido alrededor de la cama de Mullens. Su mujer, Sandra, se sentaba a su lado y, en cuanto Bone entró, la habitación estalló en carcajadas.

—Perdón por llegar tarde. Tenía que hacer un recado. ¿Qué me he perdido?

—Mark acaba de decir que solo lo hizo para sacarse unos morreos de su yogurín —respondió Walker.

—Y pensar que, de no ser por el desfibrilador, ya estaríais casados —añadió Baxter.

—Quédatelo tú, hijo —dijo Sandra—. Esa lengua es más áspera que la lija de un carpintero.

El equipo se echó hacia atrás con un gemido colectivo.

—Veo que tus innumerables clubes de fans te han mandado sus buenos deseos, Mark —dijo Bone, asintiendo hacia el despliegue de tarjetas de «que te mejores» expuestas por la habitación.

—Si lo tienes, lúcelo —raspó Mark.

—Vaya jodido tapado que estás hecho, ¿eh? ¿Raploch Youth Club?

—Más bien el culo de un caballo —intervino Sandra, y fulminó con la mirada a su marido.

Bone miró alrededor, hacia el equipo. —Este es un héroe local y ni se dignó a mencionarlo.

—¿Cuánto te ha pagado Mark por decir eso, jefe? —se metió Harper.

—Dios, Will. ¿Qué hay de tu compromiso? —preguntó Bone.

—Hemos pospuesto la fiesta hasta que Cara de Frigorífico esté mejor.

—Ahí te podías haber ahorrado una fortuna en la comida, Will —dijo Walker.

—¿Cómo va Cara de Frigorífico? —Bone se acercó más a la cama.

—Las enfermeras no paran de amenazar con volver a meterme en un coma inducido —croó Mullens.

—Les estoy pagando —dijo Sandra.

—Pensé que ya habría venido la Gestapo a disolver la fiesta —comentó alguien.

—Han levantado la prohibición porque ya no está en zona de peligro, y las enfermeras necesitan un descanso de él, así que cualquier ayuda es bienvenida —respondió Sandra.

—¿Me han dicho que pillasteis al capullo roñoso, entonces? —raspó Mullens.

—¡Mark! —exclamó Sandra.

—No, Sandra. Es exactamente lo que es —dijo Bone—. Lo pillamos y, por desgracia, los paramédicos hicieron un trabajo milagroso y se recupera en una UCI fuertemente vigilada cerca de aquí.

—Y el fiscal está convencido de que hay pruebas suficientes para meter al noviete macarra de Dee Dee al menos diez años entre rejas por intención de suministrar —sonrió Walker.

—Karma —tosió Mullens.

—No exactamente, pero algo es —dijo Walker—. Ahora estamos esperando confirmación de la ECU sobre si investigarán los asuntos financieros de Fitz.

—¿Quién llamó a la ECU? —preguntó Bone.

—No podría comentarlo —sonrió Walker.

—¿Y qué pasa con el allanamiento en el piso de la madre? —volvió a raspar Mullens.

—Dios, estás en todo, Mark. Eso da más miedo que el infarto —bromeó Bone—. Tusk confesó que fue él. Dice que, en un arrebato

de locura borracho, fue a buscar lo que él llamaba grabaciones difamatorias que creía que Dee había hecho para catalogar sus malos tratos.

—Relatos verídicos, más bien —interrumpió Walker—. Pero al menos podemos añadir allanamiento a su lista de cargos.

—Aun así, qué alivio que pillaras al cabrón antes del concierto en memoria de Dee Dee —dijo Sandra.

—Y alucina con quién apareció al final —añadió Harper.

—¡Vaya espectáculo! —prosiguió Sandra—. Mi vecina me dijo que iba a tocar, pero no la creí hasta que lo vi salir al escenario.

—¿Quién? —preguntó Bone.

—¿Te lo perdiste? —Sandra negó con la cabeza, sin dar crédito.

—Estaba un poco ocupado —Bone puso los ojos en blanco.

—Rod, y además cantó una de las canciones de Dee. Qué hombre.

—¿Rod Stewart? —preguntó Bone.

—Increíble. Yo estaba llorando como una magdalena cuando arrancó con *I Am Sailing* y todo el pueblo se unió.

Bone se echó a reír.

—¿Qué? —preguntó Sandra.

—Sí, es bastante increíble. Qué hombre —alzó la vista y sonrió.

Llamaron a la puerta.

—Oh, creo que tienes visita —dijo Bone.

Una cuidadora asomó la cabeza.—Buenos días.

Bone se levantó y la ayudó a maniobrar una voluminosa silla de ruedas hospitalaria dentro de la habitación.

—¡Papá! —dijo Mullens cuando vio a su padre, incorporado en la silla, traqueteando en la habitación.

La cuidadora lo acercó hasta la cama.

—¿Qué coño haces ahí metido, hijo? —gruñó George—. ¿También te han metido algo por el culo?

—Encantado de verle, señor Mullens —dijo Bone.

—¿Y este payaso quién es? —gruñó George.

—Papá, es mi jefe —dijo Mullens.

—Te dieron el visto bueno, ¿no, George? —dijo Sandra.

—Sí, el radar no funcionaba y tuvieron que perdonármelo.

—¡Qué buena noticia, papá!

—Al final resultó ser un mal caso de gases, ¿verdad, señor Mullens? —dijo la enfermera con una amplia sonrisa.

—Cristo, vosotros dos deberíais enchufaros a la red eléctrica nacional —Sandra hizo una mueca.

George examinó a su hijo.—¿A estas horas todavía en la cama? Siempre ha sido un vago de mierda. Hasta la mitad de la noche viendo esas pelis de miedo.

—Película de terror, ya lo creo, papá —Mullens le cogió la mano a su padre.

—¿Y a qué viene toda esta ñoñería? —dijo George.

—Gracias por venir a verme —dijo Mullens con una sonrisa acuosa.

—Voy a mantenerlo con las mismas drogas que le están metiendo —dijo Sandra, conteniendo sus propias lágrimas.

—Si lo que quieres es dinero, pídeselo a tu madre. Estoy sin un duro.

—Te dejamos, Mark —dijo Bone y miró al resto del equipo.

—Mejor, que la bolsa necesita vaciarse —respondió Mullens.

El equipo salió disparado hacia la puerta.

—Hasta mañana, Mark, Sandra —sonrió Bone.

—Con una condición: trae Guinness —silbó Mullens.

—¡Así se habla! Te toca a ti, Coco —George señaló a Bone.

Padre e hijo asintieron al unísono.

Epílogo

Bone llegó tambaleándose al final del embarcadero, forcejeando con una bolsa de la compra a rebosar de comida y bebidas para la excursión.

—Aquí hay suficiente para alimentar a todo el oeste de Escocia —se quejó a Alice, que venía detrás con más provisiones.

—Más vale prevenir que curar —dijo ella.

—Que no es el puñetero Náufrago —dijo Bone, y dejó su bulto junto al amarre de la canoa.

—Cuidado. Hay botellas ahí —dijo Alice, mirando hacia atrás por el embarcadero—. Michael, vamos.

Vestido de pirata de pies a cabeza, Michael estaba en el sendero intentando, sin conseguirlo, ponerse el chaleco salvavidas encima del sombrero. Ella corrió a ayudarle y, juntos, regresaron, apañados y de la mano.

—¡Ar, mis valientes! —dijo Bone—. He aquí nuestro navío, capitán.

Alice puso los ojos en blanco. —Es el peor acento del suroeste que he oído en mi vida.

—¿La hacemos caminar por la tabla, capitán? —replicó Bone.

—Vale, para ya. Me estás asustando. Sonrió.

Bone se arrodilló junto a su hijo y comprobó las correas del chaleco salvavidas.

—¿Mapa? —preguntó.

—Listo —dijo Michael, y alzó un rollo de papel marrón.

—¿Parche?

—Listo. Michael dio unos golpecitos en la pieza de plástico que llevaba atada alrededor de la cabeza como un antifaz.

—¿Arma preferida?

—Listo. Le plantó una espada de plástico en el pecho a su padre.

—Regla número uno: no mates a ningún miembro de la tripulación con tu espada. —Bone atrapó a Michael y le hizo cosquillas hasta que se rió tanto que se tiró un pedo sonoro.

—Regla dos: nada de cacas en la cubierta de popa.

Michael rompió a reír a carcajadas.

—¿Nos vamos? —interrumpió Alice.

—Vale, todos a bordo. Primero, la primera oficial. Bone ayudó a Alice a bajar del embarcadero y trepar a la canoa.

Esta cabeceó de forma precaria y ella tomó asiento.

—Ahora, el capitán. Bone cogió a su hijo y lo bajó hasta los brazos de Alice.

Cuando Michael estuvo colocado, le pasó a Alice las bolsas de la compra, una a una.

—Y, por último, el marinero Bone.

Alice contuvo una sonrisa.

—¿Lo tenemos todo? —preguntó Bone—. ¿Comida, agua, hasta el fregadero de la cocina?

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó Michael.

—Vale. Bone soltó la amarra de la canoa y, con el remo, empujó el costado para separarla del embarcadero.

La barca cabeceaba de un lado a otro mientras intentaban hacerla girar en el agua.

—¿Seguro que es buena idea? —preguntó Alice, y ajustó el agarre del remo.

—Iremos bien. Nos pegaremos a la orilla, y he avisado al hotel de adónde vamos.

—¿Adónde exactamente?

—¡A la Isla de los Muertos! —exclamó Bone.

—¿Dónde? —preguntó Alice, con un atisbo de miedo en los ojos.

—Donde hay piratas fantasma y tesoros —respondió Bone.

Michael chilló de alegría. Alice se dio por vencida.

Echaron a cruzar el lago; el agua y el tiempo seguían sorprendentemente en calma. Las primeras paladas fueron caóticas y fuera de compás, y la canoa vaciló y cambió de dirección, amenazando con volver al embarcadero por su cuenta.

—Uno... dos... tres —contó Bone.

Alice siguió el ritmo.

—¡Dilo tú, Michael! —dijo Bone.

Y su hijo continuó.

—Me gusta tu idea de tener dos casas —dijo Alice.

—Te dije que este lugar te iba a seducir —dijo Bone—. ¿Te apetece vivir aquí, Michael?

—¡Sí! —exclamó Michael, y retomó su mantra.

—A mí también —dijo Alice.

Miró de reojo a Bone y sonrió. La embarcación se tambaleó.

—¡Quietos! —dijo Bone.

Ella recuperó el ritmo.

Unos minutos después, Bone señaló hacia delante. —Ahí está la Isla del Tesoro.

—¿Vamos hasta allí? Es demasiado lejos, ¿no?

—Bah, no está tan lejos como parece. Llegaremos en un abrir y cerrar de ojos. Y nada parece tan lejos una vez que has hecho el camino.

—Lo que tú digas, Dalái Lama —bromeó Alice.

—Y tenemos provisiones suficientes para sobrevivir al menos un año, así que yo no me preocuparía demasiado.

—¿Por qué acepté esto? —dijo Alice, con un suspiro.

Siguieron adelante, ya en armonía con las paladas del otro, y la canoa se deslizó sin esfuerzo por el lago hacia la isla lejana, dejando en su estela un trazo finísimo, como dibujado a lápiz, que ondulaba sobre la superficie hasta la orilla y la cabaña.

El Inspector Jefe Bone regresa en...

ISLA DE LOS MUERTOS

Un thriller escocés del inspector jefe Bone (Libro 5)

Atrapados por la nieve. Un cementerio en una isla. Dos cuerpos unidos como uno solo.

Mientras disfruta de un inusual descanso en su remota caravana a orillas del lago, el inspector jefe Duncan Bone queda aislado cuando una brutal ventisca azota los Campsie Fells. Cuando unas luces parpadeantes aparecen en una de las islas deshabitadas del lago, Bone requisa una pequeña barca y se abre paso a través del lago y de la tormenta para investigar.

Entre antiguas lápidas celtas, descubre una escena de pesadilla: un novio y una novia mutilados, colocados en un abrazo macabro. Sin comunicaciones, con el lago intransitable y el tiempo empeorando por momentos, Bone debe asegurar la escena del crimen, sobrevivir a los elementos y dar caza a un asesino a sangre fría que utiliza la tormenta para ocultarse.

Mientras tanto, en tierra firme, el miedo se extiende, las coartadas se desmoronan y viejos rencores salen a la luz, mientras la ventisca amenaza con borrar los últimos vestigios de la verdad.

¿Podrá el inspector jefe Bone atrapar a un asesino que se crece con el frío antes de que las pruebas —y la próxima víctima— desaparezcan bajo la nieve?

Un escalofriante thriller policiaco escocés para los seguidores de Ian Rankin, Val McDermid, J.D. Kirk y Stuart MacBride. *Isla de los Muertos* ofrece procedimientos policiales auténticos, diálogos escoceses afilados como cuchillas y una tensión implacable con el telón de fondo de un lago helado y los evocadores Campsie Fells: el oscuro corazón del **Tartan Noir.**

El asesino cuenta con la tormenta. No dejes que la pista se enfríe: léelo ahora con Kindle Unlimited.

Lo que dicen los lectores sobre la serie del inspector jefe Bone:

⭐⭐⭐⭐⭐«Absolutamente fascinante de principio a fin. Me quedé despierta toda la noche para terminarlo».

⭐⭐⭐⭐⭐ «Una brillante incorporación a la novela negra escocesa. trepidante, cruda y auténtica».

⭐⭐⭐⭐⭐ «Imposible de soltar. Un caso enrevesado y azotado por la nieve que me tuvo en vilo hasta el final».